

tribuna socialista

**revista
de
crítica marxista**

POR LA LIBERTAD
Y EL SOCIALISMO EN ESPAÑA

Wilebaldo Solano

EL PROBLEMA NACIONAL DE EUZKADI

Militantes de A.C.

HACIA UN SINDICALISMO DE CLASE

Julio Gil

LUCHAS OBRERAS Y CUESTION SINDICAL

Manuel Blanco

LA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO

Daniel Vidal

LA VOZ DE LA OPOSICION COMUNISTA RUSA

P. Grigorenko

EL P.O.U.M. EN LA DEFENSA DE MADRID

Mika Etchebehere

80 P 6451
Nº 2 - ENERO - MARZO 1976

TRIBUNA SOCIALISTA

Segunda época

SUMARIO

1976, AÑO CRUCIAL	1
NOTAS EDITORIALES :	
+ España, plataforma estratégica de los Estados Unidos.	
+ Revolución y contrarrevolución en Portugal.	
+ Crisis del stalinismo y evolución de los Partidos Comunistas.	
+ Las contradicciones de la socialdemocracia	4
LA LUCHA POR LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO EN ESPAÑA — Wilebaldo Solano	14
EL PROBLEMA NACIONAL DE EUZKADI — Militantes de Acción Comunista	27
HACIA UN SINDICALISMO DE CLASE — Julio Gil	36
LAS LUCHAS OBRERAS Y LA CUESTION SINDICAL — Manuel Blanco	46
LA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO — Daniel Vidal	56
LA VOZ DE LA OPOSICION COMUNISTA RUSA : EL MARXISMO CONTRA EL DESPOTISMO BUROCRATICO P. Grigorenko	72
« MI GUERRA DE ESPAÑA » (EL POUM en la defensa de Madrid) — Mika Etchebehere	85
A NUESTROS LECTORES	93

COMITE DE REDACCION DE LA REVISTA :

JOSE VAZQUEZ — WILEBALDO SOLANO — MANUEL
BLANCO — JOAQUIN SERRA — JULIO GIL

POR EL REAGRUPAMIENTO DE LOS MARXISTAS
REVOLUCIONARIOS

EDITADA POR LA IZQUIERDA DEL P.O.U.M.

1976, AÑO CRUCIAL PARA ESPAÑA

1976 será sin duda un año crucial para España. Hay motivos sobradamente fundados para suponer que las luchas políticas y sociales iniciadas tras la muerte de Franco y la proclamación de Juan Carlos se intensificarán en los meses venideros y determinarán el rumbo de nuestro país.

Hemos entrado en una fase de gran efervescencia en todos los estratos de la sociedad española. Todos los problemas, los tradicionales y los nuevos, aparecen en primera línea. Ya no hay escapatoria posible. Ese futuro de que tanto se hablaba se ha convertido en presente. Ahora se trata de saber si las fuerzas sociales que impusieron y mantuvieron la dictadura franquista — un gran crimen histórico — van a poder realizar la operación preparada desde hace mucho tiempo, es decir, la estabilización de la monarquía juancarlista, o si la clase obrera y las masas populares van a romper radicalmente con el pasado y a abrir la vía de la transformación socialista de la sociedad.

La salida de una situación de dictadura suele ser siempre difícil para las clases dominantes. Lo fue en 1930 — pese a que la República apareció para las masas laboriosas como un cambio fundamental y como una gran esperanza — y lo será ahora. Entre muchas otras razones porque el lastre del franquismo es mayor que el que dejó la dictadura de Primo de Rivera y porque las tensiones y las contradicciones políticas y sociales son tan agudas como entonces.

Los teóricos burgueses del « cambio » consideran que la sociedad española ha evolucionado tanto y que el pueblo español ha alcanzado tal grado de « madurez » que el paso del « franquismo » a la democracia puede efectuarse « sin traumas », sin que se perturbe gravemente el orden capitalista. Mas no tienen en cuenta que, una vez más, la burguesía española va a operar con retraso, en medio de grandes vacilaciones, y que la dictadura franquista, por su larga duración y por su estilo de dominación burdo y brutal, ha abierto heridas muy hondas y ha fomentado enormes frustraciones.

No tendría sentido alguno negar que el desarrollo capitalista de los últimos 15 años ha modificado algunos de los rasgos más característicos de la sociedad española de los años 30. Pero la gran cuestión consiste en valorar si esas modificaciones han sentado o no las bases de una estabilización capitalista relativamente duradera.

La retórica triunfalista del franquismo ha disimulado la realidad objetiva. España está todavía bastante lejos de los países capitalistas avanzados de Europa. Y al decir esto, nos referimos tanto al potencial económico como a la estructura social. Por otra parte, la situación de esos países ya no es la de los años 60. Todos ellos, en mayor o menor grado, sufren las consecuencias de la crisis económica y social del sistema capitalista y algunos, como Inglaterra e Italia, pasan por momentos realmente críticos. Estamos, en fin, en la Europa de 1976, que es un continente dividido y profundamente inestable. Y las burguesías de Europa Occidental han sido incapaces de ir más allá de esa unión aduanera que es el Mercado Común y de forjar una unidad superior y eficiente.

La «evolución hacia la democracia» se va a desarrollar en condiciones muy delicadas. España se encuentra en una etapa de «crecimiento cero», esto es, de paro brutal de la expansión de los años últimos. El gobierno desvalorizó recientemente la peseta con la esperanza de poner remedio así al asombroso déficit del comercio exterior (más de 7.000 millones de dólares en 1974) y de la balanza de pagos (3.000 millones de dólares en 1975), pero casi todos los economistas acogieron esta medida con un fuerte escepticismo. El problema de fondo es que España (cuyo endeudamiento exterior se eleva ya a 450.000 millones de pesetas) no dispone de una economía competitiva en el mercado mundial, como reconocía hace poco «La Vanguardia» de Barcelona, realidad cruel que descubre los límites del desarrollo capitalista. La desvalorización de la peseta va a estimular la inflación, que oscila entre el 17 y el 20 por ciento, y, si como parece, va acompañada de medidas de estabilización económica, francas o encubiertas, elevará el paro forzoso, que afecta ya a cerca de un millón de personas.

En los últimos tiempos, los turiferarios del franquismo, que habían especulado con el desarrollo capitalista para entonar alabanzas a una nueva época de crecimiento continuo y de prosperidad general, se vieron obligados a decir que se imponía «apretarse el cinturón», justificando de ese modo la política de congelación de los salarios. Pues bien, en un país donde se habían cultivado tanto los mitos del desarrollismo, va a resultar muy

peligroso preconizar, como lo ha hecho ya el gobierno de la monarquía, una política de «austeridad» y de restricciones... unilaterales. Los grandes movimientos huelguísticos de Enero y Febrero, que han facilitado movilizaciones de centenares de miles de asalariados en todas la península, han venido a confirmar que la clase trabajadora no está dispuesta a pagar las consecuencias de la crisis económica mientras la burguesía mantiene sus beneficios, efectúa maniobras especulativas de todo tipo y practica la evasión de capitales violando descaradamente el control de cambios, como ha sido revelado estos días por la prensa financiera de Alemania y de Suiza.

En el momento en que escribimos estas líneas, las huelgas continúan en diversos lugares del país. Los trabajadores, estimulados por las conquistas obtenidas y alentados por la crisis de la dictadura y las propagandas liberalizantes, riñen serias batallas de clase y tienden a romper la congelación de los salarios y a alcanzar una libertad de acción cada día más amplia. Estas luchas ofrecen una significación más evidente que nunca y estallan y se prolongan en un clima muy diferente del de otros tiempos. Las huelgas generales de Getafe y del Bajo Llobregat, la tenacidad de los mineros de Asturias, el malestar creciente de los ferroviarios militarizados, el auge del movimiento de Asambleas, la constitución de Comisiones gestoras, asesoras o negociadoras al margen y, en ciertos casos, contra el aparato «sindical» en crisis, anuncian movimientos todavía más potentes y mejor estructurados, en los que el proletariado se afirmará como lo que es: la principal fuerza social del país.

De él, de su conciencia de clase y de su sensibilidad política, depende en gran parte que la lucha general por la liberación de los presos y por las libertades democráticas, que se refuerza y se extiende al compás de las batallas reivindicativas, cobre una significación tal que anule las manipulaciones que tienden a favorecer simples cambios de fachada y la estabilización del capitalismo bajo la monarquía juancarlista. Fraga y otros «liberales» de turno han resucitado no ha mucho la falacia de la «revolución por arriba» de Maura. Nosotros estamos por la transformación revolucionaria por abajo, por las masas y con las masas trabajadoras. Y por eso también pensamos que hay que liquidar toda la mecánica de la dictadura franquista para crear las condiciones de la marcha hacia el socialismo.

NOTAS EDITORIALES

ESPAÑA, PLATAFORMA ESTRATÉGICA

DE LOS ESTADOS UNIDOS

A fines de Enero, operando con una precipitación que ha maravillado a todo el mundo, los señores Kissinger y Areilza firmaron solemnemente en Madrid un « Tratado de amistad y de cooperación militar » que prolonga y consolida por cinco años la subordinación política y militar de España al imperialismo norteamericano. El « liberal » Areilza, que en sus tiempos de embajador franquista fue uno de los artífices de los acuerdos de 1953, ha manifestado su profunda satisfacción.

No era para menos. En 1953, los Estados Unidos, mediante un ignominioso acuerdo de compra-venta, salvaron del colapso a la economía franquista (Garrigues, otro ministro « liberal » que también sirvió a Franco como embajador, lo reconoció en varias ocasiones), instalaron sus primeras bases en España y ayudaron al « Caudillo » a mantenerse en el poder. Ahora, Washington acaba de demostrar que tiene un sentido de la continuidad tan firme con Areilza y Garrigues. En una verdadera carrera contra reloj, ha hecho lo necesario para apuntalar sin más espera la monarquía reaccionaria de Juan Carlos y reforzar el sector sur de la Alianza Atlántica.

Desde 1953, los Estados Unidos y la España franquista habían firmado seis acuerdos. El que se ha suscrito últimamente es el más importante de todos. En primer lugar reviste carácter de « tratado » y tendrá que ser ratificado por el Senado norteamericano y las Cortes franquistas. En segundo lugar, bajo el pretexto de que España se « democratiza », Washington espera vencer las resistencias que habían opuesto algunos gobiernos europeos contrarios por los socialistas a la incorporación de España a la OTAN.

El nuevo tratado prevé la constitución de un « consejo hispano americano » y de un « estado mayor combinado », una ayuda de 1.222 millones de dólares (735 millones de ayuda militar, 450 millones de créditos a la importación y 35 millones a título de asistencia técnica y cultural), es decir, el doble de la suma propuesta por Washington al principio de las negociaciones y la mitad de la reclamada por el gobierno franquista. La ayuda militar está

destinada a modernizar las Fuerzas Armadas y el sistema de alerta de España.

En lo que se refiere a las bases, los Estados Unidos conservarán todo su dispositivo en nuestro país: la gran base aeronaval de Rota, las bases de Torrejón, Zaragoza y Morón, el polígono de tiro de las Vardenas Reales y dieciocho instalaciones secundarias. En total, 24 bases y campos, lo que supone una verdadera ocupación militar del país. El Pentágono se ha comprometido a retirar... el 1º Julio de 1979 los submarinos nucleares de la base de Rota, pero esta «concesión», esgrimida por Areilza como un gran triunfo, no tiene una gran significación estratégica ya que para entonces los Estados Unidos dispondrán de ingenios balísticos de gran alcance (programa «Trident»), lo que les permitirá prescindir de algunas de sus «bases navales avanzadas».

Años atrás, cada vez que se planteó la cuestión de la renovación de los acuerdos hispano-yanquis, aparecieron en la prensa franquista artículos y comentarios sobre los peligros que éstos podían suponer para España en caso de conflicto internacional. El general Martínez de Campos llegó a escribir que habíamos «aceptado grandes riesgos sin honores y ventajas» y que las bases, salvo la de Rota, tenían ya «más importancia como centros de atracción de trayectorias enemigas que como centros de partida de trayectorias occidentales». Y no faltaron los políticos, periodistas y críticos militares que reclamaron pura y simplemente la evacuación de las bases norteamericanas. El propio Areilza insinuó esa posibilidad en un artículo sibilino publicado en «La Vanguardia» de Barcelona en Marzo de 1970. Cabe decir, sin embargo, que todas esas críticas y reticencias tenían un fuerte tufo de chantaje. En realidad, sus autores amenazaban para obtener mejores condiciones en las negociaciones con Washington, ya que, por razones políticas y económicas, consideraban poco menos que indispensable la alianza militar con los Estados Unidos.

Ultimamente, los comentarios y las críticas han sido más discretos. Incluso la «oposición» burguesa, que se va convirtiendo poco a poco en oposición de su Majestad, parece inclinarse ante el tratado. En plena euforia de «liberalización», son pocos los que se han atrevido a decir que las Cortes franquistas no representan nada y que lo lógico sería que un acuerdo de esa naturaleza fuera sometido a la ratificación de una Asamblea realmente representativa. Así las cosas, no hay que descartar que el tratado elaborado por Areilza y sus predecesores sea aprobado a breve plazo por las Cortes franquistas, puestos que éstas, en lugar de ser disueltas definitivamente, han sido prorrogadas por la voluntad del gobierno y del Rey.

En 1961, Gil Robles, Tierno Galván, Ridruejo, Prados Arrarte y otros se dirigieron al presidente Kennedy pidiéndole ayuda para «facilitar la evolución del país»; al propio tiempo, le aseguraron que una España democrática concedería a los Estados Unidos derechos equivalentes o superiores a los concedidos por los franquistas. «TRIBUNA SOCIALISTA» se levantó contra tal iniciativa en los términos siguientes: «La liquidación de la dictadura franquista debe abrir en España una nueva etapa política y tiene que implicar el fin de toda subordinación de tipo colonial, económica, política o militar. España debe dejar de ser una plataforma estratégica para convertirse en un pueblo libre, dueño de sus destinos. Eso presupone una política de neutralidad y de oposición a la división del mundo en bloques militares y la evacuación de las bases norteamericanas y de los depósitos de bombas atómicas». Nada tenemos que agregar a lo que dijimos entonces. Salvo que esperamos que la oposición obrera y revolucionaria combatirá contra la ratificación del tratado Kissinger-Arelza, que es mucho más vergonzoso que los acuerdos anteriores porque tiende a estabilizar la monarquía de Juan Carlos y se ha impuesto sin consultar al país, en nombre de una hipócrita «democratización».

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN PORTUGAL

El reflujo del proceso revolucionario portugués, iniciado el 10 de Junio de 1975 con la retirada de los ministros socialistas del gobierno del general Gonçalves, y completado por una campaña sin precedentes, dentro y fuera del país, contra las conquistas de los trabajadores y de las masas oprimidas, condujo al golpe de derecha del 25 de Noviembre, primera derrota importante de las fuerzas de la Revolución desde el hundimiento de la dictadura caetano-salazarista, en Abril de 1974.

Se ha discutido mucho sobre el sentido y la significación del 25 de Noviembre. La gran prensa burguesa lo ha presentado como una suerte de «putsch» de los oficiales gonzalvistas ligados al Partido Comunista. Pero todos los observadores serios y objetivos rechazan semejante interpretación. Los sargentos y los soldados de Tancos no se proponían dar un golpe de Estado, sino obtener la dimisión de sus mandos y frenar el proceso de «normalización» de las Fuerzas Armadas comenzado por el gobierno Azevedo y organizado por el «estado mayor» clandestino del entonces teniente coronel Ramalho Eanes, que desde hacía bastante tiempo trabajaba a la sombra de la Presidencia de la

República y del Estado Mayor del Ejército. Pues bien, fue el grupo de Eanes, protegido por Costa Gomes, el que dirigió la réplica a los paracaidistas y el que aseguró la liquidación de la izquierda militar revolucionaria.

Si la izquierda militar y las organizaciones revolucionarias hubieran tenido el propósito de dar un golpe de Estado, los acontecimientos se hubiesen desarrollado de una forma muy distinta y, probablemente, habría habido graves enfrentamientos armados. Mas no fue así. La rebelión de los paracaidistas sorprendió a casi todo el mundo y en primer lugar a las organizaciones revolucionarias. Es verdad que, al principio, la dirección del P.C. y ciertos grupos revolucionarios, cada uno a su manera, trataron de servirse del movimiento de los paracaidistas para «ganar posiciones», como nos lo han dicho algunos observadores directos de los hechos. Ahora bien, Cunhal retrocedió en seguida (de ahí las acusaciones de traición formuladas contra el P.C. por algunos oficiales y militantes revolucionarios), y las organizaciones revolucionarias, desconcertadas, oscilaron entre diversas actitudes contradictorias. En todo caso, nadie intentó movilizar realmente a los trabajadores ni llevar la lucha hacia una ofensiva frontal contra el gobierno y por el poder.

En cambio, es evidente que las fuerzas derechistas y centristas aprovecharon tan excelente ocasión para dismantelar la izquierda militar revolucionaria, «restablecer la disciplina» en los cuarteles y en la flota y modificar brutalmente la correlación de fuerzas asestando un rudo golpe al proceso revolucionario. Por consiguiente, el golpe del 25 de Noviembre fue esencialmente un golpe derechista y contrarrevolucionario. Todo lo que ha sucedido en Portugal ulteriormente lo confirma sin lugar a dudas.

El cambio en la correlación de fuerzas se expresa con perfecta claridad a través de la ofensiva centrista y derechista contra las conquistas de la Revolución (reforma agraria, nacionalizaciones, control obrero de la producción, democratización del Ejército, Comisiones Obreras y de Moradores, etc) y contra las fuerzas políticas predominantes en la fase anterior, incluso contra el grupo de Melo Antunes y determinadas tendencias del Partido Socialista.

La nueva política del gobierno Azevedo (ese gobierno que se declaró en huelga cuando se sentía impotente ante la ofensiva de las masas y que ha sabido maniobrar luego con tanta astucia), en particular la represión contra la izquierda militar y las organizaciones revolucionarias, la reciente «redistribución» de la prensa, las medidas de «austeridad» económica que tienden a reducir el nivel de vida de los trabajadores, el encarcelamiento de

Otelo de Carvalho y la liberación de los ministros de Salazar, la reaparición en la escena política de los elementos spinolistas y los sangrientos incidentes de Oporto y de Lisboa, han suscitado un fuerte pesimismo en los medios obreros y revolucionarios. Por eso, algunos hablan ya de un «resurgimiento del fascismo» y de un próximo «golpe a lo Pinochet». Semejante análisis nos parece completamente exagerado.

Sería absurdo negar que el golpe del 25 de Noviembre ha abierto una etapa plena de peligros para el proceso revolucionario. Todo será ahora más complicado y más difícil; pero el descalabro de la izquierda militar revolucionaria, hecho de una gravedad extraordinaria y que habría que analizar a fondo, no ha ido acompañado de un descalabro semejante en el movimiento obrero. La clase trabajadora y los campesinos que se han incautado de las tierras conservan sus posiciones. Los sectores reaccionarios no han logrado imponer el gobierno que deseaban, ni quebrar el impulso revolucionario. La contraofensiva es posible a condición de que las fuerzas obreras y revolucionarias sepan hacer el balance crítico de toda la experiencia realizada, unificar sus esfuerzos, contrarrestar el maquiavelismo oportunista del stalinismo y el derechismo suicida de Soares y recoger las aspiraciones de las masas obreras y campesinas en un programa de transición ajustado a la realidad. Ese programa tiene que partir de la defensa de las conquistas de la Revolución y situarse, sin ambigüedades oportunistas ni demagogias maximalistas, en la perspectiva del socialismo. Todo esto es especialmente apremiante en un momento en que el horizonte comienza a despejarse en España, lo que permite augurar una confluencia de las fuerza obreras y revolucionarias portuguesas y españolas y la lucha común por la libertad y el socialismo en toda la Península Ibérica.

CRISIS DEL STALINISMO Y EVOLUCION

DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

La crisis del stalinismo y del movimiento comunista internacional nos ha permitido ya asistir a acontecimientos tan espectacular como la disidencia yugoslava, el XX Congreso del P.C. de la URSS, el Octubre polaco, la Revolución húngara, la ruptura Moscú-Pekin la primavera de Praga y su aplastamiento por los tanques rusos y la «revolución cultural» china. Pero como el proceso es largo y complejo, no hay que excluir que podamos ser testigos en los próximos años de convulsiones y conflictos to-

davía más importantes para el futuro del socialismo en el mundo.

Los que se vienen produciendo desde hace algunos años en los partidos comunistas de Europa occidental resultan menos espectaculares, aunque no dejen de tener su valor. Nos referimos, claro está, a la evolución de las organizaciones de Italia, España y Francia especialmente, fenómeno que provoca en la actualidad muchas discusiones en el movimiento obrero europeo y levanta numerosos interrogantes en el interior de los partidos socialistas.

Como siempre en estos casos, las opiniones son muy divergentes. Veamos primeramente el caso de los socialistas (y de ciertos sindicalistas). Para los que han renunciado a la transformación revolucionaria de la sociedad y han ligado su suerte a la burguesía liberal o al imperialismo norteamericano, la evolución de los partidos comunistas es meramente táctica y no merece ser objeto de análisis especiales. En cambio, para los socialistas que sólo pueden aspirar a jugar un papel y llegar al poder colaborando con los comunistas, la evolución de estos últimos es fundamental y puede contribuir a modificar la relación de fuerzas y las perspectivas en el movimiento obrero de nuestro continente. Evidentemente, estos juicios suelen ser muy poco objetivos y están generalmente inspirados por oportunismos de signo distinto, pero igualmente deleznable.

Los marxistas revolucionarios nos colocamos en otro terreno. Para nosotros, las preocupaciones tácticas están subordinadas a los principios. No hemos hecho jamás la menor concesión al stalinismo, verdadero cáncer del movimiento socialista. Y no pensamos hacerlas tampoco ahora. El hecho de que la experiencia histórica nos haya dado la razón nos obliga a observar un rigor que posiblemente algunos juzgarán desplazado ante la evolución de los partidos comunistas occidentales.

Comenzaremos por decir que el revisionismo de que hablan, con escándalo los maoístas data de hace muchos años. Trotsky dijo que Stalin revisaba el marxismo con las botas de la G.P.U., y esto era cierto. Pero sin ir más lejos, las teorías del frente popular y de la « unión nacional » nacieron en los años 30, tras la liquidación del período del « socialfascismo », que ahora resucitan ciertos partidarios del « pensamiento de Mao ». Y fue en 1944 cuando el P.C. de España se inventó la célebre « Junta Suprema de Unión Nacional », que pretendía ser un anticipo de las alianzas oportunistas que se preconizan hoy.

Sin ahondar más en el pasado, abordemos el presente. Siguiendo al P.C. de Italia, los dirigentes comunistas de Francia y de

España no vacilan en criticar determinados aspectos de los regímenes existentes en la URSS y en los países del Este y en particular la política de represión contra los disidentes. La audacia más reciente ha consistido en condenar los campos de concentración rusos, cosa impensable años atrás. Pero estas críticas y condenas no van más allá de la reprobación moral y no implican nunca un análisis social y político del despotismo stalinista. Son críticas y condenas minuciosamente calculadas, impuestas por la necesidad de ofrecer otro rostro a los trabajadores y a la opinión en general, mejor informados hoy que en los años 30 o 40. Y no suponen nunca una diferenciación precisa con respecto a la política interior y exterior de la burocracia del Kremlin.

Los dirigentes de los partidos comunistas de Francia y España han abandonado precipitadamente estos días la concepción de la dictadura del proletariado, lo cual ha causado una fuerte impresión en ciertos medios de la pequeña burguesía intelectual. Pues bien, en este dominio, estamos en plena mistificación. La noción de dictadura del proletariado, definida por los clásicos socialistas, Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo (esta última decía que era «la democracia sin límites»), fue reemplazada hace ya muchos años por la práctica de la dictadura absolutista de la burocracia en la URSS y en las «democracias populares». ¿Es que los dirigentes comunistas franceses y españoles renuncian a esta práctica? En ese caso, deben explicarse con mayor claridad y llamar a las cosas por su nombre allí donde reina el «socialismo» burocrático. Porque, entre otras cosas, vale la pena recordar que Alvaro Cunhal renunció mucho tiempo antes que ellos a la dictadura del proletariado y ello no le ha impedido realizar en Portugal una política que tendía a instaurar una dictadura militar-burocrática de tipo stalinista.

Después de la trágica experiencia del stalinismo, estamos en una época en que no pueden hacerse las cosas a medias. No basta con proclamar a los cuatro vientos que el socialismo de mañana, en Italia, España o Francia, tendrá no sabemos que «colores» nacionales específicos o que se marchará hacia él por la «vía democrática». No basta con charlar sobre el «pluralismo» al mismo tiempo que se siguen desarrollando prácticas de absorcionismo, de imposición o de exclusión, contra los que discrepan de la santa «línea», que por visto tampoco ha dejado de ser genial.

La evolución de los partidos comunistas de Europa Occidental es una consecuencia de la crisis mundial del stalinismo. El centro de gravedad de la crisis está en el propio Kremlin, donde se afrontan tendencias muy diferentes. No es cosa fácil ver claro en las luchas inter-burocráticas. Parece seguro que una de estas ten-

dencias, la que opone más reparos a la política de «coexistencia pacífica», desearía poner un cierto «orden» en el movimiento comunista internacional, liquidando las relativas autonomías de que vienen disfrutando algunos partidos nacionales y, desde luego, todo tipo de «policentrismo». Ahora bien, por el momento prevalece la tendencia que estima que la política de «coexistencia pacífica», insustituible por razones económicas, políticas y militares, aconseja dejar un margen de autonomía y de maniobra a los partidos comunistas de los países capitalistas, principalmente a los de Europa Occidental, donde la lucha es muy compleja y donde éstos no pueden progresar ni escalar el poder sin efectuar toda clase de «compromisos históricos» y manifestar una cierta independencia, por formal que sea.

Esto quiere decir que los partidos comunistas de Europa occidental no están desprovistos de apoyos en Moscú y no operan exclusivamente por su cuenta y riesgo. Mas la libertad de maniobra de que disponen presupone fatalmente peligros de «desviación», como lo han probado las experiencias de los partidos polaco, húngaro y checo. Contrariamente a lo que se imaginan algunos, los partidos comunistas no están formados por autómatas y, en el caso de Europa occidental, son más sensibles que en otros tiempos a las presiones de la sociedad burguesa y de la clase trabajadora y sus dirigentes, sometidos también a múltiples presiones, tienen una tendencia irresistible a adaptarse a «sus» realidades nacionales y a emanciparse de la tutela del Kremlin. El ideal de estos últimos sería llegar a un compromiso con la burocracia rusa que les permitiera elevar al máximo su autonomía a cambio de respetar la estrategia global del Kremlin en la arena mundial.

En fin, lo más importante para el movimiento obrero y para el socialismo es que la crisis del movimiento comunista internacional y sus repercusiones en Europa Occidental aceleran el proceso de liquidación de las mitologías y de las falsificaciones stalinistas, plantean graves y nuevos problemas a los partidos comunistas y liberan fuerzas e ideas que antes no podían manifestarse. El porvenir es el socialismo, pero el socialismo sólo tiene porvenir si rompe con la caricatura monstruosa que es el despotismo burocrático stalinista y no renuncia a la transformación revolucionaria del mundo.

LAS CONTRADICCIONES DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Dos conferencias socialistas recientes, la de Elsinor (Dinamarca) y la de París, han colocado en el primer plano de la actuali-

dad los problemas y las contradicciones presentes de la socialdemocracia europea. Nadie ignora que ésta ocupa un lugar especial en nuestro continente y que, de un tiempo a esta parte, interviene, con mayor cohesión y eficacia que en el pasado, en los acontecimientos más diversos. Por ejemplo, en el proceso revolucionario portugués, donde ha jugado un papel francamente negativo.

El elemento motor de la socialdemocracia europea es el S.P.D. alemán. Es el partido socialista más fuerte de Europa, ejerce una hegemonía aplastante en el movimiento obrero y dirige el gobierno, influye poderosamente en la orientación de los partidos escandinavos y austriaco, ha sido el progenitor del partido portugués y el principal animador de la renovación del partido español. Por si fuera poco, el S.P.D. ha extendido su radio de influencia a África y América Latina y se propone incorporar a la Internacional Socialista a numerosas organizaciones reformistas de dichos continentes.

Las aspiraciones de la socialdemocracia, que, como se sabe, abandonó el programa socialista tradicional en 1959, en Bad-Godesberg, y lo reemplazó por un pragmatismo mediocre, digno de un partido pequeño burgués moderadamente radical, inquietan a los socialistas de diversos países y de un modo particular a las tendencias de izquierda. Estas últimas subrayan con frecuencia que los dirigentes socialdemócratas alemanes están muy ligados a la política de Washington, lo que es rigurosamente exacto.

En la conferencia de Elsinor hubo un enfrentamiento entre Mitterrand y Schmidt (el dirigente más derechista del S.P.D.) a propósito de la política de colaboración con los comunistas en Francia y en otros países del sur de Europa. Este enfrentamiento no fue el primero y no será el último. Los socialdemócratas alemanes se sienten fuertemente preocupados ante la evolución política y social de los países del sur de Europa. Al igual que Washington, temen los cambios que pueden producirse en los años próximos en Italia, España y Francia. Y están dispuestos a impedir o contener esos cambios en límites que no rompan el equilibrio actual de la Europa capitalista. El éxito temporal de su intervención para frenar el proceso revolucionario portugués les incita a persistir en su línea de conducta.

Los socialistas franceses se encuentran en otro contexto y tienen otros problemas. Para escapar a la tutela que pretenden ejercer los socialdemócratas alemanes convocaron a fines de Enero una conferencia de los partidos socialistas del sur de Europa, en la que participaron las organizaciones de Italia, España, Portugal, Bélgica y Grecia. Los temas examinados en esta

conferencia no fueron los que suelen preocupar a la socialdemocracia alemana. La nota diferencial más importante la dio un dirigente socialista francés al declarar que «el socialismo está al orden del día en la Europa del sur». A partir de esta declaración general, los delegados trataron de elaborar los elementos de una «estrategia de ruptura con el capitalismo», afirmaron la «posibilidad de tomar nuestras distancias con respecto al imperialismo norteamericano sin vernos obligados a una modificación de las alianzas que nadie desea», «la necesidad de arrancar al poder del dinero los resortes principales de la economía mediante las nacionalizaciones que se imponen» y proclamaron que en la «Europa del sur no puede haber democracia sin la participación de todas las fuerzas de izquierda» y que «la autogestión se está convirtiendo en la marca de identidad socialista».

Pero todas estas declaraciones, y otras del mismo tipo que figuraban en los informes presentados a la conferencia, no condujeron ni a la elaboración de una política bien definida ni a la creación de un organismo regional, cosa, no obstante, perfectamente posible en el marco de la Internacional Socialista. Mitterrand se esforzó en atenuar el radicalismo verbal propio de ciertos socialistas meridionales e insistió en que se trataba de una «reunión de amigos, de una confrontación de experiencias, de un debate de ideas». Esta moderación fue impuesta por la realidad concreta: Soares estaba en... Washington y sus representantes dieron versiones contradictorias de la situación portuguesa, los socialistas italianos colaboran con la democracia cristiana, los socialistas españoles conservan lazos muy estrechos con la socialdemocracia alemana y los socialistas griegos (simples observadores) insistieron en decir que la «actitud frente al imperialismo es decisiva» y que «Portugal, España y Grecia constituyen una comunidad diferente» de los otros países de Europa, del norte o del sur.

Los resultados de la conferencia de París fueron más bien magros. Sin embargo, la evolución de los acontecimientos en Portugal, España, Italia y Francia puede contribuir a acelerar el proceso de diferenciación en el seno de la socialdemocracia europea y de los propios partidos socialistas del Sur. La crisis económica y social del capitalismo en estos países es más grave que en el norte europeo. La liquidación de la dictadura franquista, las luchas sociales en Portugal, Grecia, Italia y Francia pueden modificar radicalmente el panorama político y favorecer un movimiento de masas anticapitalista que coloque efectivamente el socialismo al orden del día en el sur de Europa.

Tres meses después de la muerte de Franco

LA LUCHA POR LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO EN ESPAÑA

por Wilebaldo SOLANO

Tres meses después de la desaparición de Franco, las discusiones y las polémicas giran alrededor de un tema que lógicamente tendría que estar superado : ¿ sigue todo igual o ha cambiado algo en España ? Y en este último caso, ¿ qué valor hay que conceder a los cambios que se han producido hasta el presente ? Las respuestas suelen ser muy distintas y con frecuencia contradictorias. Los mismos comentaristas que declaran un día que ha habido cambios importantes se rectifican poco después para proclamar que las cosas están como estaban.

Tales oscilaciones son en cierto modo naturales en una situación tan compleja como la que estamos viviendo y no responden solamente a meras reacciones de tipo impresionista. Nos encontramos ante las primeras consecuencias concretas de una larga crisis, la de un régimen de dictadura totalitaria que se ha prolongado interminablemente por la voluntad de una burguesía implacable y mediocre y por la impotencia de las fuerzas llamadas a combatirlo, traumatizadas por la derrota de 1939 y un período de represión y de terror casi sin precedentes en los tiempos modernos.

La muerte de Franco, como ayer la de Salazar o la de Stalin, no ha hecho más que contribuir a acelerar un proceso que estaba en marcha, con sus avances y sus retrocesos, o con las « aperturas » y los « cierres » del poder dominante. Aunque cada día más débilmente, el autócrata era un elemento de cohesión o, mejor dicho, de freno a la disgregación de las fuerzas políticas y sociales de la dictadura. Pero él y su camarilla ya no jugaban el papel que a veces se les atribuía. La mejor prueba de ello es que la muerte de Franco y la dispersión de la camarilla no ha supuesto el hundimiento automático del régimen.

Todo estaba previsto desde hacía bastante tiempo para evitar un derrumbamiento de esa naturaleza. Y en primer lugar la rápida proclamación de Juan Carlos — al amparo de la Ley terrorista y del « Plan Lucero » — y la espectacular conversión a la

«democracia» del monarca y de las fuerzas políticas comprometidas en la operación. En este sentido, la unanimidad era casi perfecta. Se abría «una nueva etapa de la historia de España» sin romper con el pasado y condicionando estrechamente el futuro. Eso es lo que vino a decir Juan Carlos en su discurso ante las Cortes franquistas y lo que bendijo con entusiasmo el cardenal Tarancón en la ceremonia religiosa de coronación.

A primera vista, la continuidad parecía asegurada. Por lo demás, mientras en las alturas se realizaba la gran manipulación dándole un tinte de «renovación», el país, paralizado por los temores que habían engendrado la Ley terrorista y las amenazas de las bandas fascistas, permanecía a la expectativa. Pero ¿estaba todo «tan atado y bien atado» como lo había dicho Franco repetidamente? Los acontecimientos iban a demostrar bien pronto que había una enorme diferencia entre las apariencias y las realidades.

La unanimidad en lo referente a la «sucesión» encubría y encubre divergencias graves y profundas en materia de «evolución» y de «democracia», divergencias que arrojan mucha luz sobre los avatares del régimen franquista en los últimos años. Contrariamente a lo que se imaginan los portavoces del marxismo vulgar, la burguésia no es monolítica. Se compone generalmente de diversas fracciones. Según las coyunturas, una u otra de éstas surge y se afirma para defender los intereses del conjunto de la clase e instalar su personal político particular al frente del aparato del Estado. Lo que está ocurriendo actualmente en nuestro país, donde, por otra parte, el peso de la casta militar, de la jerarquía de la Iglesia y de la burocracia falangista complica todavía más la situación, ilustra este punto de vista.

Los sectores que desearían mantener lo esencial de la dictadura franquista se han ido reduciendo progresivamente mientras iban aumentando los que quieren preservar la dominación capitalista mediante formas de poder menos rígidas y brutales y no ven más salida, frente al ascenso de las aspiraciones de las masas laboriosas, que ligar a España al sistema burgués europeo o, dicho en su lenguaje mistificador, «homologarla con los países del Mercado Común». En principio, estos últimos tendrían que prevalecer e imponer sus posiciones. Ahora bien, se encuentran paralizados entre el miedo a la clase obrera y a las masas populares en general y la presión de la derecha reaccionaria y fascista, que ocupa puestos importantes en el aparato del Estado, en el Ejército y en la Iglesia.

Esta situación explica lo que viene sucediendo desde la muerte de Franco y la proclamación de la monarquía.

EL GOBIERNO ARIAS-FRAGA-SOLIS

Se ha hablado muy poco de la composición y de la significación del primer gobierno de la monarquía juancarlista. Y, sin embargo, bien vale la pena concederle una cierta atención. Se ha dicho, eso sí, que es un gobierno que hubiera podido ser nombrado por Franco. Mas no se ha subrayado bastante que es un gobierno de frente único de todas las fuerzas sociales y políticas de la dictadura. La gran burguesía está directa y ampliamente representada por los señores Villar Mir (Vicepresidente económico y presidente de varias grandes empresas), Garrigues (presidente o consejero de firmas ligadas al capital yanqui), Osorio (consejero de ESSO), Pérez Bricio (presidente de la Unión de Empresas Siderúrgicas), Calvo Sotelo (de Explosivos Río Tinto). La casta militar ocupa una posición especial, con cuatro ministros, uno de ellos, el general Santiago, Vicepresidente de Defensa Nacional. La burocracia falangista ha conservado los ministerios de Trabajo, Movimiento y Relaciones Sindicales (Solís, Suárez y Martín Villa). La Iglesia tiene varios delegados directos o indirectos, entre ellos Garrigues y Oreja. Por último, Areilza y Fraga son los abanderados de los sectores de la burguesía más interesados en incorporar a España al Mercado Común y a la Alianza Atlántica.

Por las razones indicadas más arriba, este gobierno está en crisis desde el día de su constitución. Cuando se formó, fue absolutamente incapaz de definir un programa. Tuvo que esperar hasta el 28 de Enero para exponer la síntesis desconcertante de sus contradicciones, y esta no podía ser más inquietante. Por boca de Arias Navarro, el sucesor que Franco dio a Carrero Blanco y que Juan Carlos adoptó, el gobierno « reformador » trazó los límites de la « evolución » que se propone impulsar. Con su léxico primitivo y autoritario Arias Navarro echó por tierra toda la demagogia liberalizante que Areilza y Fraga Iribarne venían desfilando en la prensa extranjera.

Fraga y Areilza han repetido en innumerables ocasiones que quieren inspirarse en el ejemplo de Grecia y no en el de Portugal. Se comprende perfectamente. Mas Caramanlis, que no es precisamente un hombre de izquierdas, en menos de una semana restableció las libertades democráticas, liberó a los presos políticos, autorizó el retorno de los exiliados y no creó impedimentos a la reorganización de todos los partidos políticos, incluso los grupos revolucionarios. Y en Grecia, donde un referéndum puso fin a la monarquía, también hubo una fuerte represión y está muy presente el recuerdo de una guerra civil sangrienta, posterior a la española. Esta diferencia entre lo sucedido en Grecia y lo que está pasando en España da la medida de lo que representa el go

bierno Arias-Fraga-Solis, ese gobierno al que algunos quieren ofrecer treguas para que lleve a cabo su política.

El balance de tres meses de gobierno monárquico-franquista no podía ser peor. El aparato del Estado franquista permanece intacto, con su Consejo del Reino, sus Cortes, su Movimiento, su legislación y sus mecanismos de represión. Ni siquiera se ha derogado la Ley terrorista aprobada le verano pasado con el asentimiento de Juan Carlos. Franco gobernó mucho tiempo sin ella, pero el gobierno del rey nos hace la concesión de atenuarla. Los presos siguen en las cárceles y las promesas de amnistia se han quedado en una posible «reducción de la población penal». Como la «libertad puede convertirse en anarquía y conducir a la desintegración de la comunidad», el gobierno no restablecerá las libertades democráticas y se contentará con observar ciertas tolerancias selectivas, muchas de las cuales ya existían en los últimos tiempos de Franco, puesto que habían sido impuestas por las presiones internacionales. En lo que respecta a la libertad sindical, se deja al mal llamado «Congreso sindical» la reforma de la C.N.S. Como una «monarquía plebiscitaria es la negación misma de la institución monárquica», el gobierno se propone revisar la Ley de sucesión, modificando las disposiciones relativas a la edad para reinar y a la regencia, al objeto de afianzar la nueva dinastía impuesta al país. En fin, se reformará la ley electoral y se elegirán, en condiciones no precisadas, dos Cámaras, una de ellas de estilo corporativo. Y se mantendrá en la ilegalidad al Partido Comunista y a todas las organizaciones obreras revolucionarias.

Deliberadamente, pasamos por alto todo lo relativo a la «política social», puesto que el gobierno monárquico no tenía necesidad de definirse: lo ha hecho en la práctica congelando los salarios y desarrollando el paro, facilitando la evasión de capitales, estimulando la inflación y desvalorizando la peseta, permitiendo u ordenando el «lock-out» de numerosas fábricas y minas, militarizando a los carteros y a los ferroviarios, utilizando el Ejército contra los obreros del «Metro» de Madrid, enviando las fuerzas de represión contra las asambleas, las ocupaciones y las manifestaciones de los huelguistas durante los meses de Enero y Febrero.

EL DILEMA CAETANO-CANOVAS

En un discurso pronunciado ante las Cortes, Fraga Iribarne declaró que el dilema actual para el régimen es «Caetano o Cánovas», la cual resume las contradicciones existentes en el seno del gobierno. «Con todos los respetos para Caetano» (increí-

ble pero exacto), Fraga se pronunció por Cánovas. No es la primera vez que un político de la especie de Fraga se reclama de la conducta que Cánovas del Castillo observó tras la restauración monárquica de 1874. Algo parecido manifestaron en los años 60 hombres como López Rodó o Fontana Codina. Resucitar y reva-lorizar en 1976 el canovismo es francamente delirante, y, en todo caso, el hecho confirma el profundo espíritu reaccionario que anima a los hombres más « liberales » de la monarquía juancarlista y su falta de imaginación y de envergadura política. Podría explicarse que un político burgués de hoy se reclamara de Jovellanos, o de Mendizábal, pero es sencillamente el colmo que tengamos que vernos obligados a hablar de Cánovas del Castillo.

Entrando en el dominio de los paralelos históricos, resulta absurdo establecer una comparación entre la España de 1874 y la de 1976, entre la Restauración de Alfonso XII y Cánovas y la monarquía de Juan Carlos y Fraga. La Restauración de 1874 se produjo tras el período revolucionario de 1868-1873, el fracaso de la I República y el golpe de Estado del general Pavia, en una etapa de reflujo y de agotamiento de las energías populares. La instauración de Juan Carlos no ha venido tras el golpe de Estado de Franco, la Revolución y la guerra civil de 1936-39, sino tras cerca de 40 años de dictadura franquista, cuando el país ha restañado las heridas de tales acontecimientos y se encuentra en una fase de profunda renovación y de ruptura con el pasado reciente. Cánovas descubrió un Sagasta para establecer el famoso e inmortal turno de los partidos de los « años bobos » (así se les conoce históricamente), que fueron también años de caciquismo y de ignominia, años de saqueo de las riquezas del país por el capital extranjero, y no tuvo frente a él un movimiento obrero potente, puesto que el anarquismo y el socialismo apenas comenzaban a organizar a los obreros y a los campesinos.

La situación de 1976 es completamente diferente, incluso haciendo las salvedades naturales de tiempo y de espacio. Admitiendo que Juan Carlos y Fraga puedan equipararse a Alfonso XII y a Cánovas, lo que es mucho admitir, todos los Sagastas en ciernes, tan solicitados en estos momentos, no podrán jugar al tranquilo « turno de los partidos » de aquellos tiempos. La propia burguesía está en otra fase de desarrollo y acabará por encontrar hombres superiores a Fraga y el proletariado constituye una fuerza social formidable, con el que no será posible maniobrar como en los años de la Restauración. Si el horizonte de Fraga es Cánovas, su destino está sellado. Con toda probabilidad, Fraga, en lugar de ser ese « ciclón » de que nos hablan sus admiradores interesados, resultará una estrella fugaz y pasará por el firmamento de la España de hoy con más velocidad que el propio Juan Carlos.

El canovismo trasnochado de Fraga quizás pueda explicarse gracias a este juicio del escritor conservador Salvador de Madañaga: « Los pilares sobre los que se constituyó la Restauración fueron la fuerza y la ficción. Se votó una Constitución para gobernar por encima, por debajo, alrededor y a través de ella, pero nunca honradamente con ella ». Todo el mundo sabe que Fraga adora la autoridad y la fuerza. No hace mucho dijo que él, como ministro de la Gobernación, tenía « el monopolio de la violencia ». Ahora bien, la experiencia está demostrando que es también un enamorado de la ficción. Porque todas sus declaraciones sobre la « democracia », por lo general a los periódicos y a las televisiones del extranjero, han sido desmentidas por la práctica del gobierno en el que pretende ejercer un papel predominante.

La única semejanza de la política del gobierno Arias-Fraga-Solis con la de Cánovas reside en que se basa asimismo en la fuerza y en la ficción. Sería inútil insistir sobre la fuerza, pero no está de más llamar la atención sobre la ficción. Entre otras cosas, este gobierno, que tiene el cinismo de teorizar sobre la democracia, de establecer discriminaciones entre las fuerzas de la oposición y de condenar a algunas como totalitarias, nos está preparando ficciones más escandalosas que las del propio Franco. En efecto, no hay que excluir que la próxima « consulta electoral » sea un referéndum para legalizar esa monarquía a la que Arias ha atribuido ya una « triple legitimidad », pero que no entusiasma a casi nadie. Referéndum que, evidentemente, se celebraría sin haber restablecido las libertades democráticas y eliminando a las fuerzas políticas que no quieren integrarse en el « evolucionismo » actual.

No se sabe exactamente lo que se está tramando en realidad y todo dependerá en fin de cuentas de la lucha de clanes en el seno del gobierno y de la resistencia de las masas laboriosas a la política de la monarquía juancarlista. Sin embargo es ya bastante alarmante que se haya formado una comisión Gobierno-Consejo Nacional para preparar las « reformas » sugeridas por Arias Navarro en su discurso del 28 de Enero en las Cortes. Esto significa que el programa de Fraga, es decir, elecciones municipales en Noviembre de 1976 y elecciones generales en la primavera de 1977, puede sufrir fuertes alteraciones, suponiendo, claro está, que no sea una de las tantas ficciones del momento.

POR LA LIQUIDACION DE LA DICTADURA

El dilema que se plantea en el seno del gobierno quizás sea Caetano o Cánovas. Mas el dilema real, el dilema del país, el que está ya en la calle, como se ha puesto de relieve en las manifesta-

ciones de Valencia, San Sebastián, Bilbao, Burgos, Madrid y Barcelona, es muy otro y se resume en los siguientes términos; mantenimiento o liquidación de la dictadura. Lo planteamos así, claramente, porque tenemos un santo horror a las ambigüedades y a los subterfugios. Ya sabemos que se nos dirá que la «ruptura democrática» expresa el segundo término de la alternativa. Pero, la verdad, estamos hartos de leer declaraciones de hombres como Jordi Pujol, Ruiz Gimenez o Alvarez de Miranda en las que se navega entre dos aguas y se intenta atenuar la significación profunda que podría tener la palabra ruptura. Ha llegado la hora de una ruptura real, radical y, por consiguiente, hay que comenzar por el principio y proclamar que se impone la disolución del Consejo del Reino, del Consejo Nacional, de las Cortes, de la C.N.S., de todo el andamiaje político y «sindical» franquista.

A estas alturas no basta con repetir hasta la saciedad que la dictadura no puede «evolucionar hacia la democracia» y que la «paciencia» que solicita Areilza o la «tregua» que pide Martín Villa no están justificadas o son simples engaños. Y, desde luego, es totalmente inadmisible llamar, como lo hicieron en su declaración del 14 de Enero la Junta Democrática y Convergencia de Madrid, «a la responsabilidad de quienes estando en el poder dicen tener aspiraciones democratizadoras, a fin de que recapaciten sobre las muy serias consecuencias de no acertar a ver y valorar lo que de anhelos de libertad, democracia y justicia tienen los planteamientos que hoy está formulando el pueblo de Madrid». La ruptura efectiva con la dictadura presupone otro lenguaje y otra actitud.

Las «aspiraciones democratizadoras» de los Fraga y los Areilza son conocidas. Tienden simplemente a reformar el franquismo y a estabilizar la monarquía juancarlista, a crear un Estado fuerte, de carácter más o menos bonapartista, que escamotee las ansias de liberación de las masas laboriosas y mantenga a raya el movimiento obrero, los movimientos de emancipación nacional de Cataluña, Euzkadi y Galicia y las fuerzas revolucionarias. Por lo demás, dígame lo que se quiera, los Fraga y los Areilza no se sienten tan descontentos como pudiera parecer de tener a sus espaldas a los Arias y a los Solís. Ello les permite distinguirse, subrayar su semblante «democrático» y justificar sus aparentes impotencias. El juego parece sutil, pero no lo es. Por eso mismo, toda política de diálogo con estos personajes, indirectamente (a través de artículos y declaraciones) o directamente (por medio de entrevistas o cenas tan poco inocentes como las de Tierno Galván) constituye una burla para los presos que esperan su liberación, para los trabajadores en huelga y para todos los que luchan efectivamente por el derrocamiento de la dictadura.

Naturalmente, estas consideraciones nos llevan al problema central de la estrategia y de la táctica en la lucha contra la dictadura y la monarquía juancarlista. Para los dirigentes del Partido Comunista (y para Carrillo en particular, que ha resucitado en beneficio propio el culto a la personalidad), que, hay que reconocerlo, inspiran y dirigen la Junta Democrática y suelen influir a la Plataforma de Convergencia Democrática, las cosas son la mar de simples. Todo lo sucedido en España en los últimos tiempos les ha dado la razón. Ahí están — dicen — la «reconciliación nacional», el «acercamiento del pueblo y del Ejército», el «Pacto para la libertad», la «salida a la superficial», etc. Y, dando pruebas de una falsa modestia, invitan a todo el mundo a solidarizarse con su política.

No disponemos del espacio necesario para rebatir como convendría tales afirmaciones. Pero no tenemos más remedio que formular rápidamente algunas observaciones. El mejor síntoma de la «reconciliación nacional» es, por lo visto, «el cambio profundo en la Iglesia y en el seno de la sociedad». Tan profundo que el cardenal Tarancón fue el primero en ofrecer el apoyo de la Iglesia a la monarquía de Juan Carlos y al nuevo gobierno y que el Partido Comunista tiene que luchar por su problemática legalización y recabar el apoyo de todo el mundo para tratar de obtenerla. La mejor prueba del «acercamiento del pueblo al Ejército» es, a lo que parece, la creación de la Unión Militar Democrática, algunos de cuyos miembros han sido encarcelados y van a ser juzgados por esos generales a los que Carrillo se ha dirigido machacona y ridículamente en los últimos años. Pero lo más impresionante es, según tenemos entendido, el «Pacto para la libertad» y los «izquierdistas participando en él». Si el «Pacto para la libertad» es la Junta Democrática, habrá que reconocer que las ambiciones del P.C. eran mucho más limitadas de lo que parecía. Por lo pronto, la Junta, que pretendió al principio atribuirse la «representación de toda la oposición», ha tenido que reducir sus pretensiones a la realidad escueta del P.C., Calvo Serer y algunos satélites (como ciertas Alianzas socialistas fabricadas precipitadamente), replegarse en Cataluña y en otros lugares y negociar con la Convergencia Democrática, que por lo menos representa una alianza real de fuerzas autónomas. Dejamos de lado lo de ciertos «izquierdistas», sobre lo que habría mucho que decir. En todo caso, lo evidente es que el «Pacto para la libertad», tal como lo concebía Carrillo, está por hacer. En lo que se refiere a la «salida a la superficie», que fue en efecto, puro aventurerismo tiempos atrás, tiene hoy forzosamente otra significación puesto que las circunstancias han cambiado, como habían cambiado, por ejemplo, cuando cayó la dictadura de Primo de Rivera.

La política de « Pacto para la libertad » ha sido resumida recientemente por Carrillo del modo siguiente: « No se trata de formar un gobierno de izquierda, sino un gobierno de reconciliación nacional en el que se encuentren representadas las fuerzas sociales más amplias — desde los capitalistas a los trabajadores — e instituciones que, como el Ejército y la Iglesia, tienen que contribuir, directa o indirectamente, a que el tránsito de la dictadura a la democracia sea pacífico y ordenado ». Esta política es la reproducción mecánica de la que el P.C. preconizaba ya en 1944-45, en los tiempos en que montó aquella mistificación que se llamó la Junta Suprema de Unión Nacional, y de la que desarrollaron en aquella época algunos partidos comunistas, como el italiano. Pero la situación era completamente distinta. Togliatti entró en el gobierno de Badoglio, durante la guerra mundial, cuando Mussolini había sufrido un verdadero descalabro, la URSS mantenía una alianza con los Estados Unidos y los otros países de la coalición y las tropas norteamericanas ocupaban una parte importante de Italia.

Todo es diferente hoy. No estamos en plena guerra mundial, Los Estados Unidos, que ya no son aliados de la URSS, acaban de suscribir una alianza político-militar con el gobierno de Madrid para apuntalar la monarquía de Juan Carlos e incluir a España en la OTAN, la dictadura no ha sido derribada por una acción militar, y sus valedores, los de dentro y los de fuera, intentan reformarla y adaptarla a sus necesidades y a sus exigencias. La política de los dirigentes del P.C. sólo sería posible — y aun en ese caso tendría que ser seriamente corregida y enmendada — si se produjera en España un movimiento de masas capaz de poner en peligro no solamente la dictadura, sino también el propio régimen capitalista, o un golpe de Estado militar como el del 25 de Abril en Portugal. En tales condiciones, la burguesía no se contentaría con pedir el « pacto social » que reclama ahora para poder proseguir tranquilamente la operación política en que está embarcada, sino que trataría de establecer el « pacto político » que implora el P.C. Por el momento, las cosas se presentan de otra manera y Carrillo rechaza las dos eventualidades indicadas más arriba, ya que no quiere inquietar a los capitalistas con los que pretende aliarse, ni caer en los « horrores » de lo que algunos llaman la « portugalización ». En consecuencia, su horizonte inmediato es evitar que el P.C. quede excluido de la « democratización » en curso, lo que le obligaría a buscar formas de organización legales parecidas a las que utilizaron los comunistas griegos en los años 50.

Por toda una serie de razones sobre las que no podemos extendernos en este momento, la liquidación de la dictadura franquis-

ta se va a producir en condiciones muy distintas de las que se daban en 1944-45, en una Europa que no es la aquellos años, ni tampoco la de los años 30, y en una España que es la resultante compleja de la guerra civil, de la Revolución, de una larga dictadura fascista y de un largo proceso de lucha y de resurgimiento de las fuerzas vivas del país. Así las cosas, nos encontramos en una situación original, nueva, y esto excluye la aplicación mecánica de fórmulas oportunistas de otros tiempos y de otras latitudes.

HACIA UN GRAN RENACIMIENTO

Pero cerremos este largo paréntesis y volvamos a lo esencial. ¿Ha cambiado algo en España o todo sigue igual? En profundidad, todo ha cambiado, todo está cambiando y todo cambiará. Franco murió en plena descomposición de la dictadura y en plena evolución del país y de la sociedad. Y si bien no se produjo en seguida un movimiento reflejo de liberación, lo que se hallaba en gestación desde hacía bastante años se ha puesto en marcha. Como en 1930, las clases y castas dominantes tratan de frenarlo o de encauzarlo y creen haber encontrado la solución con la monarquía juancarlista, la alianza con los Estados Unidos y la «homologación con Europa». Ahora bien, esas barreras, que no hay que subestimar, son finalmente más frágiles de lo que parece. La dictadura franquista no ha resuelto ninguno de los problemas fundamentales de España y ha creado otros nuevos, tan graves y acuciantes como los heredados del pasado. Su larga duración y el mismo desarrollo capitalista han acumulado multitud de factores explosivos que pueden poner en peligro las maniobras de «democratización» y todo el orden social dominante.

Un país y una sociedad aplastados y humillados por cerca de cuatro décadas de dictadura totalitaria, bárbara, oscurantista y rapaz, se ha puesto en movimiento. La sed de libertad y de vida se va a manifestar, se está manifestando ya, en todas las esferas del cuerpo social. Si bien, como es natural, como ha ocurrido en todas las situaciones históricas semejantes, la batalla por la libertad de los presos y por el restablecimiento de las libertades democráticas aparece en primer plano (40 años después de la victoria electoral de Febrero de 1936 y de la liberación de los 30.000 presos de Octubre de 1934), muchas otras reivindicaciones y aspiraciones surgen por doquier y se insertarán en el proceso global de liberación. El proletariado, más potente y más concentrado que nunca, va a desplegar todas sus reivindicaciones, como ha comenzado a hacerlo en el magnífico movimiento huel-

guístico de Enero-Febrero, en el que han participado desde los sectores tradicionalmente más combativos hasta los sectores que nunca habían podido manifestarse, como los trabajadores de Ensidesa (Avilés). Y en el curso del movimiento han surgido o se han robustecido las nuevas formas de organización y de lucha creadas bajo la clandestinidad franquista. Esos trabajadores pasarán mañana al ataque contra el tinglado de la C.N.S. y construirán sus propias organizaciones. Los obreros agrícolas de Andalucía, víctimas del paro más angustioso de España y los pequeños propietarios de Aragón han anunciado lo que será mañana el movimiento campesino. Y todos ellos han ido más lejos que años atrás porque han sentido que algo había cambiado y que era posible rebelarse en condiciones más favorables.

El movimiento de emancipación nacional ha explotado con una pujanza extraordinaria en Cataluña y en Euzkadi, provocando una suerte de ofensiva general contra el Estado centralista y opresor, alentando reivindicaciones nuevas en todas las regiones del país, fenómeno que ya se produjo en otras épocas similares y que no conducirá, contra lo que algunos suponen, a una especie de balcanización negativa, sino a una integración natural de los pueblos de España sobre la base del reconocimiento de la personalidad específica de todos ellos y en particular de los que gracias a su historia, su lengua y su cultura se afirman con mayor vigor.

Las Universidades, que han sido durante largos años verdaderos hogares de la resistencia a la dictadura y al oscurantismo, que han ido imponiendo progresivamente métodos y reformas que habrá que desarrollar en el porvenir inmediato transformando radicalmente la enseñanza, van a desempeñar un papel de la mayor importancia en el movimiento general. Así como los profesionales que han sabido asociar la defensa de sus reivindicaciones a la solidaridad con la clase obrera y con la juventud universitaria en la perspectiva de la transformación socialista del país.

A medida que la acción de esas fuerzas vaya quebrando los resortes de la dictadura y desenmascarando sus maniobras «liberalizantes» asistiremos a un verdadero renacimiento en todos los dominios. La nueva generación obrera y universitaria renovará las organizaciones políticas, sindicales, culturales, deportivas y recreativas y arrancará todos los derechos de que ha sido privada, lo que le permitirá asegurar la continuidad de las mejores tradiciones democráticas y revolucionarias. Un movimiento impetuoso en favor de la emancipación de la mujer en el trabajo, en la familia y en la sociedad romperá las cadenas mantenidas por el franquismo, herencia de siglos de intolerancia y de oscu-

rantismo religioso, e impondrá el reconocimiento del matrimonio civil, del divorcio, de la contracepción y del aborto. Los obstáculos que representan las múltiples censuras, desde la oficial hasta la religiosa, que han maniatado a la prensa y ahogado el renacimiento del teatro, del cine y de todas las actividades culturales populares, serán derribados. La prensa, la radio y la televisión se transformarán completamente. En la literatura y en las artes triunfarán nuevas formas de expresión a partir de las que se han venido elaborando en los años negros de la opresión.

Todo este movimiento se anuncia ya y, por el momento, parece más espectacular en el terreno estrictamente político, donde asistimos a una verdadera explosión de organizaciones y grupos que, a despecho de sus múltiples inconvenientes, constituyen una demostración de vitalidad. Los que ante este fenómeno retienen sólo los aspectos folklóricos o picarescos (porque de todo hay) o el carrerismo vulgar que revelan determinados personajes, no saben hacer la diferencia entre la espuma y la ola de fondo. Toda situación transitoria implica un cierto confusionismo. Cuando los trabajadores y las masas laboriosas puedan al fin decidir, únicamente subsistirá lo que corresponda al propio tiempo a las raíces históricas, al movimiento real y a las fuerzas de renovación.

ABRIR LA PERSPECTIVA DEL SOCIALISMO

Si la perspectiva que nosotros esbozamos no es ilusoria, la lucha por la liquidación de la dictadura y el restablecimiento de las libertades democráticas tiene que tender a suscitar un vasto movimiento de masas dirigido por la clase obrera, y ese movimiento no puede ser conducido a la vía muerta de la «reconciliación nacional» y del diálogo con los «liberalizantes» de turno, o del «gobierno de los trabajadores y los capitalistas», porque, aparte de que eso equivaldría a estar mucho más atrás que los republicanos y los socialistas de 1930, a la larga sólo serviría para sostener la acción de los sectores de la burguesía y del capitalismo internacional que quieren mantener el sistema capitalista consolidando una monarquía ultrarreaccionaria.

No hay que hacerse la menor ilusión: la burguesía (y al decir esto pensamos en sus sectores más avanzados) no hará la menor concesión de fondo y, si se ve obligada a restablecer ciertas libertades, tratará de recuperarlas y de vaciarlas de su contenido para encerrar al movimiento obrero en los límites que le convenga. La tentativa de remozar la C.N.S. y la brutalidad con que los patronos y el gobierno están operando en los movimientos

huelguísticos son sumamente elocuentes a este respecto. Por lo tanto, las organizaciones políticas y sindicales del proletariado tendrían que empezar por forjar su propia unidad — inspirándose en el ejemplo unitario que se da en las empresas y en las huelgas — y establecer un programa que concentrara las reivindicaciones de los trabajadores, las aspiraciones de los movimientos de emancipación nacional y los anhelos de las demás capas oprimidas de la población que esperan una auténtica liberación y no un « cambio » que se reduzca a modificar las formas de la dominación política manteniendo intactas la opresión y la explotación capitalista. El desmantelamiento de las instituciones y de la legislación de la dictadura puede y debe abrir la posibilidad de cambiar la relación de fuerzas entre las clases en beneficio de los trabajadores y en perjuicio de esa burguesía dominada por la alta finanza internacional que ha realizado beneficios inmensos sometiendo a todos los asalariados a una intensa explotación durante largos años y que ahora se pone, todavía con dudas y vacilaciones, la máscara de la « democracia ».

En la Junta y en la Convergencia, los dirigentes comunistas y socialistas subordinan los intereses fundamentales del proletariado a las combinaciones mezquinas con grupos burgueses y pequeño-burgueses que no representan gran cosa, pues únicamente algunos de ellos son las avanzadillas de los partidos capitalistas de mañana. Por otra parte, las preocupaciones electoralistas comienzan a deformarlo todo cuando no existe la menor garantía de que vayan a celebrarse elecciones, cuando se amenaza con un referéndum para « legalizar » la monarquía y cuando la cuestión de la movilización de las masas laboriosas y del sostén de las luchas proletarias reclaman la prioridad absoluta.

El movimiento obrero tiene que mantener su autonomía de clase. Y en el curso de la lucha por la liquidación de la dictadura y la conquista de las libertades democráticas no puede renunciar a proclamar que se propone transformar la sociedad y el país desmantelando las bases sociales y políticas que han hecho posible la dictadura franquista y la monarquía juancarlista. De lo contrario, los inmensos sacrificios que ha consentido en su larga marcha hacia la libertad resultarían vanos y la perspectiva socialista sería bloqueada como en Portugal. Entraríamos en un período de relativa estabilización burguesa bajo el signo de la monarquía juancarlista y la lucha por la República Socialista, por una España libre, independiente y socialista, sería mucho más difícil.

20 de Febrero de 1976

Wilebaldo SOLANO

CARTA ABIERTA A LAS MADRES DE OTAEGUI Y TXIKI

LOS MARXISTAS ANTE EL PROBLEMA NACIONAL DE EUZKADI

En Octubre del año pasado, pocos días después de los fusilamientos que conmovieron a España y al mundo, varios militantes vascos de Acción Comunista enviaron una Carta abierta a las madres de Otaegui y Txiki, héroes de la lucha por la liberación de Euzkadi.

Reproducimos a continuación ese documento. Y lo hacemos por varias razones. En primer lugar para rendir homenaje a los militantes ejecutados en condiciones ignominiosas con el asentimiento y la complicidad de no pocos «liberales» del momento presente y para recordar que hay en las prisiones de España centenares de revolucionarios vascos que no merecen los honores de ciertas publicidades abusivas, pero que no deben ser olvidados. Y en segundo lugar porque nuestros camaradas de Acción Comunista abordan el problema de la liberación nacional y social de Euzkadi a partir de las posiciones del marxismo revolucionario. Por eso mismo, su Carta abierta constituye una aportación al gran debate sobre la cuestión de las nacionalidades que iniciamos en el primer número de «Tribuna Socialista» con un ensayo de Andrés Nin y que nos proponemos proseguir con otros artículos.

La carta que le escribimos es una carta de pésame. Pero como ocurre que los que escribimos somos militantes marxistas queremos que nuestro pésame fuera un pésame político. Como a millones de otros en Euzkadi, en el mundo, la muerte de Otaegui, de Txiki, de los militantes del FRAP, ha hecho que la rabia nos atenace la garganta. Nuestro deseo es, como el de tantos otros, vengarlos. Pero vengarlos no puede ser para nosotros simplemente arreglar las cuentas a quienes los detuvieron, los torturaron, los juzgaron (ellos llaman a eso «juzgar»), los sentenciaron, los asesinaron. Todos esos sangrientos monigotes, sobre los que caerá la venganza del pueblo, son las terribles marionetas de una

farsa horripilante que ayer tuvo lugar en España, en Euzkadi, y anteayer en otras partes : en Chile, en Irán, en los cuatro puntos cardinales del globo terráqueo. Nosotros queríamos que nuestra furia vea más alto y que nuestra venganza vaya más allá, no se limite a los horribles monigotes ; siga los hilos que los agitan, alcance a las manos que los mueven.

Otaegui y Txiki lucharon por la *liberación de Euzkadi*. Esto nos dará quizás una pista para comprender porque los destruyeron, quien los destruyó. Sobre Euzkadi pesa la opresión. El singular es impropio. Los habitantes de Euzkadi sufren la opresión en múltiples formas ; sobre los vascos porque vascos, sobre los obreros porque obreros, sobre las mujeres porque mujeres. No es una losa, son varias, a veces superpuestas. Sobre Vds., por ejemplo, han pesado casi todas, ya sea por su condición de vascas, o de obreras, o de mujeres.

Hay entre esas losas una propia de Euzkadi. Los proletarios, las mujeres, sufren igual en Barcelona o Nápoles, en Madrid o Sevilla. Los vascos sufren, además, porque vascos, la opresión nacional. Para ponerla en evidencia, nosotros tratamos de explicar a los castellanos que los vascos, en su propio país, han de vivir como viven ellos cuando van de emigrantes a Alemania : la lengua y la cultura oficiales son otras que las de ellos. Su lengua y cultura propias, las de los vascos, están desterradas ; y esto en su propio país. *Los vascos están obligados a vivir como exiliados en su propia tierra.*

Hablábamos más arriba de LIBERACION DE EUZKADI. LIBERACION es palabra que preferimos a INDEPENDENCIA. Porque Euzkadi podría constituir un estado « independiente » bajo el protectorado de la OTAN, la bendición del Vaticano y el apoyo (hay apoyos que hunden) de los Estados Unidos. Habría « independencia » sin haber liberación. ¿ Qué es « liberación » para nosotros ? La definición no es nuestra, pero la citamos porque resume bien nuestro pensamiento : « En sustitución de la antigua sociedad burguesa con sus clases y sus antagonismos de clase surgirá una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición para el libre desenvolvimiento de todos » (« Manifiesto Comunista », Marx-Engels).

¡ Tate, tate ! ¿ Los comunistas hablan de libertad ?, dirán algunos. La ignorancia o la malicia hace que muchos confundan comunismo y estalinismo. En lo que a nosotros se refiere, la distinción ha sido siempre clara. Para nosotros, la tradición comunista no pasa por Stalin y sus seguidores y herederos. Y ésto empieza a estar claro, creemos, para amplios sectores de la nueva generación revolucionaria.

Pero los comunistas son internacionalistas ; ¿ cómo han de poder defender el nacionalismo vasco ? Efectivamente, nosotros no defendemos el nacionalismo (el nacionalismo español menos que ninguno). Lo que defendemos es la libertad nacional, la de cada uno, que consideramos condición para la de todos ; lo que defendemos es el derecho de los vascos a ser ellos mismos, a definirse ellos mismos como vascos, a expresar en vasco su cultura propia. La libertad nacional para todos no puede ser defendida consecuentemente más que por la única clase internacional que no goza de privilegios procedentes de la opresión nacional de otro pueblo, es decir, por el proletariado internacionalista. Sólo esta clase puede escapar a los conflictos nacionales. Su lucha es internacional y fundamentalmente la misma en todas las naciones. Y es por eso que en casi todas las manifestaciones que tuvieron lugar cuando el asesinato de sus hijos, las banderas vascas eran seguidas por un mar de banderas rojas.

Es verdad, pues, que nuestro punto de vista está muy lejos del del Partido Nacionalista Vasco. Nuestras diferencias no provienen de que nuestros ojos estén constituidos de otro modo ; provienen de que estamos en otro sitio. Estamos entre los que venden la fuerza de trabajo al precio del mercado, no entre los que la compran ; miramos desde abajo, no desde arriba. Por eso, el mundo nos parece distinto. Estamos seguros de que Vds. no tienen ninguna dificultad para comprender esto.

¡ La lucha de clases es una lucha fratricida entre vascos !, nos dicen algunos. Ni la lucha de clases ni las clases las hemos inventado nosotros. Cuando nacimos, los capitalistas regateaban ya áasperamente el precio de la fuerza de trabajo a los proletarios. Nosotros vendimos la nuestra al precio que nos impusieron. Por todas partes, este regateo es duro. Los Pinochet, los Franco, no caen del cielo como el granizo, por un azar metereológico. Vienen llamados por los que quieren acabar con esos regateos, por los que tratan de imponer la sumisión a los obreros cuando los partidarios de la paciencia cristiana y de la solidaridad vasca no tienen bastante eficacia. Son su último recurso, el toro que pisotea y aplasta todo, incluso a muchos que ayer en la lucha de clases no estaban con nosotros. La Guardia Civil tiene una larga historia, no la acaban de inventar ; antes de torturar a los patriotas vascos torturó a los obreros de Asturias o a los braceros andaluces. El vientre que engendró esa inmunda Bestia no es una España abstracta ; es el Estado de los capitalistas y terratenientes españoles, vascos, catalanes, etc., enfrentado por entonces a uno de los proletariados más combativos de Europa. Los hilos que mueven a esos tétricos monigotes empiezan a ser percibidos, a aparecer ante nuestros ojos. *El fascismo no es una invención española, es una invención capitalista.*

UN OBJETIVO COMUN : DESTRUIR EL ESTADO FRANQUISTA

Pero el franquismo golpea hoy a casi todos. En mayor o menor grado sufren de él capas sociales diversas, grupos y partidos cuyos criterios políticos son opuestos, sectores divididos y enfrentados en casi todos los terrenos. Así, una aspiración común a diferentes clases y partidos parece existir : la de acabar con el Estado opresor. Si así es, las bases existen para, sean cuales sean nuestras diferencias, luchar unidos por estos objetivos que os proponemos :

- 1) Disolución del aparato del Estado franquista. Disolución de la Guardia Civil, Policía Armada y demás instrumentos represivos (Ejército, TOP, Tribunales Militares, etc.) Suspensión de toda la legislación represiva en cuestiones políticas y sociales.
- 2) Liberación de todos los detenidos políticos. Indemnización del Estado a los mismos y a los familiares de los asesinados.
- 3) Restablecimiento de todas las libertades ; de reunión, de asociación, de prensa, de asamblea en fábricas y pueblos...

Una amplia movilización popular es necesaria para alcanzar esos objetivos. En esta lucha, los aliados naturales de los oprimidos de Euzkadi son los oprimidos del mundo entero, y en primer lugar del Estado Español. Hay que luchar para organizar esta alianza, para organizar al proletariado, punta de lanza de la misma.

La destrucción del Estado franquista no es para la mayoría del pueblo vasco más que un primer paso, un primer objetivo. Destruído el aparato del Estado, la obra de liberación de Euzkadi deberá empezar. Habrá que levantar y arrojar todas y cada una de las losas que pesan sobre nosotros. Creemos, además, que están imbricadas como las tejas de un tejado. Para nosotros es imposible arrancar la losa de la opresión nacional sin remover las otras. Y viceversa. Y este es un punto de vista que no todos comparten — algunos pretenden dejar las otras losas en su sitio — y que hace que en los objetivos siguientes se perfilen diferencias de criterio, producto de diferencias inevitables en nuestros intereses de clase.

EL DERECHO A LA AUTODETERMINACION

La primera medida será la de obtener que el pueblo de Euzkadi pueda definir libremente sus instituciones políticas y los lazos que han de unirle a los otros pueblos del Estado español destruido, del resto de Europa. Hay dos puntos en los que nuestro criterio no será el mismo que el de las *fuerzas nacionalistas burguesas*, y no queremos ni ocultar ni disimular estas diferencias.

¿*Quién participa en la autodeterminación?* Para nosotros debe regir el principio siguiente: VOTA EL QUE TRABAJA. No han de votar ni los capitalistas ni las clases parasitarias inclinadas a servirlos. Han de votar todos los trabajadores que viven en Euzkadi, incluidos los que como Vd., la madre de Txiki, no nacieron aquí de una mítica raza vasca. Por un lado afirmamos que todos los trabajadores son iguales. Por otro que no podemos ni queremos hacer confianza a los capitalistas y a sus lacayos para emprender la obra de liberación en Euzkadi.

El que este criterio prevalezca o no, dependerá, claro está, de que el pueblo vasco lo acepte, lo haga suyo, lo imponga.

¿*Hemos de defender en el marco de la Autodeterminación la independencia de Euzkadi como el camino más corto hacia su liberación?* La libre autodeterminación de Euzkadi implica el derecho a la separación constituyendo un Estado independiente. Porque sostenemos el derecho del pueblo vasco a su libre autodeterminación, aceptaremos esta separación si es la voluntad del pueblo trabajador de Euzkadi. Pero aquí tenemos que declarar que lo que nos interesa primordialmente es la *liberación de Euzkadi* en el sentido que le dimos más arriba. Afirmamos que un minúsculo Estado vasco, satélite de la OTAN, del Vaticano, de los EE UU, ni sería independiente ni sería libre. Sería un peón del imperialismo. El interés del proletariado, del campesinado pobre, de las clases medias asalariadas o explotadas, es luchar por su liberación coaligados con los obreros del mundo entero, y para empezar, con los obreros y explotados del actual Estado Español. Por ello, la palabra *independencia*, sin precisarnos sus bases internacionales, su fundamento de clase, nos parece una palabra hueca, sin sentido real, cuyo contenido es oscuro o está voluntariamente oscurecido. Podría incluso convertirse en una mistificación que sirva para dividir al proletariado y a sus aliados naturales, para debilitarlo frente a una burguesía con múltiples caras (española, vasca, catalana,...) y un solo cuerpo alimentado y sostenido por el imperialismo europeo y nor-

teamericano. ¿No vemos hoy ya, en la crisis revolucionaria portuguesa, a los americanos fomentar los movimientos independentistas de las Azores?

Nosotros no propugnaremos, pues, la «independencia» de Euzkadi aunque la aceptaremos si es la voluntad expresada por la mayoría del pueblo trabajador en el País Vasco.

EL ESPANOLISMO DE LAS FUERZAS OBRERAS

Pero ¿no estamos poniéndonos en el terreno de otras fuerzas obreras que no logran desprenderse de su españolismo? Es verdad que la ideología nacionalista española impregna a menudo a las fuerzas obreras. Hace unos años, Santiago Carrillo proclamaba con acento chulapón ante su Partido Comunista: «¡Nosotros somos españoles hasta las cachas!». Sus alianzas y frecuentaciones en la Junta Democrática han limado esas chulerías de lenguaje, pero tememos que no han alterado su pensamiento. Si nuestra interpretación es exacta — y si no lo es que los camaradas del PC nos corrijan —, el mayor obstáculo que aparece ante ellos para resolver la opresión nacional en Euzkadi en el marco de Juntas y Convergencias Democráticas es que para una parte de las clases dirigentes y de sus esbirros (militares «patriotas») la Unidad de España es intangible. (Es como si nos dijese que eso del socialismo va a ser muy difícil porque a esos señores les va a doler mucho que les expropien).

Ciertas libertades, sugieren, podrían ser dadas a Euzkadi, constituyendo un compromiso con esas clases; habrá euskera en la radio y en la escuela, pero en Euzkadi mandará el Ejército español y el Estado Español capitalista reconstituido guardará en sus fronteras, para bien de la Industria y el Comercio, el País Vasco.

Es evidente que esta postura «realista» pone al PC al servicio de la burguesía española (de hecho en gran parte vasco-española) y no puede ser nuestra postura. A nivel ideológico, proclamamos que nos importa un bledo el Estado Español, la Patria de los militares y la Historia española. Los fantasmas del pasado — El Cid y el árbol de Guernica, Fernán González y Sancho de Navarra, etc y etc... — no son para nosotros más que fantasmas. A vascos y españoles decimos que hay que sacarse los fantasmas de la cabeza y ver los problemas presentes. A andaluces, castellanos, aragoneses... tratamos en particular de explicarles que sus *intereses de clase* están en oposición con el Estado Nacional de que hablan los capitalistas. Menos hablar de España y que nos hablen más de los españoles, sobre los que el Estado Nacional

hace pesar el hambre, la persecución, el oscurantismo y el analfabetismo. Acabar con el Estado Nacional burgués es el primer paso en el camino de la emancipación de los trabajadores castellanos, andaluces, etc. como vascos, catalanes o gallegos.

LA AUTONOMIA PARA EUZKADI

Pero al propugnar *lazos federales* entre los diferentes pueblos del actual Estado español, una *autonomía* para Euzkadi claramente precisada en un Estatuto, ¿no nos colocamos en el terreno de las clases medias y de su nacionalismo «tibio»?

La *Autonomía* y el Estatuto que la defina (que no será necesariamente el del 36) serán ideas interpretadas diferentemente por las diferentes clases. El contenido de los mismos será el resultado del forcejeo y de la correlación de fuerzas entre las diferentes clases sociales, cada una de las cuales intentando imponer su punto de vista, sus intereses.

Para ciertas clases medias y para amplios sectores de la pequeña burguesía esas palabras — Autonomía, Estatuto — quieren decir no pagar impuestos para las escuelas de los niños extremeños y tener buenas carreteras para ir a comer chuletas y bañarse en la costa. Cosas de ese tipo son lo que ellos pedirán al Estatuto. Para esos sectores, la LIBERACION que preconizamos es incomprensible. Al final, su egoísmo de clase los pondrá a merced del PNV — sucursal de la Democracia Cristiana Española —, que los utilizará como masa electoral que con su voto justificará la pervivencia en el País Vasco de una sociedad de clases en la que los capitalistas disfrazados, según la ocasión, de vascos o españoles, seguirán oprimiendo a la inmensa mayoría del pueblo vasco, incluidas esas clases medias.

Para algún otro sector de las clases medias, encerrado en su miopía ideológica, la Autonomía es la esperanza de sacar a la sociedad vasca de la vorágine que sacudirá, a la caída del régimen franquista, a toda la península. Esperanza que comparten los capitalistas nacionalistas. Piensan, con un poco de suerte, por ejemplo, en Euzkadi podríamos tener sindicatos amarillos cuando en Asturias haya una huelga revolucionaria. En Euzkadi quizás — se dicen —, la enseñanza podrá seguir siendo el negocio de las compañías religiosas cuando en otros lugares se hayan terminado tales simonías. En Euzkadi — suspiran — pervivirá lo que ellos llaman la «familia cristiana» cuando en Barcelona se legalice el divorcio o el aborto...

Y nosotros decimos: ¿Es eso la liberación de Euzkadi? ¿Es

que ese Euzkadi será tan diferente del que padecemos ? ¿ Basta-
rá que la opresión se ejerza en euskera para que deje de ser
opresión ? Si los guardias civiles hablan en vascuence y cam-
bian de uniforme, ¿ dejarán de ser guardias civiles ? Para noso-
tros, sólo los capitalistas pueden tener interés en que subsistan
guardias civiles en Euzkadi, en que subsistan las cadenas ideo-
lógicas que nos conviertan en los borregos que ellos trasquilan.

Por ello exhortamos a la clase obrera del País Vasco y a todos
los sectores explotados y oprimidos a luchar para que el conte-
nido de la Autonomía sea otro, para que sirva no a ofrecer pri-
vilegios a la burguesía, sino a liberar al pueblo trabajador, no a
separar a éste del pueblo trabajador de los otros territorios del
actual Estado Español, sino a coaligarlos para que juntos acaben
con la actual sociedad de clases.

En otros términos, la Autonomía y los lazos federales con los
otros pueblos han de ser un medio para avanzar hacia el socia-
lismo y al mismo tiempo su auténtica realización no tendrá lu-
gar sino en la medida en que la correlación de fuerzas entre las
clases nos sea favorable y nos permita avanzar hacia el socia-
lismo. La Autonomía y los lazos federales han de ser la primera
concretización en la realización de esa « asociación en la que
el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición para el
libre desenvolvimiento de todos ». Si esta marcha hacia adelante,
hacia el socialismo, es detenida por las fuerzas que se oponen a
ella, la autonomía, los lazos federales serán desviados de sus fines,
aportarán tan sólo paliativos a la opresión nacional.

Propugnando esa Autonomía y lazos federales, las fuerzas obre-
ras revolucionarias, en Euzkadi y en el territorio del actual Esta-
do Español, proclaman su ruptura con la opresión nacional prac-
ticada por la burguesía española y vasco-española. Es el pueblo
trabajador de Euzkadi quien deberá libremente organizar su so-
ciedad y tomar las medidas que acaben con la opresión nacio-
nal, empezando por igualar en sus derechos al euskera y caste-
llano, que deberán poder ser usados indistintamente en la escue-
la, ante los Tribunales y la Administración, y acabando así con
la situación de inferioridad en que se encuentran los euskaldu-
nas (vascos de lengua vasca) ante la ley y el Estado. Abstenién-
dose de toda intervención en este terreno y dejando a los vascos
resolver sus asuntos, los otros pueblos de la península mostra-
rán que han abandonado la ideología nacionalista burguesa es-
pañola que sirve sólo a los intereses de la burguesía.

Entre el pueblo trabajador vasco y los otros pueblos del actual
Estado Español proponemos que se establezcan al mismo tiempo
lazos libremente consentidos (una República federal o un Esta-

tuto de Autonomía, según crea el pueblo vasco conveniente) que les permitan luchar juntos y estrechamente unidos contra la burguesía nacional vasco-española y contra las intervenciones de la burguesía imperialista internacional (no sólo americana, sino también europea). Así deberá irse construyendo esa *asociación*, garantía del *libre desenvolvimiento de todos*. La ruptura de las fuerzas obreras con la ideología nacionalista española, su apoyo decidido a la lucha del pueblo vasco por su emancipación nacional, han de ser una de las bases sobre la que se fundará la alianza entre la clase obrera y los sectores vascos que más sufren de la opresión nacional, los pequeños campesinos, pescadores, clases medias asalariadas. Esta actitud permitirá igualmente reducir la utilización, por la burguesía nacionalista (PNV) de los sentimientos nacionalistas, no sólo entre las clases citadas, sino igualmente entre la pequeña burguesía (comerciantes, etc.). Y esto es importante; la alianza estrecha con aquellas clases y la neutralización de esta última son las llaves que deben abrirnos las puertas del socialismo y permitirnos al mismo tiempo realizar efectivamente la liberación de Euzkadi.

Estos son nuestros fines en tanto que militantes de «Acción Comunista» y creemos que corresponden en lo esencial con las aspiraciones profundas de los que como Otaegui, Txiki y tantos otros, arrojaron la muerte. Todos unidos, sean cuales sean los matices que nos diferencian, hemos de obrar para que la sangre de estos mártires no se pierda en meandros parlamentarios y electoralistas, no sirva para alimentar las ambiciones de politicastros burgueses con etiquetas nacionalistas o reformistas.

Vengar a Otaegui, a Txiki y a los demás compañeros no puede ser para nosotros castigar simplemente a quienes los destruyeron; es ante todo destruir hasta la raíz la sociedad contra la que se alzaron. El impacto de su muerte en la conciencia de todos será profundo. Las cosas ya no podrán ser igual que antes. Y podemos asegurarnos que vuestros hijos serán un ejemplo que iluminará en Euzkadi a la nueva generación que se alza, ya hoy, gritando: ¡Basta!

Un grupo de militantes

de «Acción Comunista».

HACIA UN SINDICALISMO DE CLASE

por Julio GIL

I. — LA CLASE OBRERA ANTE EL « CAMBIO »

El 27 de Septiembre pasado, los dirigentes del régimen franquista fusilaban a cinco militantes revolucionarios. Tres meses después, todos se habían transformado en liberales. Comenzaban a hablar de Parlamento, de sindicatos libres, de democracia. Ciertos sectores de la burguesía parecen haber escogido al fin la vía de la « evolución para evitar la revolución ». Sin embargo, las mismas estructuras políticas permanecen en pie, la amnistía no ha sido concedida, las leyes fascistas siguen en vigor. La « evolución » no se efectuará sin dificultades. Al decir esto, no pensamos simplemente en las resistencias de los sectores más reaccionarios; para una clase dominante que abandonó durante cerca de 40 años los asuntos políticos a los militares y a la burocracia falangista, se impone un verdadero aprendizaje y la operación iniciada actualmente presenta, para muchos elementos burgueses, un aspecto algo inquietante.

El potente movimiento huelguístico del mes de Enero, las ocupaciones, las manifestaciones, abren, para todos los privilegiados, perspectivas poco halagueñas: en las fábricas, los talleres, las oficinas y hasta en el campo, la masa enorme de los que no tenían voz ni voto, se ha puesto ya en marcha. ¿Hasta dónde llegarán? Los recuerdos de 1936 no se han borrado. Ciertamente, el ejemplo de Europa es tranquilizador: democracia no significa forzosamente « subversión ». Pero la prudencia se impone. La « evolución » no puede ser, no será, un proceso lineal. Y la crisis política en las esferas dirigentes no ha sido resuelta.

La necesidad del « cambio » no responde únicamente a las exigencias internas del orden social dominante. No se trata meramente de adaptar estructuras « arcaicas » a una textura económico-social moderna, de facilitar la entrada de España en el Mercado Común. El « cambio » ha resultado necesario como consecuencia del lento pero irresistible ascenso del movimiento obrero en el curso de los últimos 15 años, de la presión creciente que éste ha ejercido y ejerce sobre la sociedad española y de la in-

capacidad de las estructuras franquistas para contener — incluso con la más feroz represión — la extensión y la intensificación de las luchas de los trabajadores, de las reivindicaciones que surgen en todos los niveles de la vida social.

La ola represiva del verano pasado contuvo, en una cierta medida, la combatividad obrera. La muerte de Franco, la formación del nuevo gobierno, sus promesas de liberalización crearon durante cerca de dos meses una situación de espera. Espera favorecida, por lo menos en la práctica, por las formaciones de oposición — Junta Democrática y Convergencia Democrática —, que frenaron toda acción que pudiera aparecer como «subversiva» para los sectores burgueses con los cuales se han aliado. En efecto, durante dos meses, la oposición exfranquista y las organizaciones reagrupadas en la Junta y en Convergencia, sin dejar de proclamar la necesidad de la «ruptura democrática», se han situado prácticamente en el marco evolucionista que propone el gobierno. Se preparaba así la transición pacífica anunciada por Camacho, la reconciliación nacional preconizada por los dirigentes del Partido Comunista.

En este contexto, al propio tiempo de espera y de acciones más o menos toleradas por la amnistía y las libertades, la situación y los problemas específicos de la clase obrera, al igual que las reivindicaciones de las otras capas oprimidas, quedaron en segundo plano.

Pero la España de hoy, como la del pasado, no se divide pura y simplemente en reaccionarios y demócratas. Si, hay dos Españas, mas las fronteras son fronteras de clase: cuatro millones de obreros industriales, un millón de obreros agrícolas, con tres millones de asalariados de otras categorías constituyen una fuerza social imponente, que entiende a partir de ahora pesar con todo su peso en la marcha de los acontecimientos.

En el momento en que la crisis mundial del capitalismo golpea la economía española — alza galopante de los precios, un millón de parados, déficit creciente del comercio exterior y de la balanza de pagos —, la negativa de los trabajadores a pagar las consecuencias de esta situación, a tolerar que su nivel de vida se reduzca y empeoren sus condiciones de trabajo, que se expresa por su oposición resuelta a la congelación de los salarios y al despotismo patronal en las empresas, está confiriendo a la lucha contra la dictadura una amplitud y un dinamismo que pueden colocar en una situación difícil tanto a las clases dirigentes como a las oposiciones «pacifistas».

Es cierto que ante el desarrollo del movimiento huelguístico de Enero y el empuje de la clase trabajadora, la Junta y Conver-

gencia se apresuraron a coger el tren en marcha afirmándose defensores incondicionales de las reivindicaciones enarboladas por los huelguistas. Es cierto por otra parte, que los militantes obreros de estas formaciones han participado activamente en la organización de las luchas. Pero no es menos cierto que la preocupación esencial de los «dirigentes demócratas» es la que la Junta y Convergencia han resumido así: «Es preciso lograr la ruptura del régimen para que no se produzca la ruptura de la sociedad» (Declaración política del 14 de Enero); y que su proyecto inmediato ha sido perfectamente definido por Carrillo: «Un gobierno de reconciliación nacional, en el que se encuentren representadas las fuerzas sociales más amplias — de los capitalistas a los trabajadores — e instituciones que, como el Ejército y la Iglesia, tienen que contribuir, directa o indirectamente, a que el tránsito de la dictadura a la democracia sea pacífico y ordenado» («Mundo Obrero» del 20-1-76).

No ofrece la menor duda que los dirigentes de la Junta y de Convergencia tratan de dar una dimensión política, en ese sentido, a la actual oleada de huelgas. ¿Hasta que punto esta dimensión política «conciliadora» coincide con el alcance político real de las reivindicaciones obreras?

Este último es evidente. En primer lugar porque en una situación en que la libertad sindical y los derechos democráticos no existen, toda acción reivindicativa choca con los mecanismos represivos del poder, incluso si éste se ve obligado ahora a «tolerar» lo que durante largos años consideró como intolerable. Pero también porque en el marco mismo de la empresa o del sector de actividad, las reivindicaciones chocan con toda una legislación y una orientación relativa a los salarios, los beneficios, las condiciones de trabajo, que son definidos de hecho al nivel del Estado. Además, porque, en la situación presente, el margen de concesiones de los patronos y del Estado patrono es forzosamente muy débil. En efecto, reivindicaciones inmediatas que en los países avanzados de Europa podrían ser consideradas como «normales» en un periodo de expansión, aparecen ya, en España, como ataques contra el equilibrio mismo del sistema y chocan con la intransigencia de los patronos y del Estado. En fin, porque las reivindicaciones que surgen ahora en la vida productiva están estrechamente ligadas a las relacionadas con la vida social en general: barrios, urbanismo, transportes, vivienda, sanidad, distracciones, etc. y que han sido duramente reprimidas durante largos años de dictadura. En la sociedad española de 1976, las aspiraciones y necesidades de los trabajadores y de las demás capas oprimidas constituyen el núcleo, la sustancia de toda política, tanto de la que tiende a ahogarlas o a

mutillarlas como de la que, por el contrario, se propone expresarlas. Y es evidente que la toma de conciencia política se está afirmando y amplificando a partir de tales aspiraciones y necesidades.

En el periodo que se ha abierto con el vasto movimiento huelguístico del mes de Enero, el problema de la organización de los trabajadores, de las estructuras posibles y necesarias para coordinar las luchas, unificar las plataformas y elevar la conciencia figura en el primer plano. Se trata de constituir una organización sindical de clase en toda la península.

II. — EL SINDICATO AL ORDEN DEL DIA

Las primeras formas de organización, creadas espontáneamente en oposición a los sindicatos verticales, aparecieron en Asturias y en Euzkadi durante las grandes huelgas de 1962. Fueron las Comisiones obreras elegidas o designadas en el curso de los conflictos de entonces. En las condiciones de clandestinidad impuestas a la clase obrera, estas Comisiones no podían existir de manera permanente como organismos realmente representativos del conjunto de los trabajadores de una empresa o de una localidad. La necesidad de organismos que agruparan a las minorías obreras más combativas se tradujo en la práctica por la creación de Comisiones Obreras clandestinas y permanentes. Las Comisiones Obreras jugaron un papel motor en el desencadenamiento de los movimientos huelguísticos de todos estos años. Sin embargo, a medida que el proletariado imponía su derecho a organizarse, a declararse en huelga, fueron afirmándose formas colectivas y democráticas: las Asambleas de empresa. En el curso de estas Asambleas se discuten, las reivindicaciones, se examinan las posibilidades de acción: paros parciales, baja del rendimiento, huelga, manifestaciones, piquetes, generalización a otras empresas, y se elige la comisión de negociación. En el marco de los límites impuestos por la represión, la Asamblea es realmente una forma de organización de la acción colectiva de los trabajadores.

Frente a los nuevos organismos de lucha, la C.N.S. ha aparecido durante largos años como un simple instrumento del régimen para disciplinar a los trabajadores. Pero a medida que la presión obrera iba haciéndose más fuerte — paralelamente a la industrialización de los años 60 y 70 — el Estado y la burguesía se vieron obligados a maniobrar en el sentido de una cierta « liberalización » de los sindicatos verticales, al menos al nivel de los enlaces y jurados. En efecto, era preferible tratar de canalizar las reivindicaciones en una organización controlada que de-

jarlas en manos de organismos — Comisiones Obreras, Asambleas — que escapaban totalmente a su influencia.

Estas tentativas de « liberalización » coincidían en un cierto sentido con la orientación del Partido Comunista y de otros grupos que, a través de la participación en las elecciones « sindicales » y la conquista de puestos de enlaces y jurados, tendían a dirigir las luchas por cauces legales con una doble óptica: Por una parte, los cauces legales, los enlaces y jurados por ejemplo, permitían, al menos en principio, un mejor control de los movimientos por el P.C. y por esos grupos. Pero se trataba al mismo tiempo de preparar el terreno para tener ya en mano, en el momento del futuro « cambio », una parte del aparato sindical vertical, que se podría arrancar entonces al Estado y a los patronos para convertirlo en un sindicato único parecido a la Intersindical de Portugal.

Ahora bien, la política del P. C. que, por diferentes vías, tiende a la creación de ese tipo de organización no es una simple maniobra táctica. Semejante política tiene en cuenta una realidad objetiva: los límites de las Comisiones Obreras y de las Asambleas de empresa. Estos límites son la resultante de las dificultades inherentes a la ausencia de libertades democráticas: no es siempre posible celebrar asambleas en la empresa, ni elegir abiertamente comisiones de negociación fuera del marco de la C.N.S.; es difícil informarse e informar, establecer contactos más allá de las empresas más próximas sin utilizar las estructuras del sindicato vertical. Ciertamente, a su manera, las Coordinadoras de Comisiones Obreras han tratado de colmar estas dificultades en el plano local o regional. Pero las Coordinadoras eran y siguen siendo hasta ahora, en general, organismos bastante alejados de las masas, prácticamente manipulados por partidos o grupos diversos, incluso divididos orgánicamente como consecuencia de los monopolios ejercidos por los partidos mayoritarios en su seno. Por otra parte, la celebración de Asambleas sólo suele ser posible cuando el conflicto entra en una fase aguda, es decir cuando los trabajadores están dispuestos a movilizarse. En los periodos ordinarios, los problemas que se plantean diariamente a los asalariados no encuentran un cauce para expresarse. De ahí la tendencia a utilizar los cauces legales — C.N.S. — por los mismos trabajadores que en una situación de conflicto desbordaban desde el primer momento el marco del sindicato vertical.

En este contexto, la política de « liberalización » de la C.N.S., por una parte, y la línea participacionista del P. C. por otra, reflejaban, cada una a su manera, una necesidad en cierto sentido objetiva, la de llenar uno de los « vacíos » que hacen que Espa-

ña sea un país occidental « diferente » : la ausencia de organizaciones sindicales independientes de los patronos. Ciertamente, la « liberalización » de la C.N.S. ha sido tan tímida que la utilización por los trabajadores de sus estructuras de base ha tropezado con límites muy rígidos. Por lo demás, la participación preconizada por el P.C. se ha insertado constantemente en una política de « reconciliación nacional » que no podía facilitar (es lo menos que puede decirse) el desarrollo de una conciencia anticapitalista en las masas trabajadoras.

¿ Hasta dónde son capaces de llegar actualmente el gobierno y la burguesía para reformar la C.N.S. y tratar de darle un crédito ante los trabajadores ? ¿ Puede el gobierno actual afrontar el riesgo de separar el sector patronal del sector obrero del sindicato vertical y de lanzar este último al mar tempestuoso de las luchas sociales ? Y suponiendo que estuviera dispuesto a hacerlo, ¿ es que acaso la operación no exigiría un cierto acuerdo — por lo menos tácito — con los sindicalistas que evolucionan en la órbita del P.C., del P.S.O.E. y de las tendencias cristianas ?

En fin, ¿ es que el pluralismo sindical, que supondría el reforzamiento de una U.G.T. estrechamente controlada por la socialdemocracia y quizás la creación de una central democristiana, no ofrecería más posibilidades de negociación y de maniobra a los medios dirigentes ?

III. — EL PAPEL DE LOS SINDICATOS

El proyecto de los sectores más « liberales » de la burguesía es claro : facilitar la existencia de sindicatos que, de un modo u otro, se constituirían a imagen y semejanza de los de los países capitalistas occidentales, de Alemania por ejemplo, es decir, de sindicatos « responsables » y representativos.

Este proyecto responde a una cierta apreciación de la situación — las luchas obreras van a multiplicarse — y a una necesidad : hay que tener interlocutores autorizados en el movimiento obrero, organismos realmente representativos con los cuales se pueda negociar a fin de poder ejercer un control, aunque sea indirecto, de las luchas de los trabajadores.

En los países capitalistas avanzados de Europa, el sindicato juega actualmente un doble papel : representa y defiende los intereses inmediatos de los asalariados y, al propio tiempo, contiene las luchas obreras en el marco de límites soportables por el sistema. Esto significa que, en el cuadro de organizaciones sindicales dominadas por un aparato burocrático prácticamente

inamovible e incontrolable por la base, la lucha de clases no puede elevarse al nivel del combate por el socialismo. Este papel de las grandes organizaciones sindicales ha sido ampliamente confirmado por la experiencia entre 1940 y 1976: a través de la segunda guerra mundial, de grandes luchas anticapitalistas, de profundas depresiones económicas y de crisis sociales agudas, como la de Mayo de 1968 en Francia.

Esta lección ha sido asimilada por los burgueses más inteligentes en España. Sin embargo, en su razonamiento hay una cierta parte de «idealización» del papel de los sindicatos, una tendencia a confundir sus deseos con las realidades. En efecto, pese a la orientación de sus dirigentes, los sindicatos de Europa no operan siempre como organismos de colaboración de clases. La experiencia nos ha enseñado también que los sindicatos siguen siendo no solamente instrumentos de defensa de los trabajadores, sino también organismos que reflejan de una cierta manera, incluso cuando engloban una fracción limitada de los asalariados, el grado de conciencia y de combatividad de los trabajadores. Esto explica la existencia en su seno de corrientes antiburocráticas y revolucionarias. Y esto explica también que en dichos países y en determinadas situaciones — en Italia por ejemplo —, sindicatos locales e incluso federaciones de industria se vean obligados a adoptar posiciones radicales o que ciertas centrales sindicales — la CFDT de Francia por ejemplo — se vean en la necesidad de evocar, aunque sea en términos ambiguos, los problemas globales del socialismo en relación con el contenido de las reivindicaciones y las formas de lucha actuales.

La otra dificultad en el proyecto de los burgueses «liberales» reside simplemente en el hecho de que España no puede ser artificialmente asimilada a los países altamente industrializados del Oeste europeo. Y ante todo porque nuestra tradición sindical es muy diferente y hasta comporta grandes luchas revolucionarias.

En nuestro país, el sindicalismo, en particular en el periodo 1930-1936, expresó quizás más fuertemente que los partidos obreros el proceso de radicalización de las masas, sus aspiraciones socialistas. Por eso mismo, durante todo ese largo periodo, la C.N.T. y la U.G.T., pese a las divergencias que las separaban, jugaron un papel que fue mucho más allá que el del sindicalismo europeo de la época. Ambas centrales fueron no solamente centros de educación y de actividad reivindicativa, sino potentes instrumentos de transformación revolucionaria del país. Ciertamente, la U.G.T., dominada por el aparato reformista, desarrolló en diversos momentos una política de colaboración con los partidos republicanos burgueses, mientras que la C.N.T., dirigida por los

anarcosindicalistas, cayó con frecuencia en un aventurerismo que se saldó por derrotas graves. La Revolución de 1936 mostró al mismo tiempo la fuerza, el alcance y los límites del sindicalismo en España.

Las condiciones en que se organizará y tendrá que operar el sindicalismo mañana serán muy diferentes. Pero la tradición ha tenido siempre una enorme influencia en el movimiento obrero, con todo lo que esto comporta positiva y negativamente. De todos modos, el contexto social y económico de la España de nuestros días no es en general el de Europa occidental. Las estructuras económicas, los enormes desfases entre las regiones, las capacidades y las condiciones de la producción, las posibilidades de atenuar las consecuencias sociales de la crisis, los hábitos y los problemas de la población trabajadora hacen que las oposiciones entre las clases se sitúen actualmente en nuestro país a un nivel infinitamente más elevado que en los otros países occidentales. Y las condiciones en que se plantea hoy el problema de la organización sindical en España no son, evidentemente, las de los países en los que la libertad sindical existe desde hace muchos años, ni incluso las de Italia a la caída del fascismo. En nuestro país, la reconstitución del movimiento sindical libre se producirá bajo el empuje de las luchas actuales y de aspiraciones ahogadas por la dictadura durante cerca de 40 años.

IV. — POR UN SINDICATO DE CLASE: MANTENER Y REFORZAR LOS ORGANISMOS DE BASE

Para los trabajadores españoles, reconstituir el sindicato de clase significa en la actualidad pasar a un estadio superior de la lucha por sus intereses. Y de hecho, esta reconstitución ha cesado de ser un objetivo lejano: bajo formas muy diversas, se efectúa ya cotidianamente, a través de acciones de masas y diversificadas, de iniciativas que parten continuamente de la base, de la utilización inteligente, obstinada y eficaz de todas las posibilidades legales, semi-legales e ilegales de organización y de intervención.

Pero es preciso comprender también que los organismos creados por los trabajadores mismos — Comisiones y Asambleas — no pueden ser asimilados pura y simplemente a los organismos sindicales de tipo clásico (secciones sindicales de empresa, por ejemplo); y no solamente porque no son capaces de asumir las funciones globales de un sindicato, sino también y sobre todo porque son organismos de democracia directa, porque los dele-

gados son elegidos y revocables, porque por definición no pueden existir sin una participación activa de los trabajadores. En ese sentido, son a la vez menos y más que un sindicato.

Las Asambleas y las Comisiones representan incontestablemente un tipo de organización que, en una situación de ofensiva general de los trabajadores, podría convertirse en el instrumento capaz de desarrollar, de un modo democrático, masivo y unitario, el control obrero de la producción y orientarse hacia la impugnación radical de las estructuras capitalistas de la sociedad.

En la actualidad, el sindicato de clase aparece como una necesidad vital para la mayoría de los trabajadores del país. La lucha por este sindicato está ligada a la lucha general por la liquidación de la dictadura y el restablecimiento de las libertades democráticas. En lo que a nosotros respecta, los marxistas revolucionarios luchamos por la creación de una sola organización sindical de clase basada en la más amplia democracia interna y en la libertad de tendencias, al objeto de que las diversas corrientes del movimiento obrero puedan trabajar unidas en la defensa de los intereses de todos los trabajadores. Por lo demás, somos plenamente conscientes de que semejante tipo de central sindical, aunque sea defendido verbalmente de un modo más o menos demagógico, será combatido y saboteado en la práctica por todos los que consideran el sindicato sea como un medio de «integración» de los trabajadores en la sociedad o sea como una mera correa de transmisión de la línea elaborada por tal o cual Comité Político.

En cuanto esta organización sindical pueda constituirse públicamente, la cuestión de su función en el país aparecerá en primer plano. Por una parte, la burguesía y el gobierno tratarán de reducir su papel al de una institución bien inserta en el funcionamiento «normal» de la sociedad. Por otra parte, surgirá un aparato burocrático que se proclamará «representante» de los intereses obreros y que hablará «en nombre» de los trabajadores, aparato que en la primera etapa probablemente será controlado por las corrientes reformistas y por el P.C. Sin embargo, la lucha social que impondrá el reconocimiento legal de sindicatos libres y auténticos permitirá que se afirme la corriente revolucionaria que bajo diversas siglas posee ya una implantación real en el seno de la clase trabajadora. Del mismo modo, se afirmarán asimismo los cuadros obreros que, por su participación en la lucha de masas y en las acciones clandestinas, han adquirido una gran experiencia y una sólida conciencia anticapitalista y que en las zonas más industrializadas y más combativas representan realmente a una amplia fracción del proletariado.

Estos nuevos cuadros — algunos de ellos políticamente organizados en el P.C., en los grupos revolucionarios o sindicalistas avanzados y otros independientes o autónomos — constituirán una vanguardia que no aceptará ni la línea reformista de los aparatos dirigentes ni la renuncia a las formas de lucha y a los organismos de base que se han desarrollado en los últimos años. Las relaciones que se establecerán entre estos organismos — Asambleas y Comisiones — y la central sindical de clase serán de una importancia capital para la función que ejercerá esta organización sindical y para la orientación global de la lucha de los trabajadores.

Los militantes que se reclaman del marxismo revolucionario sólo podrán afirmarse y jugar el papel que les corresponde si son capaces de identificarse con la nueva vanguardia obrera. Para que su acción en los sindicatos resulte plenamente eficaz y pese en la orientación de éstos tendrán que apoyarse en los organismos de base que el proletariado español ha sabido forjar en el curso de los últimos años: Las Asambleas y las Comisiones elegidas democráticamente.

25 de Enero de 1976

J. GIL

SUMARIO Nº 1 DE "TRIBUNA SOCIALISTA"

- PRESENTACION
- ANTE EL DECRETO LEY TERRORISTA
- POR EL REAGRUPAMIENTO DE LOS MARXISTAS REVOLUCIONARIOS:
- DOS DOCUMENTOS POLITICOS
- LA REVOLUCION PORTUGUESA
- EL MARXISMO Y LOS MOVIMIENTOS DE EMANCIPACION NACIONAL
- LA CRITICA Y LA AUTOCRITICA
- DOCUMENTOS

LAS LUCHAS OBRERAS Y LA CUESTION SINDICAL

por Manuel BLANCO

La victoria del franquismo trajo como consecuencia la ruptura del proceso organizativo de la clase obrera, el aniquilamiento sistemático de sus organizaciones y de sus vanguardias, la instalación de un régimen de terror. Toda reivindicación obrera era despreciada por la patronal o ahogada por la CNS.

Entre los años 1939 y 1958, la clase obrera tuvo que curar lentamente sus profundas heridas y recuperar sus fuerzas.

LA CLASE OBRERA SE DEFIENDE

Las reivindicaciones y los conflictos laborales eran impensables fuera del marco de la CNS. Pero la historia no se puede detener: la burguesía, empujada por sus propios intereses, se vió obligada a abandonar la etapa de autarquía económica y a introducir métodos modernos de gestión y de restructuración de las empresas, con los consabidos despidos, descalificaciones, congelación de salarios, etc.

Ante esta nueva agresión, la clase obrera empezó a defenderse. Las jóvenes generaciones, que no habían conocido la guerra civil, iban a jugar un papel determinante.

A partir de 1958, y sobre todo en los años 1960, surgieron fuertes movimientos huelguísticos en Asturias, Euzkadi y Cataluña. Estos movimientos se caracterizaron por la extraordinaria combatividad de los trabajadores. Se demostró que en la España fascista era posible hacer huelga a pesar de la dura represión.

En las zonas más combativas — particularmente en la minería asturiana — aunque los trabajadores se pitorreaban de la CNS (era corriente votar por una artista famosa el día de las elecciones), recurrieron a ella para intentar mitigar la represión. En general, los obreros nunca se hicieron ninguna ilusión sobre la

CNS, pero las circunstancias les obligaron a servirse de ella de una forma limitada.

Dada la nulidad del «sindicato» oficial y su desprestigio, los trabajadores se fueron dando sus propias formas de organización: LA ASAMBLEA DE FABRICA O DE MINA, compuesta por todos los interesados en la defensa de la plataforma reivindicativa. El papel de la asamblea consistía en elaborar las reivindicaciones, elegir una comisión negociadora, defender a sus mejores elementos contra la represión.

Las reivindicaciones de la época eran las siguientes:

- Aumentos salariales.
- Medidas de seguridad contra los frecuentes accidentes y las enfermedades profesionales.
- El 100 % en caso de accidente o enfermedad.

La respuesta de la patronal, de la CNS y del gobierno era las sanciones, la cárcel, la deportación y el estado de excepción.

Este periodo se puede caracterizar por una gran espontaneidad obrera, una cierta ingenuidad que se traducía en una especie de «mística obrera» sobre el sufrimiento y la lucha heroica y la falta de organizaciones permanentes.

La represión durante las huelgas 1962-64 fue brutal: centenares de despedidos, de encarcelados, de deportados. El Fondo de Solidaridad de Asturias pasó a ser el Fondo de los despedidos. Mientras la clase obrera se preparaba para nuevas luchas, surgió un conflicto importante en Euzkadi: «Bandas Echevarri». Una huelga de 163 días, del 30 de Noviembre de 1966 al 15 de Mayo de 1967. Es necesario subrayar el papel que jugaron la asamblea de fábrica y las hojas informativas durante este movimiento.

En dicho periodo se consolidaron las Comisiones Obreras (CCOO). Pero también aparecieron grandes problemas en el seno de las mismas. La mayoría de los grupos, sindicales o políticos, vieron en las CCOO el medio de «engordar» su propia organización, despreciando de hecho la autonomía de la clase obrera.

Las reivindicaciones más frecuentes durante el periodo que va de 1964 a 1970, fueron: supresión de los contratos eventuales; aumento de salario; reducción de los ritmos; no a las sanciones; incorporación de las primas en el salario de base.

Casi todos los movimientos, en un segundo tiempo, tuvieron que añadir a la plataforma inicial una nueva reivindicación: so-

lidad con los represaliados. Este elemento de solidaridad iba a desempeñar un papel importante en las huelgas.

Las características más destacadas de este periodo fueron : un abandono casi total de la CNS en las zonas más industrializadas y conflictivas ; la crisis de las CCOO ; una profundización de las reivindicaciones.

LAS HUELGAS SE MULTIPLICAN

Si analizamos el periodo que va del 70 al 74, observamos una progresión de la capacidad de la clase obrera y una multiplicación de los estallidos locales.

Algunas de las huelgas más importantes de la época fueron las siguientes.

La huelga de la construcción de Madrid en 1971

Esta huelga abarcó todo el ramo de la construcción con unos 60.000 trabajadores. La plataforma reivindicativa tomó un aspecto más cualitativo :

- Alto a la subida de precios ;
- Libertad de información ;
- 400 ptas salario mínimo por día ;
- Libertad de organización obrera ;
- Reducción de la semana de trabajo a 45 horas ;
- 100 % en caso de enfermedad, accidente y paro ;
- No a los eventuales y garantía del empleo para todos.

Esta plataforma reivindicativa se repetirá en otras regiones y ramas industriales, con ciertas variantes. Por ejemplo, en la MAQUINISTA se añadirán dos nuevas reivindicaciones que serán adoptadas en conflictos posteriores, como la semana de 40 horas y 30 días de vacaciones para todos. En la huelga de SEAT, en BARCELONA, además de presentar las plataformas anteriores, se insiste sobre : el derecho de asamblea ; el sindicato obrero.

Vienen en el orden cronológico : MICHELIN, que partió de un movimiento de solidaridad con un compañero represaliado, y meses más tarde HARRY-WALKER en Barcelona.

HARRY-WALKER sirvió de revelación en lo que respecta a la democracia obrera, al papel de la asamblea de fábrica, a las comisiones elegidas y al comité de huelga. El aspecto de solidaridad

surgió con nuevas fuerzas durante esta huelga. Las asambleas se terminaban al grito «! Todos o ninguno! » Una reivindicación importante apareció mostrando el avance de la toma de conciencia de los trabajadores. Por vez primera, se exigió «el control del reglamento de ordenación interior». Todos sabemos que estos reglamentos dan al patrono todo poder para reprimir.

En la primavera de 1974, estallaron dos conflictos indicando que la combatividad no era ya un privilegio de las zonas « rojas ». En la castigada y « apacible » Galicia, los trabajadores del Ferrol dijeron no a la patronal. En la Empresa Nacional BAZAN, de construcciones navales y militares, los trabajadores no aceptaron que el convenio fuese negociado en Madrid, lejos de su presencia. La respuesta de la empresa fue el castigo de una parte de los jurados y enlaces. Los obreros declararon la huelga ilimitada y se lanzaron a la calle. La policía disparó, asesinando a dos trabajadores e hiriendo a varios. Por vez primera, después de las huelgas de 1962 en Asturias, se realizó un paro general.

Otra huelga general de gran combatividad estalló en Vigo meses más tarde.

Estas dos últimas huelgas presentaron características particulares que eran el reflejo de la situación social en esta zona. Se observó una falta casi total de organización y de perspectivas inmediatas. Fue una especie de explosión. Los trabajadores más inconscientes (jurados y enlaces) se sirvieron de la CNS. Mientras que en otras zonas tradicionalmente más combativas, los jurados y enlaces actuaron con frecuencia como freno, en El Ferrol y en Vigo sucedió todo lo contrario, ya que actuaron como detonador. Recordemos que en la misma época, en la huelga de Orbegozo (Guipúzcoa), el papel de los jurados y enlaces fue nefasto dado su carácter legalista e integrado en la CNS.

Los conflictos fueron cada día más numerosos. Algunos sirvieron de modelo por la capacidad de organización y la solidaridad, así como por la calidad de la plataforma reivindicativa. Es el caso de la huelga general de Pamplona, de los paros de San Adrián de Besós, del Bajo Llobregat (en Cataluña) y de FASA-RENAULT en Valladolid. Las reivindicaciones fueron todavía más precisas y cualitativas :

— Aumento lineal del salario, es decir, lo mismo para todos, desde el pinche hasta el ingeniero.

— 40 horas semanales.

— Anulación de los contratos eventuales.

— 100 % en caso de enfermedad, accidente, paro y jubilación.

— Impuesto sobre el trabajo personal (IRTP) a cargo del patrono.

— Ayuda a los hijos en edad escolar.

Estas dos últimas reivindicaciones eran nuevas, al igual que el 100 % del salario real para los jubilados.

La huelga general del Bajo Llobregat tuvo su origen en la negociación del convenio. La patronal quería un convenio provincial (recordemos a la BAZAN) y los trabajadores comarcal. Todas las empresas de la comarca elaboraron una plataforma común donde, además de las reivindicaciones de San Adrián del Besós, se añadió « derecho de asamblea y de huelga ». Cabe destacar en este movimiento la movilización de las familias y la extensión de la huelga a toda la comarca.

Valladolid posee unas características próximas a las del Ferrol y de Vigo : zonas de reciente industrialización. Sin embargo, es hoy uno de los centros más conflictivos del Estado español. En las huelgas de FASA-RENAULT, hay que destacar la práctica de la democracia obrera a través de las asambleas, les comisiones negociadoras y el Fondo de Solidaridad.

Se puede subrayar, en el período que acabamos de resumir, que las plataformas reivindicativas se enriquecieron, se afirmaron y se generalizaron ; que regiones tradicionalmente « tranquilas » se lanzaron a la lucha ; que los trabajadores, en bastantes ocasiones, se enfrentaron duramente con la policía ; que los conflictos se extendieron más fácilmente, realizándose a nivel local algunas huelgas generales como en Pamplona, El Ferrol y el Bajo Llobregat.

El año 1974 se termina con la extraordinaria huelga general de Euzkadi, de índole netamente política : contra la represión y por la libertad de los presos.

En 1975, sobre todo en los primeros meses, hay que destacar las luchas de SEAT, HISPANO-OLIVETTI, POTASAS DE NAVARRA, etc. Durante este período, la crisis mundial comenzó a sentirse duramente en España. Los trabajadores se colocaron más bien a la defensiva. Se abrió un compás de espera que presagiaba acontecimientos políticos. Pero se produjeron estallidos locales en FASA-RENAULT, SEAT, RENFE, y huelgas más duras como la de FIRESTONE y STANDARD ITT.

En Septiembre estallaron las huelgas generales de Euzkadi contra las penas de muerte impuestas a los cinco militantes que serán fusilados.

En estos momentos se desarrollan potentes movimientos huelguísticos en Madrid, Cataluña, Valencia, Euzkadi, Asturias... donde las reivindicaciones salariales, de mejores condiciones de trabajo, de defensa del empleo, se unen a peticiones de libertades democráticas.

LAS FORMAS DE ORGANIZACION

De los años 60 a esta parte, la clase obrera se ha dado varias formas de organización adaptadas a la situación particular del régimen franquista. Ante el carácter represivo y antiobrero de la CNS, los trabajadores se vieron obligados a crear las ASAMBLEAS de fábrica y, a veces, de barrio. La asamblea de fábrica elige sus COMISIONES para responder a las necesidades de la lucha. Estas comisiones son de varios tipos: negociadoras — para extensión de la huelga — recaudación de fondos — propaganda... Con frecuencia se constituyen COMITES DE HUELGA, que suelen ser compuestos por militantes de las diferentes organizaciones presentes en la empresa.

Los trabajadores han creado también Fondos de Ayuda o Cajas de Resistencia. El primer Fondo de Solidaridad se creó en Asturias para salir al paso al relicario de despedidos, castigados y deportados a cada huelga. En Cataluña, a partir de la huelga de Harry-Walker, se intentó organizar un fondo de solidaridad permanente. En Valladolid funciona otro desde hace más de un año. En general, esos fondos son unitarios y compuestos por las fuerzas políticas y sindicales presentes en la zona.

El fenómeno más conocido como forma de organización y de lucha de la clase obrera han sido las Comisiones Obreras (CC.OO.). En su origen, las CC.OO. representan el esfuerzo de los trabajadores para darse sus propias organizaciones. El PC, viendo el nacimiento de estas formas autónomas de lucha, abandonó su apéndice, la Oposición Sindical Obrera (OSO), y puso todos sus esfuerzos en controlar las CC.OO., en particular a través de sus Coordinadoras. En la actualidad, la mayoría de las Coordinadoras de CC.OO. están controladas por tal o cual grupo. Eso no quiere decir que el fenómeno de CC.OO. haya desaparecido. Pero se ha observado entre los trabajadores, por miedo a la manipulación, una tendencia a crear comisiones locales autónomas.

La evolución y las luchas de la clase obrera bajo el franquismo, que acabamos de resumir brevemente, pueden permitir comprender mejor la situación actual y el futuro próximo. El debate sobre el tipo de organización obrera que propugnamos tiene que de-

sarrolliarse sobre bases sólidas : observación de los conflictos, de las luchas, del nivel organizativo, del tipo de reivindicaciones.

A este respecto, las posiciones de las organizaciones revolucionarias que se reclamen del marxismo se pueden resumir a dos :

— Sindicato obrero único y autónomo.

— « Organización de clase » o asambleas como embrión de los consejos obreros.

SINDICATO OBRERO

Es necesario observar el tipo de reivindicaciones que más han aparecido en las luchas obreras. Vienen en primer lugar las reivindicaciones salariales ; el 100 % en caso de accidente, enfermedad, paro y jubilación ; las condiciones de trabajo, o ritmos, higiene, seguridad, reducción de la semana de trabajo. Vienen después otras reivindicaciones que son menos generalizadas, pero que comienzan a arraigarse en la clase obrera : IRTP a cargo de la empresa, libertad de asociación, derecho de asamblea en el interior de la empresa, un mes de vacaciones, ayuda a los hijos en edad escolar. A estas reivindicaciones se añade siempre la solidaridad con los compañeros despedidos, castigados, encarcelados, represaliados. La solidaridad, aparte de ser una tradición, responde a una nueva lógica interna de la represión. En general, a más represión más solidaridad. Por otra parte, la patronal emplea como táctica el despido de los mejores compañeros durante el conflicto para apartar a los trabajadores de la plataforma reivindicativa inicial y así negociar solamente sobre los despedidos. Los trabajadores caen, a veces, en la trampa y gritan victoria por haber impuesto la readmisión de algunos compañeros represaliados. Decimos algunos porque los más combativos se quedan con frecuencia en la calle.

Las reivindicaciones anteriormente expuestas no son revolucionarias. En ningún momento, la masa de los trabajadores ha puesto en causa el poder burgués a través de sus reclamaciones. En el terreno de las reivindicaciones políticas, no van los trabajadores, en su conjunto, más allá de las libertades democráticas. De todo esto se deduce que la clase trabajadora busca un instrumento donde pueda organizarse y luchar de una forma permanente. El sindicato obrero único y autónomo responde a los intereses inmediatos de la mayoría de los trabajadores. No hay que olvidar que la tradición sindicalista de la clase obrera peninsular jugará un papel en este sentido. Por otra parte, los trabajadores

ro han superado actualmente, *en su experiencia*, la lucha de tipo sindical.

Las grandes organizaciones sindicales llevan consigo el peligro de la burocratización. Es una contradicción que hay que superar. Lo que se plantea es el problema de la democracia interna en el sindicato. De ahí la necesidad de corrientes políticas en su seno. Los liberados deben ser reemplazados cada 2 o 3 años de una forma sistemática para evitar que se corten de la base y adquieran un poder excesivo a través del aparato. Las secciones sindicales de base deben tener una amplia autonomía de acción. El congreso general debe ser la resultante de los distintos congresos locales. Los delegados sindicales han de ser elegidos por los trabajadores y revocables en todo momento por los mismos. Toda negociación con el patrono será preparada en asambleas de taller y de sectores. La asamblea delega a los compañeros más competentes y honrados.

LA «ORGANIZACION DE CLASE»

Algunos sectores de la izquierda revolucionaria oponen sindicato y «organización de clase». Dicho de esta forma, no vemos la diferencia. ¿Es que un sindicato obrero no es una organización de clase? Lo primero que hay que hacer es ponerse de acuerdo sobre el sentido exacto de los palabras.

Si entendemos por «organización de clase» los consejos obreros u «órganos de poder obrero», es cierto que existe una gran diferencia entre sindicato obrero y «organización de clase». Quizás sea necesario recordar que los consejos obreros son órganos de poder que se oponen al poder capitalista. Estos órganos aparecen solamente cuando existe una profunda descomposición de la clase dominante como consecuencia de la crisis social y política y de la ofensiva del proletariado. Los consejos obreros se forman en situaciones revolucionarias o prerrevolucionarias. Si esto es lo que se entiende por «organización de clase», es necesario que los que defienden esta forma de organización en los momentos actuales, llamen al pan, pan y al vino, vino.

A través de algunas lecturas y algunos debates, parece que se define también la «organización de clase» como algo intermedio entre los consejos obreros y el sindicato. En este caso, no vemos por qué oponer esta «organización» al sindicato, pues el problema consistiría en realidad en prever desde ahora cuales serían las relaciones concretas entre ambos, lo cual parece bastante difícil actualmente. Las dos formas de organización incidirían pro-

bablemente la una en la otra y, en fin de cuentas, todo dependería de la experiencia y del grado de conciencia de los trabajadores de tal región, localidad, fábrica, etc. Claro que cada uno puede hacer sus esquemas ideales en el papel y hasta imaginarse que está « profundizando la teoría »...

Algunos grupos que negaban ayer la realidad de una lucha sindical, la reconocen hoy. Esto es un progreso con relación a un pasado próximo. Pero si se reconoce que se va a formar una gran central obrera, no comprendemos la pirueta intelectual que consiste en afirmar que el problema del sindicato no concierne a la vanguardia revolucionaria ya que es una alternativa burguesa o reformista. ¿Será necesario volver a las fuentes del marxismo para demostrar que los revolucionarios han de ponerse a la cabeza de las reivindicaciones y de las organizaciones obreras? Si se reconoce que en el Estado español aparecerán masivamente formas organizativas de carácter sindical, nos parece pura irresponsabilidad el dejar el terreno libre al stalinismo y al reformismo, que van a intentar encerrar a la clase obrera dentro de sus concepciones burocráticas. La postura de decir: « Si hay sindicatos, iremos a ellos » es totalmente defensiva. Si el sindicato es una necesidad de la clase trabajadora actual en nuestro país, los revolucionarios *tenemos* que prever, *desde ahora*, la forma de intervenir en esas estructuras sindicales pesando en el interior de ellas con toda nuestra fuerza.

La superación, en la fase actual y en un futuro próximo, del sindicato como instrumento de la lucha de los trabajadores es más bien un deseo de algunos grupos que una perspectiva real.

Si observamos las luchas obreras en estos últimos años, con excepción de las huelgas generales de Euzkadi por la libertad de los presos, el detonador ha sido con mucha frecuencia la negociación de los convenios. En estos momentos, las plataformas reivindicativas que se terminan por una petición de libertad de asociación y de expresión se están generalizando, pero lo que realmente lanza a la huelga a los trabajadores es ante todo la defensa de sus intereses inmediatos.

Si los trabajadores aun se baten, en general, hoy, en el terreno sindical, no vemos por qué « lógica revolucionaria » se van a dar ahora formas organizativas que superen su propio nivel de lucha, como sería el caso de los consejos obreros. Por otra parte, aun queda por demostrar que la creación de una central sindical única y autónoma con la participación de todas las corrientes obreras será aceptada o « asimilada » por la burguesía española.

Las extrapolaciones son fáciles. Se nos habla del papel integrador de los sindicatos alemanes, ingleses, belgas... Se habla ya me-

nos del papel integrador de los sindicatos italianos y franceses. En Francia, los revolucionarios han cogido el tren sindical en marcha y se esfuerzan hoy desesperadamente en influir en la orientación de los sindicatos.

Nos preguntamos : ¿ Es qué toda forma sindical es burocrática y reformista por definición y toda « organización de la clase » es democrática y revolucionaria ? Es obvio que no se puede responder ni por un si ni por un no. ¿ Es que una sección sindical no puede servir de instrumento para reunir, organizar a los trabajadores dándoles realmente la palabra y el poder de decisión ? Sabemos que una asamblea de fábrica no se realiza de forma espontánea. Hay siempre un núcleo de animadores, que son con frecuencia militantes de las distintas organizaciones políticas presentes en la empresa. Por otra parte, una asamblea no puede quedar limitada a una fábrica o una localidad. Es necesario una coordinación a nivel regional, nacional, internacional porque el capitalismo es multinacional. Para cumplir estas tareas, la asamblea tendría que dotarse de un aparato, de liberados... Se dice que el aparato sindical « traiciona a los trabajadores ». ¿ Y por qué no el aparato que se vería obligada a darse la « coordinación asambleísta » ? Hay que salir de esos esquemas simplistas : o todo bueno o todo malo. Las cosas son más sencillas y más complejas al mismo tiempo.

El sindicalismo en nuestro país será la resultante del rico pasado sindical, de la experiencia obrera de estos últimos 36 años y de las presiones internacionales. No debemos olvidar que los trabajadores, en las últimas décadas, han acumulado valiosas experiencias de democracia obrera. La asamblea de fábrica es hoy casi un reflejo de la mayoría de los trabajadores ante un conflicto ; la creación de organismos unitarios es cada día más frecuente ; los trabajadores desconfían de todo aparato que los pueda manipular y han cogido gusto a la democracia obrera directa.

La experiencia hecha por la clase trabajadora bajo el franquismo se caracteriza por la exigencia :

— DE UNIDAD EN LA BASE

— DE DISCUSION Y ELABORACION DE LAS PLATAFORMAS REIVINDICATIVAS

— DE DEMOCRACIA OBRERA.

Esta experiencia va a influir positivamente en el momento de la creación de la central sindical. Nuestro sindicalismo no será un calco del sindicalismo europeo. Los marxistas revolucionarios tenemos que estar presentes en la formación de los nuevos sindicatos.

Manuel BLANCO

LA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO

por Daniel VIDAL

La crisis que desde 1974 sacude la economía mundial señala el fin de un mito: el del capitalismo organizado que lleva consigo un potencial de crecimiento sin límites. La sociedad capitalista, después de haberse maravillado a sí misma durante veinte años de los milagros económicos que realizaba no sabe a ciencia cierta hacia que porvenir camina. Los futurólogos han renunciado a construir con ordenadores las curvas exponenciales que anunciaban la civilización universal de la abundancia y el ocio. Cuando aun utilizan sus máquinas, lo único que hacen es sacar profecías de Apocalipsis. La economía política oficial ha vuelto a ser la «ciencia» de la inquietud y del tono lúgubre.

LA RECONSTRUCCION Y LA CONSOLIDACION DEL CAPITALISMO

Sin embargo, durante más de un cuarto de siglo, parecía que las contradicciones del sistema capitalista habían sido superadas cuando no resueltas. Y, en primer lugar, el viejo problema de la realización de la plusvalía que cobraba visos de no plantearse más. Las destrucciones de la guerra y el envejecimiento de los aparatos productivos en Europa y en el Japón, habían permitido superar el atasco del capitalismo tal y como se había manifestado desde los años 30. Pero una vez Europa y el Japón reconstruidos y modernizados, las inversiones en el Departamento I de la economía (producción de bienes de producción), no se detuvieron, y Norteamérica escapaba a una nueva depresión que muchos expertos creían inevitable en los comienzos de los años 50. A este respecto, el hecho decisivo lo constituye la formación en los Estados Unidos de un gigantesco «complejo guerra-ciencia-industria». Creado para las necesidades de la economía de guerra en 1942, este complejo no cesó de extenderse bajo el impulso de la gran competencia Este-Oeste y de la conquista del espacio: concentrando enormes medios financieros, organizativos e intelectuales, se convirtió en el motor de una extraordinaria aceleración del progreso científico y tecnológico, que ha provocado no

sólo la aparición de toda una serie de nuevas ramas de la actividad económica, sino también una aceleración de los ritmos de renovación del capital fijo.

Este rápido desarrollo del Departamento I, acompañado por una elevación continua de la productividad, ha tenido, claro está, efectos que han repercutido en el Departamento II (producción de medios de consumo). A medida que las ganancias de productividad permitían descomprimir los salarios y que el crecimiento sustentaba una situación de «pleno empleo», Norteamérica y después Europa emprendieron el camino de la «sociedad de consumo». Un nuevo modo de vida y mentalidades nuevas condicionados por los *mass media* fueron difundidos en las «clases medias», las capas superiores y medias del proletariado y hasta en las masas rurales. La publicidad machacona y, también, el acortamiento calculado de la duración física de los productos, así como la planificación de su caducidad por «pasados de moda» se convirtieron en otros tantos artificios constantemente utilizados para acelerar la circulación de mercancías. En esta fase, las reivindicaciones tradicionales cuantitativas del movimiento obrero organizado fueron, por lo menos dentro de ciertos límites, recuperadas y utilizadas por el sistema.

La expansión programada de la producción no significa que el capitalismo haya sido realmente planificado. Los planes, cuando existen, no son otra cosa que modelos indicativos de desarrollo.

El Estado no procede a una fijación de los precios, de los salarios y de los beneficios, ni a una asignación autoritaria de los factores de producción. El sector público, que en parte escapa a las sujeciones del mercado y a los imperativos del beneficio, ha quedado en dondequiera que sea sensiblemente minoritario. No obstante permite a los poderes públicos operar sobre la demanda y sobre los flujos de la inversión con el fin de prevenir y, más aun, corregir las rupturas de proporciones entre las ramas de producción y el desajuste de la oferta y la demanda. Estas correcciones se operan de una forma o de otra a través de las fases de fiebre y de enfriamiento de la economía, por lo menos mientras las luchas sociales y las competencias internacionales no vengán a trastornar brutalmente los diversos factores que la planificación indicativa debe integrar, y a hacer que ésta sea impracticable.

La estabilización del capitalismo sobre la base del crecimiento y del consumo programados no ha sido posible, en efecto, más que en la medida en que el sistema atravesaba una fase histórica durante la cual había llegado a contrarrestar la tendencia a la baja de la tasa de beneficio.

Como en el pasado, esta tendencia ha continuado siendo compensada en parte por la realización de superbeneficios imperialistas. La inversión directa en los países subdesarrollados, en los cuales la mano de obra, superabundante, es poco costosa, permite hacer funcionar, en condiciones excepcionalmente rentables, las empresas multinacionales que explotan yacimientos minerales y petroleros o que, incluso, fabrican productos semiacabados y bienes de consumo. A esto se añade la degradación casi constante de las condiciones del intercambio desde 1951. Incluso cuando explotan los recursos con ayuda de sus propios capitales, los países subdesarrollados — que han visto durante más de veinte años aumentar el precio de las mercancías que importan más rápidamente que el de los productos que exportan — han sufrido una enorme hemorragia de riqueza en provecho de los países avanzados. La función que ejercen los superbeneficios imperialistas en la acumulación capitalista de los países adelantados tiende, no obstante, a marginalizarse. Las inversiones realizadas en el «Tercer Mundo» no representan más que un porcentaje declinante de la inversión exterior global, cuya mayor parte se orienta desde ahora hacia los países adelantados. En 1914, las inversiones acumuladas de Inglaterra en el extranjero representaban más del doble de su renta nacional anual. En 1969, Norteamérica, el mayor inversionista del mundo en el extranjero, solamente invirtió 70.000 millones de dólares en el exterior, de los cuales 26.000 millones en los países subdesarrollados, mientras que su renta nacional sobrepasaba el billón. Lo mismo ocurre con los intercambios comerciales. El comercio entre los estados capitalistas avanzados y los países del «Tercer Mundo» no representa más que una proporción decreciente de los intercambios mundiales (de todas formas, la energía y las materias primas sólo representan una pequeña parte de los costos de fabricación de la mayoría de las mercancías producidas en los países imperialistas). Cualquiera que sea su ferocidad, no es el pillaje practicado en el «Tercer Mundo» lo que ha aportado al capitalismo avanzado la parte esencial de la plusvalía necesaria para su estabilización y su expansión.

Esta plusvalía ha salido en cantidades crecientes de las fábricas de Norteamérica, de Europa y del Japón. La extensión del taylorismo y de la organización científica del trabajo, antes bloqueada por la crisis de los años 30, se ha intensificado a partir de la guerra, y el descubrimiento de la electrónica y de la semiautomatización han prolongado y ampliado sus efectos. El régimen capitalista se ha consolidado así sobre la base de un conjunto de innovaciones que le han permitido en primer término realizar economías de trabajo manual y, luego, bajar los valores del capital fijo y del capital circulante. Si la composición técnica del

capital se ha elevado a saltos, su composición orgánica ha tenido tendencia a disminuir a medida que las innovaciones « capital-saving » eran aplicadas y la baja de la tasa de beneficio detenida.

Este trastorno de los métodos y de los medios de producción ha sido, en parte, el resultado de la extensión y de la generalización del proceso de cartelización. Este no ha desembocado finalmente en una extinción de la competencia entre oligopolios y si en un cambio de las formas de la competencia: a la competencia por los precios ha sucedido la competencia por la innovación y la inversión que ha roto las tendencias al estancamiento del sistema. Sin embargo, esta mutación no se ha efectuado espontáneamente, sino bajo el impulso del Estado y, sobre todo, del Estado Norteamericano. El « complejo guerra-ciencia-industria », creado y desarrollado con fines estratégicos, ha funcionado al mismo tiempo como órgano para costear por el Estado los gastos de investigaciones y de innovaciones cuyas múltiples ramificaciones civiles han sido beneficiosas para el capital privado. No era más que un nuevo modo de frenar la baja tendencial de la tasa de beneficio sirviéndose del Estado. Mientras que los gobiernos europeos se limitaban a nacionalizar los sectores más viejos de la economía para renovarlos y a sostener las empresas insuficientemente rentables, el Estado norteamericano se constituyó en centro de organización de una investigación sistemática y planificada que dotaba al capital de una sucesión casi ininterrumpida de innovaciones tecnológicas.

LUCHA DE CLASES Y TASA DE BENEFICIO EN EL CAPITALISMO AVANZADO

Sin embargo, incluso a través de esta larga fase de consolidación del capitalismo, las contradicciones contribuyen a romper el equilibrio del sistema.

En efecto, mientras que los nuevos métodos de organización del proceso productivo permiten reducir el número de obreros necesarios para una misma cantidad de productos, se multiplican otros puestos de trabajo. La empresa gigante, al mismo tiempo que un complejo de talleres de producción, se convierte en un universo de oficinas poblado por multitud de « cuellos blancos », cuya misión es asegurar la extracción y la realización de la plusvalía en las mejores condiciones para el capital. Y el mismo proceso se repite a nivel de la sociedad entera, con la multiplicación de los organismos financieros y bancarios, compañías de seguros, de marketing, de publicidad, de informática, etc., y con la extensión de las funciones del Estado. El Estado que planifica,

organiza la investigación y el desarrollo, controla la contaminación, lleva a cabo la ordenación del territorio, asume la tarea de formar y de condicionar la fuerza de trabajo, etc., emplea entre el 13 % y el 15 % de la población asalariada. Su aparato se ha hecho tres o cuatro veces más cuantioso que en la época del liberalismo económico. En su conjunto, los «cuellos blancos» representan del 40 % al 50 % de la masa asalariada en la mayor parte de los países avanzados. En los Estados Unidos, en 1965, eran 32 millones contra 26 millones de obreros.

La distinción entre «cuellos blancos» y obreros no coincide en modo alguno con la de trabajadores improductivos y productivos. Solamente una parte de los «cuellos blancos» vende su trabajo por dinero compuesto por rentas y éste, al no ser gastado en tanto que capital variable, no funciona como tal y no produce plusvalía. Los otros, lo mismo que los obreros, cambian su trabajo contra capital variable y contribuyen, directa o indirectamente, a la producción de plusvalía. Pero en ambos casos, la multiplicación de estas nuevas categorías tiende a contrarrestar el aumento de la tasa de beneficio, ya sea porque obstaculiza la compresión general de los gastos en capital variable o bien porque disminuye la proporción de plusvalía que puede ser convertida en capital adicional.

La parte de plusvalía que se encuentra así sustraída a la acumulación es, por lo demás, tanto más importante cuanto que una parte de los «cuellos blancos» — los que se hallan en las capas superiores y medias de los aparatos — reciben pingües remuneraciones que les convierten en copartícipes de la explotación capitalista. La evolución histórica no ha menguado la capa explotadora para reducirla a una ínfima minoría de magnates. Al contrario, ha dado a esta capa las dimensiones de una vasta «clase media» que consume cada vez más importantes cantidades de plusvalía disimuladas en los salarios y las remuneraciones.

Pero esta hipertrofia de los aparatos dirigentes y privilegiados de la sociedad capitalista ha contribuido ampliamente a frenar el alza del nivel de vida del proletariado. Puesto que si bien es cierto que la «sociedad de consumo» no puede funcionar más que sobre la base de un aumento gradual de los salarios, este aumento debe ser constantemente contenido para que no exceda las ganancias de productividad. De no ser así, la tasa de explotación y la de beneficio disminuyen y surgen movimientos inflacionistas que determinan inmediatamente la caída de las exportaciones. En el transcurso de los años 60, el capitalismo ha intentado por diversos medios — política de rentas, «integración» de los sindicatos, contratos de progreso, etc. — regular los movimien-

tos de salarios con arreglo a los exigencias de su propio funcionamiento óptimo. Pero a finales de los años 60, estas tentativas fracasaron en todas partes. La correlación de fuerzas favorable creada por el « pleno empleo » y a veces incluso por la escasez de mano de obra calificada ; la penetración del modo de vida de la « sociedad de consumo » en capas cada vez mayores ; la entrada en la vida activa de nuevas generaciones menos resignadas, provocaron, a partir de 1968, luchas incontrolables que desembocaron en un aumento general de los salarios.

Ahora bien, estos aumentos de salarios han mermado tanto más duramente la tasa de beneficio por cuanto han coincidido con una baja de los ritmos del progreso de la productividad. En Norteamérica, como en Europa, el consumo ofrecía cada vez menos apariencias de ser una compensación válida de la terrible opresión cotidiana que es el trabajo en la fábrica ultrataylorizada. Las antiguas éticas que idealizaban el valor del trabajo confiéndole un sentido trascendental están en plena descomposición, sobre todo entre las nuevas generaciones. En todas partes, el absentismo y el « turn-over » (cambios frecuentes de empleo) se multiplican. El frenaje voluntario de las cadencias, la irresponsabilidad en la ejecución de las tareas, y hasta el sabotaje deliberado, provocan la caída de la rentabilidad de las instalaciones más sofisticadas y más costosas. Desde Estados Unidos hasta Suecia, sociólogos, sicólogos, ergónomos, etc. buscan, sin grandes resultados, paliativos a la crisis del trabajo. Por primera vez después de la guerra, los beneficios de productividad no bastan para cubrir al mismo tiempo el costo de mantenimiento de las nuevas capas asalariadas y el aumento del precio del trabajo manual. La lucha de clases está paralizando los dinamismos del crecimiento capitalista.

LA MADURACION DE LA CRISIS NORTEAMERICANA

Los Estados Unidos que se encuentran a la cabeza de la evolución del mundo capitalista, son los primeros que alcanzan el punto crítico en el que la caída de la tasa de beneficio dificulta la acumulación. Mientras que a comienzos de los años 60 el empleo de las tecnologías de vanguardia ha producido ya sus efectos esenciales en la economía norteamericana, ésta sufre ahora toda una serie de handicaps. La dimensión mundial de las empresas y de los bancos norteamericanos, la función excepcional que ejerce la administración de los EE. UU. en los asuntos planetarios, han determinado la proliferación de las diversas categorías de « cuellos blancos » a un nivel sin igual en los otros países capitalistas. Además, el papel de líder que desempeñan los Estados Unidos

en la «defensa del mundo libre», provoca una escalada incesante en sus gastos estratégicos. En el punto culminante de la guerra del Viet-Nam, Norteamérica hubo de destinar el 10 % de su P.N.B. al desarrollo de su aparato militar, mientras que los otros países capitalistas reducían su presupuesto de guerra: durante los años 60 éste disminuye de un 4,1 % a un 3,1 % de su P.N.B. Ahora bien, en la misma época la productividad progresa solamente en proporción insignificante en los EE. UU., mientras que hasta en 1965 progresaba en un 4 % por año, y su crecimiento se limita a menos del 2 % en 1967 y a menos del 1 % en 1969. Como los salarios norteamericanos siguen siendo los más altos del mundo, la tasa de beneficio realizada en los EE. UU. viene a resultar inferior a la que puede obtenerse en los otros países.

El capitalismo norteamericano replica a esta situación aumentando rápidamente sus inversiones directas en aquellas zonas donde la rentabilidad es más alta (Australia-Canadá-Europa). Entre 1960 y 1969, el importe de las inversiones de Norteamérica en los países desarrollados pasa de 21.900 millones a 52.700 millones de dólares. Al mismo tiempo, los EE. UU. se desprenden de una parte de su industria con fuerte densidad de mano de obra, enviándola a las regiones en que los salarios son más bajos, principalmente a América Latina. Pero si, a corto plazo, esta política compensa la baja de la tasa de beneficio en los EE. UU., no resuelve los problemas que esta baja plantea y tiende, incluso, a agravarlos. Al mismo tiempo que sus capitales, las multinacionales yanquis exportan su tecnología avanzada, contribuyendo así a reducir las diferencias de productividad que subsisten entre Norteamérica y los otros países capitalistas. Sobre todo, la creación de nuevos empleos se ve retardada en los Estados Unidos por el descenso de la inversión interior y por la política de traslado de industrias a las zonas subdesarrolladas. De todas formas, la movilización por el Viet-Nam, el funcionamiento a pleno rendimiento del complejo militar-industrial, la exploración espacial, impiden aún el aumento del paro. Pero ya la inflación se acelera, pasando del 2 % al 6 % anual entre 1960 y 1970, y cuando el gobierno se decide a limitarla reduciendo los gastos militares y espaciales, la curva del paro se eleva — 4,9 % en 1970 ; 5,9 % en 1971 — sin que por eso el alza de los precios se detenga : 6 % en 70 ; 4,5 % en 71. Es la «estanflación». Al darse cuenta del hundimiento de la tasa de su beneficio, que baja del 15 % en 1955 al 10 % en 1965 y al 5 % en 1973, las firmas gigantes aumentan sistemáticamente su precio de venta con el fin de mantener o de ampliar sus capacidades de autofinanciamiento. En esta economía, en la que la concentración y la cartelización han hecho desaparecer la competencia por los precios, la inflación se convierte en un método de acumulación.

No obstante, si la inflación organizada permite al capital yanqui retardar artificialmente la baja de la tasa de beneficio, también tiene como efecto el reducir las capacidades competitivas de los productos norteamericanos frente a los europeos y, sobre todo, japoneses. Por primera vez después de 1888, la balanza comercial norteamericana es deficitaria en 1971. Entonces, la Norteamérica de Nixon golpea a los otros países capitalistas, consocios que también son competidores. Desde los años 60, y gracias al papel desempeñado por el dólar como moneda internacional, los EE. UU. financian una parte importante de sus gastos imperiales por medio del déficit de su balanza de pagos. La operación consiste en comprar a los otros estados bienes y servicios que son pagados a crédito mediante la simple emisión de divisas norteamericanas. El valor de estas emisiones aumenta en un 20 % al año y alcanza 63.000 millones de dólares en 1971. Norteamérica consigue así frenar un tanto su propia inflación, rechazándola sobre sus consocios y, al mismo tiempo, contener el descenso de las capacidades competitivas de sus productos. En 1971, la recesión norteamericana obliga a Nixon a acentuar brutalmente las presiones sobre los otros países: el dólar es declarado inconvertible (lo que por parte de Norteamérica equivale a negarse a pagar sus deudas) y desvalorizado, mientras que el franco, el marco y el yen, deben ser revalorizados. Norteamérica consigue así restablecer su balanza comercial, mientras que diversas medidas interiores — congelación provisional de los salarios, destasación de los beneficios, etc. — permiten a la economía de los EE. UU. desprenderse de la recesión; el paro desciende de 5,6 % en 1972 a 4,9 % en 1973. Pero la inflación ha pasado de 3,6 % en 1972 a 10 % en 1973 y el déficit exterior alcanza 80.000 millones de dólares. La inflación con dos cifras va a ser mundial. El imperialismo norteamericano ha atenuado el desarrollo de su propia crisis acelerando la extensión de ésta al mundo entero.

LA CRISIS SE GENERALIZA

Al comienzo de los años 70, en efecto, todas las determinaciones de una crisis general han madurado a su vez en los otros países capitalistas. Durante un largo plazo, Europa y el Japón han sacado ventaja de su relativo atraso con relación a los EE. UU. Mientras que la tecnología de alta productividad de Norteamérica se difunde en esos países, el peso de las cargas militares declina y la mano de obra sigue siendo mucho menos cara que en los EE. UU. Es cierto que el Estado se apropia un porcentaje del P.N.B. más alto que en Norteamérica a consecuencia de la mayor importancia de sus gastos sociales y de su papel en la financiación del sector público, que suministra bienes y servicios a bajo

precio al capital privado. Excepto en el Japón, donde no alcanza más que el 20 % del P.N.B., la parte que absorbe el Estado (y las colectividades) de la renta nacional se aproxima al 40 % del P.N.B., en Europa, a comienzos de los años 60, contra el 36 % en los Estados Unidos. Pero la hipertrofia de los gastos públicos se ha producido en los años de la posguerra y en el momento en que Europa acomete la tarea de un desarrollo de tipo norteamericano su nivel está casi estabilizado.

Sin embargo, la misma evolución que ha llevado a Norteamérica a la caída de la tasa de beneficio, va a reproducirse en Europa con una diferencia de menos de diez años. Como en Norteamérica, las diversas categorías de « cuellos blancos » empiezan a proliferar y, a partir de 1965, la escalada de los gastos públicos comienza otra vez. A principios de los años 70, la parte absorbida por el Estado alcanzará, y a veces rebasará, el 50 % del P.N.B. A decir verdad, la violencia misma de la expansión hace aumentar el costo social. La rápida transformación de los pequeños burgueses y de los campesinos en asalariados; la extensión del trabajo de las mujeres; la dislocación de las antiguas formas de la vida familiar; el gigantismo de las concentraciones urbanas, provocan un aumento incesante de los gastos sociales, que constituyen un salario indirecto casi inexistente en los Estados Unidos. Los países de Europa, sobre todo, están insuficientemente equipados para edificar una gran « civilización industrial » calcada sobre la de Norteamérica y deben decuplar en algunos años sus gastos para dotarse de infraestructuras adecuadas. Las explosiones de reivindicaciones salariales que se suceden después de 1968 y la crisis del trabajo que afecta a las industrias europeas con mayor violencia que en Norteamérica, completan el cuadro. A principios de los años 70, la tasa de beneficio baja tan violentamente en Europa como en los Estados Unidos. El capital europeo reacciona entonces de la misma manera que el capital norteamericano: trata de compensar la baja de sus beneficios aumentando los precios y trata de hacer retroceder por la inflación los límites de sus capacidades de acumulación. A la inflación transmitida por Norteamérica, se añade una inflación de origen europeo que, por lo demás, va a ser ampliada por la especulación. La inestabilidad del curso de las monedas, la presencia en Europa de 80.000 millones de dólares flotantes, favorecen las operaciones especulativas, que resultan a menudo más rentables que las inversiones industriales. Una parte importante del capital financiero es dedicada a operaciones que consisten únicamente en aglomerar dinero, y el tipo del crédito sube rápidamente (del 13 % al 14 % en 1974). El carácter parasitario del capital financiero, que se había atenuado durante los años de expansión, se manifiesta abiertamente y esta situación

contribuye a su vez a reducir los beneficios del capital industrial.

Por lo demás, este reflujo del capital hacia las operaciones especulativas ha contribuido considerablemente a exagerar el «boom» del precio de los productos primarios en 1973. Durante más de veinte años, los países desarrollados han devorado los productos energéticos y las materias primas del «Tercer Mundo», con tanta mayor despreocupación cuanto que sus precios reales no habían cesado de disminuir desde la guerra de Corea. Ahora bien, aun cuando la baja rentabilidad de esta producción no haya favorecido su desarrollo, la demanda se ha incrementado a medida que Europa emprendía, después de los EE.UU., el camino de la «civilización del despilfarro». Esta demanda alcanza su punto culminante con la aceleración del crecimiento que se produce en los países industrializados en 1973: 6,4 % contra 5,4 % de 1960 a 1971. Mientras que la inflación occidental se amplifica y reduce más todavía los ingresos de las producciones del «Tercer Mundo», aparecen por primera vez en la oferta de productos primarios serias dificultades. En pocos meses, los precios doblan, triplican incluso cuadruplican; en todas partes los compradores han arramblado con los escasos productos para acapararlos y especular. En fin, después del conflicto israelo-árabe, la OPEP se aprovecha a su vez de la ruptura entre la oferta y la demanda de productos petrolíferos para aumentar sus precios. Por primera vez, las producciones primarias llegan a modificar a su favor la distribución de la plusvalía mundial. Pero el alza del precio de los hidrocarburos, que sucede a la de las materias primas, amplifica aún más la inflación, del 2 % al 3 %, excepto en Norteamérica, dado que este país no utiliza más que cantidades módicas de petróleos importados. En tal situación, los EE. UU., sintiéndose en terreno firme, sostienen la política de la OPEP para asestar un nuevo golpe a la competitividad de sus rivales y, particularmente, la del Japón.

LA CRISIS Y EL PORVENIR DEL CAPITALISMO

Ha bastado un año para que la acentuación de la inflación, que pasa del 7,4 % en 1973 al 14 % en 1974, conduzca al mundo capitalista hacia la crisis más severa que ha conocido después de la última guerra mundial. Para el conjunto de los países de la OCDE, el P.N.B., que había aumentado en un 6,5 % en 1973, se encuentra en todas partes en retroceso. Su valor cede 0,6 % en 1974 y 2,25 % en 1975. Hay ocho millones de parados en 1974 y trece millones en 1975. Pero la inflación subsiste: sigue siendo de un 10 % aproximadamente en 1975.

Esta coincidencia de la inflación y la recesión es lo que da a

ésta su originalidad y hace aparecer sus determinaciones profundas. Ni la estancación de los salarios reales, e incluso a veces si retroceso, ni la recaída de los precios de las materias primas en 1974, ni la casi estabilización del precio de la energía ni, tampoco, las medidas de austeridad presupuestaria adoptadas por los gobiernos, llegan a contener el movimiento ascendente de los precios. En el preciso momento en que los stocks aumentan y aparecen capacidades excedentarias importantes y el volumen de ventas descende, las grandes empresas siguen impulsando sus movimientos de alza. El significado de esta estrategia está claro: en la medida en que, dentro del marco capitalismo de los monopolios y de los carteles, la competencia se ha convertido esencialmente en una competencia por la innovación, las firmas gigantes van acumulando por la vía de la inflación con vistas a afrontar las enormes inversiones que necesitarán para mantener su rango en competencias futuras. Es muy probable que la inflación actual sea el prólogo de un nuevo salto hacia adelante de la tecnología capitalista y de una concentración aún más acentuada del capital.

¿ Hay que llegar a la conclusión de que la crisis no es más que un fenómeno episódico, que no tendrá otro efecto que el de interrumpir durante algunos años la expansión del capitalismo ?

A breve plazo, la recuperación de la economía capitalista es, en efecto, bastante probable. En todas partes, el capital y su Estado han pasado al ataque contra los trabajadores y esta contraofensiva ha logrado ya ciertos éxitos. En todos los países, el crecimiento de los salarios ha sido frenado o detenido. En los EE. UU. y en Italia, los salarios reales han disminuido en 1974 en 3 % y 5,4 % respectivamente. Si la crisis del trabajo continúa siendo un problema, no hay que excluir que la amenaza del paro pueda reducir, al menos durante cierto tiempo, la « indisciplina » de los obreros en la producción. Al tiempo que se acentúan las presiones para elevar de nuevo la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, el Estado amplifica sus medidas para sostener el beneficio capitalista. La reducción o el escalonamiento de los gastos sociales, los aumentos de las tarifas de los servicios públicos, la agravación de las presiones fiscales soportadas por los consumidores o los asalariados, le permiten obtener los fondos necesarios para subvencionar más ampliamente el capital. Todas estas medidas han de ser ciertamente manejadas con gran prudencia. La congelación o las reducciones de salarios, directos o indirectos, y la agravación de las medidas de tasación, al restringir el consumo, tienen como efecto inmediato el acentuar la crisis y extender el paro. Además, la « política de austeridad » podría exasperar los conflictos entre las clases y conducir a graves crisis sociales y políticas. Por esta razón, los diferentes gobier-

nos se ven obligados a maniobrar según las resistencias sociales con que topán y a tomar, sucesivamente, medidas de compresión del nivel de vida y de reactivación. En definitiva, lo que determinará la rapidez y la amplitud de la recuperación económica es la correlación de fuerzas que se establecerá entre el Capital, el Estado y el Trabajo. Un desplome de la resistencia de los asalariados es tan poco probable como una incapacidad del Estado y del Capital para contener los ataques y contraataques de los trabajadores; es bastante verosímil que asistamos no a una reactivación vigorosa del crecimiento y sí a una serie de mini reactivaciones, interrumpidas por nuevas fases descenso de la actividad económica.

Pero a más largo plazo, parece difícil imaginar que el capitalismo pueda escapar a un proceso de desestabilización, del cual la crisis actual no es más que el primer síntoma. En la medida en que ésta tiene como razón determinante una baja de la tasa de beneficio, únicamente podría ser realmente superada por la introducción de una tecnología que permitiera un nuevo aumento de la productividad. Lo cual significa que el capitalismo va a llegar a una situación en la que tendrá que explotar todas las posibilidades para reemplazar los hombres por las máquinas, y no sólo en los talleres de producción como lo ha hecho esencialmente hasta ahora, sino también a nivel de los puestos de trabajo ocupados por los «cuellos blancos», ya sea en los aparatos de «management» de las empresas industriales, ya sea en las firmas especializadas en la oferta de servicios, o en el aparato del Estado. La puesta a punto de varias generaciones de ordenadores, la posibilidad de hacer funcionar vastas redes de informática, etc., han hecho surgir durante los últimos años unas condiciones que no habían existido hasta ahora para reemplazar el trabajo burocrático y administrativo por complejos electrónicos de una eficacia superior.

Pero una intensificación y una extensión del proceso de sustitución del trabajo por máquinas y equipos electrónicos corre el riesgo de conducir el sistema hacia una crisis de estructura fundamental. Ya en el curso de los treinta últimos años, la extensión de industrias con fuerte densidad capitalística ha motivado en todas partes una disminución de los ritmos de crecimiento del proletariado industrial. En los Estados Unidos, los efectivos de la clase obrera han cesado de aumentar desde hace más de quince años. El desarrollo de un paro importante ha sido solamente evitado en la medida en que los puestos de los «cuellos blancos» se multiplicaban. Pero si las exigencias de la acumulación obligan a comprimir los efectivos de estas nuevas capas, el sistema evolucionará inevitablemente hacia una extensión del desempleo crónico.

La rapidez con la que una gran masa de sin trabajo pueda aparecer en los países desarrollados, depende de todo un conjunto de determinaciones contradictorias. Los ritmos de elevación de la densidad capitalística de las industrias occidentales dependerán estrechamente del nivel de la lucha de clases. Si los trabajadores oponen a la extracción de la plusvalía una resistencia cada vez más difícil de vencer, el capitalismo se verá obligado a acelerar el proceso de sustitución del trabajo por el capital; las máquinas y los autómatas electrónicos no hacen huelgas ni frenan el rendimiento. A pesar de esta aceleración, el aumento del paro estructural podría, sin embargo, ser contenido por una ampliación de la expansión « externa » de los países capitalistas desarrollados. En principio, se puede concebir que el desarrollo de las exportaciones de equipamientos hacia los países del Este y del « Tercer Mundo » consiga prolongar la expansión del aparato productivo de los estados avanzados, incluso si éste hubiera franqueado ya nuevos umbrales de productividad. Pero para ello sería necesario que estas exportaciones dieran un enorme salto adelante y aumentaran en proporción de la productividad de los países más desarrollados.

Ello implica suponer resuelto el problema de establecer una división internacional del trabajo racional, en el seno de la cual los estados más desarrollados suministrarían al resto de la economía mundial los medios de producción necesarios para su crecimiento continuo.

Nada, empero, permite suponer que la realidad tienda hacia ese modelo utópico de un desarrollo mundial armonioso del capitalismo.

A pesar de la crisis permanente que afecta a la URSS y los países del Este, su reintegración en el sistema capitalista no es segura y es posible incluso que esta perspectiva se esté alejando. Los directores de empresa y los economistas reformadores que eran sus portavoces ideológicos, proponían, hace una docena de años, recurrir al restablecimiento del mercado y la competencia con los países occidentales para eliminar los factores de inercia de la economía burocrática e intensificar la formación de capital. Pero directores y « economistas liberales » han sido políticamente incapaces de imponer su programa. Las reformas introducidas no son más que compromisos cuidadosamente dosificados por la burocracia central que ha conservado el monopolio íntegro del poder. Esta desarrolla lentamente sus intercambios con el Oeste, pero semejante política no es para ella más que un medio de poner fin a las penurias más agudas de la economía con vistas a frenar la crisis de su sistema de dominación. Únicamente

lo consigue en forma incompleta. La mediocre calidad de los productos del Este es un obstáculo para el desarrollo de sus exportaciones y la baja productividad de la economía burocrática hace difícil la creación de los fondos de importación necesarios para financiar en cantidades suficientes la compra de medios tecnológicos. Por otra parte, la burocracia no puede recurrir a las inversiones directas del extranjero o a los empréstitos sino dentro de ciertos límites, pues de no ser así se encontraría en una situación en la que tendría que abandonar una parte demasiado importante de su propia plusvalía a sus acreedores occidentales. Es posible que estos diferentes paliativos no logren impedir una agravación de la crisis del régimen. Complejos antagonismos trabajan solapadamente en las profundidades de la sociedad burocrática y el totalitarismo da señales de descomposición. Si esta descomposición debe precipitarse, resulta difícil imaginar cómo podría realizarse sin que el proletariado irrumpiera en la escena política. No se concibe que los obreros del Este, apenas liberados del yugo del capitalismo de Estado, aceptasen subordinarse a la explotación del capital multinacional. Y, por lo demás, es probable que éste no tendría interés en orientarse hacia unos países en los que las condiciones necesarias para la realización de beneficios no existirían.

En cuanto al despegue del «Tercer Mundo», parece tan problemático como lo fuera en el pasado. Los países desarrollados, que no disponen ya de capitales suficientes, utilizarían todos los medios a su alcance para salvaguardar los superbeneficios imperialistas, que tienden, precisamente, a frenar la formación de capital en los países dominados. Los imperialistas contraatacan ya para limitar los efectos del alza del precio de los hidrocarburos. El aumento de los ingresos de los países de la OPEP, que se calculaba alcanzaría 80.000 e incluso 100.000 millones de dólares, no llegará probablemente a la mitad de estas cifras. El enriquecimiento de los países de la OPEP combina, además, sus efectos con los de la inflación occidental para empobrecer aun más a la mayoría de los países subdesarrollados. Debajo del «tercer mundo», comienza a diferenciarse un «cuarto mundo» que se hunde más profundamente aun en la miseria. El aumento de las capacidades importadoras de los países de la OPEP corre un grave riesgo de ser compensado por la disminución de las de este «cuarto mundo».

La crisis del capitalismo no conduce hacia una coordinación mundial del desarrollo, sino hacia un período de luchas entre países desarrollados y subdesarrollados con vistas a modificar y remodelar la distribución de la plusvalía mundial, y hacia competiciones cada vez más rudas entre los países desarrollados que tratarán de aumentar sus exportaciones en detrimento unos de

otros. Estos antagonismos provocarán sin duda un desarrollo con altibajos de la capa de desocupados en los distintos países desarrollados, que maniobrarán para «exportar» a sus vecinos su paro interior. Pero la agravación de la lucha por las exportaciones, tendrá a su vez como consecuencia el precipitar la desestructuración del empleo, puesto que hará aún más indispensable la adopción de la tecnología avanzada necesaria para aumentar las capacidades competitivas de los países en concurrencia.

Tanto la intensificación de la lucha de clases como la de las competiciones por la exportación, empujan al capitalismo hacia un callejón sin salida. El sistema carece de respuesta para los problemas que, tarde o temprano, le planteará la potencia misma de sus capacidades productivas. Cabe imaginar, claro está, que la sociedad capitalista responda a la reaparición de una masa de parados crónicos en su seno dándose estructuras totalitarias: los sin trabajo constituirían entonces una vasta capa lumpenizada y constantemente reprimida. Sin embargo, además de que puede dudarse de las posibilidades de estabilización de semejante sociedad, ésta se hallaría confrontada a un problema agudo de realización de la plusvalía. La insuficiencia del mercado bloquearía el crecimiento. Problema éste que no se plantearía si los parados recibieran subsidios que les permitiesen seguir siendo consumidores o subconsumidores. Pero los fondos necesarios para el pago de tales subsidios habrían de ser extraídos de los salarios o de la plusvalía. Tales métodos se aplican ya en todos los países desarrollados: forman parte de las medidas adoptadas corrientemente para impedir la agravación de las recesiones. Tienen, empero, un carácter provisional y los parados asistidos constituyen solamente un bajo porcentaje de la población asalariada. Si este porcentaje fuera aumentando, las ganancias de productividad obtenidas gracias a la implantación de una tecnología cada vez más avanzada, terminarían por ser devoradas por el costo creciente del mantenimiento de esta masa de sin trabajo. En semejantes condiciones, desde el punto de vista capitalista, el desarrollo de las fuerzas productivas ya no tendría razón de ser.

Después de la segunda guerra mundial en particular, el capitalismo ha elevado su potencial científico y tecnológico hacia cúspides que sobrepasan con mucho todo cuanto pudiera ser imaginado. Pero la amplitud misma de los progresos realizados conduce ahora hacia un conflicto cada vez más agudo entre los dinamismos de las fuerzas productivas y las relaciones capitalistas de producción. Las contradicciones del sistema lo empujan desde ahora a llevar sus capacidades productivas a un nivel tan alto que la producción no podrá seguir siendo una producción de mercancías. De hecho, el mantenimiento de una pobla-

ción de desocupados permanentes con ayuda de subsidios, constituiría ya una negación parcial de la producción de mercancías: al no ser vendidos, los productos consumidos por los parados habrían dejado ya de ser mercancías. Esto no significa en absoluto que las relaciones capitalistas de producción — minadas por la potencia del desarrollo científico y tecnológico — puedan disgregarse por sí mismas. El sistema de explotación, amenazado en sus fundamentos, se organizará para resistir, incluso si la prolongación de su existencia haya de conducir a una monstruosa descomposición de la sociedad y a una decadencia de la «civilización industrial». Esto significa que las luchas de clases venideras tendrán un alcance formidable, ya que lo que se pondrá en juego es nada menos que la supervivencia de la civilización.

Daniel VIDAL

CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

Por falta de espacio nos hemos visto obligados a dejar para el próximo número de la revista varios artículos importantes, entre ellos un análisis de la crisis del capitalismo norteamericano realizado por un grupo de economistas de la revista «Monthly Review», dos artículos sobre la experiencia chilena y otros trabajos de gran interés.

Idéntica razón no nos ha permitido inaugurar en este número la sección de Crítica de libros y revistas, en la que pensamos comentar las publicaciones y los libros de interés sobre los problemas de España, del movimiento obrero internacional y del socialismo en general.

Entre los libros que nos proponemos analizar figuran los siguientes: «Andreu Nin, su evolución política», de Pelai Pagès; «La Revolution Espagnole», de León Trotsky; «Del colonialismo a la Revolución», de Oscar Waiss; «Ma guerre d'Espagne à moi», de Mika Etchebehere; «El marxismo en España», de Victor Alha; «Breve historia de la guerra de España», de Gabriel Jackson; «El proceso contra el POUM», de Andrés Suarez; «Quan érem capitans», de Teresa Pamies; «Manifesto programa del Partido Comunista de España»; «Crítica de la izquierda autoritaria en Cataluña», de Antonio Sala y Eduardo Durán.

Aprovechamos esta ocasión para comunicar a nuestros lectores que acaba de publicarse en París «Les mouvements d'émancipation nationale», de Andrés Nin, con un prólogo de Y. Craipeau y un ensayo biográfico de Nin escrito por Wilebaldo Solano. Esta obra es la versión francesa del conocido libro de Nin, publicado por las Edicions Catalanes de París en 1970.

LA VOZ DE LA OPOSICION COMUNISTA RUSA EL MARXISMO CONTRA EL DESPOTISMO BUROCRATICO

por Piotr GRIGORENKO

En los últimos tiempos, la burocracia del Kremlin, hostigada por fuertes campañas internacionales, se ha visto obligada a liberar o a facilitar el exilio de ciertos opositores de la URSS. Recientemente, la liberación del joven matemático Pliuchch ha constituido todo un acontecimiento.

En la URSS, como en todas partes, nosotros estamos por la defensa de las libertades democráticas y contra los métodos inquisitoriales y bárbaros (torturas, campos de concentración, internamiento en los hospitales psiquiátricos, etc) que atacan contra la condición humana. Sobre todo cuando se emplean en nombre del... socialismo. Pero esto, naturalmente, no nos impide combatir las posiciones reaccionarias que mantienen hombres como Soljenitsin.

Entre los «disidentes» rusos hay muchos militantes que combaten contra la dictadura burocrática bajo la bandera del marxismo. Tal es el caso de Piotr Grigorenko, a quien abrimos hoy las páginas de nuestra revista publicando un documento político poco conocido que dirigió en 1968 a la conferencia de los partidos comunistas de Budapest. Pese al tiempo transcurrido, este documento conserva todo su valor.

Grigorenko, que ha sido objeto de numerosas persecuciones y que ha pasado también por los hospitales psiquiátricos, fue general del Ejército de la URSS y profesor de cibernética en la Academia Militar. Ha publicado numerosos trabajos científicos y es autor de un libro sobre la responsabilidad de Stalin en los desastres militares de la URSS en la primera fase de la segunda guerra mundial.

Todo el mundo sabe que hace algo más de medio siglo, el comunismo pasó de la teoría pura a la práctica y que a partir de ese momento se comenzó a discutir del mismo ya no sobre la base de los libros y declaraciones de sus jefes y teóricos, sino sobre la base del camino efectivamente seguido por la Unión Soviética.

Este camino, en los primeros años, fue un ejemplo inspirador para los trabajadores del mundo entero. A pesar de la oposición de sus enemigos y de las enormes dificultades de orden interior, los obreros y los campesinos tuvieron éxito en la defensa del poder que habían conquistado y el país, dirigido por los hombres que ellos habían elegido, obtenía nuevos logros :

— en el curso de un periodo histórico extremadamente breve, el país pasó de un estado semi bárbaro a un alto nivel de desarrollo económico.

— se realizó lo más difícil de todos los procesos sociales : se colectivizaron las pequeñas y las muy pequeñas explotaciones campesinas, se crearon complejos agrícolas mecanizados que figuran entre los más grandes del mundo,

— se efectuó una verdadera revolución cultural : las masas más amplias del pueblo han tenido acceso a la ciencia y se han familiarizado con la cultura y el arte.

Las amplias masas de comunistas en el interior del país y la opinión comunista más allá de sus fronteras no sabían como y por qué métodos todo esto había sido realizado y, por consiguiente, no se planteaban el problema de saber si estos éxitos tenían un carácter efectivamente socialista. Los ciudadanos soviéticos y nuestros amigos del exterior estaban positivamente impresionados por el hecho de que todo esto había sido realizado por los trabajadores, sin propietarios y sin capitalistas, sin burócratas zaristas y sin ayuda exterior — sin préstamos extranjeros, sin contribución y sin explotación colonial de otros pueblos, en una situación de cerco capitalista. Es necesario, en efecto, detenerse sobre el problema del cerco. La intervención extranjera, y luego el bloqueo, crearon como reacción la tendencia a hacerlo todo con nuestras propias fuerzas. Esta reacción natural, sana, degeneró con el tiempo en un aislacionismo reaccionario.

DEFORMACIONES BUROCRATICAS

La propaganda burguesa, hostil y calumniosa, hizo que nuestros amigos exteriores se rehusaran a creer toda información que viniera de esta fuente, en tanto que en el interior de la Unión Soviética, sobre todo entre la nueva « intelligentsia », se vió desarrollarse la tendencia a no facilitar ningún elemento de información sobre nuestros defectos, por temor a proveer de armas a dicha propaganda. Esta actitud tuvo por resultado que no solamente en las relaciones con el extranjero, sino incluso en el interior del país, se comenzaron a ocultar los fenómenos negativos

a hablar de estos fenómenos únicamente en el seno de las reuniones de dirigentes del Partido y del Estado.

Stalin utilizó muy hábilmente las reacciones, tanto exteriores como interiores, a la propaganda contra la URSS. Instaurando una censura feroz, prohibiendo a los ciudadanos soviéticos bajo pena de muerte todo contacto con los extranjeros, haciendo de la falsedad un instrumento sistemático de su política, Stalin logró obtener que no circularan sobre la vida soviética sino informaciones que la mostraban bajo un aspecto favorable. Todo éxito — real o inventado — era inflado triunfalmente, todo error o todo fracaso eran imputados a las maniobras del enemigo o eran negados.

La burocracia fué para Stalin una ayuda preciosa. Al morir, el gran Lenin puso en guardia a los comunistas soviéticos previniéndoles que él les dejaba en herencia no solamente el poder soviético, sino «un poder soviético con deformaciones burocráticas». Lenin subrayó a este propósito que el burócrata es el enemigo principal y el más terrible del poder soviético. Desgraciadamente, el Partido no escuchó esta advertencia y la burocracia soviética se reforzó cada vez más. Tal vez inconscientemente, la burocracia comprendió que las masas representaban el mayor peligro para su poder. Es por esto que cuando tendencias a la limitación de la crítica abierta de los errores aparecieron entre las masas, los burócratas apoyaron activamente estas tendencias y las explotaron para sus fines. Cuando Stalin quiso liberarse del control del Partido y de las masas trabajadoras, la burocracia le fue de una gran ayuda, pues de esta manera ella podía liberarse también del único control que temía: el control de la base.

De esta manera, Stalin y el aparato que él dirigía escaparon al control de las masas en el interior del país y a la crítica de los partidos comunistas del resto del mundo. Resultó de esto que la experiencia de la construcción de una sociedad soñada (imaginada) por los mejores espíritus de la humanidad, al éxito de la cual estaban interesadas amplias masas de trabajadores del mundo entero, terminó entre las manos de un puñado de «sacerdotes del comunismo» que actuaban en el secreto de sus oficinas presentando todo lo que hacían como el mejor resultado del genio humano.

En otros términos, a la experiencia científica que constituía la primera tentativa de construir una sociedad socialista sucedieron condiciones que no podían asegurar el desarrollo correcto de una tal sociedad.

Lo peor de todo fué que ninguna persona tuvo la posibilidad

de revelar y analizar los errores de esta experiencia. En la Unión Soviética se desencadenó rápidamente una represión terrorista de masa que golpeó no solamente a la oposición real, sino también a todos los críticos potenciales del régimen staliniano. Esta represión se desarrolló en una situación extremadamente favorable a Stalin. La masa fundamental de la población estaba convencida de las intrigas de los enemigos, de su capacidad de penetrar en nuestras filas a todos los niveles, haciéndose pasar hábilmente por amigos. El pueblo creía también que el país estaba edificando con éxito una sociedad socialista.

Incluso entre aquellos que cayeron en manos de los torturadores de Stalin y de Beria, numerosos son los que se negaron a comprender, durante largo tiempo, lo que estaba pasando. Les parecía que se trataba de un espantoso error, de intrigas del enemigo de clase, que su Partido, que su régimen terminarían por darse cuenta de todo eso y esperando que sucediera era necesario soportar y aceptar.

No se daban cuenta en absoluto que se producía un fenómeno del todo inédito, jamás visto en la historia, que un pueblo entero era pasado por el rodillo compresor de la máquina burocrática. Esta apuntaba a transformar en ejecutantes mudos de la voluntad del prójimo, no a masas ignorantes oprimidas por la necesidad, sino a personas que tienen acceso a la cultura, que han obtenido los mejores resultados en el plano de la ciencia contemporánea, de la literatura y del arte. Para alcanzar este objetivo, se emplearon los métodos más inicuos. Si en el pasado se adoptó la exterminación solamente cuando se trataba de reducir a la obediencia a tropas rebeldes, durante este período, todo un pueblo fué tratado más ferozmente que las tropas rebeldes de otrora.

UN CENTESIMO DE VERDAD

Sin embargo, hasta la guerra, ninguno de nuestros amigos del extranjero podía conocer esta realidad. Durante la Segunda Guerra mundial, la Unión Soviética apareció a los ojos de todos los pueblos como el país que liberaba la tierra de la tiranía inhumana del nazismo. Las fuerzas progresistas del mundo entero tenían una profunda estima por nuestro país y no querían oír nada de malo sobre el mismo. Por esto, los gritos de los hombres torturados en las prisiones de Beria y las quejas de millones de liberadores de los pueblos europeos, que morían en los espacios infinitos de Siberia y del Extremo Oriente, no llegaron, durante mucho tiempo, a los oídos de la opinión pública mundial. El frío implacable y las enfermedades segaban estos hombres semi-desnudos, debilitados por el hambre, por las fatigas insostenibles,

por las condiciones insoportables y por los tratamientos inhumanos, en tanto que el mundo escuchaba los himnos triunfantes y las informaciones hipócritas sobre la vida feliz que el « gran jefe y maestro », « nuestro querido y amado Stalin », habría dado al pueblo.

Y, sin embargo, los tiempos habían cambiado en el mundo de la posguerra. El acceso al poder de los partidos comunistas en una serie de países de la Europa sud-oriental y central así como en Asia, y sobre todo la revolución china, provocaron un debilitamiento de la URSS en el movimiento comunista mundial. El sueño leninista de una « Unión Mundial de Repúblicas Socialistas Soviéticas » no solamente no estuvo cerca de realizarse, sino que incluso puede decirse que se alejó. Las fuerzas centrífugas comenzaron a manifestarse con vigor a la muerte de Stalin. Ninguno de los dirigentes de los nuevos Estados socialistas quería continuar temblando ante el aparato staliniano de destrucción de personas no apreciadas. Este hecho, y algunos otros fenómenos de la vida interior de la Unión Soviética, obligaron precisamente a la dirección del PCUS a denunciar parcialmente los años oscuros de la era staliniana.

Sin embargo, el XX Congreso no hizo toda la luz sobre lo que había sucedido. En este congreso, no se dijo toda la verdad, incluso ni la mitad, ni un centésimo de la verdad. En el congreso se reveló, en una forma moderada y con deformaciones, la parte más pequeña de verdad sobre un solo problema : el de los delitos cometidos durante el periodo staliniano. Pero habiendo dicho tan pocas cosas, los dirigentes del PCUS tuvieron miedo e inmediatamente después del congreso, comenzaron a oscilar : tan pronto decían « Stalin era una sentina de horrores » como « nosotros no permitiremos a nadie ofender a Stalin ».

El hecho es que estos delitos no tenían sentido en sí ; eran simplemente la consecuencia de un determinado sistema de dirección del Estado. La verdad, toda la verdad, era mucho más terrible : toda la evolución de la URSS no tenía nada en común con la teoría del marxismo-leninismo.

Esto ha sido demostrado por los siguientes elementos :

1) El régimen social creado bajo la dirección de Stalin no ha podido obtener una productividad del trabajo más elevada que el capitalismo. Y ahí está, según la doctrina marxista, el criterio principal para la determinación de la existencia efectiva del nuevo régimen social.

2) La Unión Soviética no solamente no ha logrado realizar el

objetivo principal de la revolución proletaria — a saber, la destrucción del Estado gracias al debilitamiento de su actividad política —, sino que incluso no ha abierto la vía hacia tal objetivo. En efecto, el proceso realizado a continuación de Octubre ha seguido la vía de todas las revoluciones precedentes, es decir, ha creado un aparato opresivo aún más perfecto que el que existía antes de Octubre. Según la teoría marxista-leninista, por el contrario, era necesario destruirlo, romper el viejo mecanismo del Estado y reemplazarlo por « un Estado en vía de extinción » que « comenzaría inmediatamente a extinguirse y no podría no extinguirse ».

3) En lugar de la ampliación ilimitada de la democracia prevista por la teoría marxista-leninista, la democracia fué liquidada enteramente sin dejar ninguna traza. Y fué creado un Estado increíblemente totalitario. Toda la vida de la sociedad soviética está monstruosamente centralizada. No existe en el país ninguna organización autónoma de la población. No solamente el aparato del Partido y del Estado, sino también los sindicatos, las asociaciones científicas y culturales, las comunidades religiosas, las redacciones, las casas editoriales, etc... son todas, pseudótipos de un solo aparato burocrático ampliamente ramificado, dirigido por un solo centro y controlado por un organismo creado únicamente con este objetivo (actualmente este organismo se llama la KGB).

Este pulpo burocrático gigantesco penetra toda la sociedad y sofoca las fuerzas vivas. No se puede emprender ninguna acción social organizada si no es autorizada por la instancia burocrática superior. Incluso las actividades religiosas sólo son posibles bajo esta condición. Las reuniones, mitines, manifestaciones y otras actividades organizadas por el aparato burocrático son realizados siguiendo modelos bien conocidos o bien siguiendo escenografías cuidadosamente preparadas. Nadie puede decir o hacer cualquier cosa diferente, si ésta no corresponde a la voluntad de los organizadores.

HABLADURIAS DEMAGOGICAS

Todo esto no se refiere solamente a los hombres corrientes, sino también a los funcionarios de la jerarquía burocrática a todos sus niveles, e incluso a los sabios, a los escritores, a los artistas. Toda persona que ha intentado resistir a estos métodos ha sido eliminada o ha sido completamente aislada de la sociedad. Bulgakov, Mandelstam, Pilniak, Platonov y centenas de otros hombres de letras, sabios y artistas que sería muy largo enumerar, forman parte de aquellos que han buscado defender su derecho a la libre expresión de las ideas y de los sentimientos, que

no querían decir o hacer lo que les era ordenado si ello iba contra sus convicciones...

Los discursos sobre el Partido, sobre su rol dirigente durante el periodo de la dictadura personal de Stalin no son otra cosa que habladurías demagógicas desprovistas de sentido y no corresponden a la realidad. El Partido, para emplear la expresión de Gramsci, no era en ese momento «... más que un simple ejecutante que no discute... Su nombre es una simple metáfora de carácter mitológico».

Se trataba, en efecto, del fracaso completo de la primera tentativa de la humanidad de crear un régimen social más justo que el capitalismo. Nadie (a menos que se trate de un loco) querría remplazar el capitalismo más retrógrado por un «socialismo» semejante. Es posible que sea justamente por esta razón que aquellos de los cuales todo dependía se opusieran a la revelación de la verdad.

Pero todos sabemos que no se puede ocultar la verdad, y ella comenzó a ser conocida cada día más ampliamente. Más como se obcecaban en ocultarla y era difundida sobre todo a través de los canales burgueses, las gentes comenzaron a pensar que el sistema soviético y el comunismo eran la misma cosa. La crisis actual se ha desarrollado precisamente sobre este terreno, en el que el anticomunismo toma sus argumentos del sistema soviético para luchar contra el movimiento comunista mundial. En tal situación, el movimiento comunista mundial podía salvarse, en tanto que corriente ideológica, de una sola manera: separándose netamente y sin compromiso del sistema «socialista» de la URSS. Pero ello no fué llevado a cabo y la responsabilidad recae en primer lugar sobre el PCUS.

Después del XX Congreso, la dirección de nuestro Partido no solamente no se comprometió a corregir el proceso anticomunista del stalinismo, sino que comenzó a poner cada vez más obstáculos a su denuncia. La línea tendiente a un retorno completo al stalinismo se ha expresado muy claramente sobre todo después del XXII Congreso del PCUS.

Actualmente, la censura no permite la publicación de ningún documento que revele el verdadero carácter de la dominación staliniana. Oficiosamente está incluso prohibido emplear la expresión «culto de la personalidad». Y, por el contrario, se alienta todo lo que está más o menos abiertamente en favor de Stalin. Nosotros observamos la misma tendencia en las declaraciones oficiales de los dirigentes del Partido y del Estado.

(Grigorenko cita declaraciones de Brejnev y de Andropov que confirman su afirmación).

Es de esta manera que se efectúa la preparación psicológica, si se puede decir, al renacimiento del stalinismo en toda su amplitud. Exitos parecidos han sido obtenidos en el campo de su renacimiento práctico.

Nosotros sabemos que los cambios que han tenido lugar en el país después del XX Congreso han interesado solamente las manifestaciones más repulsivas del stalinismo, sin llegar a sus raíces. Por ejemplo, se ha puesto fin a las represiones de masas y a las torturas bestiales. Sin embargo, la posibilidad de su reanudación persiste puesto que, como durante el período staliniano el mecanismo de la justicia no actúa públicamente y que los órganos de la KGB (policía política) actúan como en el pasado, fuera de todo control. Un fenómeno positivo se ha producido: una cierta nivelación del nivel de vida de la población, y si bien de él ha resultado una disminución del nivel de vida de los obreros urbanos, de los ingenieros y de los técnicos así como de los empleados de un nivel inferior, al menos los koljosianos ya no se mueren de hambre. Otros cambios de menor alcance se han producido. Mas, en lo esencial, los elementos característicos del régimen staliniano han permanecido intactos y el poder los defiende con obcecación.

Determinados síntomas de democratización de la vida interior del Partido, que se habían manifestado después del XX Congreso, fueron suprimidos hace largo tiempo. Los miembros del Partido no tienen ningún derecho y un solo deber: obedecer sin discutir al aparato del Partido, del Estado y de la producción. Incluso los órganos de la seguridad del Estado han recuperado sus antiguos privilegios; como se sabe, después de la liquidación de Beria y la abolición de sus métodos, su actividad fundamental fué limitada al espionaje y al contra-espionaje. También el personal de estos organismos fué fuertemente reducido y se nombró a su cabeza a un especialista del contra-espionaje. Ahora bien, estos servicios son nuevamente, como bajo Stalin, orientados sobre todo hacia la lucha contra la protesta popular en el interior del país, comprendidas las organizaciones del Partido. Incluso se ha vuelto al personal de antes y su dirección es de nuevo asumida por un político que forma parte de la « élite » del Estado y del Partido. Actualmente, el Comité para la Seguridad del Estado (KGB) es un comité solamente de nombre. Por su importancia, por la cantidad de personas empleadas, ha vuelto a ser un super-ministerio, como en los tiempos de Beria.

La característica principal del régimen staliniano, a saber, el uso de la falsedad y del terror en tanto que instrumentos de poder, permanece en pie. Es cierto que este terror no se manifiesta ya tan abiertamente y no toma formas tan horribles como antaño. En cambio, la falsedad ha alcanzado niveles increíbles. Ellos mienten abiertamente, en la prensa, en la radio, en la televisión. Ellos mienten incluso en secreto: en reuniones no públicas, en las conferencias, los informes, las conversaciones, etc.

La falsedad es utilizada abiertamente para mostrar, bajo un aspecto favorable a los dirigentes, nuestra vida económica y social, para falsificar los acontecimientos que han tenido lugar, para inflar ciertos éxitos, para pasar bajo silencio determinados fracasos...

Particularmente graves son las falsificaciones de los acontecimientos históricos. La historia del Partido y del Estado está falsificada hasta tal punto que da vergüenza leerla. Los mismos episodios han sido relatados de manera diferente según los años, pero, en todos los casos, se ha mentido. Incluso la masacre horrible e ilegal llevada a cabo por Stalin contra aquellos que él consideraba como competidores deseosos de suplantarle (los mejores discípulos y los más próximos compañeros del gran Lenin, verdaderos comunistas, bolcheviques como Bujarin, Zinoviev, Kamenev, Rykov y muchos otros) es caracterizada aún hoy día como un hecho positivo, como la liquidación de los peores enemigos del socialismo. Toda tentativa para restablecer la verdad histórica es duramente perseguida. No hace mucho tiempo fué excluido del Partido A. M. Nekric únicamente porque osó levantar un poco el velo sobre los secretos de la preparación criminal en la segunda guerra mundial.

(Grigorenko facilita aquí ejemplos de falsedades «ocultadas» contra los opositores).

Se sigue cultivando la mentira al más alto nivel, en la ley fundamental del país, en su Constitución. Este documento tiene aún hoy día un carácter puramente declamatorio; sirve para crear en el extranjero el mito que en la URSS los trabajadores gozan de todos los derechos y de las libertades democráticas.

INFORTUNIO PARA LENIN

De hecho, el Código Penal ignora completamente esta parte de la Constitución. Se encuentra en el Código un artículo por el cual se pueden suprimir todas las libertades constitucionales (se trata del artículo sobre las actividades anti-soviéticas). Existen artículos análogos solamente en las legislaciones de países con dic-

tadura fascista. Ningún país democrático burgués tiene un artículo de este género. Incluso en los Estados Unidos, donde la monopolización y el conformismo han alcanzado niveles muy elevados, no se ha podido imponer la ley sobre las actividades anti-americanas. Pero en nuestro país, en el presente, incluso este artículo anti-popular ha parecido insuficiente. Se han adoptado nuevas leyes draconianas contra los posibles opositores.

En Septiembre de 1966 fueron adoptados dos anexos al Código Penal que derogan totalmente los derechos constitucionales de los ciudadanos — la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de manifestación, incluso la más grande conquista de la clase obrera, el derecho de huelga. Estos anexos fueron adoptados en el más profundo secreto; fueron ocultados al pueblo bajo la cobertura de la lucha contra el bandolerismo.

Los campos de detenidos políticos, hoy, como bajo Stalin, no son muy diferentes de los campos de concentración hitlerianos. Como antaño, no hay en la URSS ni proceso ni instrucción (en el sentido normal del término) para los «delinquentes» políticos.

(Grigorenko da aquí una serie de ejemplos concretos de ilegalidades cometidas contra los opositores).

A una escala más reducida que bajo Stalin, la política de genocidio continúa y ha tomado formas y métodos particularmente inadmisibles con respecto a los tártaros de Crimea y a los alemanes del Volga. Los primeros fueron privados oficialmente — por un decreto del Presidium del Soviet Supremo de la URSS — del derecho a definirse como una nación. En el decreto del 5 de Septiembre de 1967 y en documentos posteriores, son llamados «ciudadanos de nacionalidad tártara, residente precedentemente en Crimea». Es evidente que, de igual manera, los húngaros podrían ser definidos «ciudadanos de nacionalidad tártara residente por el momento en Hungría».

Es claro que en estas condiciones, no han podido desarrollarse relaciones sociales normales. Entre los burócratas se han extendido el carrerismo y la ausencia de ideales. Ninguno de ellos ha estudiado seriamente el marxismo-leninismo. La vida les conviene tal como es. Los burócratas más importantes describen, si es necesario, con bellos colores el futuro venturoso que aguarda a los trabajadores soviéticos, sin olvidarse de defender por todos los medios su situación presente. Incluso citan a Lenin. Pero estas citas les son escogidas por secretarios y especialistas con el único objeto de reforzar con una cita el pensamiento «genial» del orador. Y desgracia para Lenin si no se encuentra en

su obra nada que convenga; en ese caso, los burócratas toman la primera frase que les cae bajo la mano y la deforman vergonzosamente.

Por consiguiente, no es sorprendente si, en los procesos políticos, los jueces se encuentran a menudo en apuros y caen en el ridículo cuando deben polemizar con acusados «antisoviéticos», entre los cuales se encuentran a menudo hombres que han estudiado larga y seriamente el marxismo-leninismo. Se ha encontrado ahora una salida a esta situación absurda, que, naturalmente, no es la de nombrar jueces cultivados. En los procesos políticos está prohibido citar a los clásicos del marxismo-leninismo y referirse a ellos. ¿No es ésta una enormidad? Y bien, esto se ha producido. Nosotros no podemos sorprendernos sabiendo que numerosos escritos de Lenin, sobre todo aquellos de sus últimos años y especialmente los que hacen referencia a los problemas de la burocracia, habían sido prohibidos por Stalin y que, aún ahora, están oficiosamente prohibidos a pesar de las seguridades dadas de que se le han publicado las «Obras completas». Se tiene la impresión que esta nueva «ampliación» de Lenin ha sido hecha no en interés de la ciencia marxista-leninista, sino para ocultar con mayor seguridad el verdadero Lenin al gran público. ¿Sin embargo, es que el leninismo es un problema interior de la dirección del PCUS? ¿Es que los partidos hermanos no tienen el derecho de preguntarse por qué se ha producido todo esto?

Es natural que en el interior del país esto provocara protestas que comienzan a manifestarse cada vez más abiertamente.

(Aquí Grigorenko describe las manifestaciones más importantes de los elementos de la oposición en el periodo 1965-67).

Y he aquí que la dirección del Partido, que mantiene en el país todo lo que ha sido dicho más arriba, afirma con fuerza la necesidad de reconstruir la unidad «sobre la base del marxismo-leninismo». Puede preguntarse: ¿pero qué es para ella el marxismo-leninismo? ¿Es la política que lleva en la URSS? Pero de toda evidencia, tal política no puede servir de base a la unidad. Actualmente, numerosos partidos comunistas han debido declarar más o menos abiertamente, para conservar su influencia, que cuando ellos tomen el poder no permitirán que vuelva a suceder lo que ha pasado en la URSS. Por lo tanto, una unificación sobre la base de la experiencia soviética está excluida.

EL SUEÑO DE LA HUMANIDAD

¿Qué es lo que puede servir de base a la unidad?

Nos parece que existe una sola respuesta a este problema: purificar totalmente la ideología comunista de las deformaciones del stalinismo.

El gran Lenin dijo que los partidos comunistas eran «la inteligencia, la honestidad y la conciencia de su época». La política realizada por el PCUS no permite que se le atribuyan características semejantes. Y los partidos que no quieren decirlo abiertamente no merecen, ellos tampoco, una tal definición. Las afirmaciones según las cuales cuando ellos lleguen al poder no permitirán que suceda lo que ha pasado en la URSS deben ser consideradas como una maniobra táctica, una tentativa de engañar al pueblo.

Quien es efectivamente fiel al pensamiento comunista no puede tener miedo a decir la verdad, abiertamente y sin ambigüedades, a los pueblos del mundo entero. Las afirmaciones según las cuales el hecho de revelar los crímenes del pasado tendría por resultado una pérdida del poder de atracción de las ideas comunistas no tienen fundamento, del mismo modo que no tienen fundamento los ataques anti-comunistas que se sirven de la experiencia soviética para cubrir de lodo la doctrina marxista-leninista, para demostrar que ella no es realizable, que se trata de una utopía. *En la URSS, no son las ideas comunistas las que han sufrido una derrota, sino un sistema bien determinado, que se ha definido socialista, pero que de hecho no lo era.*

El ideal de una sociedad comunista existe en los sueños de la humanidad desde hace mucho más tiempo que el que existe una doctrina marxista. Y es claro que esta última, en tanto que expresión científica del sueño de la humanidad, no puede desaparecer solamente porque haya habido una tentativa de realizar este sueño y que ésta haya fracasado. La experiencia, incluso si ha fallado, no puede sino enriquecer la ciencia, contribuir a reforzarla. Los millones de víctimas del stalinismo no han muerto en vano. Su sangre y sus sufrimientos nos empujan a no ahorrar ningún esfuerzo para liquidar lo más rápidamente posible la gravísima crisis actual. Es evidente que yo pienso que este problema no puede ser resuelto por acuerdos secretos entre dirigentes del Partido.

El comunismo es el sueño de toda la humanidad, pero la experiencia de su realización ha sido llevada a cabo en secreto para las vastas masas del pueblo trabajador. Peor aún; se ha engaña-

do al pueblo sobre los verdaderos resultados de la experiencia y la experiencia ha fracasado precisamente a causa de ello. Este fallo no se ha producido en laboratorios secretos, sino ante los ojos de la humanidad sorprendida. Es evidente que, después de esto, los pueblos del mundo no pueden permitir que se les oculte, detrás de puertas cerradas, las razones de lo que se ha producido, pues quieren conocer toda la verdad y tienen derecho a saberla. En estas condiciones, toda conferencia realizada en secreto a la salida de la cual sería publicado un comunicado que conviniera a todo el mundo, será considerada a justo título por los pueblos del mundo entero como una conspiración totalitaria contra los intereses fundamentales de estos pueblos.

Profundamente convencido de todo eso, he redactado esta carta abierta y, por esta razón, no he tratado de las manifestaciones más fuertes de protesta social en nuestro país e incluso de aspectos de problemas que están ligados a la defensa de mi país. Pero se trata de problemas que estoy absolutamente dispuesto a analizar si es necesario.

P. GRIGORENKO

« TRIBUNA SOCIALISTA »

publicará próximamente

Luis Alonso Gracia

Convergencias y reagrupamientos en España

Gabriel Santana

Balance crítico de la experiencia chilena

Joaquín Serra

Lucha de clases y cuestión nacional en Cataluña

Wilebaldo Solano

La evolución del Partido Comunista de España

Julio Gil

Consignas democráticas y lucha por el socialismo

Alfonso Leonetti

Notas sobre Gramsci

« Monthly Review »

La crisis del capitalismo en los Estados Unidos

José Luis Arenillas

Los orígenes del problema nacional de Euzkadi

Martín Lain

La crisis del desarrollo capitalista en España

Un libro de Mika Etchebehere

El P.O.U.M. en la defensa de Madrid

Las ediciones Denoël acaban de publicar en París, en la colección «Les lettres nouvelles», dirigida por Maurice Nadeau, «MA GUERRE D'ESPAGNE A MOI», obra en la que la periodista y escritora argentina Mika Etchebehere relata episodios muy poco conocidos de la guerra civil española, en particular el papel de las milicias del P.O.U.M. en Sigüenza y en la defensa de Madrid.

Mika y su marido Hipólito, militante revolucionario francés nacido en Argentina, se encontraban en Madrid en Julio de 1936. Ambos se alistaron en seguida en las milicias obreras. Hipólito, jefe militar de la columna motorizada del P.O.U.M. de Madrid, murió combatiendo en el frente de Sigüenza. Mika permaneció en las milicias y mandó una unidad del P.O.U.M. que jugó un papel importante en la defensa de la capital.

Cuarenta años después de los acontecimientos, Mika Etchebehere ha querido rendir homenaje a los combatientes del P.O.U.M. de Madrid, que tuvieron que luchar en condiciones muy difíciles, puesto que los stalinistas se ensañaron especialmente con ellos. Gracias a la cortesía de Denoël y de Mika Etchebehere, podemos publicar hoy algunos extractos de «En las trincheras de la Moncloa», uno de los capítulos de este libro que no ha sido editado todavía en castellano.

Cuando el 11 a mediodía el coche del POUM que me trae de Barcelona se mete en las calles de Cuatro Caminos, tiene que dar vueltas y más vueltas para no tropezar con los caballos reventados cuya sangre corre en espesos regueros, montones de muebles calcinados, ambulancias que aúllan, barricadas, a veces hasta verdaderos muros de dos metros de alto. Por todos lados arden casas. De cada esquina surgen camilleros y hombres que cargan en sus espaldas mujeres y niños heridos o muertos. Volando sobre este mundo de espanto pasan en formación los monstruos negros, pero no en paseo tranquilo como en Sigüenza porque ahora ya no son los amos del cielo. Aviones de combate, livianos y veloces que los madrileños ya llaman cariñosamente «chatos», les

cierran el camino, los persiguen con sus ametralladoras a derecha, a izquierda, entre las aclamaciones delirantes de una multitud amontonada en los tejados....

A fuerza de detenernos, dar vueltas, dejar el coche cuando las bombas caen demasiado cerca, de llevar heridos a los hospitales, llegamos al atardecer al local del POUM, que se halla ahora en una casa grande de la plaza Santo Domingo. Alrededor, las llamas iluminan el cielo. Sin cuidarse de los incendios, mujeres y niños forman cadena para pasar las piedras a los constructores de barricadas.

Salvo los barrios residenciales que la aviación fascista no bombardea todavía Madrid arde por los cuatro costados. En la Puerta del Sol, ruidoso corazón de la ciudad, los destrozos son terribles. Es la hora en que el éxodo de las mujeres y los niños que abandonan sus casas amenazadas para buscar refugio en las estaciones del metro está en su plenitud. A la luz de las llamas, estas largas filas ondulantes, cuyos costados se hinchan de bultos y sacos, recuerdan las filas de hormigas que vuelven del trabajo. Este pueblo que ha resuelto combatir entra en la desdicha del asedio y paga silenciosamente el tributo.

Alrededor de una mesa que huele a mobiliario de ricos, como todo lo que hay en esta cuyos propietarios han huido, una decena de hombres están hablando de las consecuencias que tendrá para el POUM el rápido crecimiento del partido comunista. En el impulso heroico que levanta la defensa de Madrid, todo se parece a los primeros días de la guerra civil. Los milicianos del POUM tienen todavía el derecho de combatir y morir con sus propias insignias. Nadie les obliga a abjurar...

— Desgraciadamente ocurrirá que tendrán que desdecirse, interrumpe Juan Andrade. Los rusos exigirán que nuestra organización les sea sacrificada. Ya veréis que no tardarán en instaurar aquí los métodos que emplean contra la oposición en la Unión Soviética.

— Querrán hacerlo, replica Quique Rodriguez, pero en España el partido comunista no es la única organización revolucionaria, incluso si tiene el apoyo de las armas rusas. No olvides a la C.N.T., que cuenta mucho.

— No me hago ilusiones sobre la ayuda de los anarquistas, dice Andrade, tampoco sobre la de los socialistas. Unos y otros pagan las armas rusas al precio de una dimisión total. Ya la «Junta de Defensa» se encuentra prácticamente bajo control comunista. Las Brigadas Internacionales que están salvando a Madrid...

— ¡Cuidado!, grita alguien, las Brigadas, nadie puede negarlo, organizadas por los comunistas en el extranjero, son una punta de lanza encuadrada por hombres que saben servirse de un material que nuestros milicianos conocen mal o nada. Si, las Brigadas están salvando a Madrid, felizmente no ellas solas. Los españoles combaten a su lado, con toda el alma, como los de las Brigadas, muriendo como ellos a miles en todos los frentes de Madrid. Rindo homenaje a las Brigadas Internacionales. Su valor y su sacrificio entrarán en la leyenda de la lucha revolucionaria del mundo entero, ¿pero quién se acordará de nuestro Emilio García, ni de como cayó en el camino a Illescas, solo en la carretera, pegado a su ametralladora?

—¿Emilio García ha muerto?

— Si, hace pocos días, cuando hubo la gran desbandada. Todo parecía perdido. Nuestras tropas no tenían armas, ni mandos, ni moral. En Madrid era peor todavía que en el frente. Entonces Emilio se fue a combatir. No sé si te ha dicho alguna vez lo muchísimo que quería a su Madrid...

— Si, me hablaba a menudo de sus andanzas de librero ambulante por las calles de la ciudad. Antes de irme a Francia le rogué que me esperara. Es terrible perderlos a todos. Emilio García fue un hermano para Hippo y uno de nuestros mejores combatientes.

¿Qué más decir? Pronuncio su oración fúnebre dentro de mí, reconstruyo su silueta un poco cuadrada, su cara marcada por las intemperies, sus dulces ojos de miope agazapados detrás de los cristales espesos, la cadencia madrileña de su voz diciéndome que había elegido el oficio de librero para poder leer y que cuando terminara la guerra se iría a viajar por el mundo.

Ahora está muerto.

La pequeña milicia del POUM se ha dividido en dos compañías. Todos los antiguos, madrileños en su mayoría, forman parte de la primera. La segunda está formada sobre todo de extremeños de los que conozco solamente algunos, evadidos de la catedral. De los demás, que han venido huyendo de Badajoz, de Castuera, de Llerena, casi todos militantes del POUM, no sé nada. Un convento situado cerca del hospital « Clínico » les sirve de cuartel.

Al comienzo de la tarde, un enlace del cuartel general trae una orden para que Antonio Guerrero se presente al teniente coronel Ortega, comandante de nuestro sector. Por su mirada creo comprender que nuestro jefe cuenta conmigo para reemplazarle du-

rante su ausencia. Regresa al cabo de veinte minutos y da parte de lo que se le ha dicho en el cuartel general. Primeramente, que nuestra trinchera, delante de la Cárcel Modelo, es una posición clave. Nos ha sido confiada teniendo en cuenta nuestra reputación de combatientes aguerridos. Después, si el tiroteo muy nutrido que el enemigo desencadena todas las noches se centrare en nosotros, hay que contestar con la mayor fuerza posible, a base sobre todo de dinamita y granadas. Nos mandarán todo lo que sea necesario. Por último, recibiremos los fusiles que nos faltan. Serán fusiles checos.

— Ya tenemos mexicanos y españoles, dice Antonio Durán. ¡ojo con las municiones!

— Sí, habrá que poner mucho cuidado, añade el jefe con su voz tranquila. En principio, las cajas deben llevar la mención de origen. Aunque la diferencia de calibre es mínima, basta para encasquillar un fusil o peor. Veremos de poner remedio. Por el momento tenemos que ponernos a abrir puestos avanzados para los tiradores de granadas con honda. Digo granadas, pero a juzgar por lo que hemos encontrado aquí, serán sobre todo bombas y cartuchos de dinamita.

En manos de estos hombres de la tierra, los picos y palas bailan a derecha, a izquierda, se alzan y se hunden a un ritmo vertiginoso. En una hora, seis refugios plataformas que se adelantan a una decena de metros más allá de la trinchera quedan listos (...).

La noche ha venido muy temprano. La lluvia del cielo ha cesado. La otra, esplendorosa como un gigantesco fuego artificial, riega la tierra, estalla en el aire y enciende las posiciones de ellos y las nuestras. Es la primera vez que veo descender estos minúsculos paracaídas rojos, azules y verdes.

— ¡Cuidado! dice Antonio Guerrero recorriendo la trinchera de punta a punta. Nos están localizando. Que los escuchas abran bien los oídos y los ojos. El mismo comienza a arrastrarse fuera de la trinchera llevando en la mano el fusil y una granada prendida en el cinturón. Dos minutos después oímos la explosión de la granada seguida por los cartuchos de dinamita de nuestros dinamiteros.

De regreso, nuestro jefe nos dice que los fascistas están adelantando las ametralladoras y emplazando morteros. ¡Lástima que tengamos tan pocas granadas! Paciencia, usaremos las bombas, esas latas de conserva rellenas de explosivos que los obreros de Madrid fabrican a toneladas en estos momentos. El dinamitero

tiene entre los labios un cigarro encendido, corta la mecha, le arrima el cigarro y lanza la bomba con la mano o la honda según su especialidad.

La dinamita, generosamente utilizada, levanta delante de nosotros una barrera temible. El estruendo de enfrente se ha calmado un poco. El tableteo de las ametralladoras se oye más lejos. En vista de que los fusiles descansan, Antonio Durán toma su guitarra y se pone a cantar, no flamenco sino una canción anarquista muy indicada para la situación: «arroja la bomba que escupe metralla, coloca petardos y empuña la star». Las trincheras vecinas se unen a nuestras voces. Después, cuando la Internacional inunda con sus palabras los corazones de los miles de fieles que en estas catacumbas cavadas alrededor de la ciudad alzan sus plegarias pidiendo bombas para salvar Madrid, el canto sube al cielo en oleadas de tempestad. (...)

Con la cabeza apoyada en la cuneta de la trinchera, casi acostada, entro en uno de esos sueños que me asaltan muy pocas veces y que son como caídas a pique en la negrura bajo los efectos de una droga.

Cuando me veo de pie, fusil bajo el brazo, piernas tan mareadas como la cabeza, todo tira, todo estalla a mi alrededor. El gran cañón emplazado detrás nuestro, a unos cientos de metros tan solo de las trincheras, manda sus obuses a voleo, igual que un loco incapaz de parar. Marchando hacia la otra trinchera, paso delante de nuestro pequeño depósito de municiones.

— Ojalá no dure demasiado este jaleo, gruñe el viejo Mauro, cerrajero de oficio, que identifica el calibre de las balas al tacto. A su derecha, sobre un trapo, las del mauser español, a la izquierda, el paquete para el fusil checo, entre los dos, las del fusil mexicano. Bombas, por el momento, hay bastantes, pero añado que si el combate dura habrá que ir a buscar.

La trinchera tira por descargas. En sus puestos avanzados, los dinamiteros apuntan a los morteros que el enemigo trata de acercar a nuestras líneas. Las bombas parten a una cadencia vertiginosa gracias a una mejora en el sistema; cada tirador tiene ahora un sirviente que corta la mecha con navaja. Ebrios de cigarros, de humo y alegría, los dinamiteros se arriesgan demasiado, olvidan cubrirse, tiran a pecho descubierto como discóbolos rabiosos.

En el terreno del enemigo se ven retroceder sombras arrastrando sombras. Un fuego graneado cubre su retirada. Los nuestros se encarnizan con los fugitivos. Las dos ametralladoras de

nuestros vecinos de la derecha cantan a ráfagas constantes. Enfrente, el fuego amaina progresivamente.

La tempestad ha arriado sus anchas velas sonoras. Dos botas llenas de buen coñac circulan entre los hombres derrumbados al pie de sus puestos. Antonio Durán ha soltado el fusil y empuñado la guitarra con sus manos ardidas de tanto tirar. Sobre una música de su cosecha, improvisa coplas alusivas al combate que los demás no tardan en corear. Pero la fatiga puede más y los hombres se duermen uno tras otro. Antonio Durán también cierra los ojos sin soltar la guitarra. Nuestro comandante se va a contar las municiones. Son las dos de la madrugada. Yo regreso a mi zanja para tratar de dormir. De la noche de fuego me queda en los oídos como un eco de terremoto que pudo haber derribado montañas, y en la cabeza un pensamiento alentador: hemos aguantado.

El día comienza tranquilo, con una lluvia fina que nos traspasa.

Cuando llega el café caliente hay calurosos aplausos para Cirilo.

Es la primera vez que vivo en una trinchera, emparedada día y noche en una zanja pegajosa donde los olores de la tierra podrida se añaden a las emanaciones ácidas de los hombres mal lavados, nunca descalzados, apenas alimentados, inmovilizados en las cercanías de la gran ciudad tan próxima que dos cientos metros alcanzan para entrar en el bonito barrio de la Moncloa.

Tener a los hombres metidos en esta trinchera tan parecida a una fosa colectiva no plantea problemas a la hora del combate. Pero en las horas baldías de la larga jornada empapada de lluvia, cuando nada se mueve, llega a ser cada vez más difícil impedir que salgan un rato. Todos quisieran dar una vuelta por las calles donde hay todavía chicas en las puertas y bodegones abiertos que venden vino.

Es monótono y aterrador un ataque que viene durando desde hace cinco horas. Las latas de conserva que llegan del sector se quedan amontonadas en un hoyo. No hay tiempo de abrirlas y menos todavía de comerlas. Por lo demás, nadie tiene hambre. Ha sido necesario organizar una distribución de agua. Uno de los pequeños recorre la trinchera, cubo y trapo en manos. (...)

Conozco poco a estos milicianos. De los de Sigüenza, cuyo camino doloroso desde sus pueblos hasta Madrid era todo lo que sabía en realidad, no hay aquí más que unos veinte. Los otros, también casi todos extremeños, entre los cuales numerosos mili-

tantes activos del POUM de Castuera, Llerena, Badajoz, llegaron después con Antonio Guerrero. Los más son obreros agrícolas o pastores de una tierra dura que señores duros poseen por miles de hectáreas dejadas a menudo improductivas, pero inaccesibles para los pobres.

— ¿Porqué razón has venido a luchar aquí con nosotros? me preguntó un día Ramón.

— Porque soy revolucionaria.

— Pero España no es tu país, no estabas obligada...

— España, Alemania o Francia, el deber del revolucionario lo lleva allí donde los trabajadores se ponen a luchar para acabar con el capitalismo. Hay muchos compañeros extranjeros que están combatiendo ahora mismo en los frentes de Madrid.

Ramón lo sabe, pero sabe también que son hombres. Lo que sobre todo le sorprende en mi caso es que soy mujer. Entonces quiere saber más.

— ¿Tienes hijos?

— No.

— ¿No lamentas no tener hijos?

— No, porque ha sido voluntario, lo habíamos decidido con mi marido para no tener ataduras que impiden cumplir el deber de revolucionario. Hay hijos de sobra en el mundo. ¿Tú tienes?

— No me he casado todavía, estoy de novio. Pero si no me toca la china, si me puedo casar ¿cómo hacer para no tener hijos? A mi novia le daría mucha pena no tener. En nuestra tierra se ve muy mal. También los hombres quieren tener hijos, si no, la gente dice que no sirven. Eso sí, no hay que tener una montonera. Mi madre ha tenido trece, de los que quedamos vivos ocho.

— ¿En qué trabaja tu padre?

— Mi padre ya no existe, los fascistas lo han matado porque era del sindicato de campesinos. Ni siquiera fue enterrado. No hay tierra para los pobres cuando están vivos ni derecho a una sepultura en un cachito de tierra cuando los asesinan. Mi padre era un hombre bueno que nunca había hecho daño a nadie. Lo han matado como a un perro rabioso. Los asesinos son señoritos que nunca han tocado un terrón, juergistas que sólo venían al pueblo el día de la fiesta y para cobrar el producto de sus tierras. Cuando estalló el movimiento en Madrid abandonaron sus casas

lujosas para venir a esconderse en sus fincas. A medida que iban cayendo los pueblos en manos de los fascistas salían de sus guardias y se ponían a matar a los nuestros.

Bajo la protección de los blindados que tiran ahora con todas sus ametralladoras, espesos racimos humanos se arrastran hacia nosotros.

— No vale la pena tirar con fusil, dejad trabajar a los dinamiteros y quedaros clavados en vuestros puestos. Esta vez va de veras. Tened cuidado con la cuneta. Hace falta refuerzo para los dinamiteros, que los que saben de bombas se acerquen.

Mi cabeza se ha puesto de nuevo en servicio, las costillas ya no me duelen, la máquina vuelve a girar alimentada por una idea fija; hay que resistir a toda costa (...).

La barrera de bombas y granadas inmoviliza a los blindados y a los hombres que los siguen. Quizá avanzarían pese a todo si nuestro gran cañón dejara de tirar, pero no para, al contrario, manda los obuses por tandas. Un mensaje del puesto de mando nos alienta: «Seguid con dinamita, hay muchos moros en las tropas fascistas, la dinamita les da mucho miedo. Mandaremos todas las bombas que se necesiteis» (...).

¿Entonces, es ésto la guerra, la verdadera? Cinco tanques que intentan asaltar nuestras trincheras, y que nosotros, armados de fusiles anticuados, desperejados, encasquillados, de bombas artesanas encendidas a la lumbre de un cigarro, debemos parar, en una palabra, vencer (...).

Dos tanques tocados por los obuses de nuestro cañón están ardiendo. La ametralladora de nuestros vecinos se ensaña con los hombres que tratan de retroceder y con los que vienen en su auxilio. Cada vez que un personaje del cuadro que tenemos enfrente cae, estalla la alegría de los nuestros. Igual que los canchales, los tanques retroceden marchando de costado, sin dejar de tirar para cubrir su retirada y la de sus soldados (...).

El balance de las bajas de nuestra compañía durante esta semana de combates es de diez y seis muertos y veintiún heridos más o menos graves, sin contar los enfermos que no han querido irse, pero que ya no se pueden tener en pie.

A NUESTROS LECTORES

El primer número de la segunda etapa de « TRIBUNA SOCIALISTA » ha tenido un éxito que justifica plenamente nuestro esfuerzo y nuestras esperanzas. Sabíamos que contábamos con un capital importante de simpatías y que nuestra iniciativa iba a ser acogida con interés y hasta con pasión. Pero no podíamos imaginar resultados tan positivos y tan prometedores en un espacio de tiempo tan corto.

Es todavía demasiado pronto para hacer un balance preciso y detallado. Sin embargo, podemos anticipar ya algunos elementos de apreciación del más alto interés. Tratándose de una revista como la nuestra, los factores del éxito se reflejan en la importancia de la venta militante, el número de suscripciones y donativos y la eficacia de los medios de difusión puestos en juego.

La venta militante ha sido considerable y debemos manifestar especialmente nuestro agradecimiento a los compañeros del POUM, de Lucha Obrera, de Acción Comunista, de las Juventudes Socialistas y de otros grupos que han hecho esfuerzos muy notables para difundir la revista. El número de suscripciones es ya bastante elevado y nos parece necesario destacar que las suscripciones de apoyo (de 100, 200 y hasta 1.000 francos, sin olvidar las de 1.000 pesetas) han sido desde el principio tan numerosas como las ordinarias.

La difusión a través de las librerías no es aún perfecta ; pero cabe decir que la revista está a la venta en las principales librerías de Francia que venden literatura española y sobre todo en las de las ciudades próximas a la frontera española. El gran problema es, naturalmente, la difusión de « TRIBUNA SOCIALISTA » en España. Se impone decir en seguida que la « liberalización » de Fraga y Areilza no nos ha facilitado la tarea. La policía ha recogido bastantes números enviados a España, lo que nos ha obligado y nos obliga a intensificar la venta militante recurriendo a los medios clásicos de la clandestinidad. Pese a todo, la revista ha entrado y seguirá entrando en España.

No queremos terminar estas observaciones sobre la difusión de « TRIBUNA SOCIALISTA » sin mencionar los trabajos que se vienen realizando para dar a conocer la revista en Alemania, Suiza, Bélgica y otros países y la labor especial que han llevado a cabo algunos compañeros en Portugal, lo que ha permitido que ésta pueda encontrarse actualmente en librerías de Lisboa, Coimbra y Oporto.

Pero pasemos ahora a otro aspecto no menos importante: el del carácter y contenido de la revista. Los lectores que conocieron « TRIBUNA SOCIALISTA » en su primera etapa nos han manifestado su más viva satisfacción por haber reanudado su publicación. Muchos de ellos opinan que la revista puede llenar ahora una misión más valiosa que en los años 1960-63, criterio que en general compartimos. En efecto, estamos en pleno renacimiento del movimiento obrero y del marxismo revolucionario en nuestro país y España ha entrado, tras la desaparición del dictador, en un período intensamente político. En tales condiciones, la existencia de una publicación como « TRIBUNA SOCIALISTA » es más necesaria que nunca.

Este segundo número aparece todavía en el exilio. Y decimos todavía porque no excluimos que « TRIBUNA SOCIALISTA » pueda publicarse pronto en España. Al hacer esta afirmación, no pensamos en el « liberalismo » de Fraga o de Areilza. Pensamos — como seguramente nuestros camaradas y amigos — en el proceso que se ha abierto después de la muerte de Franco, en la lucha de masas por la liquidación de la dictadura y el restablecimiento de las libertades democráticas. A este respecto, la combatividad de que ha dado pruebas la clase trabajadora de Madrid y de otros lugares del país en el curso de las últimas semanas permite abrigar legítimas esperanzas. En fin, hay algo que no ofrece dudas: « TRIBUNA SOCIALISTA » proseguirá su labor en España en cuanto ello sea posible.

Mientras tanto, trataremos de mejorar la presentación y el contenido. Haremos cuanto esté a nuestro alcance para subsanar las erratas, demasiado numerosas en el primer número. Advertimos, claro está, que la revista la componen trabajadores franceses poco familiarizados con nuestra lengua y que el tiempo y los medios de que disponemos son muy limitados.

Hasta el presente hemos recibido más elogios que críticas. Hablando con absoluta franqueza diremos que somos tan sensibles a las segundas como a los primeros. Nos proponemos firmemente mejorar el contenido de la revista ampliando el cuadro de los colaboradores y abriendo nuestras páginas a todas las inquietudes que se manifiestan actualmente en el movimiento obrero y revo-

lucionario de nuestro país y organizando debates y confrontaciones entre distintas tendencias. Tenemos igualmente el proyecto de crear una sección de crítica de libros y revistas y de consagrar una parte del espacio de que disponemos a los problemas ideológicos que se plantean en el movimiento marxista revolucionario internacional y a las cuestiones artísticas y literarias relacionadas con el socialismo.

« TRIBUNA SOCIALISTA » es una revista militante. No la hacemos simplemente para lanzar ideas o formular posiciones. Queremos contribuir con todas nuestras fuerzas a la batalla general por la libertad y el socialismo en España. Tenemos la impresión que nuestros comaradas, amigos y lectores, lo han comprendido desde el primer momento y por eso les invitamos a sostener nuestra acción con una voluntad militante en todos los dominios : difusión y venta, penetración en España, apoyo económico y colaboración política.

Lo que se ha hecho ya en esos distintos dominios es muy importante. Pero hay que ir más lejos y desplegar mayores ambiciones. Porque 1976 va a ser un año decisivo para el porvenir de España y de su movimiento obrero.

« TRIBUNA SOCIALISTA »

B.D.I.C.

PRINCIPALES LIBRERIAS DONDE PUEDE ADQUIRIRSE « TRIBUNA SOCIALISTA »

Librairie « Ediciones Hispano-Americanas »
26, rue Monsieur le Prince — 75006 — PARIS

Librairie « Ruedo Ibérico »
6 rue de Latran — 75006 — PARIS

Librairie Portugaise
33, rue Gay Lussac — 75005 — Paris

Librairie Espagnole
72, rue de Seine — 75006 — PARIS

Librairie des Deux Mondes
10, rue Gay Lussac — 75005 — PARIS

Librairie Syros
9, rue Borromée — 75015 — PARIS

Librairie Argoyti
10, Bd du Général de Gaulle — 64 — HENDAYE

Librairie Nafarroa
5, avenue Jaulerri — 64 — BIARRITZ

Librairie Zabal-Irati
52, rue Pannecau — 64 — BAYONNE

Librairie Oskorri
12, rue Gosse — 64 — BAYONNE

Librería Española
40, rue Jean Payra — 69 — PERPIGNAN

Librairie Demain
30, rue Gatien Arnould — 31 — TOULOUSE

Librairie Etrangère Stodif
1, rue des Lois — 31 — TOULOUSE

Librairie Votre Livre
14, rue de l'Etoile — 31 — TOULOUSE

Librairie Soleil
210, rue Crequi — 69 — LYON 3

Librairie Federop
11, rue du Doyenné — 69 — LYON 3

Librairie Maipetit
142, La Cannebière — 13 — MARSEILLE

Librairie « Lib 33 »
26, rue Saint-James — 33 — BORDEAUX

Librairie H. Sauramps
34, rue Saint Guilhem — 34 — MONTPELLIER

Librería Multinacional (Centro Cultural Español)
Kibbelstrasse, 12
43 — ESSEN — ALEMANIA FEDERAL

TRIBUNA SOCIALISTA

Revista trimestral de crítica marxista

PRECIOS DE SUSCRIPCION (6 números)

España	500 ptas.
Francia	40 F.
Otros países de Europa	50 F.
Países de América	10 dólares U.S.A.
SUSCRIPCION DE AYUDA	100 F.

TODOS LOS GIROS A : Compte Chèque Postal :

Colomer-Solsona - 18.654.33 A - PARIS
1, rue du Cambodge - Paris 75020

A esa dirección se pueden remitir
también los cheques bancarios y en-
víos por Giro Postal Internacional

*TODA LA CORRESPONDENCIA A : « Tribuna Socialista », re-
vista de crítica marxista -
9, rue Borromée - 75015
PARIS.*

Número suelto 100 ptas. — 8 francos

Directeur de la publication : Wilebaldo Solano
N° Commission Paritaire : 57.306

Precio : 100 ptas.
8 francos.

Bb10

tribuna socialista

revista
de
crítica marxista

LAS "REFORMAS", LA OPOSICION
Y LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

Wilebaldo Solano

LAS HUELGAS DE ENERO - MARZO

Julio Gil

LA EVOLUCION DEL PARTIDO COMUNISTA
DE ITALIA

Rossana Rossanda

BALANCE DE LA EXPERIENCIA CHILENA

Gabriel Santana

LA CRISIS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Monthly Review

EL STALINISMO Y EL POUM

Martin Lain

DOCUMENTOS :

LOS PRIVILEGIOS DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

80 P 6451

Nº 3 - ABRIL - JUNIO 1976

TRIBUNA SOCIALISTA

Segunda época

SUMARIO

CONTRA EL REFERENDUM PARA LEGALIZAR LA MONARQUIA	1
NOTAS EDITORIALES :	
— Cataluña a la cabeza	4
— América Latina, las dictaduras y el socialismo.	7
— El maoísmo y la crisis política en China	10
LAS REFORMAS, LA OPOSICION Y LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA — Wilebaldo Solano	13
LOS REAGRUPAMIENTOS Y EL P.O.U.M.	26
LAS HUELGAS DE ENERO-MARZO — Julio Gil	27
LA EVOLUCION DEL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA — Rossana Rossanda	40
POR LA LIBERACION DE LOS PRESOS POLITICOS EN CHECOSLOVAQUIA	48
BALANCE POLITICO DE LA EXPERIENCIA CHILENA .. — Gabriel Santana	56
LA CRISIS DEL CAPITALISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS — Monthly Review	69
EL STALINISMO Y EL POUM — Martin Lain	80
CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS	84
DOCUMENTOS :	
— Reinvidicaciones previas de la Unión Militar Democrática	88
— Los privilegios de la Iglesia en España	92
COMITE DE REDACCION DE LA REVISTA :	
JOSE VAZQUEZ — WILEBALDO SOLANO — MANUEL BLANCO — JOAQUIN SERRA — JULIO GIL	

POR EL REAGRUPAMIENTO DE LOS MARXISTAS
REVOLUCIONARIOS

EDITADA POR LA IZQUIERDA DEL P.O.U.M.

CONTRA EL REFERENDUM PARA LEGALIZAR LA MONARQUÍA

Cerramos este número de nuestra revista casi a fines del primer semestre del año, en un momento de fuertes tensiones políticas, económicas y sociales. Es muy posible que en el curso de las semanas próximas se produzcan acontecimientos importantes, en cierto modo decisivos para el futuro inmediato del proceso abierto con la muerte de Franco y la proclamación de la monarquía.

Las tensiones políticas han alcanzado su cénit en los círculos dirigentes.

El tren de «reformas» ha quedado momentáneamente bloqueado en las Cortes, en el Consejo del Reino y en el propio gobierno. Los principales dirigentes del Opus Dei han reaparecido en primera línea, haciendo frente común con los jerarcas de la burocracia falangista y con los católicos de Silva Muñoz. No se trata, pues, de una simple peripecia. Estamos ante algo mucho más grave, que puede romper el equilibrio inestable existente en el seno del gobierno Arias-Fraga-Solis y desencadenar una crisis política.

En estas condiciones, incluso si llegan a aprobarse «reformas» como la modificación de los artículos más represivos del Código Penal o los proyectos de Ley de Reforma de las Cortes y de la Ley de Sucesión, el «cambio» se presentará en un clima de mayores dificultades. Los «reformadores» tendrán que negociar con el bloque Opus Dei-Burocracia falangista y su idea de «pacto nacional» con determinadas fuerzas de la oposición resultará todavía menos viable.

Como se sabe, el referéndum previsto para Octubre tendría que ser algo así como la legitimación de las «reformas» y la legalización de la monarquía impuesta. Al ritmo que van las cosas en las alturas, esta operación va a resultar mucho más arriesgada de lo que habían imaginado sus promotores. Eso, claro está suponiendo que lleguez a realizarse.

Decimos esto porque las maniobras políticas que se traman en el marco del sistema institucional de la dictadura y a espaldas del país real, pueden ser desbaratadas. En efecto, el gobierno no opera precisamente en una situación ideal para las clases y castas dominantes.

No insistiremos sobre la situación política. Pero quizá convenga decir ahora que la crisis política se desarrolla sobre un telón de fondo económico y social inquietante para la burguesía y para el gobierno. El propio Villar Mir, Vicepresidente y Ministro de Hacienda, ha tenido que reconocer que la crisis económica actual es «la más grave desde hace veinte años». Por motivos estrictamente políticos, el gobierno y sus portavoces ocultan la realidad. Desde hace más de un año se está practicando una política de estabilización económica disimulada y las pretendidas medidas de reactivación se hallan estancadas en las Cortes desde comienzos del año.

Sin embargo, los hechos están ahí, con toda su crudeza. El coste de la vida aumentó en cerca del 10 por ciento en los cinco primeros meses de 1976. Según el Instituto Nacional de Estadística y los expertos de la OCDE, la inflación oscilará a fines del año entre el 20 y el 25 por ciento. La inversión industrial no ha mejorado desde diciembre de 1975, época en que estaba a 8 o 9 puntos por debajo de la tasa de 1974. Seguimos a nivel cero en materia de crecimiento. El paro ha rebasado la cifra del millón y causa verdaderos estragos en regiones como Andalucía y Extremadura. El endeudamiento exterior se elevaba a 7.500 millones de dólares a fines de 1975, cifra muy superior a las reservas de divisas. En 1975, el gobierno tuvo que pagar 1.100 millones de dólares a título de intereses y amortizaciones de los créditos, y el déficit de la balanza comercial se elevó a 7.000 millones de dólares. En fin, el turismo y las remesas de los emigrantes, en franca disminución, ya no pueden equilibrar, como años atrás, la balanza de pagos.

Como ha dicho Fuentes Quintana, se ha «tocado fondo» en el dominio económico. De ahí que el gobierno trate de obtener, según se ha afirmado en la prensa norteamericana, un gran préstamo exterior (de 2 a 5.000 millones de dólares). El viaje de Juan Carlos a los Estados Unidos no tuvo sólo un sentido político: el Rey impuesto por Franco fue a buscar a Washington una suerte de investidura política y una ayuda sustancial para hacer frente a las dificultades de la economía española. Hasta el momento, el gobierno Arias ha obtenido un crédito de 340 millones de dólares del Fondo Monetario Internacional y varios préstamos del Banco de Importación y Exportación por valor de 450 millones de dólares. Pero se ha dirigido también a la Banca Mundial y a varias instituciones financieras privadas. Las sumas concedidas no corresponden a las solicitadas. No obstante, es evidente que el capitalismo norteamericano, que salvó del desastre a Franco en 1953 y en 1959, está dispuesto a socorrer a la monarquía juan-carlista.

Es dudoso que esta asistencia baste para resolver los problemas presentes del capitalismo español y para estabilizar la monarquía. Un dirigente del Banco Hispano Americano acaba de declarar que « las clases dirigentes tienen contraída una deuda social inaplazable ». Este reconocimiento de lo que ha sido la explotación capitalista en España en los años 1940-75 coincide con el sentimiento de los trabajadores. En efecto, éstos consideran que ha llegado la hora de hacer pagar a la burguesía y, desde luego, no están dispuestos a sufragar las consecuencias de la crisis. Por eso, han luchado, luchan y lucharán por sus reivindicaciones y contra toda tentativa de « pacto social » o de integración de sus organizaciones al sistema dominante.

Por lo demás, la crisis política y la crisis económica coinciden con una profunda crisis social. En las luchas actuales aparecen y se confunden las reivindicaciones económicas con las aspiraciones democráticas y los afanes de profunda transformación de la sociedad. España tiene hoy los problemas heredados del pasado los creados por cuarenta años de dictadura totalitaria y los que implica el desarrollo capitalista en nuestra época. Esta conjunción de problemas supone dificultades ingentes para la burguesía, para los « reformadores » y para los que aspiran a sucederles,

Las tensiones políticas, económicas y sociales no serán dominadas con facilidad. Areilza ha dicho que la « transición será difícil ». Por una vez, estamos de acuerdo con él. Pero nosotros pensamos en otro tipo de transición. Las luchas de los trabajadores y de las masas laboriosas parten de lo elemental para llegar a lo superior. Tienden a desbordar las « reformas » y las maniobras paralizantes para liquidar la dictadura e iniciar la transformación de la sociedad. Apuntan, pues, en dirección del socialismo. ... Ahora bien, para abrir la ruta del socialismo, el movimiento obrero tiene que superar sus divisiones, concentrar su fuerza e imponerse objetivos perfectamente claros. En el momento presente no puede haber transigencia alguna en lo que respecta a la liberación de todos los presos políticos, la amnistía, la conquista de las libertades democráticas, el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades, la oposición al referéndum destinado a legalizar la monarquía y la movilización por una Asamblea Constituyente libre y soberana. En los meses venideros, la lucha contra el referéndum puede concentrar todo el abanico de reivindicaciones de las masas laboriosas en un movimiento global que modifique totalmente la situación y las perspectivas.

NOTAS EDITORIALES

CATALUÑA, A LA CABEZA

La historia no se repite nunca exactamente porque las condiciones económicas, políticas y sociales en que operan los hombres cambian, y también porque estos últimos no suelen ser insensibles a la experiencia. Pero hay, no obstante, fenómenos que se reproducen a lo largo del tiempo respetando las líneas de fuerza fundamentales.

El mejor ejemplo de ello es lo que ocurre actualmente en Cataluña. Como en 1917, como en 1931 y como en 1936, Cataluña está de nuevo a la cabeza. La lucha por la liquidación de la dictadura franquista, por la defensa de las reivindicaciones de los trabajadores, el restablecimiento de las libertades democráticas y el reconocimiento de su personalidad nacional adquiere una intensidad creciente y moviliza masas considerables, creando así numerosos problemas al gobierno de Juan Carlos.

La explicación de este fenómeno no requiere muchas consideraciones y sólo puede sorprender a los que ignoran la Historia de España o a los que se habían imaginado que la dictadura franquista iba a destruir la sustancia misma del país.

Hoy como ayer, en Cataluña confluyen dos fuerzas esenciales: el movimiento obrero, con toda su tradición revolucionaria, y el movimiento de emancipación nacional, con el recuerdo de todas sus conquistas en el periodo de la República del 14 de Abril y de la Revolución de 1936. Si la República se proclamó en Barcelona antes que en Madrid, en Valencia o en Bilbao, si la Revolución caló más hondo que en Castilla, en Levante o en Euzkadi, fue por esa confluencia.

¿Cuál es la situación hoy, seis meses después de la proclamación de la monarquía? La clase trabajadora de Cataluña — que sigue siendo el centro industrial más potente de la península — constituye una fuerza importantísima; es más numerosa y está más concentrada que en los años 30 y manifiesta una combatividad constante. El movimiento de emancipación nacional, que muchos creyeron muerto durante largos años, ha resurgido, como era de prever, de una manera arrolladora.

En otro lugar de este número se hace un balance del movimiento huelguístico desencadenado con motivo de la renovación de los convenios colectivos en el primer trimestre de 1976. El proletariado de Cataluña ocupa un lugar privilegiado en este balance. Destacaremos solamente la huelga de los obreros de la construcción, con sus distintas manifestaciones, y las huelgas generales del Bajo Llobregat y de Sabadell, que no fueron más que anticipos de los combates que se librarán en los meses venideros.

Hay movimientos de emancipación nacional en Euzkadi, en Galicia y en Valencia, porque España es un país muy diverso; hay manifestaciones de tipo regionalista más potentes que en otros tiempos, por ejemplo en Andalucía y en Asturias. Y hay movimientos puramente provinciales, insulares o locales, porque España tiene una tradición cantonalista, porque en todos los periodos de crisis global estalla un movimiento general contra el Estado centralista, construcción artificial de la Monarquía española, que fue siempre la gran opresora y el instrumento privilegiado de todas las fuerzas reaccionarias.

Mas en ninguna parte el movimiento de emancipación nacional posee el mismo arraigo y el mismo vigor que en Cataluña. La personalidad, la lengua y la cultura, como asimismo la historia reciente, confieren a este movimiento un carácter y una fuerza que no tienen todavía los de las otras nacionalidades de la península. Y esto permite que las luchas de la clase obrera se desarrollen en un clima más favorable que en otros lugares y que encuentren concursos más importantes. Del mismo modo, esto ha hecho y hace posible protestas y manifestaciones de masas de un gran volumen, como las realizadas en Barcelona en favor de la amnistía y de la autonomía, como la huelga general de Sabadell, como la concentración campesina de Tarragona. Por idénticas razones puede llevarse a cabo la ofensiva contra los Ayuntamientos designados por la dictadura, que encuentra cada día un eco mayor y que terminará por desbordar el marco de Cataluña y extenderse al resto de la península.

Ante esta situación, el gobierno de Juan Carlos ha designado una « Comisión para el régimen especial para las cuatro provincias catalanas » que está estudiando el medio de hacer compatible el reconocimiento de la personalidad de Cataluña con la tentativa de estabilización de la monarquía. La empresa es más difícil que la cuadratura del círculo. Se habla de la restauración de la Mancomunidad de Prat de la Riba o de algo similar, pero se excluye la restauración de la Generalidad, puesto que ésta fue una creación de la República y no puede concebirse lo

que ella representó en el marco de la monarquía surgida del franquismo.

Haga lo que haga la « Comisión » y decida lo que decida el gobierno de Arias o su sucesor inmediato, el pueblo de Cataluña se ha puesto en marcha y quiere obtener la posibilidad de decidir libremente de su destino. El movimiento en favor de la autodeterminación se proseguirá. En breves semanas, ha pasado de la fase de la reclamación de la autonomía a la fase de la reivindicación del Estatuto de 1932 y del restablecimiento de la Generalidad. Pero sólo logrará sus objetivos en el cuadro de la lucha general por la liquidación de la dictadura. Porque no estamos simplemente ante un problema « especial » — y para algunos irri- tante — de Cataluña. Hay una cuestión de las nacionalidades, que se plantea igualmente en Euzkadi y en Galicia, y hay el problema general de la estructura de este país que, como dijo el poeta Joan Maragall, es « una sola tierra que cuelga de la sierra sobre los mares ».

Ahora como en el pasado, ni la burguesía ni la pequeña burguesía conducirán hasta sus consecuencias últimas la lucha por la emancipación de las nacionalidades y por la libre asociación de todos los pueblos de la península. En los años sombríos de la opresión fascista, la mayor parte de los dirigentes burgueses catalanes y vascos que ocupan hoy las primeras filas en el escenario político colaboraron con el franquismo bajo el pretexto de que había que « hacer país ». ¡ Singular eufemismo ! Lo que hicieron en realidad fue acumular capital en estrecha asociación con la alta finanza pan-española e internacional. Y esa acumulación, sobre la que habría tanto que decir, se efectuó explotando intensamente a los trabajadores — catalanes y andaluces, vascos y castellanos, porque en este dominio no hubo discriminaciones —, a los que crearon la riqueza social viviendo en condiciones difíciles. Pues bien fueron los trabajadores catalanes y vascos, junto con pequeñas minorías intelectuales, los que mantuvieron, contra el régimen y contra todos los que colaboraban con él, las mejores tradiciones democráticas, los que conservaron las lenguas y las culturas, los que resistieron a todas las presiones del aparato dominante y establecieron las bases del renacimiento que comienza.

Las lecciones de tan dura experiencia no pueden ser olvidadas en este período en que se cambia tan fácilmente de camisa y de postura. Por eso mismo, el proletariado tiene que colocarse a la cabeza de los movimientos de emancipación nacional en Cataluña, Euzkadi y Galicia e integrar en su programa de lucha las aspiraciones de las nacionalidades oprimidas, aspiraciones que

únicamente serán plenamente reconocidas cuando se establezcan las condiciones de la transformación socialista de la sociedad en toda la península.

AMERICA LATINA, LAS DICTADURAS Y EL SOCIALISMO

El retorno a la dictadura militar en la Argentina tras el hundimiento del régimen abyecto presidido por Estela Perón ha cerrado provisionalmente un ciclo de grandes convulsiones políticas y sociales en América Latina, el que abrió en 1960 la Revolución cubana.

La casta militar argentina, sostenida por la oligarquía local y el imperialismo yanqui, ha vuelto a tomar las riendas del poder. Videla no es quizás la reproducción exacta de Pinochet. Resulta más fácil imponerse en la Argentina, donde el peronismo decadente había desarmado moral y materialmente a la clase trabajadora, que en Chile, donde, pese a todos los dramáticos errores de Allende y de la Unidad Popular, se había asistido a un proceso revolucionario con amplias repercusiones continentales.

Sin embargo, el general Videla ha liquidado las libertades democráticas y se propone destruir el movimiento obrero organizado. La represión se intensifica en la Argentina y cada día se producen hechos más graves. La lucha contra los grupos guerrilleros se combina con el terror en las fábricas y en los centros universitarios y la persecución contra los exiliados políticos chilenos, uruguayos, brasileños, bolivianos y paraguayos. Edgardo Enríquez, dirigente del MIR chileno, fue entregado no ha mucho a la D.I.N.A. de Pinochet y varios opositores uruguayos han sido asesinados recientemente en condiciones ignominiosas.

Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia y Paraguay, es decir, todos los países de ese cono sur en el que habían surgido tantas esperanzas de liberación nacional y social, se encuentran ahora sometidos a regímenes de dictadura reaccionaria. Un poco más al norte, el general Geisel mantiene un sistema de dominación no menos brutal con la bendición del Departamento de Estado y de las grandes corporaciones industriales norteamericanas, que intentan convertir al Brasil en un « ejemplo » político y económico para toda América Latina. En fin excusamos hablar de los regímenes imperantes en países como Haití, la República Dominicana o Ecuador.

América Latina ha entrado en uno de los periodos más sombríos de su historia contemporánea. Las oligarquías reaccionarias se han ido imponiendo por doquier. ¿Qué queda de la « Suiza de América », aquel Uruguay presentado como el arquetipo de la democracia burguesa latinoamericana? ¿Qué queda de aquel momento histórico en que parecieron confluir los procesos revolucionarios boliviano y chileno con las grandes luchas sociales en la Argentina y las resistencias armadas en el Brasil y en Uruguay? ¿Qué queda, por último, de la formidable irradiación de la Revolución cubana en los primeros años de la década del 60 y del mimetismo guerrillero que condujo a toda suerte de aventuras a importantes sectores de la juventud revolucionaria del continente?

Quedan, naturalmente, el recuerdo de luchas exaltantes y la experiencia de fracasos resonantes. Recuerdo y experiencia que están llevando a un proceso de reflexión general en los sectores más avanzados del movimiento obrero y de la juventud revolucionaria. Proceso que no se desarrolla solamente en los círculos de exiliados dispersos a través del mundo, sino también en las prisiones y en la clandestinidad, en el seno de los nuevos movimientos de resistencia que se forman en casi todos estos países. El fracaso de la « vía pacífica » chilena y la quiebra de los movimientos guerrilleros basados en la teoría del foco o en la guerrilla urbana pueden conducir a una síntesis dialéctica que ilumine la nueva etapa de la revolución latinoamericana.

El Departamento de Estado, el Pentágono y la C.I.A., que han cosechado en los últimos años tantas derrotas en Asia y en África y que manifiestan vivas inquietudes ante la evolución de los acontecimientos en Europa Occidental, dan pruebas de una euforia injustificada en lo que se refiere a América Latina. Apoyándose en la « doctrina Sonnenfeldt », que presupone el mantenimiento de las esferas de influencia respectivas de Washington y de Moscú, creen que pueden seguir operando en América Latina con toda impunidad. De ahí que hayan llegado hasta el extremo de convertirse en los protectores descarados de la dictadura militar-fascista de Pinochet (promesas de ayuda del Secretario del Tesoro, reunión de la O.E.A. en Santiago, etc.).

Pero en el periodo actual de crisis mundial del capitalismo, el reforzamiento de la intervención imperialista en América Latina puede deparar fuertes sorpresas. Las dictaduras militares imperantes se encontrarán cada vez ante problemas más graves. Los éxitos parciales del desarrollismo brasileño, obtenidos a costa de fuertes inversiones exteriores y de una intensa explotación de las masas laboriosas, no se reproducirán con facilidad. Por

otra parte, la resistencia a las políticas reaccionarias de las oligarquías locales se conjugará con una exacerbación de la hostilidad al imperialismo.

Los problemas fundamentales de los países de América Latina — reforma agraria, industrialización, crecimiento demográfico y elevación del nivel de vida, liquidación de las oligarquías y de los monopolios nacionales y extranjeros, reconquista o extensión de las libertades democráticas y obreras, liberación del imperialismo y unificación del continente — están ahí y son profundamente revolucionarios. No han sido resueltos ni siquiera en los países donde prevalecen regímenes más o menos democráticos, como Venezuela, México o Costa Rica, ni en los sometidos a dictaduras militares. Se han estrellado ante ellos todos los movimientos nacional-populistas, civiles o militares, y, con toda seguridad, se estrellará asimismo el populismo militar peruano, incoherente, aislado y sometido a la presión insistente del imperialismo.

A fines de Mayo pasado, se celebró en Caracas una « Conferencia de solidaridad con los demócratas latinoamericanos » organizada por el Partido Socialdemócrata alemán, que en su congreso de Manheim decidió pasar por encima de la Internacional Socialista, acusada de ser demasiado europea, para crear una « alianza por la paz y el progreso social ». La fórmula, que recuerda imprudentemente la « Alianza para el progreso » de Kennedy, tiene muy pocas posibilidades de éxito en América Latina. Willy Brandt, su inspirador, según ha declarado en varias ocasiones, quiere aportar soluciones a « las relaciones conflictivas entre los países industriales, los países productores de materias primas y los países subdesarrollados muy pobres » y ha sugerido para esto que se establezcan contactos permanentes con los « numerosos grupos (de América Latina y de África) que desean colaborar con los socialistas demócratas. ».

En Caracas, Brandt y Kreisky, asistidos por Mario Soares y Felipe Gonzalez, conferenciaron con hombres como los líderes de Acción Democrática venezolana y del P.R.I., partidos burgueses que ocupan el poder, y con personajes tan « avanzados » como Haya de la Torre y el dirigente radical argentino Ricardo Balbín. Realmente, o Brandt se equivoca de continente o, como han subrayado ciertos periodistas, intenta « cubrir con un ropaje ideológico » la penetración de los intereses alemanes en América Latina y ese « realismo » de Bonn que no ha vacilado en firmar un acuerdo nuclear con la dictadura brasileña. Sea lo que sea, pensar que en América Latina pueden imponerse las solu-

ciones de la socialdemocracia alemana, cuyos lazos con Wáshington son conocidos, es completamente absurdo.

La tarea presente, la única digna de todos los que se reclaman del socialismo en Europa, es la lucha sin concesiones contra las dictaduras militares reaccionarias y el apoyo a los que se proponen reconstruir el movimiento obrero y revolucionario y abrir el camino a una América Latina liberada de las oligarquías y del imperialismo, unificada y socialista. En este sentido, por los lazos que unen a los pueblos de América Latina con los de la península ibérica, el desarrollo de la Revolución portuguesa y la liquidación de la dictadura franquista en España pueden ofrecer una solidaridad altamente positiva a los que al otro lado del Atlántico combaten también por la libertad y el socialismo.

EL MAOISMO Y LA CRISIS POLITICA EN CHINA

Diez años después del comienzo de la «revolución cultural», cuando parecía haberse alcanzado una cierta estabilización, China se encuentra en plena crisis política. Y esta crisis puede ser más grave que las precedentes porque Mao Tse-tung, figura predominante y vencedor en todos los conflictos internos del Partido Comunista desde 1935, parece condenado a una próxima desaparición.

La primera dificultad para formular un juicio sobre lo que está sucediendo en China y para otear el horizonte y vislumbrar las perspectivas reside en la falta de información. Una muralla no menos alta que la elevada en la antigüedad separa a la China «socialista» del mundo y del movimiento obrero internacional. Esta asombrosa realidad permite todas las conjeturas y facilita la expresión de las más audaces fantasías. La segunda dificultad estriba en el lenguaje esotérico de la prensa y de los dirigentes chinos, un lenguaje en el que se confunden el maniqueísmo propio del stalinismo con los proverbios, las metáforas y las paradojas típicamente chinas, extraídos de una vieja y rica cultura.

En lo que respecta a la información, basta decir que se han necesitado varias semanas para saber, de fuente segura, que «el incidente contrarrevolucionario de la plaza de Tien-An-Men» no fue un hecho aislado, sino que «incidentes» de la misma naturaleza se produjeron a comienzos de Abril en Honan, Kiangsi, Yunan y en otras regiones del inmenso país. En lo que se refiere al lenguaje, nos contentaremos con registrar que Teng Hsiao-ping

ha descendido en poco tiempo de los más altos cargos y de las mayores consideraciones al infierno de los «renegados» y de los «traidores». Como se recordará, el caso no constituye una excepción. Algo similar ocurrió con Lin Piao, sucesor designado de Mao, vicepresidente del Partido y ministro de Defensa, desaparecido trágicamente en circunstancias que no han sido bien aclaradas todavía.

Hay que hacer un esfuerzo enorme para comprender algo en la literatura esotérica del «Diario del Pueblo» y de «Bandera Roja», cuyos editoriales son, sin embargo, rápidamente traducidos a todas las lenguas importantes del mundo. Los adeptos del maoísmo fuera de China, aunque cada día se sienten más turbados ante los virajes políticos de Pekín, suelen contentarse con la teoría maniquea de las «dos líneas». Hay una «línea revolucionaria», la de Mao, y una «línea capitalista», la de Liu Chao-chi en 1965-66, la de Lin Piao en 1971 y la de Teng Hsiao-ping en 1976. Mao dirige un proceso de «revolución permanente» (fórmula que no gusta mucho porque recuerda a Trotsky) con un tesón implacable y todos los que se enfrentan con él son instrumentos de la burguesía, que, por lo visto, se encuentra en el propio seno del Partido Comunista.

Semejante simplismo desconcierta y tiene el desagradable inconveniente de retrotraernos a los peores tiempos del stalinismo, a la época en que todos los discrepantes eran automáticamente «enemigos del pueblo», época que han superado en gran parte ya muchos partidos comunistas. Pero, además, puede ser rebatido sin grandes dificultades por la propia lectura de la prensa china y por los análisis que los sinólogos profesionales y «amateurs» han publicado en los últimos años. Todo el mundo sabe hoy que en la breve primavera de las «Cien flores» aparecieron tendencias muy diversas en el Partido Comunista chino. Todo el mundo sabe también que durante el período de la «revolución cultural» hubo algo más que «dos líneas» puesto que, independientemente de Mao y de sus adversarios de entonces, surgieron a la luz pública tendencias radicales que se enfrentaron abiertamente con todos los clanes burocráticos, plantearon los verdaderos problemas y fueron finalmente reducidas al silencio por la represión efectuada con la ayuda del Ejército.

En la crisis actual, lo único seguro es que asistimos en China a una lucha por la sucesión de Mao en la que se manifiestan varios clanes o tendencias. Ahora bien, lo difícil es saber lo que representan tales tendencias y los objetivos que se proponen. No hay en el Partido-Estado chino una discusión real y la que probablemente se desarrolla en las alturas se encubre con acusaciones e injurias que no permiten ver los problemas de fondo. Se

han publicado algunas metáforas y ciertas frases de Ten Hsiaping, como la relativa al color de los gatos (« poco importa que un gato sea blanco o negro ; lo importante es que cace ratones ») o « no hay que pasarse el tiempo hablando de la lucha de clases ». El « Diario del Pueblo » ha explicado recientemente que Teng reprochaba a ciertos técnicos principiantes que se preocupaban demasiado de la política en lugar de leer obras de sus especialidades. Pero jamás se ha publicado un documento político del hombre que hasta hace poco era la figura más importante de China después de Mao. Si esto son las « contradicciones » del « socialismo chino », hay para desesperar de todo y, en primer lugar, del sentido común más elemental.

Un sinólogo que se pretende marxista y que no ha querido revelar su nombre ha escrito últimamente que en la crisis actual se enfrentan los intereses de los campesinos (Mao) con los del proletariado (Teng) y los de los burócratas y tecnócratas (equipo de Chu en-lai). La argumentación puede parecer, a primera vista muy « marxista », puesto que se sale del maniqueísmo elemental y se ponen en juego las clases y las castas sociales, pero, la verdad, nos deja completamente insatisfechos. En todo caso, no contribuye a desvelar los grandes misterios que hacen sumamente difícil un análisis fundado y serio.

Es posible que en el curso de la crisis actual, que, como decíamos al principio de esta nota, puede ser mucho más profunda que las anteriores, terminen por aclararse ciertas posiciones y podamos saber al fin lo que representan efectivamente las diferentes tendencias dirigentes en lucha. Del mismo modo, no hay que descartar que, en un momento u otro de la crisis, la manipulación de las masas sea paralizada por una intervención real de los trabajadores y de la juventud revolucionaria en los problemas políticos y sociales del país.

Sea como fuere, las « contradicciones » que nos preocupan a los marxistas revolucionarios son las de la sociedad china y no las del aparato dirigente. Para nosotros, lo importante no es la sustitución de un equipo por otro, sino un cambio radical en los métodos de dirección económica, política y cultural. Y eso presupone una democracia socialista efectiva. No queremos entrar en el dominio de las especulaciones sobre el futuro, pero estamos firmemente convencidos de que la clase trabajadora y la nueva generación revolucionaria tienen una inmensa sed de libertad y de intervención en todo lo que les concierne, como se vió ya en ciertos momentos de la « revolución cultural ». Y esa sed crecerá a medida que vaya disminuyendo la penuria y aumentando la riqueza social y terminará por derribar las murallas levantadas por los aparatos y los privilegios burocráticos.

SEIS MESES DESPUES DE LA PROCLAMACION
DE LA MONARQUIA

LAS "REFORMAS", LA OPOSICION Y LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

por Wilebaldo SOLANO

Han transcurrido más de seis meses desde la muerte de Franco y la proclamación de la monarquía de Juan Carlos. Con este motivo, algunos — muy pocos, en realidad — han intentado entregarse al ejercicio de los balances. Todos ellos lo han hecho con bastante cautela y con una gran inseguridad en lo que respecta a las perspectivas próximas. Se explica. Seguimos en un período de enorme confusión arriba y abajo, en las esferas del poder dominante, en el seno de la oposición oficial, en el movimiento obrero y en la izquierda revolucionaria.

Esta confusión obedece a la complejidad de la situación y al juego difícil que se desarrolla entre las fuerzas políticas y sociales en presencia. La dictadura permanece en pie. Contrariamente a lo que pretende «Cambio 16», no se ha convertido en dictablanda; no estamos en la época de Berenguer. Las tolerancias calculadas, las fintas «democráticas» y la demagogia liberalizante del gobierno del Rey se combinan alegremente con el mantenimiento de las estructuras totalitarias, las agresiones y represalias de tipo fascista y la continuidad en el espíritu y la práctica de la represión. Las reformas en curso son mistificaciones de estilo autoritario y tienden simplemente a escamotear el restablecimiento de las libertades democráticas y la apertura de un proceso constituyente. Los «reformadores» navegan en medio de grandes escollos, oscilando entre las garantías ofrecidas a la derecha reaccionaria y fascista y las promesas anticipadas a ciertos sectores de la oposición. La Coordinación Democrática, resultante de una fusión equivocada de la Junta y de la Plataforma, está en crisis. El movimiento obrero se encuentra en cierto sentido paralizado por la política de compromiso con ciertas fracciones de la burguesía que practican algunas de sus organizaciones representativas. La izquierda revolucionaria, parcelada y dispersa, choca con fuertes dificultades para insertarse positivamente en la nueva dinámica que se ha creado en el país.

LA DESCOMPOSICION DEL FRANQUISMO, HECHO IRREVERSIBLE

Lo único que no ofrece dudas en el conjunto de esta situación es que «la descomposición del franquismo resulta un hecho irreversible», como ha dicho un franquista bien conocido, Ricardo de la Cierva, y que asistimos a un gran renacimiento de todas las fuerzas vivas del país, de todo lo que la dictadura quiso aplastar y destruir en sus cuatro décadas de dominación, y en primer lugar del movimiento obrero y de los movimientos de emancipación de las nacionalidades, y a la entrada en liza de una nueva generación, obrera y universitaria, libre de todo compromiso con el franquismo, insensible al chantaje de la guerra civil y del caos, decidida a combatir por la transformación revolucionaria del país y de la sociedad.

La descomposición del franquismo es una realidad indiscutible. En el curso de los últimos seis meses hemos comprobado el derrumbamiento espectacular de sus pretendidos valores y de sus mitos anacrónicos y repulsivos. Sus últimos valedores se batían a la defensiva, tratando de salvar sus privilegios mal adquiridos y de aplazar lo más posible el desmoronamiento del sistema. Los más listos o los más cínicos han efectuado ya su metamorfosis o se disponen a realizarla. Hemos entrado, como decía hace poco Josep Meliá, que sabe de lo que habla, en la etapa del «chaqueteo hacia la democracia». En efecto, todos los días hay conversiones súbitas y desvergonzadas y los nuevos «demócratas» proliferan como los hongos después de la lluvia. Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones vanas. El franquismo no era ni es solamente el aparato burocrático del Movimiento y de la CNS, los consejeros del Reino o los procuradores designados por el poder. Ocupaba y ocupa posiciones importantes en el aparato administrativo del Estado, en el Ejército y en la Iglesia y contaba y cuenta todavía con el sostén de ciertos sectores de la burguesía.

Los franquistas declarados, los que desearían asegurar la continuidad más estricta y evitar el menor «cambio», representan actualmente una minoría que se va reduciendo como la piel de zapa. Pero las fuerzas reaccionarias que se han desarrollado al amparo de la dictadura, que ahora se repliegan hacia el campo de la «democracia a la española» y parecen dispuestas a aceptar reformas limitadas que no pongan en peligro sus intereses y sus privilegios, son más importantes de lo que muchos se imaginan. En consecuencia, es completamente estúpido seguir ha-

blando de «bunker», ya que esto falsea la realidad. Y resulta una ligereza ridícula, muy digna de Tierno Galván, ese «marxista-revolucionario» que se desvive en espera de que le llame Juan Carlos, sostener que el pretendido «bunker» es «un elefante de papel».

La descomposición del franquismo se traduce por una crisis política y social sin precedentes, que puede resultar tan profunda y tan grave como la de 1930 y abrir el camino a un nuevo proceso revolucionario. La fragilidad de la monarquía juancarlista es visible. Según Gil Robles, «el Rey está *maniatado y bien maniatado* por unas disposiciones institucionales concebidas para asegurar la supervivencia de lo que ya no tiene razón de ser». Y, por lo visto, esto explica que Don Juan no «se fie», se niegue a abdicar en favor de su hijo y se mantenga como elemento de presión o como solución de recambio.

La verdad es que estamos ante una real diversificación del poder. El Rey y la camarilla que se está formando en el Palacio de la Zarzuela (al parecer con elementos prominentes del Opus Dei) constituye un polo de poder. Pero existen otros polos de poder en el Gobierno, en el Consejo del Reino y, sobre todo, en el Consejo Superior del Ejército, donde se ha arbitrado y se ha decidido en varias ocasiones (proyecto de manifestación de los ex-combatientes, celebración del «Día de la victoria», alcance de las «reformas», etc).

Ante esta situación, que según algunos ha hecho «perder cuatro meses» a los partidarios de las «reformas», se está haciendo una gran campaña para consolidar el poder del Rey y neutralizar los otros polos de poder. De ahí los viajes de Juan Carlos a Cataluña, Andalucía y Asturias y, sobre todo, el viaje a los Estados Unidos. Se intenta presentar al «Rey maniatado» como el «motor de la reforma» y se busca un apoyo popular, adhesiones en el campo de la oposición y un sostén internacional de las grandes potencias capitalistas. Por lo demás, no faltan los que piden que el Rey descienda de su frágil pedestal y se «ponga a gobernar», lo cual puede entrañar graves peligros para el porvenir de la monarquía. El hecho evidente es que, al menos por ahora, Juan Carlos ni reina ni gobierna. Aparece como una figura decorativa, zarandeada por todas las corrientes contradictorias que se agitan en las cimas dirigentes. No podía ser de otra forma tratándose de un monarca criado en la incubadora de la dictadura e impuesto por Franco.

Como dijimos en otra ocasión en estas mismas columnas, el gobierno Arias-Solis-Fraga está en crisis desde el mismo día de su

formación. En él se concentran todas las contradicciones de la situación. El dilema Cánovas o Caetano, planteado por Fraga antes las Cortes franquistas, no ha sido resuelto. En el fondo, se viene operando hasta el presente al estilo de Gaetano con los ojos fijos en la imagen desvalorizada de Cánovas. Ramón Tamames, Felipe Gonzalez y otros han dicho que estamos bajo un régimen de «despotismo ilustrado». ¡Qué ofensa para los ilustrados auténticos del siglo XVIII! Aranda, Jovellanos y Campomanes han debido revolverse en sus tumbas. La manía de husmear en un pasado tan lejano prueba de nuevo que se tiene mucho miedo al presente. Es cierto que vivimos bajo un sistema de despotismo. Pero las «luces» que iluminaron a España en otros tiempos no se ven por ninguna parte. La ilustración ha sido reemplazada por la picaresca. Porque nuestro actual despotismo es eso: un despotismo picaresco. Fraga, Areilza, Garrigues, educados en el serrallo franquista, son incapaces de aprender nada en la tradición liberal española y lo único que aprendieron en el extranjero, cuando fueron embajadores de Franco, es lo peor de la democracia burguesa decadente, es decir, el arte de la manipulación, el arte de mantener el poder del gran capital falsificando o restringiendo las libertades democráticas y la soberanía popular y neutralizando al movimiento obrero. Por eso, sus «reformas» son un amasijo de concesiones formales saturado de restricciones reaccionarias y de habilidades picarescas.

Las dificultades del «Rey maniatado» y del gobierno en crisis permanente, al igual que los espectáculos risibles que se ofrecen en las Cortes y en el Consejo del Reino (eso sin hablar de la resurrección del Consejo de Regencia, verdadero anacronismo medieval, durante el viaje de Juan Carlos a los Estados Unidos) no pueden prolongarse indefinidamente. El país está en movimiento y la impaciencia de la clase trabajadora, de la juventud revolucionaria y de las masas laboriosas en general se manifiesta constantemente bajo las formas más diversas. Las clases y castas dirigentes se imaginaban, como Napoleón cuando invadió nuestro país en 1808, que España era algo así como un cuerpo inerte. Su larga dominación les había engañado y ahora se encuentran con la tremenda sorpresa de que, si bien el régimen franquista había agotado casi todas sus posibilidades, la «sociedad española» — como dijo Marx hablando de la España de entonces — estaba llena de vida y repleta, en todas sus partes, de fuerza de resistencia».

UNA GRAN MISTIFICACION: LAS «REFORMAS»

Al fin, en medio de grandes dudas y de flagrantes contradicciones, el gobierno Arias-Fraga-Solis ha puesto en marcha su

« reforma ». La operación se inició muy mal, con el discurso de Arias Navarro en las Cortes el 28 de Abril. Durante su peroración típicamente franquista, el jefe del gobierno en crisis resumió el compromiso penosamente elaborado entre los diferentes polos y elementos de poder en estos términos: proyectos de ley sobre reforma política y nueva ley electoral antes del 15 de Julio, referéndum sobre la reforma parlamentaria y modificación de las Leyes Fundamentales en Octubre, elecciones generales a comienzos de 1977 y, al propio tiempo, para « evitar interferencias », elecciones municipales y provinciales.

Nadie sabe si los « plazos de la reforma » serán respetados. En todo caso, el gobierno ha tenido que recurrir a un procedimiento de urgencia para que las Cortes franquistas aprobaran las primeras disposiciones: la ley reguladora del derecho de reunión y la ley relativa al « derecho de asociación política ». Los resultados han sido bastantes ambiguos en dos dominios. Por lo pronto, las Cortes, que simulaban una cierta docilidad ante el primer proyecto, comenzaron a rebelarse cuando se produjo la discusión del segundo y terminaron por imponer al gobierno la retirada del proyecto de reforma de los artículos más represivos del Código Penal, limitando así severamente el alcance práctico de la « libertad de asociación ». En consecuencia, la « mini-amnistía » que había sugerido el ministro de Justicia, señor Garrigues, fue postergada. Este fracaso de los « reformadores » no tardará en tener consecuencias políticas en varios terrenos. En fin, los proyectos de ley aprobados no corresponden en absoluto a lo que habían proclamado los Areilza y los Fraga en sus declaraciones a la prensa extranjera y en sus confidencias a algunos dirigentes de la oposición, ni a los discursos « democráticos » de Juan Carlos en los Estados Unidos.

Ni las leyes aprobadas ni las bloqueadas en las propias Cortes y en el Consejo del Reino suponen una ruptura efectiva con el pasado. Son claramente restrictivas y confieren al poder dominante posibilidades de manipulación y de chantaje incompatibles con las reglas clásicas de la democracia burguesa. A juzgar por ellas y por lo que se ha anticipado en lo que hace referencia al proyecto de ley electoral y a la reforma de las Leyes fundamentales (Ley de Sucesión y nuevas Cortes) nos encontraríamos ante lo que el propio Gil Robles ha llamado una « democracia gubernativa » o lo que la « Gaceta Ilustrada » ha considerado irónicamente como « el más logrado hallazgo de la historia constitucional contemporánea ».

En efecto, el proyecto de ley electoral sería una pequeña maravilla digna de los tiempos de Romero Robledo. Fraga está tra-

bajando con ahinco en la creación de un andamiaje servil de gobernadores civiles, cosa a la que consagra muchos más esfuerzos que a la organización de su propio partido político. A lo que parece, Fraga ha calculado ya que los futuros diputados podrían distribuirse en tres grupos: 100 franquistas ortodoxos, 100 «reformadores» y 100 reservados a los grupos de oposición autorizados a participar en la vida política. En lo que se refiere a la nueva versión del Consejo del Reino, el futuro Senado, que dispondría de poderes muy superiores a los del Congreso de Diputados, tendría una estructura corporativa: los senadores serían elegidos por las corporaciones locales y las «entidades sindicales» y subsistirían los 40 inamovibles designados por Franco, más 25 designados por el Rey. Por último, reina el más espeso misterio en lo relativo a la ley sindical. Martín Villa ha declarado recientemente de habrá «sindicatos obreros libres», pero ha insistido mucho sobre la necesidad del «pacto social», lo cual no garantiza el desmantelamiento de la burocracia «sindical» falangista y anuncia una estrategia de integración del movimiento obrero en el sistema «renovado».

Estamos en presencia, por tanto, de un cóctel corporativo-seudodemocrático cuya coronación sería el referéndum de Octubre convocado y preparado al estilo franquista tradicional, y cuyo objetivo esencial es legalizar una monarquía reaccionaria que duda de su propia legitimidad, que dispone de una base social reducida y que hasta el presente sólo ha conseguido una cierta popularidad en los círculos políticos y financieros de los Estados Unidos y en las cancillerías de las grandes potencias capitalistas europeas.

DE LA «RUPTURA DEMOCRÁTICA» AL PACTO CON LA MONARQUÍA

Para imponer este singular conjunto de reformas, que tendrían que llevarnos a la «democracia a la española», nueva variante de la «democracia orgánica», el Rey y el gobierno necesitan algo más que el voto de las Cortes franquistas, el consentimiento del Consejo del Reino y del Consejo Superior del Ejército y un resultado favorable en el referéndum (Fraga «prepara» una mayoría del orden del 70 por ciento). Necesitan el concurso de una parte de la oposición. Por eso, Areilza ha lanzado la idea del «Pacto nacional» y Fraga ha hablado de «compromisos históricos». Por eso, el Rey ha abierto públicamente las puertas del Palacio de la Zarzuela a Gil Robles, Álvarez de Miranda y

García López, en espera de abrirlas a ciertos dirigentes socialistas. Por eso se sigue practicando una política de tolerancia selectiva con diversos grupos y personalidades de la oposición.

Es cierto que Gil Robles, convertido en un personaje relevante de la oposición pese a sus años y a su pasado reaccionario, se ha pronunciado contra el referéndum previsto por el gobierno y reclama, en su lugar, un «referéndum de arbitraje» destinado a conferir a Juan Carlos una autoridad que hoy no posee y que difícilmente logrará si prevalecen los planes actuales del gobierno. Y es igualmente exacto que la Coordinación Democrática ha llegado a un acuerdo para proclamar que «todo planteamiento de referéndum como el anunciado es totalmente inaceptable», lo que, por otra parte, no excluye otros planteamientos, a lo mejor parecidos al que sugiere Gil Robles. Mas estas actitudes no parecen haber impresionado demasiado a los muñidores de las «reformas». Razón por la cual persisten en sus llamamientos a la oposición y multiplican las entrevistas y las cenas con algunos de sus dirigentes, que por cierto, se pliegan al juego con una docilidad que escandaliza a todos los adversarios de la dictadura, sin excluir a la mayor parte de los militantes y simpatizantes que han depositado sus esperanzas en la Coordinación Democrática.

La ofensiva de los Fraga y los Areilza en ese sentido va acompañada de una acción del mismo orden por parte de Arias Navarro, aunque, naturalmente, en dirección de los grupos franquistas ortodoxos, con los que también se organizan entrevistas y banquetes. Todo esto ha contribuido a agravar la crisis en que se debate desde el principio la Coordinación Democrática. No es que ésta se encuentre en una fase de «parálisis operativa», como ha sostenido una revista madrileña. Lo que ocurre es mucho peor.

La Coordinación Democrática no ha llegado a cristalizar realmente y no hay que excluir la dispersión de las fuerzas que la integran. En aras del famoso «Pacto para la libertad», la dirección del Partido Comunista disolvió apresuradamente su Junta Democrática (que había perdido una buena parte de su utilidad) e hizo toda suerte de «aperturas» en todas las direcciones. Carrillo recordó que los comunistas se habían convertido en fervorosos partidarios del Mercado Común y, por si esto no bastara, dijo que aceptaban las bases norteamericanas y se inclinaban ante las condiciones puestas por la Federación Popular Democrática (Gil Robles) y la Izquierda Democrática (Ruiz Jimenez) para la fusión de la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática. Estas condiciones eran cinco: incorporación federativa de otras organizaciones democráticas

de los pueblos y regiones del Estado español; aceptación de todos los partidos socialdemócratas, democristianos y liberales; renuncia explícita a la utilización de métodos violentos para obtener la «ruptura democrática»; adopción de todos los acuerdos por unanimidad para las resoluciones que afecten a los objetivos y acciones externas (es decir, manifestaciones, huelgas, etc); duración del organismo hasta la celebración de elecciones libres.

Tales condiciones reducen rigidamente la «capacidad operativa» del nuevo organismo. Gil Robles y sus amigos, sin haberse incorporado efectivamente a Coordinación Democrática, se han salido con la suya. Durante bastante tiempo sostuvieron que no se aliarían nunca con el P.C. Lo han hecho finalmente en un marco bastante impreciso, imponiendo sus condiciones y conservando una libertad de maniobra casi total. Los militantes comunistas no ocultan su descontento y dan pruebas de una gran impaciencia, pero el aparato de Carrillo puede oponerles que se ha dado un nuevo paso hacia el «pacto para la libertad» y que ahora el P.C. tendrá mayores posibilidades de obtener su legalización. Ahora bien, el precio que se ha pagado por ello es exorbitante.

En fin de cuentas, se ha pasado con suma rapidez de la «ruptura democrática» a la «ruptura negociada», lo cual presupone un retroceso considerable. Gil Robles, Ruiz Jiménez, Jordi Pujol y otros habían declarado en diferentes circunstancias que la palabra «ruptura» no les gustaba. Tenía para ellos un acento excesivamente radical. Pues ya no tienen motivos de queja. Ahora se habla solamente de «ruptura pactada». Felipe Gonzalez se ha alineado inmediatamente declarando que considera imposible una «ruptura democrática unilateral» y en uno de los últimos comunicados de Coordinación Democrática se habla de «pactar la alternativa democrática con aquellos sectores e instituciones de poder que acepten el restablecimiento de las libertades democráticas como premisa para ir a unas Cortes Constituyentes». Ahora bien, los sectores e instituciones de poder a los que alude el comunicado de C.D. son justamente los que están preparando el proyecto de referéndum para remozar las Leyes Fundamentales franquistas y legalizar la «monarquía impuesta», (expresión que va desapareciendo de la prensa comunista y socialista), y para establecer lo que el propio Gil Robles llama la «democracia gubernativa», es decir, para eludir el restablecimiento incondicional de las libertades democráticas y la apertura del proceso constituyente.

Pero hay más todavía: las visitas al Rey — las realizadas y las que se anuncian para pronto — suponen un reconocimiento tá-

cito de la «monarquía impuesta», lo que implica un nuevo retroceso que adquiere características de capitulación política. No valía la pena hablar tanto de «vocación republicana», aunque fuera condicionándola a «la libre elección por el pueblo del sistema de gobierno», para acabar, según la fórmula consagrada, «a los reales pies de Su Majestad». ¿Dónde queda la ruptura. «pactada» o no? ¿Dónde queda la «alternativa democrática»? ¿Es que se ha aceptado ya el «compromiso histórico» que solicita Fraga, ese nuevo Jano que, como el dios de la antigüedad juega a la perfección con sus dos rostros, el que sonríe a ciertos dirigentes de la oposición y el que frunce el ceño cuando envía a la policía contra los trabajadores y los manifestantes, como en Vitoria o en Aranjuez? Y en ese caso, ¿como hacer compatible semejante política con la oposición declarada al referéndum de Octubre?

Realmente, la Coordinación Democrática, y en particular el Partido Comunista y el Partido Socialista, se embarcan en una política que está creando la mayor confusión y que puede tener las más graves consecuencias para la clase trabajadora y para los pueblos de España. Según «Informaciones», un dirigente comunista, A. López Salinas, declaró días atrás que «Convergencia Democrática va a ser esencialmente el organismo de negociación, no el de movilización de masas», añadiendo seguidamente; «Si el gobierno quiere de verdad la democracia, sin un excesivo coste social, tendrá que pactar la ruptura». Son declaraciones que no tienen desperdicio. En primer lugar, ahora resulta que se trata de negociar con el gobierno Arias, y no con los «reformistas». En segundo lugar, Coordinación Democrática aparece para los comunistas como un mero elemento de negociación. ¿Quién va a promover las movilizaciones de masas, que constituyeron hace unos meses o unas semanas, junto con los movimientos huelguísticos, uno de los elementos determinantes de la marcha hacia la ruptura bien entendida y ahora poco menos que olvidada, hacia la reconquista de las libertades democráticas? No creemos que se reserve ese papel a las organizaciones obreras, sindicales y políticas, que han quedado también «maniatadas y bien maniatadas» por las nuevas reglas impuestas en Coordinación Democrática. Entonces, ¿a quien incumbirá semejante tarea?

LA TRANSICION, LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA Y LA PERSPECTIVA SOCIALISTA

La conclusión no puede ser más sencilla: Coordinación Democrática, víctima de sus formidables contradicciones, va a limi-

tarse a ser un organismo de negociación con el gobierno. Nos imaginamos, pues, la decepción de todos cuantos esperaban que fuera un instrumento de lucha y una alternativa política de ruptura. Pero, la verdad, tan extraordinaria transformación no nos sorprende en demasía. Era, en cierto modo, previsible. Como era previsible también que la marcha desesperada hacia el « pacto para la libertad », sacrificando todo lo sacrificable y hasta lo que no se puede sacrificar, iba a conducir a abandonar los mitos de la « huelga nacional », de la « acción cívica nacional » que habían constituido durante varios años la armadura teórico-práctica del Partido Comunista y que han sido arrinconados en el desván de los trastos viejos. Una vez más, el empirismo oportunista, una de las constantes del stalinismo, triunfa con el mayor desenfadado.

Puesto que los dirigentes del Partido Comunista saben pertinentemente que la renuncia a la movilización de masas corre el riesgo de dejarles completamente desarmados y de hacer todavía más difícil la « negociación », queda la hipótesis de que vislumbren otra táctica, que podría inspirarse en la que ha dado ciertos resultados en Cataluña: reservar la figuración y la negociación para la Coordinación (al ejemplo del « Consell de Forces Politiques ») y la movilización para un organismo parecido a la Asamblea de Cataluña, donde se tolera incluso la presencia de los « izquierdistas serios », que, según tenemos entendido, tienen también su utilidad.

Sea como fuere, lo que nos importa ahora es destacar que todos estos juegos se desarrollan en círculos cerrados, escapando a cualquier modalidad de control democrático, porque las organizaciones y grupos, inclusive los que se benefician de mayores tolerancias, no pueden funcionar en condiciones normales al no haber sido restablecidas todavía las libertades democráticas. Cabe suponer que cuando se acelere el movimiento de reconstrucción de las organizaciones obreras se esfumarán no pocas ficciones y los militantes podrán pesar con mayor fuerza en las orientaciones y en las manipulaciones de los estados mayores. En ese momento, será mucho más difícil que se produzcan con tanta rapidez y tanta impunidad metamorfosis como las que ha sufrido últimamente Coordinación Democrática. Y decimos esto, entre otras razones, porque nosotros no pensamos que haya que levantar una barrera artificial entre los « reformistas » y los « revolucionarios », porque estamos por el frente único de clase y porque sabemos que tanto en el Partido Comunista como en el Partido Socialista, sin hablar de otras organizaciones intermedias, hay (o habrá) millares de trabajadores y de jóvenes obreros y universitarios que luchan por objetivos próximos o similares a los nuestros.

Por lo demás, sería completamente absurdo y deshonesto limitar nuestra crítica a Coordinación Democrática y a los partidos socialista y comunista. En la situación actual, todos tenemos responsabilidades y, por lo tanto, también los marxistas revolucionarios y todos los que militan en organizaciones o grupos de la izquierda revolucionaria. Nos hallamos sumidos en un vasto proceso de reconstrucción del movimiento obrero y no estamos en condiciones de saber lo que representa y lo que representará mañana la izquierda revolucionaria. Pero se puede anticipar ya que ésta última, que es en la actualidad una corriente europea y mundial, pesará mucho más que en Portugal, en Francia o en Italia. La poderosa tradición revolucionaria de la CNT-FAI y del POUM y la intervención de estas organizaciones y de los nuevos grupos que han surgido en los últimos 15 años — muchas veces inspirándose en dicha tradición — en la lucha contra la dictadura franquista y por el socialismo constituyen garantías para una firme presencia en el futuro inmediato.

Globalmente, los marxistas y la izquierda revolucionaria cuentan y significan mucho más que ciertas organizaciones prácticamente grupusculares y que se pretenden «grandes» porque han sabido organizar muy bien su publicidad y gozan de tolerancias y beneficios a los que no pueden aspirar aquéllos. Mas desgraciadamente no han sido capaces hasta ahora de capitalizar sus fuerzas y sus esfuerzos. Las divisiones, la dispersión, los conflictos de generaciones, el espíritu de grupo — criticado, pero mantenido — y la incomprensión de determinados problemas políticos fundamentales los han colocado en una situación relativamente marginal, de la que se impone salir a todo precio. Si el reagrupamiento de los marxistas revolucionarios que el POUM propugnó e inició hace más de dos años se hubiera llevado hasta sus últimas consecuencias con perseverancia y con audacia contaríamos en estos momentos con un polo de atracción eficiente; y éste, reforzado con una parte de las nuevas promociones obreras y de la joven generación, podría desempeñar un papel político de la mayor importancia, evitando que miles de trabajadores y de jóvenes intelectuales tengan quizás que repetir las experiencias fallidas del stalinismo y de la socialdemocracia, principales responsables de la derrota en la guerra civil y del aplastamiento de la Revolución social española de 1936.

El renacimiento del movimiento obrero y la práctica concreta han despejado ya muchas incógnitas aparentes. Las viejas discusiones sobre el valor de la lucha por las libertades democráticas, la importancia de la cuestión de las nacionalidades y la significación del sindicalismo en nuestro tiempo han sido superadas en muy pocos meses. La vida ha probado el valor permanente de

las posiciones del marxismo revolucionario a este respecto. Ya no es posible volver la espalda a una realidad que ciega hasta a los ultraizquierdistas más recalcitrantes. De la misma manera, está claro que tampoco es posible inhibirse ante los problemas precisos que plantea el dismantelamiento de la dictadura, dejando en manos de determinadas fracciones de la burguesía y de la pequeña burguesía o de las organizaciones reformistas la apertura del nuevo período político.

La gran cuestión hoy reside en saber si la burguesía logrará saltar de la dictadura franquista a una monarquía de carácter bonapartista (Estado fuerte, libertades limitadas) o a un régimen democrático-burgués de tipo occidental; o si la clase trabajadora y las otras capas oprimidas de la población serán capaces de contrarrestar las maniobras en curso liquidando radicalmente las estructuras franquistas y abriendo así la marcha hacia el socialismo. Para que el segundo término de la alternativa resulte posible, el proletariado tiene que ser el elemento dirigente de la movilización general y los que se reclamen del socialismo y en primer lugar los marxistas revolucionarios, tienen que combinar la lucha contra la dictadura y por las libertades democráticas con la defensa de las reivindicaciones de los trabajadores y de todos los sectores explotados y la formulación de consignas transitorias anticapitalistas orientadas a abrir brechas profundas en el sistema de poder y de propiedad.

La transición de que tanto se habla en la actualidad es para nosotros la transición hacia el socialismo y no la «homologación» con la Europa de los monopolios capitalistas. Para los trabajadores y para los revolucionarios españoles ponerse al «ritmo europeo», como dicen tantas gentes, es ponerse al ritmo del movimiento que en Portugal, en Italia, en Francia, en Grecia, tiende a superar las estructuras capitalistas en crisis y sentar las bases del socialismo en una vasta zona de nuestro continente. No hay aquí el menor asomo de utopía, sino una apreciación correcta de la perspectiva socialista en Europa.

El movimiento obrero de España no está — es la evidencia misma — en condiciones de afrontar todavía el problema del poder. Es la hora de la reconstrucción y de la acumulación de fuerzas, de la conquista de toda una serie de posiciones previas, indispensables para marchar hacia adelante. Pero eso no quiere decir que tenga que convertirse en la rueda de socorro de tal o cual fracción de la burguesía, y, mucho menos aún, en un escuadrón de alabarderos de la monarquía juancarlista.

La reconstrucción y la acumulación de fuerzas exige una política de unidad obrera tanto en el terreno sindical como en el

dominio político. Esa unidad tiene que partir del movimiento profundo de las Asambleas y de las Comisiones, de los organismos unitarios de base creados en los barrios, en las organizaciones profesionales, en los centros de enseñanza y en el campo. Ahí están las verdaderas fuerzas vivas del país. Y esas fuerzas son las únicas realmente interesadas en la ruptura con el pasado y en la transformación de la sociedad.

Para ser la expresión auténtica de tales fuerzas y de su afán de transformación, las organizaciones obreras deberían asociarse en un bloque o frente que se fijara objetivos perfectamente claros, rechazando toda idea de « pacto nacional » con la monarquía o de « pacto social » con la burguesía. Esos objetivos podrían ser :

1. — *Liquidación de la dictadura y restablecimiento de las libertades democráticas* : disolución de las Cortes, del Consejo del Reino, del Consejo Nacional, del Movimiento y de la CNS ; desmantelamiento del aparato represivo y de la legislación franquistas ; amnistía inmediata y liberación de todos los presos políticos y de los oficiales de la Unión Democrática Militar ; libertad completa de reunión, asociación, manifestación y derecho de huelga, libertad sindical, legalización de las Asambleas y de las Comisiones obreras, libre negociación de los convenios colectivos.

2. — *Oposición a las « reformas » destinadas a consolidar la monarquía impuesta por la violencia institucionalizada* : anulación de las Leyes Fundamentales de la dictadura, supresión del proyecto de referéndum para legalizar a Juan Carlos, libre elección de una Asamblea Constituyente a partir de una ley electoral que comprenda un sistema proporcional y la mayoría de edad a los 18 años, reconocimiento del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades y elecciones libres en cada una de ellas.

3. — *Medidas para iniciar la transformación de la sociedad* : nacionalización de la Banca y de la gran industria, reforma agraria sobre la base de la expropiación de los latifundios, planificación de la economía bajo el control de las organizaciones obreras, control obrero de la producción ; separación de la Iglesia y el Estado, anulación del Concordato, libertad de conciencia ; enseñanza única, laica y gratuita ; depuración del Ejército, libertad de asociación para los oficiales y los soldados ; medidas para asegurar la igualdad entre los sexos, la emancipación de la mujer y la satisfacción de las aspiraciones de la juventud : anulación del acuerdo con los Estados Unidos y evacuación de las bases militares norteamericanas.

La lucha por estos objetivos podría poner fin a la confusión imperante en estos momentos y movilizar a amplios sectores de la población en todo el país. Por lo demás, es la única vía que puede conducir al desmantelamiento de la dictadura, y evitar la consolidación de una monarquía reaccionaria sostenida por el capitalismo internacional, condiciones indispensables para abrir la ruta de la República Socialista, de una España libre, independiente y socialista y colocar a nuestro país al nivel de la ofensiva por el socialismo en Europa occidental.

10 de Junio de 1976

Wilebaldo SOLANO

LOS REAGRUPAMIENTOS Y EL POUM

A fines de Mayo pasado, el «Reagrupement Socialista i Democràtic de Catalunya», organización que se reclama de la socialdemocracia europea, se transformó de la noche a la mañana en «Partit Socialista de Catalunya». El hecho provocó una viva sorpresa y dió lugar a polémicas apasionadas que no se han apaciguado todavía. El motivo profundo de estas polémicas reside en que, por su parte, «Convergencia Socialista de Catalunya» había iniciado un proceso que tenía que conducir, tras una fase de reagrupamiento de fuerzas y de discusión política, a la creación del «Partit Socialista de Catalunya».

En el próximo número de la revista pensamos examinar el problema de los reagrupamientos que se están intentando en Cataluña y en otros lugares de la península, tanto por los socialistas como por los marxistas revolucionarios. Por el momento, nos interesa aclarar una cosa bien precisa. Se ha dicho en distintas publicaciones que el POUM proyectaba integrarse en el «Partit Socialista de Catalunya» que querían formar los militantes de «Convergencia». Pues bien, esto no corresponde en absoluto a la verdad. En la Conferencia que el POUM celebró en España el 4 de Abril de 1976 se rechazó por una mayoría abrumadora la idea de toda posible integración en el futuro «Partit Socialista de Catalunya». El POUM es un partido marxista revolucionario y permanece fiel a los objetivos históricos que se fijó en el momento de su fundación, y por los que ha luchado a lo largo de su existencia. Esos objetivos excluyen la limitación de su actividad a Cataluña o a cualquier otra nacionalidad de la península y, sobre todo, cualquier fusión con fuerzas que no se situen claramente en el terreno del marxismo revolucionario.

LAS HUELGAS DE ENERO-MARZO

Por Julio GIL

Nunca fue tan glorificado «el pueblo» como en los últimos tiempos. Preparamos las reformas para que «el pueblo» pueda decidir libremente, explican los ex-franquistas convertidos al «reformismo», los Fraga, Garrigues y Areilza. Estamos con «el pueblo», declaran los obispos. Servir «al pueblo» es nuestra divisa, proclaman los jefes del Ejército. Todo para «el pueblo», dicen los banqueros y los industriales. La oposición por su parte, no solamente glorifica al pueblo, sino que pretende ser la única que le representa. El porvenir del pueblo parece ser, a primera vista, la preocupación esencial de todos los partidos, asociaciones, reagrupamientos, clubs, convergencias, coordinaciones y confederaciones, los cuales, día tras día, multiplican las declaraciones, los comunicados, las ruedas de prensa, las entrevistas, las hipótesis, las predicciones...

La efervescencia política creada a este nivel — y ampliamente difundida por todos los medios de información — provoca una cierta confusión. Sin embargo, se impone en seguida una primera constatación: para los dirigentes y para los aparatos políticos que ocupan el primer plano en el escenario, todo parece resumirse en este momento en la forma de asegurar la libre expresión de la «voluntad popular». Toda una gama de soluciones, desde las reformas otorgadas de Fraga hasta la ruptura negociada de Carrillo, es ofrecida para resolver «el problema» y «desbloquear la situación».

Digámoslo claramente: el lenguaje cotidiano de nuestras principales «vedettes» políticas no hace sino expresar, a un nivel periodístico, el único y verdadero problema que, al menos a corto plazo, les obsesiona: ¿cómo asegurar el paso de la dictadura a una democracia parlamentaria más o menos europea sin poner en peligro las estructuras sociales capitalistas del Estado español? La actual inflación de homenajes al pueblo, a su santidad y a su voluntad de expresarse pacíficamente, con orden y disciplina, adquiere aquí todo su sentido. En efecto, en la óptica de los estrategas políticos, se trata de persuadir al pueblo de que sólo existe como masa electoral, masa de futuros ciuda-

danos con los mismos derechos y deberes, desde el presidente del Banco de Bilbao hasta el peón de la construcción. Por esto, la noción de « pueblo » es tan útil: un « pueblo », que, con todas las clases confundidas, se contentaría con votar cada cuatro o cinco años, y aceptaría, satisfecho o no, pero resignado, permanecer pasivo el resto del tiempo. He ahí el ideal « oeste alemán » que fascina a numerosos políticos de España; tanto de derecha como de izquierda.

En la práctica, evidentemente, las cosas son muy diferentes. En primer lugar porque en espera de que se encuentre « la solución » y de que se camine pacíficamente — milagrosamente, a decir verdad — hacia el paraíso más o menos democrático que se nos promete, la brutalidad de las intervenciones policiacas contra los huelguistas y los manifestantes, la intransigencia patronal, las detenciones de obreros y de militantes, las torturas en las comisarias y en los cuartelillos constituyen una realidad cotidiana mucho más significativa que todos los discursos. Y luego, simplemente, porque si « el pueblo » es ante todo la masa de los trabajadores, hay que reconocer que no ha esperado a que le consagren elector para manifestarse y pesar con toda su fuerza en la marcha de los acontecimientos. Lo que significa, por lo demás, que si mañana se celebran elecciones en España y si las libertades democráticas se restauran por fin, estos resultados serán ante todo el fruto de las acciones perfectamente ilegales y resueltamente violentas que la clase trabajadora ha sabido emprender y desarrollar en el curso de todos estos años de dictadura. Por fortuna, el pueblo, es decir, los trabajadores, no es esta suma de individuos, esta masa indiferenciada de futuros electores que todo el mundo se dispone a solicitar y manipular.

Los trabajadores acaban de desarrollar, estos últimos meses, siempre de un modo ilegal y con frecuencia no pacífico, un gran combate que ha puesto de relieve el contenido real del nuevo periodo en que ha entrado nuestro país. La gran ola de huelgas desencadenada de Enero a Marzo (y con importantes prolongaciones en Abril y Mayo) ha mostrado, en efecto, ante todo y sobre todo, los límites de las concesiones que la burguesía puede hacer y la capacidad de organización, la combatividad y la politización creciente de una clase obrera que tiende ahora a intervenir de un modo unitario y coherente.

LA ACTITUD DE LOS PATRONOS Y DEL GOBIERNO

Sostenidos por el gobierno y el aparato represivo, los patronos han mantenido — y continúan manteniendo — posiciones

muy duras. Ante las huelgas, su respuesta se ajustó, en la mayor parte de los casos, a las siguientes normas : suspensiones de empleo y sueldo, despidos, cierre de las empresas, recurso a la policía para expulsar a los huelguistas de las fábricas, negativa a discutir con los representantes obreros elegidos al margen de la CNS.

Por su parte, el gobierno y la burocracia sindical recurrieron a todos los medios para dislocar los movimientos : prohibición de celebrar asambleas « no autorizadas » en los locales sindicales, llamamientos a la vuelta al trabajo a base de simples promesas, expulsión de los huelguistas reunidos en las iglesias, intervenciones brutales de la policía contra los trabajadores (5 muertos en Vitoria, 1 en Elda, 1 en Basauri, 1 en Tarragona, centenares de heridos), detenciones, palizas y torturas... En los servicios públicos, el gobierno no vaciló en emplear desde el principio los métodos más duros : utilización del Ejército para tratar de poner en marcha el Metro de Madrid ; luego, tras la vuelta al trabajo de los obreros y ante la amenaza de una nueva huelga, la militarización de los trabajadores a partir del 19 de Enero ; militarización también de los empleados de Correos de Madrid, así como de los ferroviarios, que amenazaban con una huelga general en la RENFE, e incluso, los obreros de la empresa CASA.

Sin embargo, el gobierno, la patronal y el aparato de represión no lograron impedir que el movimiento se extendiera, que se elevara el nivel de conciencia y de organización, que se llegara a situaciones de huelga general y, en Vitoria, de huelga de masas de carácter insurreccional. En muchos casos, los patronos tuvieron que inclinarse ante ciertas reivindicaciones — como en el Metal o en la Construcción —, anular las sanciones y readmitir a los despedidos. Durante algunas semanas, el propio gobierno se encontró en una posición defensiva y fue incapaz de controlar la situación.

El sindicato vertical, por su parte, hizo quiebra completamente, no tanto como representante de los trabajadores — ya que nadie se atrevería a atribuirle semejante papel — sino como organismo capaz de « amortiguar » las tensiones, de jugar seriamente la carta de la negociación. Las cínicas maniobras de la burocracia vertical fueron desenmascaradas por los trabajadores, y los funcionarios sindicales públicamente desautorizados. Incluso allí donde los enlaces y jurados — elegidos en las candidaturas democráticas el verano pasado — gozaban de la confianza de los trabajadores, la CNS no pudo funcionar como tal ; los enlaces y jurados en cuestión tuvieron que declarar públicamente que se situaban fuera del marco verticalista.

REIVINDICACIONES Y FORMAS DE LUCHA

Fue en Madrid y en su cinturón industrial donde, desde el comienzo, es decir, en el mes de Diciembre, fueron enarboladas las principales reivindicaciones, las que se plantearon luego a lo largo del movimiento: aumentos de salarios lineales, IRTP a cargo de la empresa, reducción de la semana de trabajo, reintegración de los despedidos, liberación de los detenidos, amnistía para los presos políticos y sociales, derechos democráticos, sindicato de clase.

A partir de la huelga del Metro madrileño, las mismas reivindicaciones surgieron — con variantes correspondientes a las situaciones locales y profesionales — en toda España: de Barcelona a Mieres, del Ferrol a Sevilla, de Bilbao a Valencia pasando por Valladolid, metalúrgicos, mineros, ferroviarios, obreros de la construcción, empleados de Banca, trabajadores de todas las industrias y de todos los oficios lucharon por las mismas plataformas, mientras que los obreros del campo, a su vez, se ponían en movimiento en Andalucía por sus propios objetivos (Marco de Jerez, vega del Guadalquivir, pueblos de fuerte tradición combativa como Lora del Río, Dos Hermanas, Lebrija, etc).

Cierto, la mayor parte de las reivindicaciones formuladas no eran ni son precisamente nuevas; figuraron ya en las plataformas en el curso de los últimos años. Pero es evidente que las referentes a la amnistía, al sindicato de clase y a las libertades, así como las relativas al reconocimiento inmediato de los representantes democráticamente elegidos por las asambleas se generalizaron en el trimestre Enero-Marzo. La propia dinámica de las huelgas, la intransigencia patronal, el enfrentamiento con el aparato policiaco, llevaron al movimiento a niveles superiores — huelgas por la liberación de los obreros detenidos, de solidaridad con los trabajadores despedidos o sancionados o de solidaridad con las otras fábricas en paro — y lo situaron en varios momentos en un terreno directamente político: huelgas generales de protesta de Sabadell, Elda, Vitoria, Pamplona, Euzkadi.

La movilización de cerca de dos millones de trabajadores — la más importante y radical desde la imposición de la dictadura franquista — se caracterizó por la forma particularmente activa de los movimientos, por la presencia continua de los huelguistas en los lugares de trabajo y en la calle, pese a las intervenciones policiacas, a las que, por lo demás, las autoridades tuvieron que renunciar en ciertas ocasiones, principalmente en los barrios

obreros, en los momentos más álgidos de las luchas. Esta voluntad de permanecer unidos y juntos, de ir hacia adelante sin vacilaciones, fue lo suficientemente potente para desbordar ampliamente las consignas pacifistas del P.C., del aparato dirigente de Comisiones Obreras y de otros partidarios de los cauces legales y para obligarles a alinearse tras las iniciativas que partieron de la base, al menos en dos puntos: ocupación de las fábricas en huelga (desaconsejada reiteradamente por la dirección del P.C.) y autodefensa de las manifestaciones. La ocupación de las calles tomó en algunos casos proporciones increíbles: las asambleas y las manifestaciones reagruparon en todas partes — de Madrid a Vitoria, de Basauri a Sevilla, de Sabadell a Pamplona — a decenas de millares de trabajadores. Y a la violencia policiaca respondió con suma frecuencia, como en Vitoria o en Barcelona (manifestaciones de los obreros de la Construcción) la actitud resuelta de los trabajadores.

Hay que subrayar también la incorporación a la lucha de categorías no específicamente proletarias: sin hablar de los maestros, profesores y funcionarios, las huelgas y las manifestaciones de los bomberos y de los guardias municipales de Barcelona, altamente significativas de la profundidad de la crisis social y política, sembraron el desconcierto en los medios de la burguesía y del gobierno.

La solidaridad fue realmente admirable. Solidaridad primero en el seno de la clase: no dividirse, iniciar los movimientos juntos y terminarlos unidos; por la demás, las decisiones fueron en general adoptadas democráticamente y respetadas por la gran mayoría; pocos esquirolas a pesar de las intensas presiones patronales y de las privaciones materiales que soportaban los huelguistas. Solidaridad también en la negativa a reanudar el trabajo mientras no fueran anulados las sanciones y los despidos. Solidaridad entre las empresas: en Getafe, en el Bajo Llobregat, por ejemplo, ciertas fábricas fueron paralizadas repetidas veces por solidaridad con las que estaban ya en huelga. En fin, solidaridad que se expresó a través de las huelgas generales y de las grandes manifestaciones contra la represión.

Lo que conviene destacar también es la solidaridad manifestada a los huelguistas por otras capas de la población. La participación de la juventud universitaria en las manifestaciones fue con frecuencia muy importante, así como la ayuda material facilitada a los huelguistas por los pequeños campesinos, sobre todo en el País vasco, donde las huelgas generales entrañaron igualmente el cierre total de los bares y de las tiendas. La hostilidad tradicional al poder central — exacerbada en Euzkadi por los

sentimientos nacionalistas de la pequeña burguesía y de los campesinos — jugó incontestablemente un papel esencial para crear este ambiente de solidaridad con los huelguistas, pero estas capas no proletarias expresaron también, de este modo, su afán de que sus propios problemas, agravados actualmente por la crisis económica, fueran tomados en consideración. Esto no quiere decir, en manera alguna, que el carácter clasista del movimiento resultara atenuado en estas zonas. Al contrario, la clase obrera apareció como el motor de la oposición al régimen, como el polo alrededor del cual podían reagruparse todas las capas sociales oprimidas de diferentes maneras por el sistema imperante.

DE LAS ASAMBLEAS DE EMPRESA A LAS COORDINADORAS DE DELEGADOS

La fuerza del movimiento se fundó básicamente en las Asambleas de los trabajadores en las empresas. Millares y millares de asambleas fueron celebradas en todo el país. Fue en estos comicios donde se discutieron las reivindicaciones, las formas de lucha, las negociaciones en curso, y donde se adoptaron las principales decisiones.

En Getafe, la huelga fue prácticamente general durante varias semanas. Fidel Alonso, obrero metalúrgico de esta localidad de la provincia de Madrid, declaró poco después del movimiento : « Las Asambleas han jugado un papel decisivo de cara a la unidad y el fortalecimiento de la acción (...) La unidad siempre es posible en la asamblea, pues está claro que la asamblea tiene que ser el órgano decisivo de los trabajadores. Además, es la base sobre la que se tiene que apoyar nuestro sindicato unitario del futuro. En Getafe nos dimos cuenta que había que ir a las asambleas unitarias de zona y empezamos a ir al sindicato local, pues el triunfo en las elecciones nos lo permitía. Y la huelga general de Getafe es producto de la asamblea de zona. Pero cuando el vertical ve esto, cierra los locales (...); entonces, las asambleas se empiezan a dar en las plazas, y éstas eran diarias mientras duró la lucha, y cuando hay que organizar una manifestación, pues también se hace a partir de las asambleas ».

Por su parte, Adolfo Piñedo, secretario del jurado de Standard ITT, donde la huelga comenzó el 5 de Diciembre, precisó en Febrero : « En Standard hemos empezado a realizar asambleas a mediados de Octubre ; calculo que habré participado en cien asambleas. Para poner un ejemplo, durante quince días seguidos estuvimos haciendo asambleas para elaborar el anteproyecto de convenio, a las que acudían 8.000 trabajadores y en las que se produjeron no menos de dos mil intervenciones ».

El ejemplo de Getafe y de Standard se repitió, bajo una u otra forma, en todo el país.

A partir de ahí, la ruptura con los « cauces legales » se generalizó : comisiones elegidas por las asambleas, al margen del vertical, fueron encargadas de coordinar el movimiento y de emprender las negociaciones. Ciertamente, en muchas empresas, sobre todo al comienzo, los enlaces y jurados que gozaban de la confianza de los trabajadores desempeñaron un papel importante ; muy pronto, sin embargo, sirvieron sobre todo de cobertura más o menos legal a los delegados elegidos. En numerosos casos, los enlaces y jurados fueron desautorizados por las asambleas y se vieron obligados a dimitir.

Pero la organización democrática y unitaria de los movimientos alumbró una forma superior de representación : las Comisiones coordinadoras formadas por delegados elegidos en las asambleas de las empresas. No se trató, como se verá, de las « coordinadoras » más o menos reales que existían ya y que eran con frecuencia apéndices del P.C. o de otras formaciones políticas. Estas nuevas Coordinadoras adoptaron diferentes apelaciones según las regiones y los ramos. En Madrid fue la Comisión Asesora de la Construcción, expresión de los delegados de las obras, elegidos al margen de la CNS. En Barcelona, fue la Asamblea de delegados de obra ; ésta, formada por 500 a 1000 delegados (hubo cerca de 80.000 huelguistas) animó prácticamente el movimiento ; editó todos los días un boletín de información difundido en los lugares de trabajo y, por lo demás, designó su propia comisión deliberadora del convenio. Este tipo de órgano surgió igualmente en el sector bancario : ya en el mes de Diciembre de 1975, una Comisión Gestora compuesta por delegados de 11 provincias, elegidos en asambleas, apareció como la auténtica representación de los trabajadores de este sector. En la enseñanza, la Coordinadora Nacional Permanente, formada por delegados democráticamente elegidos en 39 provincias, declaró la huelga el 25 de Febrero. Pero fue en Vitoria donde este nuevo tipo de órgano representativo desempeñó plenamente su papel. En efecto, la Coordinadora de Comisiones de empresas en lucha fue capaz de centralizar durante varias semanas el movimiento iniciado el 9 de Enero, de organizar la solidaridad, de declarar dos huelgas generales, de expresar la voluntad y las necesidades que se manifestaban en las asambleas.

No insistiremos sobre otros ejemplos, que, por la demás, son perfectamente conocidos.

Lo que se desprende claramente del movimiento huelguístico a este nivel, puede resumirse así :

— la oposición de los trabajadores a las estructuras de la CNS, incluso en la base ;

— la afirmación de la Asamblea de empresa como organismo fundamental de unidad y de lucha ;

— la tendencia general a elegir en las Asambleas comisiones representativas y a exigir su reconocimiento por los patronos ;

— una tendencia menos neta pero real a organizar Asambleas interempresas e interramos ;

— el desarrollo de órganos de coordinación constituidos por delegados de las empresas elegidos democráticamente, ya sea a nivel de la localidad, (Getafe, Vitoria, Sabadell, etc.), ya sea a nivel del ramo de actividad (construcción, banca, enseñanza, etc.).

LAS HUELGAS GENERALES DE VITORIA Y SABADELL

Las huelgas generales de Vitoria y de Sabadell, con diferencias notables entre ellas, fueron los acontecimientos más significativos del movimiento huelguístico.

Se ha escrito mucho ya sobre el joven proletariado de Vitoria incluso para subrayar su «inexperiencia», lo que explicaría — según el P.C. y otros reformistas y pacifistas — que éste «cayera en la trampa de la violencia».

Para nosotros, en cambio, lo que interesa destacar es la capacidad de organización, de resistencia y de solidaridad de que este joven proletariado «inexperimentado» dio pruebas. Durante dos meses, la clase trabajadora de Vitoria desarrolló un combate en el que aparecieron de un modo ejemplar los objetivos, las formas de lucha, las iniciativas populares que marcaron las huelgas en todo el país. El proceso del movimiento es conocido. Condujo a la huelga general del 3 de Marzo, cuyos episodios esenciales son igualmente conocidos. Pero vale la pena insistir sobre el hecho de que, aunque desarmados, los trabajadores no se resignaron a ser simples «víctimas». El bárbaro ataque de la policía, que provocó 5 muertos y más de 100 heridos, no sembró la desmoralización : desencadenó, por el contrario, una verdadera acción insurreccional de los trabajadores, sostenidos por los estudiantes y una gran parte de la población. Los barrios obreros, protegidos por barricadas, quedaron prácticamente prohibidos a la policía ; los principales accesos a la ciudad fueron bloqueados por barreras establecidas por piquetes de autodefensa. Vitoria, la ciudad obrera, la ciudad popular, se irguió en bloque contra los patronos, el gobierno y la policía fascista. Vitoria mostró así el camino. No el de la sangre — las metralletas

que abrieron el fuego fueron las de los policías —, sino el camino de la resistencia y de la ofensiva contra los explotadores y los asesinos de siempre en estos largos años de opresión.

Pero la huelga general de protesta quedó limitada a Euzkadi. No serviría de nada tratar de disimular que en el resto de la península los movimientos de solidaridad fueron muy reducidos. Según algunos, la violencia, los muertos habrían « asustado a las gentes » en otros lugares del país. La explicación no es nada convincente. ¿ Acaso no ocurrió que la ruptura radical y el contenido de clase del movimiento determinaron una reacción de pánico entre los dirigentes « sensatos » de la oposición oficial ?

La lucha de Vitoria tuvo lugar en los confines de una zona donde la represión contra los nacionalistas revolucionarios vascos ha creado un estado de tensión muy fuerte desde hace años y, por otra parte, se desarrolló contra una patronal particularmente reaccionaria y obtusa y frente a un aparato administrativo y policiaco típicamente fascista, cosa confirmada por el « diálogo » por Radio entre los jefes de la policía y las fuerzas de intervención.

En Sabadell, vieja ciudad industrial de Cataluña, la huelga general se desarrolló en un contexto sensiblemente diferente.

Sobre el telón de fondo de numerosos movimientos reivindicativos en toda Cataluña y en la propia zona de Sabadell, se produjo una convergencia real de varias motivaciones : la campaña contra el Ayuntamiento y especialmente contra el alcalde ; la movilización de los enseñantes, apoyados por los alumnos y los padres de éstos ; la brutal represión contra los manifestantes del 13 y del 19 de Febrero, que fue el detonador de la huelga de protesta. En un cierto sentido fue una huelga general espontánea, pero que se apoyó, allí también, en las Comisiones elegidas y en los delegados de las fábricas, los cuales constituyeron una Comisión interramos. Y allí asimismo jugó la solidaridad de la población no proletaria, estudiantes, pequeños comerciantes, amas de casa. Se sabe cómo la huelga general, que duró cuatro días, desembocó en la inmensa asamblea-mitin del campo municipal de deportes, donde se concentraron más de 30.000 personas, las cuales, durante una jornada entera, desarrollaron discusiones y escucharon a los delegados de las empresas, que, uno tras otro, explicaron sus reivindicaciones, denunciaron la acción de la policía, exigieron la liberación de los obreros detenidos y la retirada de la ciudad de las compañías antidisturbios.

La huelga general de Sabadell, eminentemente política desde su inicio, se desarrolló contra un aparato administrativo y una

patronal que, contrariamente a los de Vitoria, estaban ya cambiando de camisa pese a las resistencias opuestas por los elementos más retrógrados. En efecto, la situación en Cataluña estaba y está mucho más madura para el «cambio» que en el resto de la península. Una importante fracción de la burguesía catalana se ha pasado ya al campo «democrático moderado». Conectada por una parte con la oposición por el canal del «Consell de Forces Politiques de Catalunya», conserva sus lazos con los llamados reformistas del régimen y se orienta hacia la «ruptura pactada»... Catalanista hoy, después de haber sido franquista durante largos años, empuja actualmente hacia la autonomía — que espera controlar —, coincidiendo en este terreno con amplias fracciones de las capas pequeño-burguesas y campesinas de Cataluña. En este contexto — donde hasta Ayuntamientos designados por el franquismo se pronuncian por la amnistía y el Estatuto de autonomía —, la huelga general de Sabadell no pudo ser reprimida como la de Vitoria; los huelguistas encontraron mediadores, los burgueses «liberales» recomendaron la moderación a los mandos de la policía y una dura represión pudo ser evitada.

Todo esto no disminuye en absoluto, claro está, el gran alcance político del movimiento de Sabadell, que resulta no sólo de su fuerza arrolladora, sino también y sobre todo de las diversas motivaciones que, al confluir oportunamente, le proporcionaron una amplia base popular.

Vitoria y Sabadell han mostrado, cada una a su manera, que a partir de reivindicaciones bien sentidas, la clase obrera de los grandes centros industriales del país está preparada para movilizarse en bloque contra la burguesía y el régimen actual y que es capaz de arrastrar a la mayoría de la población laboriosa.

A partir de esas experiencias, hay motivos para preguntarse si las grandes huelgas de Enero-Marzo abrían o no la posibilidad de un movimiento de huelga general en toda España por las reivindicaciones obreras y por las libertades democráticas, movimiento que habría podido provocar un salto brusco en el proceso contradictorio de «cambio», asestando golpes decisivos al aparato administrativo y policiaco fascista.

¿ ERA POSIBLE LA HUELGA GENERAL ?

Sería un error subestimar la importancia que revistió la intervención de los partidos y grupos ilegales, así como la de las corrientes sindicalistas clandestinas, en la organización y el desarrollo de las huelgas. Ciertamente, los trabajadores fueron empujados

a la lucha por su propia situación y la amplitud del movimiento sorprendió e incluso desbordó las previsiones y las consignas de las organizaciones. Sin embargo, los militantes de las CCOO, de la USO, de la UGT, como los P.C., del PSOE y de la izquierda revolucionaria, estuvieron generalmente al frente del combate, ya que todos ellos forman parte de esa vanguardia obrera que se ha ido formando en las empresas en los últimos años y que ha adquirido una sólida experiencia y una firme conciencia antipitalista.

Evidentemente, no todas las corrientes políticas o tendencias sindicalistas ejercieron la misma influencia y actuaron en el mismo sentido. En primer lugar, porque su implantación es muy variable según las nacionalidades y las regiones y está sujeta a fuertes evoluciones. Pero las divergencias entre ellas se manifestaron en el terreno de la orientación general y de las modalidades de lucha y de negociación.

La orientación del PC y su táctica concreta se inscribían en la estrategia general de la «ruptura negociada» y de los acuerdos con las fuerzas burguesas «democráticas». En la práctica, esto significaba evitar el afrontamiento general con los patronos y el régimen. Como es sabido y se ha podido comprobar en los últimos meses, la dirección del P.C. y de las Coordinadoras de Comisiones Obreras bajo su influencia han abandonado la consigna de *huelga general política* contra la dictadura e incluso la más reciente, formulada poco después de la formación de la Junta Democrática, de *acción cívica nacional*.

Por consiguiente, el P.C. y su aparato de CCOO no hicieron el menor esfuerzo para orientar los movimientos hacia una huelga general en toda la península. En la misma línea se encontraron igualmente, aunque con matices, las organizaciones reformistas ligadas a la Plataforma de Convergencia Democrática.

Al hacer estas observaciones, no pretendemos afirmar, como lo han hecho algunos con evidente ligereza, que la situación estaba ya tan madura que hubiera bastado lanzar la consigna de huelga general para que ésta se convirtiera en una realidad. Tampoco queremos exagerar, para justificar nuestra argumentación, la influencia y los medios de los partidos y organizaciones sindicales, que están todos en un periodo de reconstrucción. Consignamos simplemente que no operaron en ese sentido — y para algunos, que operaron en el sentido contrario —, cuando la clase obrera había llegado en varias ocasiones a situaciones de huelga general en ciertas ciudades y zonas industriales como Getafe, Vitoria, Sabadell, Bajo Llobregat, o a huelgas de industria bastante extendidas.

La táctica aplicada por el PC en Madrid, por ejemplo, tendía, en la primera fase, a utilizar al máximo los cauces legales y a mantener las huelgas en un marco en el que los jurados desempeñaban forzosamente el principal papel. Fue necesaria la presión de los propios huelguistas para que se eligieran delegados al margen de la CNS y para que las Asambleas designaran Comisiones Asesoras o Gestoras. Sin duda, la represión impidió que los responsables obreros de Madrid pudieran examinar a fondo la cuestión de la huelga general, o al menos de la huelga total del Metal: detenciones del 8 y 9 de Enero y luego del 16 en los locales de las HOAC.

La necesidad de generalizar el movimiento era comprendida por la mayor parte de los huelguistas. La posición de las CCOO influida por el P.C. fue, sin embargo, que los obreros de las empresas donde se habían alcanzado ciertos objetivos reanudaran en seguida el trabajo. Por eso se pasó en breves días, en la zona de Madrid, de 320.000 huelguistas (el 14 de Enero) a 60.000, todos del Metal estos últimos. La reincorporación al trabajo, el 22 de Enero, de los 13.000 obreros de Standard ITT ejerció una influencia decisiva sobre la huelga que sostenían desde hacía varias semanas estos metalúrgicos. Fue el comienzo del fin. La tesis de la negociación empresa por empresa prevaleció pues, no sin suscitar muchas críticas y el desacuerdo expresado públicamente por un cierto número de militantes obreros responsables. La vuelta al trabajo empresa por empresa o, en el mejor de los casos, por categorías (construcción, por ejemplo) tuvo igualmente como consecuencia que, en el último momento, los trabajadores, en la mayor parte de los casos, no dispusieran de la fuerza necesaria para imponer a la patronal la negociación directa con los delegados elegidos en las asambleas.

La tesis de la vuelta al trabajo escalonada sirvió así, por ejemplo, para poner fin a la huelga general del Bajo Llobregat, que duró 11 días.

En el resto del país, el desarrollo de los movimientos tuvo una cierta semejanza, desde este punto de vista, con el de Madrid: las huelgas estallaron unas tras otras, se terminaron en un lugar cuando comenzaban en otro y, en conjunto, la reincorporación al trabajo se efectuó en condiciones parecidas a las que se dieron en Madrid.

No es posible decir de un modo responsable si se daban o no las condiciones necesarias para que los movimientos de Enero-Marzo condujeran a una huelga general en todo el país. Pero es indispensable comprender lo que pasó. El movimiento huelguístico se desenvolvió en condiciones muy difíciles, en el sentido

de que chocó con una burguesía muy dura, sostenida por el gobierno y por un aparato de represión de tipo fascista. La huelga general no podía producirse «espontáneamente», y todavía menos en ese contexto. Ahora bien, como se ha visto, una parte de la vanguardia obrera, bajo la influencia del P.C. y de otras corrientes reformistas o conciliadoras, no se había fijado tal objetivo. Este factor jugó un papel muy importante.

De todos modos, el gran movimiento huelguístico de Enero-Marzo, por el contenido de las reivindicaciones defendidas, por las formas de lucha y de organización adoptadas, por las situaciones de huelga general creadas en ciertas ciudades y zonas industriales, ha sentado quizás las bases de un movimiento todavía más vasto y profundo, que podría romper al fin las barreras que el Estado monárquico-franquista y la burguesía oponen a la acción de los trabajadores y a toda tentativa de transformación radical de las estructuras políticas y sociales vigentes todavía.

Es posible igualmente que, teniendo en cuenta los límites y los frenos indicados más arriba, no se pueda llegar a una situación de huelga general en los meses próximos y que las luchas, tras un período de declive, se reanuden creando situaciones locales parecidas a las de Sabadell e incluso de Vitoria. En uno como en otro caso, será más vital aun dar una salida política a los movimientos. Eso quiere decir que el problema de los objetivos políticos transitorios se planteará en términos agudos, al objeto de reagrupar en torno a la clase obrera al conjunto de la población asalariada y de suscitar la simpatía y el apoyo efectivo de una parte importante de los campesinos y de las capas pequeño-burguesa. Estas perspectivas exigen, claro está, una mayor capacidad de intervención — y, por lo tanto, más coherencia política y orgánica — de los marxistas revolucionarios y en general de lo que se ha dado en llamar la izquierda obrera revolucionaria.

15 de Mayo de 1976.

J. GIL.

Una entrevista de Rossana Rossanda

LA EVOLUCION DEL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA

La crisis italiana plantea problemas muy graves al movimiento obrero en general y a la izquierda revolucionaria en particular. Hubiéramos querido publicar un artículo sobre el tema, pero la proximidad de las elecciones italianas nos ha decidido a postergarlo para el próximo número de la revista.

Sin embargo, nos ha parecido interesante reproducir una entrevista de la compañera Rossana Rossanda, ex-diputado comunista, dirigente de «Il Manifesto» y actualmente del Partido de Unidad Proletaria (PDUP), del que la corriente «Il Manifesto» forma parte, publicada en un reciente número especial del semanario francés «Politique-Hebdo» sobre la crisis del movimiento comunista 20 años después del informe secreto de Jruschov en el XX Congreso del P.C. de la URSS. En esta entrevista, Rossana Rossanda hace un análisis de la evolución del P.C. de Italia en los últimos años y del proceso que condujo al nacimiento de «Il Manifesto». Este análisis tiene especial interés para los militantes obreros españoles, que siguen con pasión la evolución de los acontecimientos en Italia.

Por primera vez, la izquierda revolucionaria italiana — el Partido de Unidad Proletaria, Vanguardia Obrera y Lucha Continua — aparece unida en la campaña electoral que se está desarrollando en estos momentos. Su intervención real en las luchas obreras y la presión que ejerce sobre los militantes comunistas pueden pesar considerablemente no sólo en esta campaña, sino también en la nueva situación que se creará en Italia si se confirma la decadencia de la democracia cristiana, el ascenso electoral del P.C. y la consolidación de las fuerzas revolucionarias.

P. — ¿Cuál fue el impacto del informe Jruschov en el seno del P.C.I. y cuándo y de qué forma llegó a conocimiento de sus militantes y responsables?

R. — El informe secreto se conoció a principios del mes de Junio de 1956, cuando *L'Espresso* — semanario de tendencia socialista — lo reprodujo, según la versión publicada por el *New York Times*. Me acuerdo que era jueves y que el sábado — como de costumbre — se reunía el comité federal del Partido en Milán. Hubo multitud de preguntas, sobre todo porque *l'Unità* había ignorado el documento, sin confirmarlo ni desmentirlo. Las respuestas de los dirigentes fueron evasivas: «Aún no sabemos si ese documento es auténtico: no estábamos al corriente de los errores o crímenes de Stalin (la palabra elegida señalaba bien la posición del que la pronunciaba); de todos modos, los discursos públicos del XX Congreso ya nos informaron de que se habían dado en la URSS ciertas violaciones de la legalidad socialista». Todas estas respuestas, a la vez flexibles y tratando de quitar importancia a los hechos, permitieron amortiguar el choque. Además, estábamos entonces en plena campaña electoral — eran elecciones municipales, pero en todo el país — y teníamos que responder al ataque del adversario.

Para comprender mejor el debate que tuvo lugar entre Junio y Octubre, hay que tener en cuenta que el P.C.I. había aplaudido calurosamente las tesis del XX Congreso, incluso la crítica de la versión simplificada de la historia dada por Stalin y de las violaciones de la legalidad. La URSS demostraba así — según el P.C.I. — haber franqueado el umbral del «socialismo maduro». Aproximadamente, era la misma tesis que Isaac Deutscher defendió durante tanto tiempo y que la prensa comunista italiana había tratado siempre con gran prudencia. Cuando Pietro Nenni, inmediatamente después del XX Congreso, declaró en un editorial de *Mondo Operaio* (*Luci e ombre del XX Congresso*) que se trataba de una «degeneración del sistema», el P.C.I. le criticó severamente. Pero el informe secreto de Jruschov trastornaba los datos del problema. Una cosa era hablar de las violaciones de la legalidad y otra muy distinta presentar a Stalin como un viejo sanguinario, que había llegado hasta el genocidio en algunos casos. Estas acusaciones eran a la vez enormes y demasiado fáciles: semejante historia no podía ser la obra de un solo hombre.

Entonces intervino Togliatti, con su célebre entrevista a *Nuovi Argumenti*, revista no comunista, dada sin informar previamente a la secretaría del Partido. En ese texto se esbozaba una crítica de las insuficiencias del informe secreto y del concepto de «culto de la personalidad».

La entrevista de Togliatti no fue vista con buenos ojos en la URSS, ni en el P.C.F., ni siquiera entre los dirigentes del P.C.I. Pero ayudó al Partido a «digerir» el informe secreto de Jrus-

chov. Al menos hasta que se produjeron el Octubre polaco y la insurrección húngara. Entonces es cuando el debate se hizo verdaderamente dramático, ante las fotos de los permanentes comunistas colgados en Budapest por los obreros furiosos, y la entrada de los tanques soviéticos en Hungría, a pesar de la solemne declaración del 30 de Octubre sobre la independencia total de las democracias populares. Togliatti eligió una vez más la táctica de cabalgar el tigre: en un largo comunicado defendió la intervención soviética, pero sin olvidar al mismo tiempo los errores cometidos por el Partido húngaro, que habían motivado la insurrección. La dirección invitó a todos los órganos del Partido a que no tomaran ninguna medida contra los que hubieran adoptado, incluso fuera de la prensa del Partido, una actitud diferente sobre el caso húngaro. En realidad, la máxima preocupación de los dirigentes fue, por un lado impedir que el debate implicara la responsabilidad del P.C.I. y el papel de Togliatti en especial (respondiendo pues con dureza a todos los que sostuvieran que el Partido había ocultado a los militantes la verdad sobre la URSS), y por otro lado intentar liberarse, por primera vez, de una vinculación demasiado estrecha con la URSS, por medio de la presentación en el VIII Congreso de la «Dichiarazione programmatica per una via italiana al socialismo».

En conjunto, la operación logró sus objetivos por varios motivos:

a) El P.C.I. no trató de ahogar toda discusión, aunque hoy esto nos parezca completamente insuficiente; b) redujo al mínimo el recurso a los métodos disciplinarios; c) el Partido Socialista inició al mismo tiempo su viraje hacia la socialdemocracia, lo que despertó el patriotismo de partido de los comunistas; d) los medios patronales trataron de aprovecharse de Budapest para redoblar los ataques contra las organizaciones comunistas de fábrica, ya bastante debilitadas en los cinco años anteriores. La base comunista respondió con una movilización desesperada y así es como pocos meses más tarde, se levantaba en Italia una nueva ola del movimiento obrero (en Junio de 1957) que no ha cesado de crecer hasta hoy.

P. — *¿Cómo puede explicarse, con la perspectiva de que disponemos actualmente, la decisión de los dirigentes del P.C.I. de autenticar el informe y de iniciar un proceso de «desestalinización»?*

R. — Togliatti pensaba desde hacía mucho tiempo que los métodos de Stalin eran incorrectos, lo que no le impidió considerar como un acto irresponsable — apenas lo ocultó — la manio-

bra de Jruschov que conmovió a las democracias populares y a los partidos comunistas. Pero ante el hecho consumado, renunció a negar la evidencia, y prefirió « historizar » el pasado y afrontar el presente, explotando hasta el máximo todo lo que pudo aprovechar del XX Congreso.

Que por cierto no era despreciable, pues en primer lugar fortalecía su posición personal en el interior del Partido. En 1951, Stalin le pidió que dejase la secretaría del P.C.I. para asumir la del Kominform; su respuesta en Moscú fue negativa, pero la dirección del P.C.I., por el contrario, hizo saber a Stalin que el Partido podía prescindir efectivamente de su secretario. Togliatti no cedió y volvió a Roma dispuesto a modificar la relación de fuerzas en el seno del grupo dirigente. Es precisamente esta operación la que logró llevar a cabo gracias al XX Congreso del P.C.U.S. y al VIII del P.C.I.: la discusión instaurada desembocó en una renovación de los responsables en el sentido de « la vía italiana ».

¿ En qué medida esta vía estuvo presente siempre en la perspectiva de Togliatti ? Es imposible responder en pocas palabras a esta pregunta. Es cierto que desde el principio hizo del P.C.I. un partido « diferente » : más flexible en su propio seno, más ligado a las masas, más unitario. No hay que olvidar que se trataba de un partido que la Resistencia a la ocupación alemana hizo, por así decirlo, renacer, y que no había conocido las dolorosas luchas intestinas de los años 30, salvo en sus órganos directivos, que estaban entonces en la emigración. La lucha antifascista le dio un gran sentido democrático. En definitiva, si se consulta *Rinascita* — que expresa mejor que cualquier otro órgano la línea ideal de Togliatti — y si reflexionamos sobre la publicación de las obras de Gramsci, se comprende mejor por qué el grupo dirigente « togliatista » hizo suya, a partir del XX Congreso, la afirmación (al menos formal) de una autonomía que acababa con la idea del Estado-guía.

En el fondo, tal actitud se basaba en el convencimiento de que la sociedad italiana era mucho más compleja que la sociedad rusa de 1917, que el Estado moderno era algo distinto de la autocracia, y que la democracia no podía concebirse sólo en términos tácticos. En este contexto, el P.C.I., desde esta época, empezó a poner en tela de juicio la concepción de la « dictadura del proletariado », aunque de manera ambigua, y al hacerlo dio mayor importancia al concepto de *hegemonía* del nuevo bloque social revolucionario, en la medida en que tenía la capacidad de asegurar una dirección radicalmente nueva, y de beneficiarse de un consenso ampliamente mayoritario y específico en una

sociedad occidental desarrollada. Pero con Togliatti todas estas formulaciones seguían siendo vagas, y sólo después de su muerte la ambigüedad se resolvió en el sentido de un parlamentarismo explícito.

P. — *¿La liberalización que se inició entonces en el P.C.I. no acentuó la tendencia reformista de éste? ¿La fascinación que empezó a ejercer enseguida el P.C.I. sobre sus homólogos europeos no fue una cosa ambigua?*

R. — El P.C.I. no ha sido nunca « liberal ». La flexibilidad de su línea no tiene ninguna incidencia sobre el concepto muy firme que tiene de lo que debe ser el Partido; éste es el « nuevo príncipe » del Maquiavelo de Gramsci, y si esto implica mucha habilidad y agilidad en la maniobra, no implica ningún « liberalismo ». Es un partido que practica la discusión porque sabe que la discusión puede ser un factor de cohesión importante. Es un partido que trata de asumir las razones de cualquier divergencia que se pueda presentar, para controlarla mejor. Este método exige una capacidad efectiva de síntesis y funciona, naturalmente, mientras la síntesis es posible.

Esto se vio muy bien en los últimos años de la vida de Togliatti, entre 1958 y 1964, cuando las Juventudes comunistas y luego las federaciones obreras abrieron, en relación con la nueva configuración de las luchas, un frente de izquierda en el interior del Partido. Togliatti intentó arbitrar, siempre « en posición avanzada », bien reconociendo los elementos de novedad de la situación, bien rodeándolos en otras ocasiones, pero sin tratar de negarlos. Después de su muerte, cuando la síntesis se hizo subjetiva y objetivamente más difícil, el grupo dirigente se abstuvo de cualquier mediación. En el XI Congreso, en 1966, Ingrao sufrió una dura derrota, y en el XII Congreso, en 1969, nos tocó el turno a nosotros. Luego vino la expulsión.

Dicho esto, no veo por qué el « liberalismo » hubiera tenido que acentuar una tendencia al reformismo. Por el contrario, tanto en el P.C.I. como en los sindicatos hubiese podido legitimar una corriente de izquierda. El reformismo no tiene mucho que ver con el estilo del Partido: el Partido comunista francés ha sido siempre de mucha mayor rigidez interna que el P.C.I., pero en varias ocasiones adoptó una línea más derechista que éste (guerra de Argelia, Mayo del 68, luchas obreras y estudiantiles, actitud frente a los grupos revolucionarios, etc.). La fascinación que ejerce el P.C.I. se debe a que siempre ha sabido dar de sí mismo una imagen, si no democrática, por lo menos más « democrática » que la de otros Partidos comunistas, pero obedece sobre

todo a que representa con mucho la fuerza comunista más importante de Europa.

Y esto se debe a que supo plantear el problema de la especificidad de una revolución en Occidente, tanto a través de la obra de Gramsci como a través de la —ambigua— de Togliatti, y debido también a su capacidad de mantener y alimentar un movimiento que no tiene igual en Europa. Hasta el punto de que ha conseguido minar la clase dominante y su Estado, de que se convertirá probablemente, en las próximas elecciones, en el primer partido de Italia — tres veces mayor que el Partido Socialista — y de que está en condiciones de poder asumir la responsabilidad de un gobierno en posición de fuerza.

A partir de aquí surgen ciertos problemas que nos conciernen también a nosotros :

1) ¿ Por qué el movimiento obrero y social más amplio, más sostenido, que es también el que desarrolla la línea anticapitalista más avanzada de Europa, se expresa en primer lugar, directa o indirectamente, a través de un partido reformista, aunque también alimente una extrema izquierda más sólida que en ningún otro país ? La respuesta a esta pregunta la encontraríamos sin duda en la naturaleza « desestabilizadora » de la posición del P.C.I., que ha logrado no perder su vínculo real con las masas, ofreciéndoles incluso al nivel de la política del poder una línea a seguir, aunque no sea más que para superarla. La encontraríamos también en la complejidad política del reformismo del P.C.I., en el sentido de que da la impresión de ofrecer respuestas concretas, aunque parciales, a la problemática global de una sociedad avanzada, problemática que ha sido con frecuencia subestimada por buena parte de la extrema izquierda.

2) Si el reformismo berlingueriano ha sido capaz de modificar la relación de fuerzas entre los partidos políticos en la sociedad italiana hasta el punto de encontrarse en el umbral del poder gubernamental, su propia naturaleza puede incapacitarle para dominar los procesos que su acceso al poder desencadenará. Ahí es donde se ha de ver, en realidad, la pobreza de una democracia concebida en una perspectiva meramente parlamentaria, el carácter ilusorio de un programa que tiene por objeto llegar a una vasta reglamentación política de los problemas económicos en vez de preparar la transición hacia un sistema diferente ; y sobre todo el límite de una concepción del consenso y de las alianzas que, en vez de enriquecerle como debieran, difuminan el frente de clase y, por lo tanto, pueden dejar a las masas indefensas ante la coalición de unas nuevas derechas.

P. — *¿No hemos llegado ya hoy, veinte años después, a una ruptura entre los intereses del bloque soviético y los de los P.C. europeos (sobre todo los del Sur), de tal modo que el policentrismo preconizado por Togliatti se ha convertido en un dato objetivo? ¿No estamos viendo la afirmación de un « comunismo del Sur » caracterizado por una concepción « electoralista » de las alianzas y de la transición, y una concepción « nacional » del socialismo? ¿Cuáles son las consecuencias?*

R. — La URSS tiene interés en que Europa no cambie. Tanto para que no se perturbe el diálogo-enfrentamiento que mantiene en otros terrenos con los Estados Unidos como porque el P.C.I. en el gobierno supone un peligro para ella: en caso de derrota, como en Chile, sería un fracaso para todo el movimiento comunista. Si, por el contrario, triunfara, sería un desafío capaz de provocar movimientos incontrolables en las democracias populares. Este es el primer litigio que penetra hoy las relaciones entre los P.C. occidentales y el P.C.U.S. El segundo es que la URSS se convierte cada vez más en una sociedad militar, que tiende a compensar por la militarización sus fracasos internos. Esto representa un serio peligro para los P.C., que temen que un Brejnev cualquiera se decida a utilizar en otro lugar del mundo la misma carta de Angola, y lo temen más porque no creen que lo haría por internacionalismo sino para aumentar sus bazas frente al juego norte-americano.

P. — *¿Cómo analizas la actitud abierta del P.C.I. hacia la extrema izquierda, en especial hacia el P.D.U.P.?*

R. — Porque el P.C.I. es un partido eminentemente realista; porque el Partido de Unidad Proletaria (del que *Il Manifesto* es sólo un elemento) existe, lo mismo que existen Avanguardia Operaia y Lotta Continua; porque una mayoría de izquierdas se logrará también gracias a nuestra organización, como ha sucedido ya en varias regiones y localidades. Esto es lo que tiene importancia en política. El P.C.I. no ha conseguido aplastarnos y obra en consecuencia.

P. — *Seis años y medio después de la creación de « Il Manifesto », ¿cuál es el balance de su acción, en especial en cuanto a la posibilidad de crear un polo revolucionario alternativo? ¿Desde ese punto de vista, puedes comentar los debates del Congreso de Bolonia del P.D.U.P. y precisar la orientación aprobada?*

R. — Habría que disponer de más tiempo. Pero citaré un solo hecho que nos llevará de nuevo al tema del XX Congreso : en Italia, una crítica coherente del stalinismo, desde la izquierda, ha llegado a desembocar en la formación de un Partido, con una base obrera, estudiantil y sindical auténtica. Es verdad que se trata de un partido pequeño, pero se mantiene firme a la izquierda del inmenso río del P.C.I., al que ha obligado a una confrontación tanto en el terreno de las luchas como en el de la estrategia. Si el día de mañana, nuestro país tiene un gobierno de izquierdas, no evitaremos el destino de Chile o el de Portugal. sino a partir de una hipótesis como la nuestra. Sólo lo lograremos evitando la doble tentación de un gobierno reformista que se inclina cada vez más a la derecha y de un movimiento dividido en varias vanguardias que huyen hacia adelante mientras las masas quedan atrás desorientadas.

Contra eso trabajamos, encontrando tanto en Gramsci como en las luchas de los años 60 el esbozo de una respuesta que se dibuja ya a través de nuestra acción. Mañana — al menos así lo esperamos — ésta se fundirá con la de todo el movimiento.

POR LA LIBERACION DE LOS PRESOS POLITICOS DE CHECOLOVAQUIA

Ocho años después de la «primavera de Praga», la «normalización» stalinista no parece terminada. En el reciente congreso del Partido Comunista checo, Husak ofreció reintegrar a los militantes excluidos o perseguidos que aceptaran someterse a la regla de la «autocrítica», pero excluyó todo tipo de amnistía bajo la presión directa de los líderes más reaccionarios de la burocracia, los Bilak y los Indra.

La Oposición Socialista checoslovaca, formada esencialmente por militantes comunistas, viene denunciando con perseverancia los métodos represivos del gobierno de Praga y, una vez más, se ha dirigido al movimiento obrero internacional, y de un modo particular a los P.C. de Italia, España y Francia, en demanda de una solidaridad indispensable para poner fin a la represión y obtener la liberación de todos los presos políticos de Checoslovaquia.

Al objeto de contribuir a desarrollar la campaña iniciada publicamos a continuación la carta enviada recientemente a Gustav Husak, presidente de la República, por varios familiares de militantes comunistas detenidos desde hace tiempo en las prisiones de Checoslovaquia. Esperamos que todos los que luchan en España por la libertad y el socialismo, trabajadores, intelectuales y estudiantes de las distintas tendencias del movimiento obrero, serán más sensibles que nadie a la suerte de las víctimas de la represión en un país que en 1968 demostró que la gran esperanza socialista no es una utopía.

Praga-Brno, 1º de Marzo de 1976

Sr. Gustav Husak.

Presidente de la República Socialista de Checoslovaquia.

Sr. Presidente :

Amparándonos en la Constitución de la República nos dirigimos a Vd. para pedirle que utilice sus prerrogativas en favor de la liberación de nuestros hijos, esposos y padres que se hallan en

prisión por sus opiniones políticas y por haber expresado sus convicciones socialistas.

Añadimos a esta petición nuestra protesta contra las condiciones de su detención, que vulneran la Convención internacional sobre los derechos cívicos y políticos, la Constitución de la República Socialista de Checoslovaquia y la ley sobre las condiciones de detención. En efecto, las condiciones de vida impuestas a los presos políticos checos tienen por fin aniquilarles físicamente y doblegarles moralmente.

LUGARES DE DETENCION. — Aunque se hallan condenados a penas de primera categoría — la menos severa —, nuestros familiares se encuentran en las peores condiciones de detención. Desde hace ya varios años, viven confinados en pequeñas celdas, siempre cerradas, de 2 x 4 metros, siempre en compañía de otro detenido que, generalmente, es un condenado de delito común. Semejante vida, con la obligación de estar en contacto durante 24 horas con una sola persona, llega a provocar una tensión insostenible. Además, la conversación con el codetenido está controlada por un sistema de escucha que permite al vigilante saber todo lo que se dice.

Nuestros familiares están sometidos a un régimen que empoobrece sus facultades mentales: su medio carece de colores, impresiones y sonidos naturales. La pobreza, e incluso la ausencia de nuevas incitaciones sensoriales, su prolongado aislamiento, la cohabitación permanente y forzada, todo este conjunto constituye la primera de las condiciones que tienen por objeto destruir a un ser humano.

EL TRABAJO. — Los detenidos trabajan en sus celdas: cosen botones en cartones, clasifican y empaquetan imperdibles, alfileres o cuentas de vidrio, fabrican flores artificiales, hacen sillas de paja, etc. El común denominador de todos estos trabajos es su monotonía, las cadencias elevadas y a veces la exigencia de 10 o 12 horas de trabajo diarias. No cumplir las normas acarrea un castigo, sobre todo en forma de restricciones alimenticias. No se tienen nunca en cuenta las dificultades que el detenido haya podido encontrar en su trabajo.

La ley estipula que la obligación de trabajar ha de tener en cuenta el estado de salud y las capacidades del detenido; aconseja que se creen las condiciones propias para elevar su calificación. La mayoría de los presos políticos checoslovacos tienen profesiones de un nivel de enseñanza superior (historiadores, economistas, psicólogos, sociólogos, ingenieros, médicos, etc.) que no pueden utilizarse fácilmente en una cárcel; pero el sistema

penal no respeta el espíritu de la ley y ni siquiera aparenta preocuparse por conservar la salud y la calificación profesional de los detenidos.

Las condiciones de trabajo se han visto agravadas por numerosas negligencias en materia de higiene, que no pueden sino considerarse malintencionadas.

El salario habitual de los presos políticos alcanza apenas la mitad del de los demás detenidos (los de « derecho común ») y corresponde a la quinta parte aproximadamente del salario medio en Checoslovaquia. Este salario es inferior al mínimo vital, lo que no impide que la administración se quede con el 80 por ciento. El preso no recibe más que 20 o 40 coronas por mes, lo que representa para él el único medio de « mejorar » el rancho, pues no puede recibir dinero de su familia.

Se trata, por lo tanto, de una explotación múltiple ligada a las normas de trabajo, a la apreciación de la administración sobre el detenido y a las retenciones que su salario sufre. Estas condiciones de verdadera esclavitud no tienen nada en común con nuestro régimen social. Violan la Constitución de la R.S. Ch., que excluye toda explotación.

LA SALUD DE LOS PRESOS. — Todos los que han salido de la cárcel han tenido que pasar cierto tiempo en convalecencia. En bastantes casos, su vista se deterioró irremisiblemente durante su detención. Ninguno ha recuperado la salud que tenía al entrar en la cárcel. Unos están gravemente enfermos, otros padecen enfermedades crónicas.

La salud de los detenidos sufre principalmente por la falta de aire, de luz y de ejercicio, las malas condiciones de higiene en general, y de trabajo en especial, así como por la pobreza de su alimentación en proteínas, sales minerales y vitaminas. La autorización para recibir un paquete de 3 kg. cada tres meses no puede paliar estas carencias. La pena de privación de paquetes acarrea una agravación severa de la subalimentación, una carencia proteínica aguda.

Es difícil conseguir que les visite el médico y los consejos de éste no suelen respetarse. Los primeros síntomas de la enfermedad de descuidan, de modo que los menores trastornos se agravan, se convierten en crónicos o engendran una enfermedad más grave. Por lo demás, los guardianes ponen toda clase de dificultades a la aplicación de los cuidados prescritos.

En el mejor de los casos, los servicios sanitarios tratan la en-

fermedad, pero ignoran la prevención de la misma. Además, todas las molestias se agravan artificialmente como consecuencia del régimen penitenciario. Todo esto constituye una violación de la Constitución.

LA SITUACION SOCIAL DEL DETENIDO Y DE SU FAMILIA.

— Aunque el veredicto sólo concierne al condenado, toda su familia sufre los efectos de la condena. Los hijos de un detenido pueden ver a su padre y hablar con él — sin ningún contacto físico — durante sólo cuatro horas al año, es decir una hora de visita por trimestre, autorizada también a dos parientes próximos adultos. Los carceleros se esfuerzan en hacer esas visitas difíciles y desagradables. Por eso, antes de las visitas, y sobre todo en presos de cierta edad, se observa una agravación inexplicable de las enfermedades crónicas o síntomas extraños, como fiebre, erupciones, dolores neurálgicos.

Los carceleros saben perfectamente que sólo las visitas y la correspondencia pueden contribuir a proteger la personalidad del detenido y a aumentar su capacidad de resistencia. Por esta razón, la correspondencia está también rigurosamente limitada. Desde 1973, los presos sólo pueden enviar una carta semanal a una sola dirección. A veces se devuelven las cartas a los detenidos para que vuelvan a redactarlas, con el pretexto de que hay una frase « inadecuada » o que han sido escritas de forma « descuidada ». En cuanto a nuestra correspondencia, a veces es confiscada por la dirección de la prisión y nuestros familiares la pierden definitivamente. Otras cartas se pierden de modo misterioso. La censura es indignante y absurda. No puede citarse un libro, o un film, ni hablar del trabajo del detenido, ni de los trabajos de los familiares que están en libertad ; no pueden escribirse versos, reflexiones, ni mencionar los nombres de autores, en especial si son checos. Si la carta salva la censura y llega al detenido, se le retirará, para destruirla, al entregarle la próxima misiva, violando así el derecho de los presos a conservar su correspondencia (al menos junto con el resto de sus pertenencias fuera de la celda). Es imposible apelar contra la censura.

La familia de un detenido sufre un notable perjuicio material. En la mayoría de los casos, pierde (con la prisión de aquél) la mayor parte de sus ingresos. Las esposas, madres y demás parientes cercanos son despedidos o degradados en su estatuto profesional. Se prohíbe estudiar a sus hijos. De este modo, aunque evidentemente inocentes, se ven penalizados para toda su vida. Esta medida discriminatoria contra los hijos de los presos políticos viola la Constitución de la R.S.Ch. y la Convención internacional de los derechos cívicos y políticos.

EL ESTATUTO PARTICULAR DE LOS PRESOS POLITICOS CHECOS Y EL SISTEMA DE PRESION. — En otros países o en otros tiempos nuestros familiares presos habrían sido denominados « presos políticos », porque fueron detenidos a causa de una actividad o de una opinión de carácter político, en este caso por haber defendido los derechos cívicos. El concepto de « detenido político » permite comparar su situación con lo que se acostumbra en este caso en otros países y se hizo en otros tiempos en el nuestro.

El sentido común del derecho, entre el público, distingue muy bien entre « políticos » y « comunes » y supone que los primeros gozan de condiciones de dignidad correspondientes a su cultura y a la postura ideológica que les ha motivado.

Pero el concepto de « detenido político » no es reconocido en Checoslovaquia pues todos los detenidos en nuestro país lo son en virtud de « la parte especial del Código penal, título I ». Por lo tanto, nuestros familiares carecen de los derechos otorgados a los presos políticos en otros países civilizados. Ni siquiera tienen las escasas ventajas que se conceden en nuestro país a los « comunes » ; su suerte es mucho peor.

En el período actual se ha inventado para los presos políticos checos un estatuto excepcional (*). No hemos podido enterarnos del texto de este nuevo estatuto, pero según su aplicación práctica, hemos podido comprobar que vulnera la ley e incluso la Constitución de la R.S. Ch.

(*) Este estatuto especial tiene su origen en la confrontación entre la historia y las intenciones de los carceleros. Nuestros país tiene una larga tradición cultural y la opresión encontraba, pues, habitualmente, otros medios que el primitivo empleo de métodos sangüinarios. Por esta razón, la experiencia excepcionalmente cruel de los años 50 se traduce aun en una mala conciencia y una vigilancia permanente. La tendencia principal que inspira el comportamiento con los detenidos políticos después de 1968, es renunciar a las brutalidades físicas y a la tortura (aunque se hayan dado excepciones). El sistema penitenciario actual quiere distanciarse de los métodos stalinistas comprometedores de los años 50, pero sin renunciar a la aniquilación de los prisioneros. De acuerdo con nuestras tradiciones culturales se han elegido métodos no sangüinarios (aunque no sean indolores), pero de acuerdo con sus intenciones y con la tradición de los años 50, el sistema ha adoptado métodos de tanta brutalidad como es posible. Se trata de métodos más refinados, comparables por ejemplo al internamiento de personas sanas en manicomios, a la gota de agua que cae regularmente sobre la nuca del condenado provocando su alienación.

Según este estatuto excepcional, el sistema penitenciario al que están sometidos los detenidos políticos checos tiene aun algunos otros aspectos específicos.

LA FALTA DE LA MAS ELEMENTAL ASISTENCIA. — Este procedimiento es menos impresionante, pero tan cruel como la agresión física directa. En cualquier situación de impotencia absoluta y de sufrimiento, los objetos y los signos corrientes adquieren un significado de vida o muerte. Una lámpara demasiado débil, un taburete de trabajo sin respaldo, cuyos inconvenientes se multiplican por jornadas de trabajo de diez horas, y por semanas, meses y años, se convierten en verdaderos instrumentos de tortura. El enfermo afectado por hinchazones o granos (debidos generalmente a avitaminosis) y obligado a descansar sobre una cama muy dura, no puede considerarla sino como un instrumento de sufrimiento.

EL AISLAMIENTO INTELECTUAL. — Es una forma de tortura moral. Debido a una importante carencia de percepciones sensoriales y a la monotonía cotidiana de la vida en la celda, el hombre siente aun mayor necesidad de informaciones e imágenes del exterior. Sin embargo, la vida mental de nuestros familiares presos ha sido intencionadamente empobrecida, aniquilada.

En determinadas prisiones, los detenidos políticos no pueden recibir de la biblioteca más que un solo periódico o un solo libro a la semana, elegidos por el guardián. En ciertas ocasiones el mismo libro llega varias veces a la misma celda. La obras puestas a disposición de los presos son o stalinistas o clásicos checos del siglo XIX. Nuestros presos no pueden recibir ningún tipo de literatura especializada, ni obras extranjeras, ni pueden estudiar lenguas con gramáticas o diccionarios. Se les ha negado también la literatura marxista. No pueden tomar notas, ni hacer resúmenes, ni copiar listas de palabras. Se les quita todo. Se les impide mantener, durante el llamado « tiempo libre », sus propios conocimientos profesionales.

La escucha obligatoria de la radio es un factor de la cultura penitenciaria. Cada 15 días, el detenido es conducido a la celda de « desarrollo cultural », donde hay una mesa, cuatro sillas y un aparato de televisión. Pasadas dos horas, el detenido vuelve a su celda, sin haber visto más que fragmentos de diferentes emisiones.

Nuestros familiares presos están condenados a la « inactividad creadora » y, por miedo al sistema de escucha instalado en las celdas, abandonados a sus pensamientos durante horas intermina-

bles Todo esto constituye otra violación de la Constitución y de la ley de aplicación de penas.

Las humillaciones intencionadas se deben a la iniciativa individual de ciertos miembros del personal penitenciario. Las injusticias voluntariamente perpetradas por los carceleros son parejas a la crueldad de las penas infligidas a los detenidos. Además de la privación de libertad a la que están condenados, los presos sufren agravaciones de las penas por la menor « infracción ». Son amonestados groseramente y privados de sus derechos. Todo este modo de vida impuesto al detenido tiene por objeto mantenerle en estado de tensión, consciente de que no tiene ningún derecho y de que su persona está abandonada a un poder arbitrario.

EL SENTIMIENTO DEL ABSURDO. — Es lo que más deteriora el psiquismo. Es un sentimiento en contradicción con la propia existencia humana. El hombre realiza su humanidad buscando el sentido y las razones de su nacimiento y su existencia. Esta cuestión representa el fundamento común a todas las decisiones y a todos los actos de nuestros familiares detenidos. La conciencia que tenían de sus fines y del sentido de su acción motivaba su existencia. Por el contrario, una existencia absurda es un factor que va contra la misma esencia de la vida. Si su actividad diaria carece de sentido, el hombre sucumbe a la depresión y su espíritu declina.

LAS RECLAMACIONES Y LA DEFENSA. — Suponemos que, entre el personal de las prisiones y entre los responsables de su funcionamiento, hay personas capaces de vencer sus prejuicios y actuar con objetividad. Pero tememos también que lo contrario sea lo más frecuente y que sobre todo se haya convertido en parte integrante del sistema.

Hemos enviado ya varias reclamaciones sobre la situación de nuestros familiares prisioneros políticos. La mayor parte han sido remitidas por las autoridades superiores, a quienes estaban destinadas, a aquellos mismos contra quienes se formulaban dichas reclamaciones.

La injusticia fundamental en este caso es que los detenidos no son ni malhechores ni terroristas. Son personas honradas e instruidas, encarceladas por haber reclamado para ellos y sus conciudadanos el respeto de sus derechos cívicos, y esto por medios concordes con la concepción internacional de los derechos del hombre que nuestro gobierno prometió respetar en Helsinki.

A pesar de que nuestros familiares son víctimas de esta cruel injusticia, de que viven en condiciones abominables, diariamente

confrontados con individuos que tienen el poder, pero que no les igualan ni intelectual ni moralmente, no han perdido su calma, ni su sentido de la solidaridad y de la dignidad humana, la valentía y la fidelidad a los ideales de democracia, de humanismo y de socialismo.

De acuerdo con el derecho internacional, con el acta final de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa firmada en Helsinki, entre otros países por la República Socialista de Checoslovaquia, reclamamos la liberación inmediata de nuestros familiares, detenidos políticos checoslovacos.

Firmado :

Vilem Müller — Frantiska Müllerova — Marie Ruskova — Ivan Rusek — Tatana Ruskova — Rudolf Sabata — Růzena Sabatova — Anna Sabatova — Jan Sabata — Vaclav Sabata — Eliska Skrenkova — Jan Tesarova.

BALANCE POLITICO

DE LA EXPERIENCIA CHILENA

por Gabriel SANTANA

Transcurridos más de dos años del golpe de Estado que pusiera término al Gobierno de Unidad Popular, la resistencia chilena continúa suscitando las simpatías y el apoyo de los más amplios sectores políticos en gran parte del mundo. La intervención descarada del imperialismo yanqui contra el gobierno de Allende, el carácter democrático y pluralista del proceso revolucionario durante su mandato, la traición de los generales y la violencia de la represión que hoy azota al pueblo chileno, son todos factores que explican y justifican esa solidaridad.

Sin embargo, con contadas excepciones, aún se siguen utilizando como explicación de la derrota solamente dos elementos: la actividad de la CIA norteamericana y la falsía de los militares que se levantaron contra el gobierno constitucional. La presencia de agentes de la C.I.A. en Chile desde antes incluso que asumiera Allende el poder es hoy materia comprobada; también es de público conocimiento el financiamiento del diario reaccionario «El Mercurio» y de otros medios de comunicación, su participación en el asesinato del general Schneider, su ayuda en la compra masiva de miles de propietarios de camiones que actuaron en dos oportunidades como detonantes de movimientos sediciosos de la derecha. Existen también fundados antecedentes para denunciar a la CIA como responsable del complot que asesinó al Edecán Naval del Presidente Allende, lo mismo que para aseverar la presencia de oficiales yanquis a bordo de las naves que iniciaron el movimiento golpista en la Marina la madrugada del 11 septiembre 73. Más importante aún fué el «bloqueo económico» que denunciara Allende en varias oportunidades y de significó la cancelación de préstamos y créditos de todos los organismos económicos dirigidos por los norteamericanos, empresas privadas, suspensión de importaciones, nuevas exigencias en la cancelación de la deuda externa, embargo de los envíos de cobre, en fin, un

cúmulo de actividades « legales » que llevaron un demi-caos a la economía de un país tradicionalmente dependiente de EE. UU.

La experiencia revolucionaria chilena amenazó en alto grado los intereses imperialistas en un plano estratégico que superaba largamente sus fronteras geográficas y, por tanto, concentró la atención y esfuerzo de los organismos pertinentes del imperialismo yanqui. La traición de los generales encabezados por Pinochet es también materia conocida y, en un plano estrictamente ético, este hombre faltó a su « palabra de honor » tan apreciada en los medios militares. Pero al actuar así lo hizo arrastrando a las Fuerzas Armadas en su conjunto, y por tanto actuando como en definitiva lo hicieron todas las instituciones del Estado, que debiendo respeto y obediencia a la Constitución y al Gobierno legítimo, fueron parte integrante del plan sedicioso.

La actividad del imperialismo norteamericano en defensa de sus intereses es tan obvia que todo dirigente que se proponga afectar esos intereses debe estar preparado para enfrentarla. Asimismo, el papel de las Fuerzas Armadas en América Latina en particular y en el mundo capitalista en general, forma parte de la cultura política de la que estaban muy bien provistos los dirigentes chilenos. En consecuencia, toda explicación simplista de la derrota del proceso revolucionario chileno tiende a disimular y pretende ignorar o minimizar los errores tácticos o lo equivocado del proyecto que se llevó a cabo durante los tres años de Unidad Popular. Creemos necesario precisar que en todo proceso revolucionario existe una constante interrelación entre las fuerzas adversarias, los errores de un sector se traducen en fortaleza del contrario, la debilidad táctica se convierte en debilidad estratégica, y un proyecto teóricamente equivocado conduce fatalmente a la derrota en su realización.

El programa de Gobierno levantado por la Unidad Popular y en gran parte aplicado, pretendía transformar profundamente las estructuras de Chile. La expropiación de la principal riqueza del país — el cobre — sin indemnización para las compañías imperialistas, la nacionalización del hierro y el salitre, una Reforma Agraria profunda que eliminó totalmente el latifundio y creaba nuevas formas cooperativas y estatales de producción en el campo chileno, la configuración de un Área de Producción Social que abarcó el sector más dinámico e importante de la industria chilena, la participación de los trabajadores en la dirección de todas las empresas estatales, la substitución del sistema electoral-legislativo por una Cámara Unica Popular, la creación de Tribunales Populares, en fin, eran todas medidas que estaban encaminadas a destruir el sistema burgués e iniciar la construcción del socialismo.

LA UNIDAD POPULAR Y LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

Este proyecto revolucionario contenía, sin embargo, una importante dosis de ambigüedad en los medios para acceder a la conquista del poder, pretendía ignorar el carácter social y político de las Fuerzas Armadas, y consultaba una alianza de clases que abarcaba la burguesía no monopólica en un amplio espectro que debía ser dirigido por la clase obrera. En síntesis, podemos decir que este proyecto consultaba un tránsito «político», no-violento, de las estructuras económicas y sociales, las cuales se iban modificando gradualmente, venciendo la resistencia que la burguesía opondría también dentro de las reglas del juego establecidas y practicadas durante los cuarenta años anteriores a la ascensión a la Presidencia del militante socialista Salvador Allende. Estas transformaciones permitirían generar nuevas relaciones de fuerza entre las clases, de manera que la transformación de las estructuras políticas se realizaría a continuación y con el «menor costo social posible».

Las elecciones de Septiembre de 1970 se realizaron a «tres bandas», con un candidato común a toda la izquierda, y la burguesía dividida entre el conservador Alessandri y el reformista demócratacristiano Tomic. La sorpresa invadió las casas de la clase poseedora la noche del 4 Septiembre: Allende había obtenido la primera mayoría y, de acuerdo a la tradición, le correspondería asumir la Presidencia de la República. Sin embargo, desde los primeros días siguientes a la elección, los hechos demostraron cómo esas reglas del juego establecidas por la burguesía para mantener su dominación eran rápidamente desechadas. Puesto que la legalidad, «su legalidad», ya no les era útil, no vacilaron un instante en convertirse en hombres que buscaban subvertir el «orden público». Así se inició una «fuga de capitales» que pretendió llevar el pánico a los corazones de la pequeña-burguesía propietaria y derrumbar la economía del país. Al fracasar este intento, y pocos días después de las elecciones, el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas era asesinado puesto que se negaba a colaborar en un golpe de Estado en el que participaban los más altos jefes militares. Sin embargo, los facciosos fracasaron nuevamente en su intento de arrastrar al conjunto de las Fuerzas Armadas, y el 4 Noviembre 1970 la burguesía chilena y el imperialismo asistían estupefactos — pero no impotentes — a la investidura del primer marxista confeso que era electo, en elecciones «libres y democráticas», Presidente de la República.

Como dijimos, la burguesía no vaciló un instante en recurrir a todos los métodos para enfrentar la amenaza a sus intereses que constituía el Gobierno de la Unidad Popular; al actuar así no ha-

cía más que confirmar reglas fundamentales del pensamiento teórico marxista y de la experiencia histórica moderna : un organismo vivo amenazado de muerte se resiste con todos los medios a su enemigo. Y la burguesía chilena gozaba de buena salud. Derrotada en su intento de colapso económico y de golpe de Estado, en los días que antecedieron la toma de la Presidencia por Salvador Allende, la burguesía se retiró organizadamente, sumamente debilitada, dividida, pero sin caer en el pánico y esperando mejores tiempos para recuperar las bases perdidas.

La Unidad Popular, por el contrario, mantuvo su proyecto fundamental de transformar gradualmente las estructuras del país evitando enfrentamientos violentos ; más aún, fundamentalmente dirigida por el Partido Comunista, llevó adelante un proyecto de carácter mundial que podía constituir el antecedente directo y sumamente valioso para el desarrollo de la política de los partidos comunistas italiano y francés. Por lo tanto, veremos cómo la izquierda chilena fue incapaz de modificar hasta el último instante su apego a la « legalidad » y el carácter no violento que pretendía imprimirle al proceso político chileno. En esta forma, se producía un fenómeno original en la historia moderna ; transformaciones profundamente revolucionarias en los planos económico y social pretendían imponerse pacíficamente a la resistencia cada vez más encarnizada de los enemigos de los trabajadores chilenos. El resultado es conocido y la responsabilidad es de aquellos que se negaron a aprovechar todas las coyunturas favorables para golpear a la burguesía, en aras de las pretendidas posibilidades pacíficas del proceso chileno.

En Abril de 1971, el Gobierno Popular había aumentado enormemente su popularidad ; las primeras nacionalizaciones, la radical redistribución de los ingresos con un fuerte aumento del poder adquisitivo de los trabajadores, la reforma agraria en el campo, encontraban a una burguesía aún dividida ; más importante aún, las masas populares demostraban una actividad incansable y se daban los primeros síntomas de su participación a todos los niveles. En esas circunstancias se realizan las elecciones de regidores en todo el país, en las cuales los partidos de izquierda obtienen más del 50 % de la votación, siendo el resto dividido entre la Democracia Cristiana (burguesía reformista) y el Partido Nacional (conservadores). Es en esas condiciones que el Partido Socialista propone la realización de un Plebiscito (previsto en la Constitución) para poner término al Congreso Nacional y dar un salto cualitativo en el proceso. Será el Partido Comunista el encargado de frenar esta proposición y Allende el que pondrá en práctica una política diametralmente opuesta : la confianza en las clases medias, la alianza con la pequeña burguesía

propietaria. En esta forma fue desanimada la clase obrera que, encontrándose precisamente con mayor confianza que nunca para acorrallar a sus enemigos, activa, unida y disciplinada, se vió obligada a compartir su triunfo y sus esperanzas con sectores a los cuales se sentía diferente, que en medida importante la explotaban, y que no ocultaban que su objetivo histórico era profundamente divergente de la clase obrera. Este proyecto de incorporar a las clases medias al proceso revolucionario no dio los frutos esperados por el Partido Comunista; comerciantes, pequeños propietarios, industriales, etc. no tenía sus esperanzas puestas en el socialismo y estaban dispuestos a someterse a la clase obrera en función de una determinada relación de fuerzas, jamás de buen grado. No pasaría mucho tiempo sin que esos sectores medios fueran precisamente los más acerbos enemigos del Gobierno Popular — al menos los sectores más elevados de las clases medias —. La máxima de amenazar y halagar al enemigo fue llevada a la práctica con las peores consecuencias, y la oportunidad — aún dentro de la institucionalidad vigente — fue desperdiciada por falta de audacia, por temor a « avanzar demasiado rápido », por falta de confianza en las masas populares. A continuación siguió un largo período de equilibrio sumamente inestable de fuerzas entre las clases en pugna.

Sin embargo, en la Unidad Popular mantuvo su predominio el sector que aspiraba a detener el ritmo del proceso, a evitar que éste fuera « desbordado », y que reafirmaba su confianza en las instituciones vigentes para su utilización en las transformaciones. Este sector, dirigido por el Partido Comunista y con el aval del Presidente Allende, desarrollaba también en militantes y masas de izquierda la confianza en la posibilidad de ganar a las Fuerzas Armadas para una política « moderada » de transformaciones. A este sector mayoritario y de predominio en las decisiones de gobierno se oponía un sector que ganaba fuerzas entre las masas populares y estaba formado por la mayor parte del Partido Socialista, el MAPU, la Izquierda Cristiana y el MIR. Este sector de izquierda revolucionaria planteaba la necesidad de « avanzar sin transar » para evitar la derrota del proceso revolucionario, la desconfianza más absoluta en las instituciones del Estado, la necesidad de crear « poder popular », y la urgencia de llevar la política al interior de las Fuerzas Armadas para evitar que fueran solamente los oficiales reaccionarios los que tuvieran acceso a las decisiones. A la izquierda dividida, a la conducción reformista que pretendía dividir el proceso revolucionario chileno en etapas separadas y estancas, se oponía una derecha que había logrado reconstituir su unidad básica en un largo período que abarca desde Abril de 1971 a Octubre de 1972. En esta última fecha la burguesía había llegado a una conclusión : puesto

que la « legalidad » no nos permite enfrentar al Gobierno, destruyamos esa legalidad para terminar con Allende antes de su período constitucional.

En Octubre de 1972 la burguesía cree tener preparados todos los dispositivos para hacer caer al Gobierno Popular e inicia primero una huelga de camioneros (pequeños y grandes propietarios de camiones que aseguraban el transporte de materias primas, alimentos, etc. a lo largo de todo Chile). Gracias al éxito de esta huelga, la burguesía pretende paralizar totalmente el país y declara la Huelga General Patronal de industrias y comercios, tras el objetivo declarado de obtener la dimisión del Presidente de la República. En este cuadro es importante señalar que hasta esa fecha las instituciones de las Fuerzas Armadas como tales habían mostrado una total neutralidad y habían puesto oídos sordos a los requerimientos desembozados de la derecha. Señalemos también que entre los oficiales cundía la propaganda reaccionaria, y especialmente la del grupo fascista « Patria y Libertad ».

En esta forma, al llegar la fecha elegida por la burguesía para intentar el derrocamiento del Gobierno Popular, lo hace en las mejores condiciones para ella y frente a una izquierda maniatada por su respeto a la legalidad. Sin embargo, ni unos ni otros habían contado con la presencia y capacidad de respuesta activa de la clase obrera chilena: frente a la sedición derechista, la actividad de los trabajadores se multiplicó en pocos días en forma insospechada. En primer lugar, como respuesta a los patronos que paralizaban la producción en las industrias, los obreros procedieron en la mayor parte de las grandes y medianas, y en muchas pequeñas, a efectuar la « toma » de las mismas, expulsando a patronos, gerentes y altos administrativos, pasando de inmediato a organizar directamente con sus propias fuerzas la producción y comercialización de sus productos. En los campos se produjo en esa fecha un radical impulso a la expropiación de los latifundistas y en particular en las explotaciones agrícolas de carácter semi-industrial, viñas, lecherías, etc.; pasaban a manos de los campesinos y éstos organizaban los Consejos Comunales Campesinos, que dirigían su actividad en zonas geográficas bastante extendidas. En las ciudades, los partidos de izquierda revolucionaria y especialmente los militantes socialistas organizan los « Cordones industriales » y los « Comandos comunales » que pretenden asegurar la locomoción, orden público, distribución de alimentos, etc. en amplias zonas independientemente de las instituciones públicas, coordinando Sindicatos, Partidos, Juntas de Abastecimiento, como respuesta a la actividad sediciosa de patronos y comerciantes. La actividad de los trabajadores se mostró capaz de derrotar ampliamente a las organizaciones patronales, de impulsar la marcha del país al margen de las estructuras

estatales, y de una voluntad y conciencia de marchar ininterrumpidamente hacia el socialismo. En las calles de las principales ciudades del país se produjo de hecho la unidad de obreros, pobladores, estudiantes, amas de casa, empleados públicos y particulares, que discutían y se organizaban tras sus intereses comunes más allá de su militancia política partidaria. La actividad consciente de las masas alcanzó en Octubre del año 1972 en Chile el nivel más alto que se haya logrado hasta ahora en la historia de Latinoamérica.

Este nivel de conciencia revolucionaria no encontraba, sin embargo, su correspondiente en los partidos de la izquierda chilena, que se mantenían a la zaga de los acontecimientos y se negaban a abandonar los esquemas de desarrollo político con los cuales llegaron a triunfar en las elecciones de 1970. El Partido Comunista especialmente no fue afectado por los acontecimientos y sostuvo impertérrito sus posiciones previas, que contemplaban un proceso gradual. En el Partido Socialista se produjo una intensa discusión y prácticamente en todos los Comités Regionales se adoptaron posiciones correctas, que fueron invalidadas en su Comité Central, donde el sector reformista se negó a reconocer la movilización espontánea en toda su profundidad y a sacar las conclusiones necesarias. Es así como frente a una actividad popular sin contrapeso, en que la clase obrera aparecía como el sector social dominante, frente a una burguesía que retrocedía espantada sin haber logrado ninguno de sus objetivos y que perdía sus fábricas, sus tierras y su capital cada día que pasaba, el Gobierno Popular decide como respuesta a la actividad sediciosa de la derecha derrotada... llamar al Gobierno a los Comandantes en Jefe de todas las Fuerzas Armadas para hacerse cargo de importantes ministerios, entre otros, el de Gobierno Interior.

Es así como, ante el vacío político que se producía debido al empate — al equilibrio inestable de las fuerzas sociales en pugna —, el Gobierno Popular no solamente actuó como un factor neutral en ese empate, sino que incluso introdujo el elemento que terminaría por llenar ese vacío político: las Fuerzas Armadas que aplastarían a la clase obrera y reordenarían la nación en beneficio de la burguesía. Las Fuerzas Armadas aparecieron desde Octubre de 1972 como la potencia decisiva para enfrentar la amenaza de la clase obrera, y es así como la burguesía aceptó de inmediato la salida que se le proponía, reconocida de no sufrir males mayores y esperando reconquistar lo perdido gracias al nuevo aliado que el mismo Gobierno se encargaba de introducir en un rol de la más alta significación.

La oportunidad de dar un salto cualitativo en el proceso revolucionario se perdió debido a la inexistencia de una vanguardia

política que lograra entregar orientación y coherencia nacional a la actividad espontánea de las masas populares. Las organizaciones de extrema izquierda no tenían capacidad táctica ni arraigo en la clase obrera para convertirse en vanguardia real en esa fecha; en el Partido Socialista, los sectores de izquierda revolucionaria mayoritarios fueron neutralizados a nivel de su Comité Central, donde predominó la tendencia reformista, y en el Partido Comunista, el problema no llegó siquiera a plantearse dado su esquema estratégico reformista.

Una nueva coyuntura se plantearía cuatro meses después, con motivo de las elecciones nacionales de diputados y senadores que se realizaron en Marzo de 1973. Los partidos representantes de los distintos sectores de la burguesía lograron recomponer sus fuerzas después de la derrota sufrida en Octubre gracias al ingreso « institucional » que hicieran al gobierno las Fuerzas Armadas y se presentaron unidos a dichas elecciones, anunciando que al obtener los dos tercios de la votación exigirían la dimisión del Presidente de la República, como constitucionalmente podían hacerlo. Los errores del gobierno, la inflación casi incontrolada, la deficiente administración de las empresas estatales, el acaparamiento que había producido la escasez de numerosos artículos de consumo popular, permitieron una gigantesca campaña en parte financiada por la CIA que permitía prever un resultado semejante. La Unidad Popular se mantuvo todo el período citado a la defensiva, incapaz de ofrecer una perspectiva diferente a la vacilación que había sido su característica.

LA OFENSIVA CONTRA EL GOBIERNO DE ALLENDE

Es en esas condiciones que la madurez y conciencia de los trabajadores chilenos se pone nuevamente de manifiesto al entregar los cómputos un 44 % para la Unidad Popular. Esto es, la burguesía nuevamente había fracasado en su intento de obtener el 67 % que le permitía destituir al Presidente de la República, y asistía incrédula al resultado electoral, que para ella consistía en una nueva derrota. Sin embargo, el desconcierto de la burguesía duró sólo unos pocos días, pues inmediatamente retomó la ofensiva atacando al Gobierno desde todos los ángulos, en un frente unificado que abarcaba al Partido Nacional, a la Democracia Cristiana y a « Patria y Libertad ». En este frente unificado de la burguesía, tendiente a derrotar al Gobierno e impedir la prosecución del proceso revolucionario, ciertamente se daban diferentes proyectos reaccionarios. Los fascistas de « Patria y Libertad » y un sector del Partido Nacional, profundamente des-

confiados de los mecanismos institucionales que la burguesía había construido en muchas décadas, consideraban que éstos se encontraban agotados y resultaban impotentes para contener el avance de los trabajadores. Concluían que era indispensable una nueva organización de la sociedad chilena en la que debían participar las Fuerzas Armadas, los gremios patronales y los «partidos de orden».

La Democracia Cristiana encabezada por el ex-presidente Eduardo Frei pretendía un corte profundo en el desarrollo político chileno, el desarme ideológico y electoral de los partidos de izquierda y nuevas elecciones que le permitieran, a él y su partido, hacerse cargo de un nuevo gobierno que garantizaría la propiedad privada de los medios de producción, con las Fuerzas Armadas como árbitros de las distintas tendencias. Los partidos de la burguesía ya señalados no ocultaron después de las elecciones de Marzo de 1973 que consideraban el Gobierno de Allende como «ilegal» y que su objetivo era terminar con el mismo, en el menor tiempo posible y con los medios que fueran necesarios. Para este objetivo, los dirigentes del Partido Nacional y de «Patria y Libertad» por una parte, y de la Democracia Cristiana, por la otra, movilizaron a «sus hombres» en las Fuerzas Armadas, concretaron planes y prepararon la campaña de opinión a través de su control sobre los mass media.

Es importante precisar que, a esta altura del proceso, prácticamente todas las instituciones del Estado se revelaron profundamente ligadas a la supervivencia del sistema capitalista, aunque para su defensa incurrieran en flagrante «ilegalidad». El Parlamento compuesto de una Cámara de Diputados y una de Senadores, a pesar de contar con una gran representación de la Unidad Popular y una exigua mayoría a favor de todas las fuerzas de derecha unidas, se mantuvo durante todo el gobierno de Allende como uno de los principales arietes contra el mismo, llegando a votar la ilegitimidad del gobierno y llamando en ese voto explícitamente a las Fuerzas Armadas a derribarlo. El aparato judicial en su conjunto y principalmente a través de la Corte Suprema de Justicia se mantuvo incólume durante todo el periodo, rechazando las demandas del Ministro de Justicia y llegando a intervenir también abiertamente en política contingente al declarar que el Presidente Allende no respetaba la ley. La Contraloría General de la República — organismo sui generis existente en Chile — que debía dar curso a los decretos del Gobierno se negó en muchas ocasiones a hacerlo y en lo más álgido del conflicto constitucional entre Parlamento y Ejecutivo intervino también abiertamente, erigiéndose en super-árbitro que terminaba siempre por favorecer a la reacción.

El aparato administrativo, si bien dependía del Presidente y de sus ministros, también se reveló en numerosas ocasiones profundamente conservador y enemigo de las iniciativas de los trabajadores, y a pesar de que sus responsables eran en su casi totalidad militantes de la Unidad Popular, solamente reveló capacidad para mantener las estructuras creadas y jamás demostró iniciativa para desarrollar nuevas formas orgánicas. Finalmente, señalemos que las Fuerzas Armadas se mantuvieron durante un largo período, hasta inmediatamente después de las elecciones parlamentarias de Marzo 1973, como un elemento neutral en la lucha de clases que conmovía el país. La circunstancia muy especial de que el general Carlos Prats, Comandante en Jefe, fuera un hombre profundamente constitucionalista, inhibía a los sectores golpistas, que temían la división de las Fuerzas Armadas y la consiguiente guerra civil. Sin embargo, durante todo ese período crecía la influencia y organización de los golpistas y especialmente de los fascistas.

Después de las elecciones de Marzo, que descartaron una « salida legal » hasta el año 1976, en que terminaba el mandato del Presidente Allende, los militares golpistas empezaron a actuar abiertamente, allanando fábricas, locales sindicales y partidos de izquierda, haciendo requerimientos sediciosos cada vez más públicos y llegando a demandar la prisión de los principales líderes de izquierda (Carlos Altamirano, Miguel Enríquez y Oscar Garretón). En esta forma, la presunta profesionalidad de las Fuerzas Armadas se revelaba válida solamente para los períodos de calma y falsa cuando arreciaba la lucha de clases. Las Fuerzas Armadas formaban parte, ciertamente, del conjunto de la nación y de sus clases sociales, incluso existían ciertos generales reformistas y constitucionalistas que defendían el Gobierno de Allende y fueron muchos los suboficiales y tropa que fueron arrestados y posteriormente pagaron con sus vidas su apego Gobierno legal, pero el conjunto de las Fuerzas Armadas se mostró ya en Mayo de 1973 como abiertamente comprometido con la salvaguardia del sistema capitalista y dispuesto a intervenir para lograrlo.

En efecto, a finales de Junio de 1973, un sector del Ejército desconectado del resto de los golpistas se adelantó y pretendió iniciar el movimiento faccioso. La presencia del general Prats, y su aislamiento, hicieron que fueran derrotados, lo que produjo una nueva alza en el movimiento popular, que llamó a crear de inmediato « poder popular », discutir en el seno de las Fuerzas Armadas con libertad de expresión para sub-oficiales y tropa, y castigar enérgicamente a los complotados. La pasividad del Gobierno y de la Unidad Popular fue, sin embargo, casi total. Ya en esa fecha, Junio 1973, el Partido Comunista y Allende veían la única

salida en un «compromiso histórico» con sectores de la burguesía a través de la Democracia Cristiana y desconfiaban profundamente de la capacidad de movilización de los trabajadores. Comprobaban con desaliento que su política hacia las Fuerzas Armadas había fracasado y que la casi totalidad de la oficialidad estaba contra el Gobierno y se preparaba para intervenir. En consecuencia, sacaban la conclusión que solamente un entendimiento con la Democracia Cristiana podía impedir el golpe de Estado que se avecinaba. Es discutible si la vitalidad de las masas populares estuviera agotada ya para esa fecha y si una activa propaganda al interior de las Fuerzas Armadas no hubiese impedido la masacre posterior, creando fuerzas que equilibraran las relaciones, pero lo cierto es que esa táctica de entendimiento con la burguesía fracasó una vez más. En efecto, el «patrón» de la Democracia Cristiana dejó llevar adelante las conversaciones para mantener desmovilizados a los militantes populares, para finalmente desahuciar las conversaciones. Lo que Frei tenía en mente no era compartir el poder con la Unidad Popular, ni siquiera frenar el proceso revolucionario, pues sus pretensiones ya en esa fecha consistían en un golpe que facilitara nuevas elecciones permitiéndole regresar al poder.

En esta forma, una nueva coyuntura favorable para pasar a la ofensiva era desaprovechada por la visión estratégica «legalista» de los principales dirigentes de la Unidad Popular. Las cartas ya estaban jugadas y desde esa fecha hasta el 11 de Septiembre asistiremos a la más completa pasividad del Gobierno frente a los preparativos sediciosos y a la propaganda de «No a la guerra civil» que agitaba el Partido Comunista para terminar de desmovilizar a las masas. En resumen, podemos decir que un proyecto de transformaciones revolucionarias que hería en profundidad los intereses de la burguesía chilena y del imperalismo, alterando las relaciones de fuerza entre las clases y haciendo participar activamente a la clase obrera en la dirección de la nación, se vió frustrado por una dirección fundamentalmente reformista que jamás se pronunció correctamente sobre el problema del poder y pretendió idealizar la democracia burguesa y sus posibilidades históricas. El conjunto de la Unidad Popular presentó una estrategia que consultaba el desaparecimiento del poder económico y social de la burguesía y por tanto iba cualitativamente más lejos que todo proyecto reformista. Lamentablemente, esa estrategia no fué acompañada de una táctica similar. Las desviaciones del sector reformista de la U.P. impidieron el triunfo de un proceso revolucionario, una táctica y una conducción en la que jugó un papel privilegiado el Partido Comunista frenaron el desarrollo del «poder popular», juzgaron erróneamente el papel y las posibilidades de las instituciones democrático burguesas,

visualizaron incorrectamente la política de alianzas de clases y fueron incapaces de ganar un sector de las Fuerzas Armadas para apoyar al gobierno. El acceso al gobierno se reveló profundamente diferente de la conquista del poder cuando las intenciones y voluntad reales consistían en la modificación de las estructuras económicas y sociales. En todo proceso político existen responsabilidades, los errores teóricos se pagan en la práctica y las conclusiones partidarias deben dar cuenta ante las masas de sus éxitos y fracasos. Como afirma actualmente en el interior de Chile la Coordinadora de Regionales del Partido Socialista, «la dirección de la U.P. y el Gobierno se negaron sistemáticamente a reconocer ante las masas la inevitabilidad del enfrentamiento con la burguesía y la necesidad de acelerar en gran escala los preparativos armados para resolver el problema del poder».

EL DILEMA DE CHILE: SOCIALISMO O FASCISMO

En el proceso revolucionario chileno que se viera frustrado por la intervención del imperialismo y la burguesía por intermedio de las fuerzas armadas, se ha sufrido una gravísima derrota para el movimiento popular chileno y mundial, no sólo por la acción del poder enemigo, sino fundamentalmente por los errores de la dirección política de la Unidad Popular. La derrota del proletariado chileno, el triunfo del fascismo, representan un retroceso muy importante para el proyecto histórico revolucionario, pero no ciertamente su cancelación. El tipo de Estado en Chile sigue siendo capitalista y dependiente, con un grado máximo de agudización en sus contradicciones y hemos visto como la actual dictadura surgió precisamente de la lucha de clases, del esfuerzo de los trabajadores por liberarse. La lucha contra la dictadura no es, en consecuencia, una simple lucha contra la inhumanidad y por la democracia, pues los trabajadores mantienen su propio proyecto histórico alternativo a la organización actual de la sociedad chilena, y ese proyecto es el socialismo, el mismo que contemplaba el programa de la Unidad Popular, perfeccionado en el plano de la conquista del poder.

El dilema de la organización de la sociedad en Chile sigue siendo, con más actualidad que nunca, de socialismo o fascismo. Todas las otras formas de dominación de la burguesía no son posibles más que en determinados períodos, pero en definitiva — y ya lo hemos visto — tan pronto la clase obrera amenaza efectivamente su poder, una lucha frontal se entabla entre las clases contendientes y el triunfo de la burguesía significa la violencia fascista con todas sus secuelas. La única alternativa al socialismo, cuando éste se convierte en una posibilidad real, es el fascismo. Por consiguiente, la única alternativa real al fascismo es, para los

trabajadores, el socialismo. Más aún, después del peligro que sufrieron la burguesía y el imperialismo debido a las grietas del sistema democrático institucional que esta misma había forjado, no hay posibilidades en Chile para un gobierno de carácter reformista, ya sea burgués u obrero, en un plazo corto o mediano. En efecto, la conciencia revolucionaria de la clase obrera, la realidad y factibilidad de sus objetivos históricos, el enorme bagaje de su capacidad organizativa, son todos factores que no se borran en tres o cinco años a pesar de la intensidad de la represión. Este es un caudal que está presente y se mantendrá presente por muchos años en el desarrollo político de Chile, y así como no son ignorados por la burguesía y sus representantes, también deben ser considerados con igual profundidad por los partidos de la clase obrera y sus aliados. Mañana puede ser Frei el presidente de la República, pero ello solamente significará que los militares se agotaron más rápidamente de lo esperado y que en ese momento le corresponde a un hombre de la vocación anti-democrática de la burguesía demócratacristiana el sucio papel de reprimir a los trabajadores y desarrollar un modelo de desenvolvimiento económico sobre las espaldas de los mismos y en beneficio de las grandes empresas transnacionales.

Después de la experiencia chilena, de una cosa podemos estar ciertos, el sistema democrático más avanzado permite la realización de reformas importantes, pero en función del mismo la burguesía y sus instituciones jamás aceptarán una transformación revolucionaria de la sociedad sin luchar con todos los medios a su alcance para impedirlo. Y, por tanto, para todos los que aspiran a edificar una sociedad sin explotadores es indispensable prever los medios no solamente para alcanzar el gobierno, sino fundamentalmente el poder, sabiendo que ello significa enfrentarse a la reacción y a todos sus aparatos de dominación y en especial a los aparatos armados. El 11/Septiembre 1973 concluyó una etapa de la historia política de Chile y particularmente de la lucha de los trabajadores en el marco institucional democrático-burgués. En esa fecha se inaugura un nuevo período, en las peores condiciones dado el triunfo inicial del fascismo, de la burguesía, del imperialismo, pero que solamente puede concluir con la conquista de los objetivos estratégicos del proletariado: la destrucción del Estado burgués y sus instituciones, la dictadura de la clase obrera sobre sus enemigos sociales y la más amplia democracia para sus integrantes, el inicio de la construcción del socialismo. A partir de esta estrategia se está elaborando — y practicando — una nueva táctica en el interior de Chile por sus legítimos representantes.

Gabriel SANTANA

(Militante del Partido Socialista chileno)

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA CRISIS ECONOMICA DEL CAPITALISMO

Para comprender la naturaleza y las posibles consecuencias de la crisis actual, es necesario situarla en la perspectiva histórica correcta. Y para llevar a cabo esta tarea hemos de tener presente que lo que constituye la historia del capitalismo es la interacción entre la lógica interna del sistema y el entorno cambiante en cuyo seno se mueve.

...El proceso de acumulación ha conocido, durante el curso de la historia, bastantes largos periodos de expansión continua caracterizados (fluctuaciones cíclicas aparte) por la rápida expansión de la mano de obra y la plena utilización de las capacidades de producción. Examinando atentamente estos periodos, constataremos, en todos los casos, el papel determinante de uno o de varios de los factores siguientes :

- 1) Una gran innovación que lleva consigo una nueva tecnología, productos nuevos y cambios profundos en la estructura de la actividad económica. Son clasificados en esta categoría : la máquina de vapor en el Siglo XVIII y comienzos del XIX ;
- 2) La expansión imperialista y las guerras coloniales.
- 3) Una guerra entre potencias imperialistas.
- 4) La reconstrucción consecutiva a una guerra imperialista y la preparación de nuevas guerras.

Después del artículo sobre « La crisis mundial del capitalismo » del compañero Daniel Vidal, publicado en el número 2 de la revista, tenemos especial interés en ofrecer a nuestros lectores un amplio resumen de un análisis de la crisis en los Estados Unidos realizado por un equipo de economistas de « Monthly Review », publicación marxista independiente que se edita en Nueva York. Pese a la reciente « reactivación » de la economía norteamericana, el artículo de « M.R. » conserva su actualidad fundamental.

DOS FUENTES DE DESARROLLO: EL AUTOMOVIL Y LA GUERRA

Fue la primera guerra mundial la que salvó a los Estados Unidos de una «Gran Depresión» en aquella época. Si pudo ser aplazada hasta finales de los años 20, fue gracias a la primera ola de «automovilización», término éste que no solo abarca el desarrollo de la industria automovilística propiamente dicha, sino también el de otras numerosas industrias y actividades estrechamente relacionadas con ella, como son el petróleo, vidrio, acero, caucho, construcción de autopistas, expansión urbanística, etc. Los años 1916-1929 conocieron, pues, un desarrollo económico de suma importancia y una reducción del paro (promedio: 4,5 %). Exuberantes economistas saludaron entonces este periodo como la «Nueva Era» que, según palabras del presidente Herbert Hoover, pondría una gallina en el puchero de cada hogar y un coche en cada garaje.

...Fue preciso esperar a la segunda guerra mundial para ver estos estimulantes manifestarse de nuevo. Para los Estados Unidos, esta guerra inauguró un nuevo periodo, excepcionalmente largo para los criterios capitalistas, caracterizado por 30 años de expansión y salpicado más o menos regularmente por ligeras recesiones (1). La guerra mundial, la preparación de nuevas guerras, dos importantes guerras regionales (Corea y Vietnam) y la segunda gran ola de «automovilización»...

...Numerosos inventos y nuevas tecnologías, en su mayor parte originados por la guerra, tuvieron su importancia durante este periodo, pero fueron incapaces de impedir por sí mismos que el sistema se sumiera en una nueva fase de estancamiento.

...Hacia fines de los años 60, la resistencia vietnamita y la creciente hostilidad de la opinión norteamericana a la nueva guerra, obligaron a los Estados Unidos a reducir sus compromisos militares en el Sureste asiático; las fuerzas de expansión subyacentes daban signos evidentes de debilitamiento y el largo periodo de expansión derivaba hacia su fin natural, es decir, hacia un estancamiento comparable con el de los años 30. Pero el crecimiento extraordinario y verdaderamente frenético de los gastos públicos y privados, financiados por el empréstito, insufló un efímero segundo aliento al sistema. El peso de los monopolios en

(1) Estas recesiones han sido, realmente, de poca amplitud. Pero la que comenzó en 1958 demostró una tendencia muy acusada a degenerar en estancamiento. Del que pudo salvarse gracias a la preparación de la guerra bajo la administración Kennedy y a la guerra del Vietnam.

la economía norteamericana — mucho más considerable que en las décadas 20 y 30 — hizo que esta explosión de gastos provocara una aceleración de la inflación sin estimular la economía en su conjunto (2).

UNA ECONOMIA BASADA EN EL ENDEUDAMIENTO

Desde entonces nos vemos afligidos al mismo tiempo por dos enfermedades endémicas: por un lado un endeudamiento y una inflación hipetrofiada y, por otro, un estancamiento que se agrava más cada día, como lo demuestra el aumento constante del número de parados. Los pontífices de la ciencia económica, que no habían previsto esta situación y que son incapaces de explicarla, la han bautizado con un nombre tan feo como el mismo objeto: la estanflación (estancamiento más inflación). Antes de que el capital monopolista alcanzara su madurez, tal combinación hubiera parecido tan imposible como un carnero con cinco patas.

He aquí un amplio párrafo de «Business Week», revista seria y poco inclinada al sensacionalismo, destinada a los hombres de negocios. Este texto, extraído de un suplemento publicado el 13 de Octubre último con el título «La economía de la deuda», arroja brutalmente un haz de luz sobre la situación actual: «La economía norteamericana descansa sobre una montaña de deudas de dos billones y medio de dólares de altura; una montaña hecha con todos los automóviles, todas las casas, todas las fábricas y todas las máquinas que han hecho de nuestro país el más rico de toda la historia del mundo...»

«La economía norteamericana es verdaderamente la Economía de la Deuda y nadie podrá disputarle este título. Ella es la que cuenta con los mayores prestadores y los más grandes prestatarios y la que dispone del sistema financiero más perfeccionado. Las cifras sobrepasan la imaginación: Un billón de dólares de bido por las empresas; seiscientos mil millones de dólares de deudas hipotecarias; quinientos mil millones de dólares de deudas gubernamentales; doscientos mil millones de deudas de los Estados y de las colectividades locales; doscientos mil millones debidos por los consumidores. Para sostener treinta años de prosperidad y exportar al extranjero, nuestro país ha contraído deudas por 200 millones de dólares diarios por término medio desde el final de la segunda guerra mundial...»

(2) Para un análisis completo del fenómeno, véase «Keynesian chickens come home to roost», «Monthly Review», Abril 1974.

...Los grandes bancos se basan en el hecho de que una crisis tipo 1929 no se producirá esta vez dado que el gobierno intervendrá para impedirlo. He aquí lo que escribe la First National City Bank en su «Monthly Economic Letter» de Septiembre último, bajo el título «La Gran Depresión: la historia no se repite nunca verdaderamente»: «Bastaría un poco de duda para que los bancos centrales acudieran hoy en socorro de cualquier banco importante cuya liquidez se viera amenazada por la situación económica general. La pasividad del Federal Reserve Bank en 1930-33, ante la ola de bancarrotas bancarias, pertenece a otra época, en la que prevalecía una concepción de un banco central. Además, los Estados Unidos disponen hoy de la Federal Deposit Insurance Corporation (FDIC), que sirve de barrera contra una repetición de 1930. Al garantizar todos los depósitos hasta 20.000 dólares cada uno, los endosa de hecho y los convierte en obligaciones del gobierno federal. Los mismos fundamentos de un movimiento de pánico del público son así suprimidos».

...Los grandes bancos y las grandes empresas tienen razones sobradas para dar por descontada una rápida intervención por parte del gobierno y que podría cobrar forma de moratoria de las deudas y de medida de salvación. Bajo el título «Estas empresas que se han hecho demasiado grandes para desaparecer», «Business Week» escribía el 27 de Enero 1975: «Las grandes empresas norteamericanas han adquirido proporciones tales, en tanto que proveedoras de empleo y de rentas, que él (el gobierno) no podrá decidirse a ver a una de ellas cesar su actividad. Así, pues, está obligado a definir la política del país de modo que asegure la supervivencia de estas grandes empresas en vez de dejar a la economía reajustarse por medio de la deflación».

LAS VIRTUDES DE UNA POLITICA DE AUSTERIDAD QUE FAVORECE AL BENEFICIO.

Si nos situamos en esta hipótesis, la cuestión a la que debemos tratar de responder no es la saber si el gobierno intervendrá para impedir la generalización de un movimiento de pánico, sino ¿qué ocurrirá después de que el gobierno se haya visto obligado a intervenir? ¿Cuáles son las políticas que se elaboran en ese momento en el seno de la clase dominante? Estas políticas ¿son realistas? Preguntas, éstas, a las que ahora trataremos de responder.

Los capitalistas y su portavoz tienen siempre la tendencia a pensar que todas las dificultades provienen de la insuficiencia de la plusvalía. El beneficio (que es uno de los componentes de la

plusvalía) determina la incitación a invertir ; en cuanto a la plusvalía total, ésta constituye el depósito en el que los capitalistas sacan el capital necesario para las nuevas inversiones. Como la prosperidad capitalista implica una tasa de inversión crecida, parece lógico concluir, pues, que el remedio contra una recesión consiste en aumentar la masa de la plusvalía que va a llenar los bolsillos de los capitalistas y de los demás beneficiarios de rentas que de ella se derivan. Si proseguimos el argumento hasta el final, esta solución nos brindaría, a la vez, la incitación para invertir y los medios de la inversión. Los objetivos de política económica y social que se desprenden de este diagnóstico están claros para todos : oprimir a los trabajadores y, en general, a los consumidores, en provecho de los ricos y de las empresas. Un ejemplo característico de este tipo de razonamiento nos lo ofrece « Business Week », que, en su suplemento a « Una economía endeudada » (12 de Octubre de 1974), escribía : « La lentitud del crecimiento norteamericano es ineluctable (el autor reconoce que los Estados Unidos entran en un nuevo período de estancamiento)... Una parte de la población deberá, pues, reducir su tren de vida... Las municipalidades, los Estados, el mercado hipotecario, las pequeñas empresa y los consumidores, van a verse obligados a contentarse con menos, ya que la buena salud de nuestro país depende ante todo de la buena salud de sus grandes empresas y de sus bancos que son los mayores prestatarios y los mayores prestadores... »

« Esquemáticamente, mientras las grandes empresas marchan bien pueden pagar sus impuestos y ofrecer empleos... Pero cuando caen enfermas, las gentes pierden su empleo y dejan de comprar. Nadie paga los impuestos, los gobernantes y las autoridades locales no tienen más dinero y todo el mundo — empresas, consumidores, gobierno federal y gobiernos de los Estados — se encuentra sin un céntimo o se hunde todavía más en el círculo vicioso del endeudamiento... »

« Con todo, numerosos son los norteamericanos que aceptarán difícilmente el contentarse con menos para que las grandes empresas tengan aún más. Tanto más cuando de manera evidente se ve que si las grandes empresas y los grandes bancos son las víctimas más patentes de los inconvenientes de una economía demasiado endeudada, también son ellos en gran medida los responsables de tal estado de cosas... Ninguna de las dificultades con que se ha enfrentado nuestro país — o cualquier otro país del mundo — en el curso de la Historia, es comparable al esfuerzo de persuasión que hay que emprender desde ahora para que la población acepte esta nueva realidad. Y ni siquiera es seguro que esta tarea pueda ser llevada a cabo ».

Esto recuerda de modo bien elocuente el remedio prescrito al pueblo alemán por su clase dominante en 1933: institución de un régimen fascista sin piedad; aniquilamiento de todos los grupos de oposición, particularmente los de la clase obrera; congelación de los salarios; redistribución de la riqueza en favor de las empresas y de los ricos. Pero la fórmula aplicada con éxito por los nazis para sacar a Alemania de la depresión de los años 30, llevaba consigo otro ingrediente esencial: los enormes gastos inherentes a la preparación de la guerra, gastos que aumentaban el empleo y estimulaban las inversiones directa e indirectamente.

UNA PLANIFICACION GLOBAL AL SERVICIO DEL GRAN CAPITAL

Sin negar la importancia de un aumento de la plusvalía, otros economistas burgueses menos doctrinarios reconocen que la situación crítica de la economía hoy y su rápida agravación exigen poner en práctica un programa de muy distinta amplitud. Tan es así que, recientemente, ha sido propuesta la resurrección de la Reconstruction Finance Corporation (RFC) creada en 1932, último año de la presidencia de Hoover, y disuelta en 1953 bajo Eisenhower. La misma RFC es una especie de segunda edición de la Finance Corporation, creada durante la primera guerra mundial para facilitar el financiamiento de fábricas de municiones, función también desempeñada por la RFC durante la guerra última. La defensa más interesante — que nosotros sepamos — en favor de esta nueva RFC, está contenida en un artículo publicado en el «New York Times» del 1^{er} diciembre de 1974, con la firma de Félix Rohatyn («Hacia una nueva RFC para la economía»). Nacido en Austria, Rohatyn es uno de los socios del banco internacional de inversiones Lazard Brothers; también ocupa un puesto de director en varias grandes empresas (entre ellas el ITT) y goza de una reputación de experto en el dominio, políticamente delicado, de las fusiones de empresas.

«La Bolsa de Nueva York — escribe Rohatyn — ha estimado recientemente las necesidades en capitales de la industria norteamericana, para los años venideros, en unos cincuenta mil millones de dólares anuales. Ahora bien, según parece, solamente cinco mil millones de dólares serán disponibles en 1974 para satisfacer estas necesidades».

Si la RFC resucitada debe, directa o indirectamente, permitir a las empresas norteamericanas vender cada año 40 mil millones de dólares de acciones nuevas, está llamada, efectivamente, a de-

sempeñar una función esencial en el capitalismo norteamericano.

...Cualquiera que sea la idea que uno haya podido forjarse a propósito de la RFC en su primera versión, esta vez se trataría — para Rohatyn — de hacer de ella una parte integrante del sistema : « La RFC debería convertirse en un elemento permanente de nuestra organización económica. Más que un prestador de última hora, una herramienta perfeccionada de salvamento y de incitación. No es necesario, ni deseable, que conserve constantemente acciones de cualquier empresa. No debe ejercer su papel de inversor — bajo la forma de participaciones en capital o de préstamos — nada más que en el momento en que pueda, para el interés público, apartarse de la empresa en la que ha invertido, con el fin de ceder el sitio a los mecanismos normales del mercado cuando éstos son ya capaces de desempeñar su cometido. De hecho, la RFC sería un fondo de financiamiento renovable — y, es de esperar, aprovechable — que intervendría solamente cuando no hay otra alternativa y que se retiraría cuando el interés público ha sido satisfecho y las fuerzas normales del mercado puedan funcionar de nuevo ».

Una vez más, uno puede darse cuenta de las ideas del autor. Y, naturalmente, no es difícil prolongar la lista de los proyectos que necesitarían los servicios de un organismo capaz « de invertir, de compartir los riesgos, de prestar y de garantizar », dado que la mayor parte de estos proyectos tienen pocas posibilidades de verse realizados sin tal intervención : modernización de los ferrocarriles, transportes urbanos de masa, lucha contra la contaminación, construcción de viviendas baratas, etc. Orientada hacia el mercado, en busca del beneficio, la empresa privada ha fracasado lamentablemente en lo que respecta a satisfacer las necesidades sociales mínimas (incluso desde el punto de vista capitalista) en estos sectores como en muchos otros. Lo que Félix Rohatyn propone es que la clase capitalista, actuando a través del Estado — que ella misma controla — ponga en funcionamiento una institución permanente capaz de cumplir una misión doble : por un lado, poner término a una recesión económica que podría conducir a la catástrofe y, por otro, subvencionar directa o indirectamente la inversión y la producción para los bienes y servicios que los monopolios privados consideran como no rentables o demasiado arriesgados. Si se diera el caso de que algunas de estas inversiones resultasen rentables, entonces sería el sector privado quien las volvería a tener por su cuenta : la tarea del Estado, en régimen capitalista, no consiste en apropiarse los beneficios, sino en socializar las pérdidas y vigilar para que los mecanismos del sistema estén bien engrasados.

...Rohatyn no nos dice qué otros instrumentos de planificación

económica a largo plazo serían útiles o deseables. Otros que él, por el contrario, pasan a los actos y puede preverse una avalancha de proposiciones en este sentido. Un artículo publicado el 10 de Marzo último en el «Business Week» rompe la marcha: «Hombres de negocios, economistas y políticos, consideran en su gran mayoría que la planificación económica gubernamental es algo así como la encarnación del demonio. Empero, la gravedad de la recesión actual, única desde los años 30, ampliada por la crisis de la energía, pone de nuevo sobre el tapete, tanto en Washington como en otros lugares, la idea de una planificación nacional.»

...La planificación económica a largo plazo corre el riesgo de recurrir a otro instrumento esencial, a saber: bajo una forma u otra, el control de precios y salarios, calificado a menudo, por puro eufemismo, de «política de redistribución de la renta», ya que el objeto real de esta política no es otro que la regulación de la tasa de la plusvalía en interés del capital. El objetivo antes citado, de disminuir los ingresos de la población para aumentar los del gran capital, es, evidentemente, una de las formas de esta regulación.

UNA EVOLUCION IRREVERSIBLE EN DIRECCION DE UN CAPITALISMO DE ESTADO

Si, por un momento, dejamos de lado la cuestión de la eficacia de eventuales tentativas de planificación, podemos estar seguros de una cosa: la crisis económica actual y el nuevo periodo de estancamiento del cual es preludio van a obligar a los Estados Unidos a dar un gran paso hacia el capitalismo de Estado. La tendencia está indicada por las operaciones de salvamento de gran amplitud que, prácticamente, ya están en vigor en ciertos sectores de la economía (banca, ferrocarriles, etc.). Esta evolución cobrará sin duda la forma de una política de inversión bancaria de gran envergadura, del tipo RFC propuesta por Rohatyn. Podría incluir ciertos esfuerzos más o menos serios de planificación económica nacional, pero cualquiera que sea la dosis finalmente prescrita, la marcha de los Estados Unidos hacia una intervención creciente del Estado en la economía parece irreversible.

Esto motiva dos observaciones. En primer lugar, pese a cuanto puedan decir los conservadores y los llamados expertos en «ciencias» humanas, esto nada tiene que ver con el socialismo (3).

(3) Incluso los marxistas olvidan a veces que el socialismo no es un modo de producción sui generis, sino una forma social de transición que consiste en modificar y después en eliminar al mismo tiempo el ca-

Por otra parte, el capitalismo de Estado se ha desarrollado ya más en ciertos países capitalistas avanzados que en los Estados Unidos, de tal modo que la evolución que se perfila en nuestro país se confunde con un proceso de recuperación del retraso.

En cuanto a saber si la marcha hacia el capitalismo de Estado puede, y en qué medida, frenar la crisis actual y evitar el estancamiento que amenaza, es necesaria la mayor prudencia. Ya hemos indicado antes que el gobierno estaba en condiciones, efectivamente, de detener la generalización de un movimiento de pánico haciéndose cargo por cuenta propia de las deudas de empresas o de bancos en situación difícil, o garantizando dichas deudas. ¿Puede hacerse más aún? — He aquí la cuestión crucial.

Un balance riguroso de la experiencia de aquellos países en los que el capitalismo de Estado se encuentra más avanzado que en los Estados Unidos nos llevaría, sin duda, a la conclusión de que cierto estímulo del empleo y de la inversión puede ser obtenido gracias a este medio, pero que, en la mayor parte de los casos, estos medios están muy pronto limitados debido a la presión que el entorno internacional hace pesar sobre ellos. Sin embargo, sería erróneo transponer esta conclusión a los Estados Unidos, aunque nada más fuera por la razón de que los Estados Unidos son, y con mucho, la parte más importante del sistema capitalista mundial y responsables más que proporcionalmente de los agobios internacionales que tan considerablemente pesan sobre los otros países. Podría deducirse que si el capitalismo de Estado en Estados Unidos demostrara ser capaz de mejorar de modo decisivo el funcionamiento de la parte más importante del sistema, las demás partes podrían beneficiarse inmediata y plenamente de las ventajas del capitalismo de Estado en sus respectivos países. Carentes de referencias para apreciar la solidez de este argumento, habremos de contentarnos con examinar a continuación la primera mitad:

¿Qué podría realizar el capitalismo de Estado en los Estados Unidos? Sobre este punto, paradójicamente (al menos es lo que a muchos les parece), el problema corresponde más a la política que a la economía. La riqueza y la productividad considerable de Estados Unidos otorgan a este país lo que, por analogía con una

pital y el salario, es decir, en abolir la relación, de opresión, de explotación y de alienación que liga a los obreros, obligados a vender su fuerza de trabajo para vivir, con una clase distinta que posee o controla los medios de producción. El Estado burgués se esfuerza siempre en reforzar esta relación y en asegurar su perpetuidad y no en debilitarla o hacerla desaparecer.

terminología matemática, puede denominarse un grado de libertad casi infinito. Resulta fácil imaginar planes sobre el papel que, aún dentro de los límites del capitalismo, eliminarían las irracionalidades más absurdas y más costosas del sistema y emplearían los recursos materiales y humanos que resultaran disponibles en resolver los numerosos problemas que hoy parecen insolubles.

LOS VICIOS DEL SISTEMA CONDENAN DE ANTEMANO LAS TENTATIVAS DE PLANIFICACION

Las elucubraciones fascinan a nuestros candidatos planificadores saturados de buenas intenciones. No se les ocurre preguntarse de donde proceden tales absurdas irracionalidades, que son cada vez más costosas; desdeñan sencillamente el hecho de que cada una de ellas se ha convertido en fortaleza o en campo atrincherado de las ventajas adquiridas cuyo poder político es considerable y que no tienen la menor intención de conceder el mínimo sacrificio en aras del interés general, ni siquiera dando a esta noción vaga una acepción capitalista. ¿Cómo resolver o, por lo menos, abordar el problema de la energía si las grandes sociedades petrolíferas acaparan una parte cada vez mayor de las fuentes de energía rentables del país y tienen bajo su férula una fracción imponente de la Cámara de Representantes?

¿Cómo otorgar a los ferrocarriles y a los transportes urbanos de masa la prioridad que el sentido común exige le sean dadas frente a los poderosos intereses de la industria del automóvil, de los transportistas por carretera, de los petroleros o de los constructores de autopistas? ¿Quién va a persuadir a los grupos inmobiliarios y a los bancos hipotecarios para que se integren en un programa de construcción de viviendas baratas? Dad a estas preguntas una respuesta que valga y nosotros prestaremos atención a vuestros planes improvisados. Pero si no dais la respuesta, entonces disculpadnos: otras tareas más importantes nos aguardan.

La clase obrera, como siempre, es la víctima principal de la depresión capitalista. Los salarios reales bajan desde hace varios años y el paro rebasa con mucho la tasa oficial del 8,2 % (porcentaje global que comprende un 40 % correspondiente a los negros menores de 40 años). Numerosos trabajadores están ya atrapados hasta el cuello y, como los fondos de socorro al paro se agotan rápidamente, una gran proporción de ellos se ven forzados a recurrir a la asistencia pública. Incluso aquéllos que todavía tienen un empleo viven con la zozobra de perderlo y de tener que afrontar la miseria para ellos y sus familias. En el país

más rico del mundo, la clase obrera entabla una verdadera lucha por la existencia.

En tales circunstancias, los sindicatos — burocratizados por completo, cuya integración en el sistema tiene como finalidad el control de la clase obrera y no la defensa de sus intereses y que, de todos modos, no representan nada más que la cuarta parte de la clase obrera — no van a convertirse de la noche a la mañana en instrumento activo de la lucha de clases del proletariado. Su actitud estará más bien caracterizada, como la del American Federation of Labor en los años 30, por la impotencia y por una táctica de obstrucción. Y como en los años 30, podrán sin duda aparecer nuevas organizaciones y nuevas formas de lucha a medida que los trabajadores se enfrenten con la realidad siniestra de la depresión capitalista.

No es posible prever lo que serán estas nuevas organizaciones y estas nuevas formas de lucha, ni cuando se manifestarán. Pero toda la historia del movimiento obrero demuestra que aparecerán necesariamente: cada crisis importante pone en marcha las energías latentes y obliga a la clase obrera a actuar. No hay razón alguna para que hoy ocurra de otro modo.

Desde ahora mismo hasta entonces, es preciso que reflexionemos acerca del papel que habrán de desempeñar la izquierda y los revolucionarios en el nuevo período que se abre ante nosotros. En el actual estado de cosas, sería insensato creer que los movimientos de izquierda son capaces de conducir las luchas que se producirán en este país. Para merecer un papel dirigente, deberán demostrar ante todo que han comprendido los acontecimientos actuales y sus implicaciones. Únicamente después de haber dado pruebas de esta comprensión es cuando podrán desempeñar el papel crucial (incluso si es modesto en los comienzos) en las luchas de los trabajadores; papel que consistirá en interpretar y explicar la situación. Podrán demostrar a un número cada vez mayor de obreros que los combates en los que se ven obligados a tomar parte son esencialmente de carácter defensivo. Podrán negarse a ser llevados, o llevar a los demás, al pantano del reformismo burgués, siempre abierto para tragarse a los que arriesguen. Y, por encima de todo, deberán enarbolar la bandera del socialismo revolucionario, que es la única que brinda la promesa final de una existencia aceptable no sólo para los trabajadores norteamericanos, sino, asimismo, para toda la humanidad, que se halla hoy más que nunca amenazada de destrucción física e intelectual.

(« Monthly Review », Marzo y Abril 1975).

EL STALINISMO Y EL POUM

por Martin LAIN

Desde hace un cierto tiempo se viene diciendo que los dirigentes del Partido Comunista de España y del Partido Socialista Unificado de Cataluña se proponen «abrir el expediente del POUM y del asesinato de Andrés Nin», Algunos militantes comunistas nos lo han confirmado en términos bastante explícitos y nos han dicho incluso que en el seno de estas organizaciones ha habido en los últimos años discusiones apasionadas sobre el «pasado stalinista», pasado que se quiere borrar a toda costa.

Nos lo explicamos perfectamente. Como dijo Fernando Claudin, dirigente comunista durante largos años, «la represión contra el POUM, y en particular el odioso asesinato de Andrés Nin, es la página más negra en la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice del crimen cometido por los servicios secretos de Stalin. Los comunistas españoles estábamos, sin duda, alienados — como todos los comunistas del mundo en esa época y durante muchos años después — por las mentiras monstruosas fabricadas en Moscú. Pero eso no salva nuestra responsabilidad histórica».

Claudin escribió esas palabras claras y valientes en 1970, en su libro «La crisis del movimiento comunista», donde por cierto se quejaba de que el P.C. español no hubiera «hecho aún su autocrítica» y pedía que «prestara su colaboración el esclarecimiento de los hechos».

Hasta el presente, el Partido Comunista no ha respondido oficialmente a esta invitación, ni a muchas otras similares que le han hecho algunos jóvenes militantes. Sólo ciertos dirigentes — Santiago Carrillo y, recientemente, Teresa Pamies y Gregorio López Raimundo — han hecho alusiones a este negro capítulo de la historia del stalinismo en nuestro país. Pero siempre de una manera ambigua, reconociendo a medias los hechos, tratando de excusar su conducta o de eludir sus responsabilidades.

El más ambiguo de todos ha sido Carrillo, cosa que nos puede extrañar en absoluto a los que conocen su singular carrera

política, sus asombrosos cambios y su tendencia constante a la mistificación. En el film «*Les deux memoires*», realizado por Jorge Semprún, Carrillo reconoció por primera vez el carácter revolucionario del POUM y la falsedad de las monstruosas acusaciones que se lanzaron contra éste durante la guerra civil y que siguieron propagándose muchos años después. Para Carrillo, el drama residía en la influencia excesiva de Moscú en la política española de aquellos tiempos.

Tales declaraciones fueron formuladas en el verano de 1972. Dos años más tarde, en 1974, en el libro «*Demain l'Espagne*» (publicado en castellano hace unos meses), que es una tentativa de ofrecer una biografía «presentable» del secretario general del P.C. a fin de facilitar la política de «reconciliación nacional» y las alianzas que ésta implica, cambió completamente de tono. Veamos cómo :

Primero, Carrillo pasa por alto con el mayor desenfado su orientación de los años 1934-35, cuando era secretario de las Juventudes Socialistas, y en particular sus relaciones con el Bloque Obrero y Campesino y con el POUM, sus cartas a «*La Batalla*», sus elogios de Trotsky, e intenta justificar su posición stalinista ulterior, su actitud inalicable ante los procesos de Moscú y ante la represión contra el POUM. La «autocrítica» queda limitada seriamente por un ensayo de justificación, embarazoso y torpe, del pasado stalinista del P.C. Luego, al referirse al asesinato de Nin, carga el acento sobre el «putsch de Mayo», presentándolo como un «acto contrarrevolucionario». Respondiendo a sus interlocutores, Gallo y Debray, bien escogidos para impresionar a dos públicos distintos, dice : «Si no tienes en cuenta esto, no puedes comprender que el hecho de que Nin desapareciera en ese momento fue una cosa que no llamó la atención. Hoy, evidentemente, yo no creo que Nin hubiera estado en Burgos o en Berlín. Me parece posible que fuera ejecutado en nuestra zona. Pero, en aquella época, tras un putsch como aquel, admiti que Nin hubiera podido escaparse y pasarse al otro campo, como la mayoría de la opinión pública lo pensaba».

Tratándose de Carrillo, todo es posible. Sin embargo, las palabras citadas revelan un cinismo que desconcierta. ¿Cómo es posible mentir con tanto descaro a propósito de hechos que han sido aclarados por todos los historiadores de la Revolución y de la guerra civil, de Paynes a Broué pasando por Jackson, y sobre los cuales reina ya casi la unanimidad? ¿Cómo es posible ignorar el testimonio de Jesús Hernández y olvidar el criterio de Claudin? El hombre que se muestra actualmente tan amable con toda suerte de reaccionarios y de franquistas arrepentidos o en vías de

arrepentirse, el hombre que da consejos a Juan Carlos, es incapaz de manifestar la menor honestidad política y el menor sentimiento humano cuando se trata del revolucionario Andrés Nin, cuya memoria invoca hoy lo mejor de la nueva generación obrera e intelectual de España.

Gregorio López Raimundo, secretario general del PSUC, fue menos burdo en unas recientes declaraciones a «Mundo» de Barcelona (3 de Abril pasado). Dijo categóricamente que «no fuimos justos con el POUM». Si bien sus explicaciones sobre los hechos de Mayo respondieron al criterio stalinista tradicional, que, naturalmente, nosotros seguimos condenando, declaró refiriéndose a Nin: «Nosotros debimos denunciar su desaparición. Yo recuerdo que cuando el POUM escribía en las paredes «¿dónde está Nin?», nosotros escribíamos debajo: «en Salamanca o en Berlín». Eso no era justo. Nosotros debíamos protestar por su desaparición».

Este reconocimiento tardío de aquella infamia tiene su valor. Pero reduce el problema a la sola persona de Nin y deja en la sombra muchas cosas. Por suerte circula ya bastante por España el libro de Andrés Suárez titulado «El proceso contra el POUM», cuya lectura recomendamos a nuestros lectores. En ese libro, que contiene un magnífico folleto editado por el C.E. del POUM en la clandestinidad en 1938, se hace un análisis y un balance de la represión que no ha sido desmentido por nadie. Además, se prueba documentalente que la represión stalinista contra el POUM, iniciada, en efecto, por el aparato policiaco de Stalin, fue secundada por todos los medios y con todas las armas por los dirigentes del Partido Comunista y del PSUC y que sus víctimas fueron muy numerosas, tanto en los frentes como en la retaguardia. La responsabilidad directa de los dirigentes stalinistas españoles de la época en los asesinatos de militantes como el comisario Marciano Mena, el combatiente José Cullares, los maestros Hervás, Xurriquerá y Trepát, animadores de la Escuela Nueva Unificada de Cataluña, está archiprobada. Estos crímenes, como los cometidos en los campos de concentración de entonces, fueron ejecutados por militantes que se llamaban comunistas y que no eran precisamente rusos.

Porque hay otra cosa sumamente irritante en las «autocríticas» parciales de hoy — y en este momento pensamos sobre todo en Teresa Pamies, en su libro «Cuando éramos capitanes» y en sus declaraciones en el coloquio celebrado últimamente en el Ateneo de Barcelona —, la que consiste en atribuir todas las responsabilidades a Stalin, a los rusos, a su aparato policiaco. Es un medio, muy poco elegante por cierto, de salirse por la tangente y

de escamotear las propias responsabilidades. No cabe duda que la represión contra el POUM y el asesinato de Nin fueron planzados y decididos en Moscú. Por eso coincidimos con Teresa Pamies cuando dice que «una desestalinización a fondo, no interrumpida, podía haber aclarado la ramificación de los procesos de Moscú en Barcelona, porque el secreto de Andrés Nin está en alguna parte. Los soviéticos, muy burocráticos, lo escriben todo, y estos papeles son los que comenzaron a publicarse después del XX Congreso del P.C. de la URSS, donde fue nombrada una comisión que tuvo acceso a los archivos secretísimos».

Estamos seguros de que esos archivos se abrirán algún día. Entonces, gracias a los propios rusos, sobremos al fin la verdad sobre las «ramificaciones», esto es, sobre la intervención real de los dirigentes del P.C. y del PSUC en la represión stalinista en España. Sin embargo, en espera de ese día, por la salud y el honor del movimiento obrero español, la dirección del P.C. y del PSUC podría comenzar por imitar a Jruschov, es decir, por hacer su propio balance, para el cual dispone de muchos más elementos que los que nos han insinuado Carrillo, López Raimundo y Teresa Pamies.

El Partido Comunista y el PSUC se presentan actualmente como grandes «reconciliadores», como partidos «nuevos», «democráticos», liberados de las «desviaciones» stalinistas. Están por la «vía democrática al socialismo». Pues bien, que comiencen por diferenciarse radicalmente de su pasado, especialmente negro y sangriento, y de los regímenes establecidos en la URSS y en los países del Este.

La joven generación revolucionaria de hoy es muy exigente y tiene los ojos muy abiertos. No se conforma con las fórmulas hechas y con el escamoteo de la historia. No admite la duplicidad y la falsificación. Y está, como nosotros, contra eso que Gramsci llamaba la «hipocresía de la autocritica». Los dirigentes del Partido Comunista y del PSUC no deberían olvidarlo.

M. LAIN

CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

Pierre VILAR

« HISTOIRE DE L'ESPAGNE »

Presses Universitaires de France, Paris 1976

La casa editorial « Presses Universitaires de France » acaba de publicar una nueva edición (la décima) de « Histoire de l'Espagne », célebre librito del profesor Pierre Vilar, uno de los hispanistas más perspicaces de Europa. Como se sabe, el autor de esta obra ha dedicado esfuerzos considerables al estudio de la historia profunda de nuestro país y, además, sigue con un interés constante la evolución de los acontecimientos políticos de España.

La nueva edición de « Histoire de l'Espagne » ha sido « puesta al día », en particular el capítulo V, y contiene un interesante epílogo. En dicho capítulo, después de hacer un rápido balance del periodo franquista y de subrayar que la « industrialización ha sido tardía y rápida », que las bancas y el capital extranjero juegan un papel cada vez más importante, que quedan « aspectos inquietantes » como el éxodo de la mano de obra calificada, un turismo y una inversión hotelera de rendimiento y porvenir inseguros, el desequilibrio del comercio exterior y la inflación, y que en el dominio agrario sigue habiendo « tierras sin hombres, hombres sin tierra y tierras donde los hombres se amontonan », afirma que « ninguno de los problemas fundamentales de España ha sido resuelto todavía : ni la crisis de la sociedad, ni la crisis de la nación, ni la crisis espiritual ».

A continuación, Pierre Vilar agrega : « Algunos opositores concluyen que hay que presentarse como un bloque casi unánime, excluyendo solamente a los « ultras », capaz de reemplazar un régimen políticamente gastado : Ahora bien, éste resiste y, como en el curso de los años 30, la juventud manifiesta al propio tiempo más exigencia teórica y más impaciencia revolucionaria ».

En fin, el epílogo del profesor Vilar termina así : « Un semanario satírico tituló su número de Navidad « Diciembre de 1930 » ¿ Y cómo no evocar las buenas fórmulas de entonces : la dictablanda sucediendo a la dictadura. Pero suceder a Franco no es suceder a Primo de Rivera. El nivel de las violencias represivas no es el mismo. ¿ Cómo creer en las « reconciliaciones » ? El

mismo semanario publicó una carta a los Reyes Magos : « Queridos Reyes : He sido muy juiciosa. Espero que todo está arreglado. La Pasionaria ». El humor español — ¡ ay ! — ha anunciado con frecuencia los dramas. ¿ Qué quieren las masas, los grupos, los hombres ? ¿ Solamente el cambio político o también el cambio social ? ¿ Solamente la libertad o también la igualdad ? ¿ Solamente las autonomías regionales o también una federación de socialismos ? ¿ Quién sueña con la revolución y quien con la distribución de carteras ministeriales ? Una nueva batalla comienza, parecida — demasiado parecida — a las de 1930, 1934, 1936. Por suerte, la historia no se repite nunca ».

L.A.

LEON TROTSKY

« LA REVOLUTION ESPAGNOLE » (1930-1940)

Editions de Minuit, Paris 1975

Por falta de tiempo y de espacio, no podemos consagrar todavía en este número de la revista la atención debida a una obra muy importante publicada últimamente por « Les Editions de Minuit ». Sin embargo, nos parece necesario señalar su aparición. Se trata de « La Révolution Espagnole » (1930-1940), libro de cerca de 800 páginas en el que Pierre Broué, autor, con Emile Témime, de « La revolución y la guerra de España », ha recogido y presentado los escritos de León Trotsky sobre nuestro país, es decir, los artículos y cartas sobre el proceso revolucionario hispano de los años 30-40.

Esta obra es mucho más completa que los « Escritos sobre España » de Trotsky publicados por la editorial española Ruedo Ibérico en 1971. El autor ha realizado un esfuerzo de investigación y de documentación considerable, ha tenido acceso a multitud de textos dispersos y ha utilizado los testimonios personales de la mayor parte de los dirigentes del POUM y de los militantes de diversos países que colaboraron estrechamente con Trotsky en aquellos años difíciles.

CRÍTICA DE LIBROS Y REVISTAS

El libro resulta muy desigual en la medida en que incluye tanto los análisis políticos de Trotsky, siempre profundos e interesantes, aunque, como es natural, discutibles, y las cartas y notas polémicas, en las que las divisiones del movimiento trostkista en aquellos tiempos y las querellas a que éstas dieron lugar, ocupan un lugar preponderante. Pero esta desigualdad resulta inevitable en una obra de este tipo.

Como es natural, la parte fundamental de la obra se centra en los orígenes, el desarrollo y la política del POUM durante la Revolución Española. La razón de ello es muy sencilla: en el período estudiado, el POUM fue la fuerza marxista revolucionaria más fuerte y más influyente. En ningún país de Europa y quizás del mundo existía entonces un movimiento equivalente. Y después de la derrota de los espartakistas en la Revolución alemana de 1919 y el derrumbamiento de la Oposición rusa, nadie combatió con más energía bajo la bandera del marxismo y nadie tuvo que hacer frente a la degeneración stalinista en condiciones tan duras como el POUM. El movimiento en favor de la IV Internacional, dirigido por Trotsky con una perseverancia admirable hasta su muerte, estaba reducido a pequeños grupos sin incidencia real en el movimiento obrero y en el proceso revolucionario.

A lo largo del libro aparecen algunos de los elementos más significativos de las diferencias casi constantes de Trotsky con sus camaradas españoles, con la Izquierda Comunista animada por Andrés Nin y Juan Andrade y, luego, la polémica con el POUM en plena Revolución, que es, sin duda alguna, la parte más débil. Desgraciadamente, los comentarios y las notas críticas de Pierre Broué no bastan para dar una idea de las posiciones de la Izquierda Comunista, del B.O.C. y del POUM. Si bien, en los anexos figuran algunos textos relativamente interesantes, como un célebre artículo de Joaquín Maurín, que tiene la virtud de anular la leyenda de su «antitrotskismo», faltan los documentos decisivos del POUM. Y falta en particular el folleto «Qué es y qué quiere el POUM», cuya inserción estaba prevista en principio, y que hubiera facilitado al lector la comprensión del sentido profundo del POUM, empeñado en una batalla histórica sin precedentes, contra la insurrección militar-fascista y contra la agresión del stalinismo y de su aparato policiaco.

El aparato crítico de «La Revolution Espagnole» es bastante sólido: notas históricas destinadas a facilitar la comprensión de los artículos y cartas de Trotsky, bibliografía, presentaciones de las diferentes secciones de la obra, cronología de los principales acontecimientos de la época estudiada, fuentes de base y, por primera vez, una serie de cortas biografías de los dirigentes

y militantes del POUM, los más conocidos, y los héroes algo olvidados, como los hermanos Arenillas, Luis Rastrollo, Eusebio Cortezón, Juan Farré Gassó, Jesús Blanco, muertos en el combate contra el franquismo o asesinados por los fascistas o por los agentes stalinistas.

Pierre Broué termina el libro, antes de los anexos, por cierto escogidos bastante arbitrariamente (aunque hay que destacar que no faltan algunos documentos de los militantes trotskistas que tomaron partido por el POUM y no vacilaron en refutar los ataques absurdos y pasionales de Trotsky contra dicho partido) con un capítulo que se titula «Tentativa de balance», que ha provocado y provocará muchas discusiones. Algunos sectarios impenitentes le han acusado ya de «revisar la historia» por motivos puramente tácticos, cosa que nos parece sencillamente delirante. Lo que ha ocurrido en realidad es que Pierre Broué, que escribió años atrás un folleto titulado «León Trotsky y la Revolución Española» en el que repetía sin discernimiento alguno los tópicos más primarios de los artículos y cartas más injustos de Trotsky, ha tenido la posibilidad de estudiar más a fondo el pasado y ha llegado a una comprensión más acabada de los hechos y de la mecánica en que se produjeron. De ahí que escriba en el capítulo mencionado: «Reconozcámoslo francamente: en este debate (entre Trotsky y el POUM), ciertas polémicas dejan un gusto de ceniza. Después de todo, fueron asesinos de la misma especie, guiados por la misma mano, los que, con tres años de intervalo, asesinaron sucesivamente a Andrés Nin y luego a Trotsky, reuniendo así en la muerte a estos dos amigos separados por la vida, a estos dos revolucionarios incorruptibles de la generación de 1917, enfrentados el uno contra el otro en el interior del mismo campo, en 1937».

W.S.

REIVINDICACIONES PREVIAS DE LA UNION MILITAR DEMOCRATICA

La Unión Militar Democrática, que recientemente se elevó de un modo público contra la celebración de «desfile de la victoria», nos ha remitido un documento en el que sugiere las medidas previas que habría que adoptar para «posibilitar un futuro democrático». Como se observará, estas medidas tienden a liquidar un problema muy grave, el de la conexión entre la alta jerarquía de la casta militar y las organizaciones fascistas. En este sentido, son mucho más radicales y atinadas que las que suelen proponer los partidarios de la «ruptura pactada».

A raíz de los recientes acontecimientos políticos ocurridos en nuestro país, la mayoría de los grupos políticos y de las corporaciones profesionales han lanzado escritos, analizando la situación y exponiendo sus puntos de vista. En la mayoría de estos escritos se exponían peticiones, que nosotros auspiciamos y apoyamos desde hace ya tiempo, como prueba el hecho de que en general están recogidas en nuestro Ideario. Así la *amnistía*, el *reconocimiento pleno de los derechos del hombre* y de las distintas libertades políticas, etc. No creemos necesario reiterar unos objetivos que son públicos, que *hace tiempo asumimos, y que seguimos respaldando en su plenitud*. Sin embargo nuestra condición de militares, nos ha permitido reflexionar sobre un tema, que creemos fundamental para la instauración de la democracia, y este escrito es el resultado de esta reflexión. En consecuencia en él formulamos unas peticiones que son distintas de las que en este momento formula toda la Nación. Queremos insistir, en que estas peticiones — que ya figuran en nuestro Ideario — las ratificamos y las formulamos una vez más pero además queremos hacer notar a quien quiera escucharnos, que *la democratización de España, no será viable, sin una aceptación de la misma por parte de las Fuerzas Armadas, y esta aceptación no será posible, si no se toman las medidas previas que se exponen al final de este escrito*.

MEDIDAS INMEDIATAS A TOMAR PARA POSIBILITAR UN FUTURO DEMOCRATICO

1. — *Recoger* a las asociaciones de excombatientes, somatenes y partidos políticos de extrema derecha, *las armas* que copiosamente se les han entregado desde que comenzó la enfermedad de Franco.

2. — Clausurar los locales que *las Asociaciones de Excombatientes* tienen en edificios de propiedad militar. Fiscalizar sus fondos impidiendo toda otra fuente de financiación que no sea la de sus socios. Suprimir los fondos que cobran del Estado. Vigilar estas asociaciones, dada su vinculación con grupos de Extrema Derecha.

3. — Conceder inmediata *amnistía* para todos los presos políticos y para todos los militares que han sido perseguidos por luchar por la Libertad de la Patria. Reponer en sus destinos a cuantos los perdieron por razones políticas enmascaradas conveniencias del servicio. Devolver su antigüedad a cuantos estuvieron presos. Reingresar en el Ejército a los que fueron expulsados por razones políticas etc.

4. — *Suprimir el servicio de Información de Presidencia de Gobierno*, formado por militares, que sobre su sueldo cobran a veces gratificaciones de 35.000 pesetas (lo que significa unas 80.000 mensuales) y que se dedican a vigilar al clero, a los universitarios y a los obreros. Este servicio formado por militares profesionales (a menudo diplomados de Estado Mayor) es una lacra y un deshonor para las Fuerzas Armadas y debe ser inmediatamente abolido.

Por análogas razones, abolir el actual SIBE, servicio de Información Política de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, cuyos miembros en su mayoría «ultras» se han dedicado sistemáticamente a vigilar, detener y calumniar a sus propios compañeros por razones políticas.

Crear un servicio único de Información, valido para el Alto Estado Mayor y los tres Ejércitos, con la misiones propias de una información específicamente militar, para proteger la seguridad del Ejército y de la Defensa Nacional. Este servicio debe ser preservado de cualquier síntoma de corrupción, así como de tener cariz político partidista.

5. — *Abolir las recientes normas que disponen que el Servicio Militar, deberá hacerse forzosamente fuera de la región de ori-*

Documentos

gen, dado que esta disposición sobre aumentar las fatigas del soldado y de su familia (principalmente de las regiones menos desarrolladas) es una medida antipopular y antieconómica y no tiene justificación militar alguna, mientras las unidades no estén al completo de cuadros y material moderno y dispongan de campos de maniobras para poder realizar eficazmente la instrucción del soldado y conseguir la operatividad de aquellos. Sólo tiene la justificación política de poder utilizar con menos dificultades al Ejército en contra del pueblo.

6. — *Reformar profundamente toda la justicia Militar*, suprimiendo de la misma los juicios Sumarísimos, los Tribunales de Honor, y toda la legislación represiva, como la contenida en el artículo 294 bis, la derivada de la Ley de 23 de Marzo de 1906, y otras, en orden a la remisión a la Justicia Ordinaria de toda clase de delitos cometidos por personas ajenas a las Fuerzas Armadas fuera de recintos militares; é incluso de faltas y delitos no específicamente militares (accidentes de circulación, delitos contra la propiedad, etc), cometidos por personal de las Fuerzas Armadas, Igualmente debe reformarse el funcionamiento de los Consejos de Guerra, en orden a entorpecer su manipulación, de modo que sus decisiones sean respetadas por la Autoridad Judicial Militar, sus miembros nombrados por lista rigurosa, y a que en la votación definitiva y secreta no se encuentre presente, ni tenga voto el Vocal Jurídico Militar, cuya opinión es abrumadora y decisiva.

7. — *Conceder el mando de las Unidades* (desde las Capitánías Generales hasta las Compañías), *a quienes mereciéndolo profesionalmente, sean además respetuosos con la primacía del poder civil y las normas de un Estado de Derecho*, ya que no hacerlo implica el riesgo de un golpe de Estado, encaminado a derribar el Estado Democrático. Por ello esta norma debe ser especialmente observada en los mandos de Unidades Independientes y más aún en las de carros, paracaidistas, COE (guerrilleros), Policía Militar y Policía Armada.

8. — *Concretar las funciones de los Capitanes Generales a misiones de carácter puramente militar*, suprimiendo no sólo su autoridad judicial sobre personal no militar, a que hace referencia el punto 6, sino toda posibilidad de intromisión en la vida política y económica de la región de su mando. En ningún caso, salvo declaración de «estado de guerra», las fuerzas de orden público dependerán de la Capitania General correspondiente, sino del Gobierno Civil de la provincia.

9. — *Abolir las excesivas restricciones que pesan sobre el militar profesional, respecto a los Derechos del Hombre y que le*

impiden su personal realización, poniéndolo al mismo tiempo *bajo el control de los militares ultras*. Por ejemplo, aún existe en el Ejército una censura previa para prensa, que al estar en manos de ultras, permite la libre expresión de éstos e impide la del resto de los militares. Se permite que los militares ultras se asocien y reunan multitudinariamente a través de las Hermandades de Ex combatientes, y por el contrario se procesa por sedición a militares liberales que han realizado minireuniones de cuatro personas, etc.

Estas medidas son totalmente necesarias no sólo para el restablecimiento de la democracia en España sino también para restablecer la unidad de las Fuerzas Armadas, destruida por el intento de politización de los generales ultras y la persecución a que los miembros del servicio de información someten al cuerpo de oficiales. En consecuencia la UMD desea manifestar, que su cumplimiento u omisión, servirán para que el Ejército y el pueblo sepan, si se desea restablecer realmente la democracia en España y la unidad del Ejército o por el contrario sólo crear una apariencia democrática, para mantener de hecho un Ejército dividido que dé el poder a los ultras.

La verdad de lo que se piense hacer, está en lo que se haga en las Fuerzas Armadas. *Conceder libertades al pueblo y garantizarlas con un Ejército dominado por los ultras es un contrasentido y un error histórico.*

LOS PRIVILEGIOS DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

El texto que reproducimos a continuación es la segunda parte de un largo documento sobre los privilegios de la Iglesia Católica en España, elaborado hace unos años por el Vaticano. Según nuestras noticias, este documento ha sido examinado en varias ocasiones por los obispos españoles, sin que jamás se tomara el menor acuerdo a su respecto.

El Episcopado de nuestro país es mayoritariamente «conciliar», pero no parece dispuesto a renunciar a los privilegios exorbitantes arrancados por la Iglesia bajo la dictadura franquista. Por lo visto, al menos ciertos privilegios deben ser considerados «como parte del bien común de la sociedad», según se dice en la primera parte del documento que presentamos a nuestros lectores.

La separación de la Iglesia y el Estado y el fin del totalitarismo clerical que ha reinado en España durante largos años constituyen hoy exigencias inaplazables. Por lo demás, la liquidación de la dictadura tiene que significar la abolición de los privilegios de la Iglesia y el restablecimiento total de la libertad de conciencia.

I. La confesionalidad con carácter de exclusividad. (Concordato español, artículo I y Protocolo; Fuero de los Españoles, artículo 6; Ley de Sucesión, artículo I; Ley Fundamental del Reino II.)

Como consecuencia de esta confesionalidad, pueden señalarse, entre otras:

1) La exclusión de otros cultos públicos y el régimen de tolerancia religiosa para los cultos no católicos.

2) El reconocimiento y protección de la Iglesia católica y de sus derechos. (Concordato. P. E., artículos 2, 3, 24, 35, etc.)

3) La inspiración católica de toda la legislación española.

4) Necesidad de profesar la religión católica para ciertos cargos públicos y especialmente para ejercer la Jefatura del Estado (Cfr. Ley de Sucesión, artículo 9).

5) La intervención de prelados en el Consejo de Regencia (Ley de Sucesión, artículo 3), en el Consejo del Reino (idem artículo 4), en el Consejo de Estado (Ley Orgánica del Consejo de Estado, artículo 3), en las Cortes Españolas (Ley de Creación de las Cortes, artículo 2), etc.

6) Honores militares a la religión, sus actos y sus ministros (Reglamento de Actos y Honores Militares. Cfr. Tit. III).

7) Protección penal por delitos contra la religión (Cfr., p. c.: Código de Derecho Penal, artículos 40, 205 ss., 239 ss., 320 ss., 339ss., etc.; Reglamento de Disciplina Académica, etc.).

8) Días festivos y descanso dominical (Concordato, artículo 5. Ley Reguladora del Descanso Dominical).

ESTATUTO DEL CLERO

II. Estatuto del Clero — Especialmente en los siguientes aspectos :

1) Exención de cargos públicos y funciones incompatibles con su estado y exigencias del « Nihil Obstat » del ordinario para ocupar cargos públicos (Concordato, artículo 14).

2) Exención de prestaciones personales (Ley articulada de Régimen Local, artículo 565).

3) Exención del Servicio Militar (Concordato, art. 15 y legislación complementaria).

4) Privilegio del Fuero (Concordato, artículo XVI) y especial régimen penitenciario.

5) Protección al uso del hábito eclesiástico (art. XVII del Concordato).

ENSEÑANZA RELIGIOSA

III. Defensa de la ortodoxia católica y enseñanza religiosa.

1) La enseñanza se ajustará a los principios del dogma y de la moral de la Iglesia católica (Concordato, art. XXVI).

2) Derecho de vigilancia de los prelados (Concordato, art. XXVI).

3) Enseñanza de la religión católica como materia ordinaria y obligatoria en todos los centros docentes, sean estatales o no estatales, de cualquier orden y grado (Concordato, art. XXVII, XXVIII; leyes de educación primaria, enseñanza media, profesional, técnica, universitaria, asistentes sociales, etc., y legislación complementaria).

4) Centros de enseñanza de la Iglesia (Concordato art. XXXI y legislación complementaria; sobre las escuelas primarias, centros de ense-

nanza media, escuelas de Magisterio, Escuela de Periodismo, etc.; Convenio sobre Universidad de la Iglesia de 5 de abril 1962).

5) Convalidación de estudios eclesiásticos.

6) Reconocimiento a efectos civiles de títulos eclesiásticos (Concordato, artículo XXX y legislación complementaria).

MATRIMONIO

IV. Efectos civiles del matrimonio canónico y su obligación para los católicos.

1) El matrimonio religioso católico es el único al que se le reconoce efectos civiles (Concordato, art. 23), y es obligatorio para los católicos (aunque esta obligatoriedad ha quedado muy reducida después de la reforma del Código Civil, art. 42, admitiéndose actualmente el matrimonio civil de los apóstatas).

2) Las causas referentes a nulidad y separación en matrimonios canónicos pertenecen a la Iglesia (Concordato, art. 24).

3) Se mantienen, para el matrimonio civil de apóstatas, los impedimentos de orden sagrado y profesión solemne, mientras la Iglesia no dispense de los mismos.

4) Se acepta la disolución del matrimonio canónico, con sus correspondientes efectos civiles, en los casos de dispensa del matrimonio rato y no consumado, así como por el privilegio Paulino (Concordato, artículo 24).

V. Ayuda a la acción pastoral de la Iglesia.

1) En los medios de difusión (Concordato, art. 30).

2) En la asistencia religiosa a las Fuerzas Armadas (Concordato, art. 32).

3) En la asistencia religiosa en los hospitales, sanatorios, establecimientos penitenciarios, orfanatos y centros similares (Concordato, art. XXXIII).

4) Asistencia religiosa en los centros de enseñanza estatal y oficial.

VI. Asociaciones de la Iglesia no sometidas al régimen general de asociaciones (Concordato, art. XXXIV, ley reguladora de las asociaciones, art. 2).

PUBLICACIONES

VII. Publicaciones de la Iglesia no sometidas al régimen general de Prensa (ley de Prensa).

VIII. Régimen Patrimonial de la Iglesia española.

1) Proyecto de creación de un patrimonio eclesiástico (Concordato, art. XIX N. 1).

2) Dotaciones de la Iglesia (« A título de indemnización por las pasadas desamortizaciones de bienes eclesiásticos y como contribución a la obra de la Iglesia en favor de la nación »). Concordato, art. XIX.

Estas subvenciones comprenden muchos aspectos : clero, culto, seminarios, institutos misioneros, reconstrucción de templos, etcétera.

3) Exenciones fiscales. También comprende muchos y diversos aspectos (Concordato, art. XX).

IX. Inviolabilidad de lugares sagrados (Concordato, art. XXII).

X. Efectos civiles de las sentencias y decisiones de las autoridades eclesiásticas.

1) Efectos civiles (Concordato, artículo XIV, N. 4).

2) Apoyo del Estado en el desenvolvimiento de la actividad propia de las autoridades eclesiásticas (Concordato. Protocolo, en relación con el art. II).

SUMARIO N° 2 DE "TRIBUNA SOCIALISTA"

- POR LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO EN ESPAÑA.
- EL PROBLEMA NACIONAL DE EUZKADI.
- HACIA UN SINDICALISMO DE CLASE.
- LUCHAS OBRERAS Y CUESTION SINDICAL.
- LA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO.
- LA VOZ DE LA OPOSICION COMUNISTA RUSA.
- EL P.O.U.M. EN LA DEFENSA DE MADRID.

IMPRIMERIE HAMONIC — 27130 VERNEUIL SUR AVRE

Dépot légal 3^e trimestre 1976

PRINCIPALES LIBRERIAS DONDE PUEDE ADQUIRIRSE « TRIBUNA SOCIALISTA »

- Librairie « Ediciones Hispano-Americanas »
 26, rue Monsieur le Prince — 75006 — PARIS
- Librairie « Ruedo Ibérico »
 6 rue de Latran — 75006 — PARIS
- Librairie Portugaise
 33, rue Gay Lussac — 75005 — PARIS
- Librairie Espagnole
 72, rue de Seine — 75006 — PARIS
- Librairie des Deux Mondes
 10, rue Gay Lussac — 75005 — PARIS
- Librairie Syros
 9, rue Borromée — 75015 — PARIS
- Librairie Argoyti
 10, Bd du Général de Gaulle — 64 — HENDAYE
- Librairie Nafarroa
 5, avenue Jaulerri — 64 — BIARRITZ
- Librairie Zabal-Irati
 52, rue Pannecau — 64 — BAYONNE
- Librairie Oskorri
 42, rue Gosse — 64 — BAYONNE
- Librería Española
 40, rue Jean Payra — 69 — PERPIGNAN
- Librairie Demain
 30, rue Gatién Arnould — 31 — TOULOUSE
- Librairie Votre Livre
 14, rue de l'Etoile — 31 — TOULOUSE
- Librairie Soleil
 210, rue Crequi — 69 — LYON 3
- Librairie Federop
 11, rue du Doyenné — 69 — LYON 3
- Librairie « Lib 33 »
 26, rue Saint-James — 33 — BORDEAUX
- Librairie H. Sauramps
 34, rue Saint Guilhem — 34 — MONTPELLIER
- Librería SOL
 av. Carlemany, 75, — LES ESCALDES — ANDORRA
- Librería « Neruda »
 Riberaigua, 8 — ANDORRA la VELLA — ANDORRA
- Librería Multinacional (Centro Cultural Español)
 Kibbelstrasse, 12
 43 — ESSEN — ALEMANIA FEDERAL

TRIBUNA SOCIALISTA

Revista trimestral de crítica marxista

PRECIOS DE SUSCRIPCION (6 números)

España	500 ptas.
Francia	40 F.
Otros países de Europa	50 F.
Países de América	10 dólares U.S.A.
SUSCRIPCION DE AYUDA	100 F.

TODOS LOS GIROS A : Compte Chèque Postal :
Colomer-Solsona - 18.654.33 A - PARIS
1, rue du Cambodge - Paris 75020
A esa dirección se pueden remitir
también los cheques bancarios y en-
víos por Giro Postal Internacional

TODA LA CORRESPONDENCIA A : « Tribuna Socialista », re-
vista de crítica marxista -
9, rue Borromée - 75015
PARIS.

Número suelto 100 ptas. — 8 francos

Directeur de la publication : Wilebaldo Solano
N° Commission Paritaire : 57.306

TRIBUNAL SOCIALISTA

El Tribunal Socialista es un órgano de
defensa de los intereses de la clase
trabajadora, que se constituye en
un instrumento de lucha social y
política.

El Tribunal Socialista es un órgano
de defensa de los intereses de la
clase trabajadora, que se constituye
en un instrumento de lucha social y
política.

El Tribunal Socialista es un órgano
de defensa de los intereses de la
clase trabajadora, que se constituye
en un instrumento de lucha social y
política.

El Tribunal Socialista es un órgano
de defensa de los intereses de la
clase trabajadora, que se constituye
en un instrumento de lucha social y
política.

El Tribunal Socialista es un órgano
de defensa de los intereses de la
clase trabajadora, que se constituye
en un instrumento de lucha social y
política.

Precio : 100 ptas.
8 francos.

tribuna socialista

revista
de
crítica marxista

POR UNA POLITICA SOCIALISTA
FRENTE A LA MONARQUIA BONAPARTISTA

Luis Alonso Gracia

LA CLASE OBRERA ANTE LA PLURALIDAD
SINDICAL

Julio Gil

EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES :
LENIN Y LA CUESTION NACIONAL EN LA
U.R.S.S.

Marcel Liebman

LUCHA DE CLASES Y CUESTION NACIONAL
EN ESPAÑA

Arnau Roig

POLONIA : LOS TRABAJADORES CONTRA
LA BUROCRACIA

José Vazquez

MANIFIESTO DE E.T.A. VII ASAMBLEA

80 P 6451
N° 4 - OCTUBRE - DICIEMBRE 1976

TRIBUNA SOCIALISTA

Segunda época

SUMARIO

BOICOT AL REFERENDUM	1
NOTAS EDITORIALES :	
— El drama de Euskadi y la lucha por el socialismo ..	3
— Por la anulación del tratado militar hispano-yanqui	5
— Dictadura militar y resistencia obrera en la Argentina	8
— Crisis sin precedentes en la China de Mao	11
POR UNA POLITICA SOCIALISTA FRENTE A LA « RE- FORMA » Y A LA MONARQUIA BONAPARTISTA — Luis Alonso Gracia	14
LA CLASE OBRERA ANTE LA PLURALIDAD SINDICAL — Julio Gil	26
EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES :	38
LENIN Y LA CUESTION NACIONAL EN LA U.R.S.S. — Marcel Liebman	39
LUCHA DE CLASES Y CUESTION NACIONAL EN ESPAÑA — Arnau Roig	47
ELECCIONES, CRISIS Y LUCHAS OBRERAS EN PORTUGAL — Hugo Sachi	56
POLONIA : LOS TRABAJADORES CONTRA LA BUROCRACIA — José Vázquez	65
CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS	76
TRIBUNA LIBRE : MANIFIESTO DE E.T.A. VII ASAMBLEA	80
DOCUMENTOS : EL PROCESO DE UNIFICACION MARXISTA EN CATALUÑA (1935-36)	82
TRIBUNA SOCIALISTA Y EL P.O.U.M.	95
COMITE DE REDACCION DE LA REVISTA :	
JOSE VAZQUEZ — WILEBALDO SOLANO — MANUEL BLANCO — JOAQUIN SERRA — JULIO GIL	

**POR EL REAGRUPAMIENTO DE LOS MARXISTAS
REVOLUCIONARIOS**

**EDITADA POR EL PARTIDO OBRERO
DE UNIFICACION MARXISTA (P.O.U.M.)**

BOICOT AL REFERENDUM

Tres hechos de importancia desigual han venido a marcar — cada uno a su manera — el aniversario de la desaparición de Franco y de la instauración de la monarquía: la huelga general del 12 de Noviembre, el voto de la « reforma política » en las Cortes franquistas y la manifestación fascista de la Plaza de Oriente. No podemos cerrar este número de la revista sin referirnos brevemente a ellos.

La manifestación de la Plaza de Oriente ha demostrado que la famosa « capacidad de convocatoria » de las fuerzas que se siguen reclamando ostentosamente del franquismo es casi nula. El fracaso de las huestes de Girón y Blas Piñar en Madrid confirma el fin de una época y debe ser registrado como un acontecimiento.

Pero esto no quiere decir que el camino hacia la libertad y el socialismo haya quedado expedito. Los obstáculos y las dificultades son todavía considerables. La mejor prueba de ello es la « victoria » del gobierno Suárez en las Cortes. Tras una serie de compromisos oscuros con los jefes de la casta militar la burocracia sindical falangista y la « Alianza Popular » (Fraga, López Rodó, Fernández de la Mora), el gobierno de Juan Carlos ha obtenido el voto de la ley de « reforma política », que, al parecer, será sometida a referéndum antes de fines del año.

Una gran parte de la prensa española y extranjera ha lanzado las campanas al vuelo proclamando que se ha iniciado una « lenta y pacífica marcha hacia la democracia ». Pues bien, esto es absolutamente falso. La « reforma » — a la que nos referimos en otros lugares de esta revista — tiende a establecer un régimen de Estado fuerte basado en la falsificación del sufragio universal y del propio parlamentarismo burgués y a legitimar la monarquía impuesta por Franco.

La ley aprobada en las Cortes deja en pie algunas de las principales instituciones del franquismo, como el Consejo del Reino, no anula las « Leyes Fundamentales » de la dictadura, no permite

la celebración de elecciones realmente libres y anuncia una Cámara y un Senado que no representarán al país real. Es igualmente fulso que se haya abierto un proceso constituyente. Jamás ha habido en la historia política moderna un organismo constituyente doble. Por lo demás, sin una auténtica amnistia general, sin el restablecimiento de las libertades democráticas, la proclamación de la libertad sindical y el reconocimiento de la personalidad de las nacionalidades no puede haber ni elecciones libres ni proceso constituyente.

La « reforma » es una especie de complemento de las leyes votadas bajo el gobierno Arias, que no han garantizado ninguna de las libertades puesto que todo ha quedado a merced del Ministerio de Gobernación y de los gobernadores civiles. Por lo tanto, la tentativa de legalizarla mediante un referéndum, manteniendo el aparato de la dictadura y restringiendo las libertades democráticas, es una trampa y una verdadera burla a ese « pueblo » que tanto se invoca ahora hipócritamente.

En tales condiciones, la réplica de una oposición auténtica tendria que ser clara y terminante : el boicot del referéndum. El gobierno va a tratar ahora de reanudar las « negociaciones » con los sectores de la oposición que siempre han dado pruebas de una inmensa docilidad y quizás con los que se han mostrado más reticentes. El objetivo es el de siempre : desarmar las resistencias, neutralizar al movimiento obrero, comprometer a las fuerzas que podrian contribuir a desenmascarar la « reforma ».

Varios grupos de la Plataforma de Organismos Democráticos — incluso algunos que se llaman socialistas — parecen dispuestos a entrar en el juego. Hay que esperar que las organizaciones políticas y sindicales del movimiento obrero renunciarán a seguir resbalando por la vía de la abdicación y se sumarán al boicot al referéndum.

La huelga general del 12 de Noviembre contra el plan de estabilización antiobrero del gobierno Suárez y de la burguesía, pese a sus insuficiencias, ha puesto de manifiesto la importancia y el peso de la clase trabajadora y la posibilidad de movilizar a la población asalariada de toda la península. El boicot al referéndum, el boicot a la democracia falsificada puede ser profundamente popular. Sobre todo si se crean rápidamente los organismos de frente único apropiados para llevarlo a cabo y si se desarrolla asociando en la campaña la lucha por las reivindicaciones económicas a la lucha por las libertades y por la elección de una Asamblea Constituyente libre y soberana.

NOTAS EDITORIALES

EL DRAMA DE EUSKADI Y LA LUCHA POR EL SOCIALISMO

El atentado contra el consejero del Reino Juan María Aralu-
ce, reivindicado por la rama militar de ETA, y los actos de
barbarie cometidos en San Sebastián y otros lugares de Guipúz-
coa por las bandas fascistas toleradas o apoyadas por las fuer-
zas oficiales de represión, han agravado dramáticamente la si-
tuación política y social en Euskadi. Aunque, a decir verdad,
desde los fusilamientos de Txiki y Otaegui, el 27 de Septiembre
de 1975, el pueblo vasco apenas ha conocido periodos de pausa
ni fases de euforia de larga duración.

Se ha dicho en diferentes publicaciones que Euskadi se ha
transformado en un «polvorín» y, por otra parte, se está in-
tentando presentar a los nacionalistas revolucionarios vascos
como los principales «perturbadores» del proceso de «evolu-
ción hacia la democracia». Al parecer, si ETA no existiera y
si los nacionalistas revolucionarios vascos en general estuvieran
dispuestos a capitular incondicionalmente ante el poder domi-
nante, todo marcharía a las mil maravillas.

Pues bien, alguien tiene que romper violentamente con esta
sarta de falsedades y examinar la realidad de frente. Euskadi,
su pueblo, su clase obrera, sus organizaciones, sus presos, sus
exiliados, han desempeñado durante años un papel considera-
ble en la lucha global contra la dictadura franquista. Desde la
huelga general de 1947 — la primera gran batalla de clase de
los años más implacables del franquismo — hasta la del 27 de
Septiembre último, pasando por el proceso de Burgos y las mo-
vilizaciones que éste determinó, la historia de Euskadi es una
historia de luchas, de heroismos y de sacrificios sin equivalente
en otras nacionalidades y regiones de la península. Hay que pro-
clamarlo muy alto en estas horas difíciles para Euskadi y hay
que decir también que todos los adversarios de la dictadura de-
bemos al pueblo de Euskadi mucho más de lo que parece.

Aclarado este punto, que consideramos muy importante, pa-
scmos al presente. En este «año de democratización» que va-
mos a cumplir muy pronto, Euskadi se ha encontrado y se en-

cuentra en una situación muy especial. Prácticamente, en estado de excepción. Euskadi ha sido en cierto modo separada por los sedicentes enemigos del separatismo. Los dos indultos concedidos por la monarquía juancarlista, el primero y el bautizado abusivamente de amnistía, han tenido menos efectos en Euskadi que en ninguna otra parte. El poder monárquico ha sido mucho más duro con los militantes vascos que con los oficiales de la Unión Militar Democrática, lo que ya es decir. La mayor parte de los presos políticos actuales son militantes nacionalistas o marxistas revolucionarios vascos. Los héroes auténticos como Izco, Onaindia o Arana, los que en el proceso de Burgos afirmaron orgullosamente su fe en el socialismo y su solidaridad con la clase obrera española, se encuentran dispersos por las cárceles y presidios de distintas ciudades de España y, a veces, como en los casos de los penales de Burgos y de Puerto de Santa María, sometidos a regímenes de excepción particularmente humillantes. Para muchos exiliados vascos no hay pasaportes y en Francia misma son objeto de represalias excepcionales. Las tolerancias que se practican en Cataluña y en Madrid con diferentes organizaciones políticas y sindicales están severamente condicionadas en el país vasco. Hasta la bandera vasca está proscrita mientras se tolera desde hace tiempo la bandera catalana.

Recientemente, con motivo del atentado contra Araluce se ha armado una verdadera algarabía contra los nacionalistas revolucionarios vascos. Pero ha habido muy pocos para recordar la matanza horrible de Vitoria, el crimen de Basauri, las agresiones de Guernica, Azcoitia, Rentería, Durango, etc, el secuestro y el asesinato de Pertur, animador prestigioso de ETA político-militar. Y, naturalmente, son muchos los que han pasado por alto o minimizado los ataques salvajes, con cadenas y navajas, de las bandas fascistas en San Sebastián y otras ciudades y pueblos, dignos de los peores tiempos del franquismo y del nazismo, sobre los cuales el procurador Josep Melia ha llegado a escribir: «Una valoración objetiva lleva a decir que la barbarie de los presuntamente defensores del orden ha permitido que ETA recobrara ante muchos vascos una cierta justificación de su inadmisible conducta.»

No es la primera vez que lo decimos: nosotros, marxistas revolucionarios, estamos en principio contra los atentados individuales y creemos que éstos pueden ser en ciertas ocasiones errores políticos graves. Pensamos que, en la fase actual, la lucha de masas debe ser el factor determinante, lo que no excluye la autodefensa de los trabajadores y de la población frente a las agresiones fascistas. Por eso hemos visto con simpatía la

aparición en el seno de ETA de tendencias favorables a revisar las tesis relativas a la «lucha armada» y las orientaciones que tendían a separar el combate de Euskadi de la lucha de los otros pueblos de la península y de la solidaridad con el conjunto de la clase obrera de España. Pero no estamos dispuestos a aullar con los lobos convertidos recientemente a la democracia o con las organizaciones que por puro oportunismo electoral o pregubernamental gritan desafortadamente ante la muerte de Araluce, uno de los cómplices de la matanza de Montejurra, y manifiestan una moderación sorprendente cuando se trata de la suerte de Izco o de Wilson, del trágico destino de Pertur, de Zavala y de tantos otros, y del salvajismo fascista en San Sebastián.

La huelga general del 27 de Septiembre, en la que participaron cerca de 600.000 trabajadores y que fue por lo tanto la manifestación de masas más importante realizada en los últimos años, demostró que, en Euskadi, la confluencia de un proletariado extraordinariamente combativo y de un movimiento de emancipación nacional fuertemente enraizado en las capas populares de la población, constituye uno de los elementos más importantes de la lucha por el desmantelamiento de la dictadura y la transformación del país vasco y de toda la península. Así lo vemos nosotros. Porque consideramos que Euskadi sólo será libre y socialista si lo son los otros pueblos de España.

POR LA ANULACION DEL TRATADO MILITAR HISPANO-YANQUI

El «Tratado de Amistad y de Cooperación militar» hispano-yanqui suscrito en Madrid a fines de Enero de 1976 por los señores Areilza y Kissinger ha sido ratificado en medio de la indiferencia general. El gobierno de Suárez no ha tenido el menor interés en cantar victoria. La Oposición oficial, dividida por el grave problema de... «cómo negociar con el gobierno», no ha manifestado la menor reacción. Y, para colmo de males, hasta ciertos izquierdistas — los inventores del «yanquifranquismo» — parecen ahora más interesados por sus avatares en Coordinación Democrática que por las consecuencias de la subordinación política y militar de España al imperialismo norteamericano.

Y, sin embargo, el problema de la evacuación de las bases militares norteamericanas, y de la independencia política del país es fundamental. Lo fue ayer bajo Franco, y lo es hoy con la monarquía. Los que por servilismo hacia el poder dominante en Washington o por mero oportunismo no lo ven o no quieren verlo incurrir en una irresponsabilidad total, sean de la tendencia que sean. Y al decir esto pensamos sobre todo en las fuerzas políticas del movimiento obrero.

Pero dejemos las consideraciones de orden general para entrar en el dominio de lo concreto. Las discusiones que hubo en el Congreso y en el Senado de los Estados Unidos antes de la ratificación del tratado hispano-yanqui fueron ya bastante reveladoras del estado de espíritu que prevalece en Washington con respecto a España. Como se sabe, durante muchos años, los dirigentes norteamericanos, demócratas o republicanos, sostuvieron militar, política y económicamente a Franco. Ahora, los Estados Unidos colocan en el primer plano a los senadores «antifranquistas», a los que como Jacob Javits garantizan que España se dirige hacia un «sistema democrático capaz de inspirar a los demás». Claro está, ese sistema es la monarquía de Juan Carlos.

De todos modos, el amor a la monarquía de Juan Carlos, como el apoyo de ayer a la dictadura de Franco, está estrechamente subordinado a los intereses de los Estados Unidos. Y esos intereses, suelen ser múltiples. Por ejemplo, todo el mundo sabe hoy, porque la prensa no lo ha ocultado, que en la fase anterior a la ratificación del tratado Kissinger-Areilza, el gobierno de Washington hizo una presión insistente en favor del mantenimiento de «Radio Liberty», emisora yanqui de gran potencia instalada en la Costa Brava en 1957 y especializada en la propaganda contra la URSS y los países del Este. El gobierno Suárez abrigaba la esperanza de poner fin al contrato de «Radio Liberty» al objeto de mejorar sus relaciones con Moscú, baza esencial para acelerar el reconocimiento político-moral de la monarquía por ciertos países de Europa Occidental y la futura asociación al Mercado Común. Pero el senador Nunn, sin duda inspirado por el Departamento de Estado, proclamó que «Radio Liberty» era «el centro de magníficas emisiones que estimulan el diálogo constructivo con la URSS», y «un importante interés nacional norteamericano» y Madrid tuvo que inclinarse.

Mas ocurre que los «intereses nacionales norteamericanos» son muy diversos. Por eso, apenas ratificado el tratado hispano-yanqui, han comenzado a circular rumores según los cuales los Estados Unidos no retirarán los submarinos nucleares de la base de Rota el 1º de Julio de 1979 porque están en retraso en la puesta a punto de los ingenios balísticos del programa «Trident». Como

se recordará, la promesa de desnuclearización de Rota fue uno de los argumentos decisivos de Areilza para justificar el « Tratado de Amistad y de Cooperación militar » firmado en Enero de este año. Además, el « Washington Post » ha denunciado últimamente la existencia de un acuerdo secreto entre Washington y Madrid que permitiría utilizar las bases norteamericanas en España como escalas para el transporte de armamento con destino al Medio Oriente y a otras regiones del mundo. En lo que se refiere al caso de Rota, el gobierno Suárez no ha hecho manifestación alguna. En cambio, la denuncia del « Washington Post » ha provocado una explicación hipócrita de los medios diplomáticos españoles. Según « Cambio 16 », esos medios establecen una diferencia entre « tráfico y tránsito ». Para los servicios del señor Oreja, « el tráfico es la utilización del suelo español para el transporte clandestino de armas, sin que documentación alguna especifique su destino, ni otro pormenor de la operación. Tránsito significa la utilización legal de los puertos y aeropuertos españoles para el tránsito de armas — en el caso norteamericano, dirigidas a otras bases americanas, y no a países terceros — cuyas hojas de vuelo o de navegación deben ser visadas por las autoridades españolas ».

Tales sofismas, muy propios de los católicos de « Ya », no pueden convencer a nadie. Son tan ridículos como la teoría de las « bases conjuntas » que no convenció ni siquiera a los jefes militares franquistas. En fin, el « Jumbo » iraní que se estrelló en Mayo pasado en territorio español estaba camuflado para que pudiera pasar por un aparato comercial y, sin embargo, quedó claro que era uno de esos aviones que aseguran el enlace entre una base naval de Nueva Jersey y Teherán. Por último, los vuelos de los aviones cisternas norteamericanos, que antes del tratado tenían su base en Torrejón (Madrid) y ahora la tienen en Zaragoza, no han sido interrumpidos nunca.

Nos encontramos, pues, ante una violación del tratado, ante amenazas o chantajes sobre la ayuda económica a propósito de « Radio Liberty » y ante un acuerdo secreto que ofrece al Pentágono posibilidades de maniobra inadmisibles, muy peligrosas para el pueblo español. Como la ratificación del tratado hispano-yanqui por las Cortes franquistas no tiene valor alguno, ahora que se habla tanto de democracia y de soberanía popular hay que exigir que éste pueda ser examinado a fondo por la Asamblea Constituyente que hay que reunir para desmantelar las instituciones franquistas y abrir una nueva etapa política.

Es preciso comenzar ahora mismo por informar ampliamente al país sobre el alcance del « Tratado de Amistad y cooperación militar » hispano-norteamericano y los peligros que éste entraña.

Se trata de una exigencia elemental que puede obtener un « amplio consenso », como se dice hoy en el lenguaje cursi de ciertos políticos. Ahora bien, para las organizaciones obreras y revolucionarias resulta más importante que nunca proseguir la propaganda y la acción por la anulación del tratado Kissinger-Areilza, por la evacuación de las bases nucleares, por la reincorporación de Rofa y de Gibraltar a España, por la independencia del país frente a los bloques militares y a las superpotencias.

DICTADURA MILITAR Y RESISTENCIA OBRERA EN LA ARGENTINA

El golpe militar que derribó el gobierno de Isabel Martínez, la viuda de Perón, cierra un ciclo en la historia política argentina. El peronismo, movimiento nacionalista de un país dependiente, ha demostrado una vez más el fracaso de la burguesía para conducir un proceso de liberación.

Pero entre la caída de Perón, en 1955, y el derrocamiento de Isabel Martínez, hay una diferencia fundamental. En 1955, el movimiento peronista representaba, con sus contradicciones y sus límites, los intereses de las masas enfrentadas con la oligarquía y el imperialismo. Muchos trabajadores sintieron como propia la derrota de Perón. En 1976, en cambio, el gobierno de Isabel Martínez y la dirección del peronismo, habían perdido toda representatividad. Era un gobierno pro-imperialista, represivo y anti-popular.

Este gobierno tenía que hacer frente a una creciente movilización de los trabajadores. La burocracia sindical controlaba con dificultad las bases poderosas de la CGT (que agrupa a seis millones de afiliados). El nivel de organización iba en aumento, surgiendo directamente desde las fábricas las « Comisiones Coordinadoras ». En junio-julio de 1975, este proceso culminó en la huelga general, que se prolongó espontáneamente durante diez días, contra los planes económicos del gobierno, y que costó el puesto al siniestro López Rega, « eminencia gris » de la presidencia.

El surgimiento de las « Tres A » organización de extrema derecha que reclutaba sus miembros en los servicios de seguridad y

el matonismo de la burocracia, inspirada por Lopez Rega, entre otros, no podía contener el nivel de conciencia y organización de los obreros y el trabajo sistemático de las organizaciones revolucionarias, que incluía una activa resistencia armada. El caos parecía imponerse en el país.

En ese contexto, los militares decidieron desembarazarse de Isabel Martínez y de las formas «democráticas» aún vigentes (muy pocas en la realidad), para asumir directamente el poder. El objetivo estratégico de los generales es aplastar al movimiento obrero y aniquilar las organizaciones revolucionarias, en particular las que siguen practicando la lucha armada (ERP, Montoneros). El plan de la Junta Militar tiene objetivos bélicos: hacer una guerra («no clásica», como dicen ellos) y ganarla a cualquier precio.

El terror instaurado en la Argentina, que dura desde hace dos años, se ha agravado considerablemente desde el 24 de Marzo. Hay decenas de millares de presos y de «desaparecidos», miles de asesinados. Todas las garantías democráticas han sido anuladas. Los abogados y los familiares de los presos son agredidos impunemente. No hay listas de detenidos y con frecuencia resulta imposible investigar sobre la suerte de éstos. Los refugiados políticos de otros países de América Latina son perseguidos y asesinados.

Pese a todo, los militares chocan con grandes dificultades para alcanzar sus objetivos. Anunciaron que en tres meses terminarían con las guerrillas y éstas siguen operando a pesar de los duros golpes que han recibido. En las fábricas comienzan a extenderse las organizaciones clandestinas. Las huelgas y el sabotaje industrial son las manifestaciones más corrientes de la resistencia obrera. En el cinturón industrial de Buenos Aires, los obreros de la industria automotriz, la más dinámica y concentrada del país, paralizaron no hace mucho el trabajo y reclamaron aumentos de los salarios. A comienzos de Octubre, los obreros de la electricidad realizaron una huelga muy importante. En retirada, afrontando la brutal ofensiva del enemigo, la clase obrera argentina resiste. Su voluntad de combate permanece intacta.

La dictadura de los generales no tiene base social de apoyo. Su proyecto económico representa abiertamente los intereses de la oligarquía y el imperialismo. La crisis es colosal (una inflación del 350 por ciento). La pequeña burguesía que, en los primeros días del golpe alimentó algunas ilusiones sobre el mismo, no tardó en sentirse atacada directamente en su nivel de vida.

En esta época, el movimiento tiende a constituir una unidad, los medios de comunica-

Para imponerse, la dictadura no tiene otro recurso que la represión. La larga historia de las luchas populares en Argentina demuestra que no fueron las armas las que decidieron, sino las masas con sus luchas y su organización. Los obreros, replegados en sus baluartes fundamentales, las fábricas, han comenzado una resistencia que sera muy difícil aplastar.

Acompañando al grueso de los trabajadores, una nueva vanguardia se forja en los combates cotidianos. La defensa activa de las organizaciones, o sea, la defensa por medio del contraataque, contribuye a mantener firme la voluntad de lucha. Los golpes contra el enemigo no son pocos. Las huelgas, el sabotaje, las acciones armadas, todos los métodos aprendidos en la resistencia contra las anteriores dictaduras, se ponen en práctica. Esa es una ventaja enorme, que es parte fundamental de la fortaleza del proletariado argentino.

En el curso de la resistencia, se construirán las herramientas necesarias para cuando llegue el momento de la contrarofensiva. La tarea de organizar clandestinamente los sindicatos, creando una CGT en la resistencia, expresa esa necesidad. Al mismo tiempo, las organizaciones revolucionarias argentinas maduran su propia experiencia y progresan en sus conclusiones teóricas y políticas. La conclusión que no hay liberación nacional sin liberación social, es decir, sin una revolución socialista, es ya patrimonio común de la vanguardia. La posibilidad de construir un Frente Revolucionario está al orden del día.

El enemigo, las Fuerzas Armadas reaccionarias, concentra todas sus fuerzas justamente en el intento de aislar y aniquilar a esta nueva vanguardia. Hay divergencias entre los militares, pero tienen un común objetivo estratégico. La dictadura representa el bloque de los sectores más reaccionarios de la sociedad argentina, aliados al imperialismo norteamericano. Su proyecto forma parte de la nueva estrategia mundial de los Estados Unidos, que, tras sus reveses en Asia y Africa, se proponen defender por todos los medios la retaguardia fundamental que representa América Latina.

La solidaridad con la clase obrera y el pueblo argentino es hoy una tarea de primera importancia para el movimiento obrero y para los revolucionarios de América Latina y de Europa.

CRISIS SIN PRECEDENTES EN LA CHINA DE MAO

La nota editorial sobre « El maoísmo y la crisis política en China » que publicamos en el número 3 de « Tribuna Socialista » suscitó muchos comentarios y no pocas críticas. Estas últimas fueron formuladas, a veces con cierta vehemencia, por jóvenes militantes de los grupos que en España se reclaman, no siempre con mucha coherencia, de lo que Pekín llama « el pensamiento de Mao Tse-tung ».

¿Qué decíamos en esa nota? Pues que China se encontraba en plena crisis política diez años después de la « revolución cultural » y que la probable desaparición de Mao en un plazo relativamente corto iba a intensificar la lucha por la sucesión entre los diferentes clanes o tendencias del aparato dirigente de Pekín.

Anunciábamos — partiendo de las primeras consecuencias de la muerte de Chu En-lai: « incidentes » de Abril pasado en la plaza de Tien An Men y en otros lugares del país, eliminación política de Teng Hsiao-ping — que la crisis que había comenzado iba a revestir una enorme gravedad. Los hechos han probado que no estábamos equivocados. Lo único que no podíamos prever es que el estallido de la crisis se produjera tan pronto — un mes después del fallecimiento de Mao — y en condiciones tan sombrías.

En efecto, antes de que se apagara el eco de las declaraciones, artículos y discursos sobre el « gran timonel » y el sentido de la revolución china, antes de que fueran olvidados los increíbles elogios a Mao de la prensa burguesa internacional y de numerosos políticos y escritores antisocialistas y reaccionarios, el mundo asistía lleno de estupor a una sorda lucha de clanes en el aparato dirigente de Pekín, lucha en la que los trabajadores, los comunistas y el pueblo de China no jugaban el menor papel.

Cierto, la historia del stalinismo nos ofrece multitud de crisis parecidas. Lo que sucedió en la URSS tras la muerte de Stalin, y en particular la liquidación de Beria y la aparición de la *troika* encabezada por Malenkov y, más tarde, el proceso de « desestalinización », fueron acontecimientos extraordinarios tanto por su forma como por su contenido. Pero vivimos en otra época, el mundo tiende a constituir una unidad, los medios de comunica-

ción difunden las informaciones a una velocidad vertiginosa y resultaba difícil imaginar que en el país del «otro comunismo», en el país de las movilizaciones de masas a que dio lugar la «revolución cultural», en ese país que ha suscitado tantas esperanzas y alimentado tantas mitologías, la muerte de Mao iba a conferir a la lucha por la sucesión características dignas de los regímenes dictatoriales, capitalistas o «socialistas», de otros tiempos.

Una vez más, como en los casos de Liu Chao-ci, de Lin Piao y de Ten Hsiao-ping, se ha sacado la teoría de las «dos líneas». Pero en esta ocasión, como se trataba de liquidar al «equipo de Shangai» y a la propia mujer de Mao, es decir, a los abanderados de la «gran revolución cultural proletaria», que según ciertos intelectuales ingenuos de Europa y América había abierto una nueva época del comunismo y de la historia del mundo, se imponía operar con mayor cautela, combinando el silencio con las indiscreciones calculadas, rehuendo toda explicación política serio, manteniendo en la ignorancia a los comunistas y a las masas obreras y campesinas.

Hecha la operación en condiciones que un día serán aclaradas, los vencedores en la lucha de clanes, con Hua Kuo-feng al frente, decidieron aplicar a su manera la famosa «línea de masas» realizando movilizaciones gigantescas en Shangai y en Pekín perfectamente encuadradas y dirigidas, para conducir a los infiernos a la «banda de los cuatro», a las figuras más representativas de la «revolución cultural», que, al parecer, entre sus muchos «crímenes», «practicaban el culto a todo lo extranjero, estaban en inteligencia con el extranjero», seguían «una línea capitalista» y trataban de «rechazar el principio del internacionalismo para capitular ante el imperialismo.»

Para que no haya el menor equívoco, para evitar posibles discusiones políticas, se ha ido todavía más lejos, acusando a la mujer de Mao de haber «acelerado la muerte» de su marido y a la «banda de los cuatro» de haber «inventado un pretendido testamento» del «gran timonel». Tales acusaciones, la manera de lanzarlas y la atmósfera de complot ultra secreto en que se ha tramado todo han terminado por plantear graves problemas a los maoístas más recalcitrantes. Algunos de estos no han salido todavía de su asombro. Otros se han contentado con esgrimir argumentos políticos, hablando de «un desplazamiento del centro de gravedad del P. C. chino que favorece el desarrollo de nuevas tendencias revisionistas». Y no han faltado los que, tras manifestar sus «inquietudes», se han contentado con decir que «la lucha de clase continúa en China».

Por desesperante que sea todo lo que está sucediendo en China — pues abochornan esas gigantescas manipulaciones de las masas en nombre del « comunismo » — coincidimos con los maoístas que sostienen que la lucha de clases continúa y continuará. Es difícil todavía valorar correctamente la significación política y social de la caída del grupo de Shangai y del ascenso fulgurante de Hua Kuo-feng, hombre que concentra en sus manos poderes que nunca tuvo el propio Mao. ¿Estamos ante una alianza de los burócratas y de los tecnócratas que temen movimientos de masas como los que se produjeron durante la « revolución cultural »? ¿Se intenta una aproximación hacia la burocracia del Kremlin en previsión de nuevas convulsiones sociales que podrían poner en peligro todo el sistema? Es posible que no tardemos en salir de dudas en estos dominios y en otros no menos importantes.

Mao Tse-tung anunció en varias ocasiones otras « revoluciones culturales », negando así toda estabilización duradera de la sociedad surgida de la revolución china. El porvenir inmediato nos aclarará muchas cosas y destruirá muchas de las mixtificaciones que han prevalecido en China como reglas de oro. Nosotros estamos en el terreno del marxismo y no en el del maniqueísmo de las « dos líneas ». Las contradicciones de la sociedad china son enormes, como lo prueba todo lo sucedido en los diez años que nos separan de la « revolución cultural » y lo que está ocurriendo en estos momentos. Un pueblo de tan vieja cultura y una clase obrera en pleno crecimiento, que ha conocido transformaciones extra-ordinarias, romperán con la dictadura burocrática y conquistarán las libertades de que han sido privados. La crisis mundial del stalinismo no permite estabilizaciones efectivas ni en China, ni en la URSS ni en las democracias populares del Este. Pero, más que nunca, el destino de la revolución china está ligado al ascenso del socialismo en el mundo y a sus probables victorias en Europa en los años próximos.

POR UNA POLITICA SOCIALISTA FRENTE A LA "REFORMA" Y A LA MONARQUIA BONAPARTISTA

por Luis ALONSO GRACIA

Dentro de poco se cumplirá el primer aniversario de la muerte de Franco y de la proclamación de la monarquía de Juan Carlos. Aunque no hay que excluir que de aquí a entonces puedan producirse acontecimientos importantes — una nueva crisis ministerial, el bloqueo o la deformación de la « reforma política » en las Cortes o en el Consejo Superior del Ejército, nuevas movilizaciones de masas que contribuyan a modificar el panorama político —, estamos quizás en condiciones de establecer un cierto balance del año transcurrido.

La primera conclusión puede resumirse diciendo que la dictadura, debilitada, corroída por mil contradicciones y por el proceso profundo de transformación de la sociedad española que se inició en vida de Franco, permanece en pie. Cuando se piensa no en los ejemplos del pasado, sino en experiencias más recientes, como las del hundimiento de las dictaduras de Grecia y de Portugal, el contraste resulta realmente sorprendente.

Pero de nada serviría disimular la realidad. Como decía Lenin en sus célebres « Cartas desde lejos », la única base de una orientación justa son los hechos. Pues bien, pese a la evidente descomposición ideológica y política del franquismo, el aparato de Estado levantado por Franco está casi intacto, con su Consejo del Reino, su Consejo Nacional, sus Cortes, su sistema jurídico y sus fuerzas de represión. Ciertamente, la España de fines de 1976 ya no es la de fines de 1975. La descomposición del franquismo ha liberado fuerzas considerables y ha puesto sobre el tapete todos los problemas profundos del país — los que la dictadura quiso borrar o disimular en vano —, y la clase obrera, los movimientos de emancipación nacional y las masas populares han ido conquistando toda una serie de posiciones que tienden a romper los equilibrios inestables en que se funda la monarquía juancarlista. Mas por un conjunto de razones que hay que analizar y que deben incitar a la reflexión, no se ha producido aún una ruptura efectiva e irreversible con el pasado, ni se han creado todavía las condiciones indispensables para acometer la transformación revolucionaria del país que la etapa actual impone. No ha habido tampoco ni « ruptura democrática », ni « ruptura negociada », ni « reforma », impuesta o pactada.

Al entrar en el mes de Noviembre de 1976, en vísperas de una nueva tentativa de « reforma » que choca con tantas dificultades como la precedente, la confusión es mayor que nunca en las esferas dirigentes y en el seno de la oposición oficial. Por otra parte, comienzan a aparecer toda una serie de factores inquietantes (resistencia al « cambio » de figuras destacadas de la casta militar, recomposición política de la derecha franquista que pasa a la contraofensiva, acción descarada de las bandas fascistas en Euskadi, desencanto de ciertas capas medias ante la ausencia de « salida ») y el movimiento obrero, paralizado por el retraso en la reconstrucción de fuerzas sindicales poderosas y sobre todo por el oportunismo claudicante de Coordinación Democrática y de la nueva Plataforma de Organismos democráticos, no está a la altura de su misión.

Todo induce a pensar que la situación actual no podrá prolongarse durante mucho tiempo. El propio gobierno Suárez no es más que un intermedio, en cierto sentido más frágil que el equipo Arias-Fraga-Areilza. O bien el movimiento obrero recobra su autonomía, se fija una perspectiva clara de desmantelamiento de la dictadura y de conquista de las libertades fundamentales, lo que le permitiría convertirse en la fuerza dirigente de la transformación del país, o bien la recomposición de las fuerzas reaccionarias de la burguesía bloqueará el horizonte de « cambio » y de liberación y abrirá el camino a una monarquía bonapartista y, a la larga, a una nueva dictadura totalitaria.

DE LA « REFORMA » DE FRAGA A LA « REFORMA » DE SUAREZ

A estas alturas resulta casi risible recordar la « reforma » que Fraga Iribarne, el pretendido « ciclón », patrocinaba con su soberbia habitual. El hombre que inauguró la táctica de las cenas con los líderes de la oposición respetuosa había anunciado que la « reforma » sería realizada en dos meses y la « democratización » del país en dos años. Como se recordará, después de la aprobación por las Cortes, tras no pocas dificultades, de las leyes sobre los derechos de reunión y de asociación política, cuyos resultados son harto conocidos, la « reforma » política y la ley electoral tenían que ser votadas antes del 15 de Julio, el referéndum sobre la reforma parlamentaria y la modificación de las Leyes Fundamentales debía realizarse en Octubre y las primeras elecciones generales a comienzos de 1977. Este calendario imperativo fue anulado por las resistencias que se manifestaron en el

Consejo Superior del Ejército, en el Consejo del Reino, en el Consejo Nacional y en el propio gobierno. Y, como era de prever, Fraga desapareció una vez más del poder dirigente.

Como tuvimos ocasión de repetir en las páginas de esta revista (1), el gobierno Arias-Fraga-Areilza, gobierno de frente único de casi todas las fuerzas sociales y políticas de la dictadura, estaba en crisis desde el mismo día de su formación. Pero su caída no se produjo hasta comienzos de Julio pasado, una vez fracasada la primera tentativa de « reforma ». La crisis y su solución mediante el nombramiento de Adolfo Suárez, el « presidente por sorpresa » como se dijo entonces, falangista asociado al Opus Dei, al frente de un equipo formado por católicos del grupo « Ya », en su mayor parte consejeros de empresas ligadas a BANESTO, (Marcelino Oreja, consejero del Banco Guipuzcoano; Alfonso Osorio, secretario general de ESSO; Eduardo Carriles, director de El Fénix español; Landelino Lavilla, consejero de Unión Siderúrgica asturiana; Lladó y Calvo Sotelo, del grupo Urquijo), provocó un cierto asombro.

Han pasado ya varios meses y todavía persiste el misterio de la crisis de Julio, misterio que hasta Fraga y Areilza se han guardado de explicar y sobre el que la prensa más libre y mejor informada del país ha hecho bien pocas revelaciones. Lo único que se dijo por aquel entonces es que el gobierno Arias-Fraga-Areilza estaba « falto de cohesión ». Ahora bien, el gabinete de Suárez no ha demostrado ser mucho más coherente. Hay en su seno, aparte del grupo de ministros militares, cuya cabeza visible, el general Santiago, fue reemplazado repentinamente por el general Gutiérrez Mellado, dos fracciones: la de Suárez y Martín Villa, procedentes del falangismo, y la de Osorio, es decir, la de la Editorial Católica y de BANESTO. De ahí que se hable constantemente de nuevo de cambios o de reestructuraciones posibles.

Como la ausencia de Areilza y de Fraga causó una fuerte sorpresa en el país y en los medios capitalistas europeos y norteamericanos, el gobierno de Suárez se presentó con una declaración de un tono más « democrático », afirmando la voluntad de asegurar la expresión de la « soberanía popular » y anunciando

(1) Ver « Las reformas, la oposición y la izquierda revolucionaria » en el número 3 de « Tribuna Socialista ».

una verdadera y rápida reforma política. Y como el movimiento en favor de los presos políticos había adquirido en aquellos momentos una enorme resonancia en toda España, Suárez promulgó una «amnistía» que en la práctica se tradujo por un indulto más amplio que el precedente y del que se excluyó deliberadamente a la inmensa mayoría de los nacionalistas y los marxistas revolucionarios vascos. En fin, para ofrecer un rostro liberal y abierto, el propio Suárez y su ministro de Relaciones Sindicales, De la Mata, celebraron entrevistas públicas con varios dirigentes de la oposición oficial y de las organizaciones sindicales, salvo con los de la CNT, que, consecuentes con lo que esta organización ha representado en el movimiento obrero, se negaron a mantener diálogo alguno con el mandatario de la CNS y del gobierno.

Así las cosas, cabía suponer que el gobierno de Suárez iba a presentar un proyecto de «reforma política» sensiblemente distinto del que Fraga había ofrecido como gran panacea. Una vasta campaña publicitaria, tontamente secundada por algunas publicaciones que se afirman partidarias de la liquidación de la dictadura, volvió a airear la tesis del «rey, motor de la reforma» y trató de presentar a Suárez como un nuevo «ciclón», más arrollador que el propio Fraga, puesto que, después de obtener la venia de los altos jefes militares en una reunión espectacular, se proponía imponer ciertas reformas por decreto-ley, pasando por encima del Consejo Nacional y de las Cortes. En un momento dado se habló de la disolución de la CNS y de la proclamación inmediata de la libertad sindical, así como de la inminente aprobación de una ley electoral y hasta de un referéndum urgente, del tipo del que ha venido preconizando Gil Robles, para reforzar la legitimidad del rey. Pero seguimos viviendo bajo un régimen de despotismo picaresco. Tras los amables conciliábulos oficiales con diversos dirigentes de la oposición — maniobra destinada a neutralizarlos o a presentarlos como simples comparasas —, Suárez salió con un proyecto de «reforma» inspirado en el del gobierno Arias-Fraga-Areilza y del que apenas difiere en lo fundamental.

Ese proyecto contiene un preámbulo en el que, bajo el pretexto de que sólo «cuando el pueblo haya otorgado libremente su mandato a sus representantes» podrá acometerse «la solución de los importantes temas nacionales, como son la institucionalización de las peculiaridades regionales como expresión de la diversidad de los pueblos que constituyen la unidad del Reino y del Estado, el sistema de relaciones entre el gobierno y las Cámaras legislativas, la más profunda y definitiva reforma sindical, o la creación y funcionamiento de un órgano jurisdiccional sobre temas constitucionales o electorales», se aplaza hasta la elección

de las nuevas Cortes la solución de algunos de los problemas más apremiantes y más sentidos de hoy, es decir, el de las nacionalidades y el de la libertad sindical. Por otra parte, el texto del proyecto de ley prevé el mantenimiento del Consejo del Reino y la elección de un Congreso reducido y de un Senado corporativo que están muy lejos de representar la «voluntad popular» y a los que solamente delirios interesados y sospechosos han podido atribuir «poderes constituyentes». La única novedad digna de mención es que en principio se confieren al rey mayores facultades que en el proyecto de Fraga.

Como se sabe, el gobierno va a someter a la aprobación de las Cortes franquistas sus proyectos de «reforma política» y de «reforma sindical» (el primero por el procedimiento de urgencia y el segundo por la vía ordinaria) y sigue oponiéndose a la promulgación de una auténtica amnistía general y al restablecimiento sin cortapisas de las libertades democráticas. Ahora, después de haber «pre-negociado» con ciertos dirigentes de la oposición negocia en realidad con los grupos políticos franquistas representados en las Cortes, a los que ofrece toda suerte de garantías para obtener esa mayoría de los dos tercios que necesita para sacar adelante su «reforma» y preparar el referéndum. Su primera experiencia en el Consejo Nacional no ha sido muy alentadora y la constitución de la pretendida Alianza Popular por Fraga, López Rodó, Fernández de la Mora y Silva Muñoz no va a facilitarle el desarrollo de la operación.

UN ITINERARIO CATASTROFICO

Caben ahora varias posibilidades: que las Cortes aprueben el proyecto de «reforma», que lo bloqueen o lo desfiguren o que lo rechacen pura y simplemente. Las dos primeras son las más verosímiles. En lo que se refiere a la segunda, Gil Robles ha hecho una advertencia al decir en «El País» que un «proyecto de reforma que nazca con taras que lo conviertan en un nuevo disfraz de la dictadura, no contará no ya con el apoyo de la oposición democrática, pero ni siquiera con la complicidad que supondría tomar parte en una votación cuyos resultados estuvieran calculados antes de abrirse los colegios electorales». El porvenir dirá sobre el valor de tal advertencia. Ahora bien, lo curioso es que en la reunión de constitución de la nueva Plataforma de Organismos Democráticos (Coordinación Democrática más algunos organismos unitarios de las nacionalidades o de las regiones, como la Asamblea de Cataluña o la «Taula» de Valencia) pareció prescindirse de lo inmediato — el proyecto de «reforma política» y la amenaza de un referéndum que sólo serviría para legalizar

la «reforma» y, sobre todo, la monarquía juancarlista — y se decidió «establecer unos criterios comunes en torno al ofrecimiento a los poderes fácticos y al gobierno de una negociación encaminada a cumplir el objetivo central de la oposición democrática, que es la realización de unas elecciones libres a Cortes Constituyentes». Dejando de lado lo de los «poderes fácticos», las «instancias» y otros aspectos de una terminología grotesca en la que se complacen los que aspiran a formar una nueva «clase política», todo lo cual es completamente extraño a la clase obrera y al socialismo y produce verdadero rubor, por no decir otra cosa, lo evidente es que una vez más los dirigentes de Coordinación Democrática y sus nuevos colaboradores de Cataluña, Valencia, Baleares, etc. se colocan a la defensiva y eluden lo más apremiante: la lucha contra una «reforma» que, aprobada o enmendada por las Cortes franquistas, cierra el camino a la satisfacción de las aspiraciones actuales de la clase trabajadora, de los movimientos de emancipación nacional y de las masas populares en general.

No disponemos del espacio ni del tiempo necesario para hacer un balance completo del catastrófico itinerario que va de la constitución de la Junta Democrática por la dirección del Partido Comunista y el singular equipo Calvo Serer — García Trevijano, a la reciente formación de la Plataforma de Organismos Democráticos. Sin embargo, habrá que hacerlo algún día, y quizás ello podrá permitirnos comprender que estemos todavía donde estamos. Mas vale la pena consignar al menos, pasando por alto el «bluff» y las manipulaciones iniciales de Carrillo, que se ha ido de retroceso en retroceso, de abdicación en abdicación. En efecto, se ha ido pasando de la «ruptura democrática» a la «ruptura pactada», de la «negociación con ciertos elementos del poder» a la «negociación con el gobierno» — aunque, en realidad, lo que se ha hecho sobre todo es, como lo ha reconocido el propio Gil Robles, «hablar... y recibir a última hora un ukase que se va a hacer público unas horas después» —, del «pacto nacional» al «pacto constitucional», del «gobierno provisional» al «gobierno de amplio consenso democrático», para acabar suplicando, en vísperas de la probable aprobación de la «reforma Suárez», una «negociación con los poderes fácticos y el gobierno».

Ya sabemos que se nos dirá que pese a la crisis de Coordinación Democrática, a la dispersión de sus fuerzas, a las dificultades existentes para constituir un instrumento de coalición con los organismos de las nacionalidades y de ciertas regiones, a la «suavización» del documento de Valencia, se ha llegado a constituir la Plataforma de Organismos democráticos y a establecer

los elementos de un « programa común », de una « alternativa democrática ». Pero aparte de que todo esto es de una fragilidad extraordinaria, puesto que ya se está preparando una « plataforma de personalidades » a fin de excluir a unos « izquierdistas » que han dejado de ser útiles y facilitar el contacto con los « poderes fácticos », una alternativa, por definición, no es nunca un elemento de negociación. O es un instrumento de movilización y lucha, o carece de valor alguno. No queremos ignorar tampoco que en el « documento de Valencia » y en el aprobado en Madrid el 23 de Octubre se habla de « combinar la negociación y la movilización ciudadana... pacífica y responsable ». Pero nadie ignora que la Izquierda Democrática de Ruiz Jiménez, el Partido Carlista y las fuerzas que dirige Gil Robles han manifestado repetidamente su oposición a las movilizaciones populares, y a los movimientos huelguísticos y que, desde hace un cierto tiempo, insisten en dar la prioridad absoluta a la negociación con el gobierno Suárez, con el que mantienen relaciones secretas, especiales y privilegiadas.

Pero hay más todavía. Según « El País », los organismos unitarios reunidos el 23 de Octubre « debatieron las modalidades que debían revestir estas movilizaciones » y, a lo que parece, « se obtuvo un consenso en torno a la necesidad de que sean actos políticos en locales cerrados, sin acudir a las movilizaciones callejeras y observando siempre el respeto a los medios pacíficos ». Si no nos equivocamos, eso equivale a decir que la nueva Plataforma no sostendrá « jornadas de lucha », por limitadas y calculadas que sean, ni se asociará a los movimientos contra las medidas económicas francamente antiobreros decretadas últimamente por el gobierno Suárez.

Todas estas contradicciones ponen de relieve que el « programa común », independientemente de que deja en el aire muchos problemas y se basa en generalidades, es el producto de un compromiso de una endeblez evidente. Las discusiones de Madrid revelaron que las divergencias tienden a acentuarse entre los diversos « organismos unitarios ». La comisión permanente de la nueva Plataforma tiene que estudiar cuestiones como la de « fijar una posición común ante el referéndum » y « dar soluciones concretas ante el problema de las nacionalidades y las regiones ». Sobre ambas cuestiones, tan vitales, tampoco reina la unanimidad. Parece que el PSOE — y no sólo él — quisiera hacer marcha atrás en la cuestión de las nacionalidades, prefiriendo hablar de « órganos de autonomía », un lugar de « gobiernos provisionales » a fin de evitar la reacción negativa del « principal poder fáctico del país », esto es, del Ejército. Esta argumentación, no es nada original: es precisamente la que esgrimieron Carrillo y

Santiago Alvarez para justificar el primer manifiesto de la Junta Democrática y que, como se recordará, levantó reservas de consideración en Cataluña y Euskadi.

En el fondo, semejante actitud responde a una cierta lógica. Si se quiere negociar con el gobierno Suárez embarcado en su « reforma », si se quiere prescindir de las movilizaciones populares, si se acepta la monarquía, si se busca un compromiso con el « principal poder fáctico », la reivindicación de los gobiernos provisionales para Cataluña y Euskadi es demasiado radical, tiene un carácter de ruptura revolucionaria con la forma actual del Estado centralista y monárquico y presupone llegar a una situación como la del 14 de Abril de 1931, con la proclamación de la República catalana, o la del 16 de Febrero de 1936, con la movilización de masas a que dio lugar la victoria electoral de la coalición obrero-republicana. Se explica, por tanto, que algunos de los que habían aceptado de muy mala gana, por espíritu de compromiso o por pura demagogia — porque la demagogia abunda más entre los reformistas del momento que entre los revolucionarios, que al menos se creen lo que dicen y están dispuestos a defenderlo en toda circunstancia — intenten ahora, como Carrillo ayer, volver a posiciones menos comprometedoras para su política de « conciliación » y sus planes oportunistas.

BURGUESIA Y PROLETARIADO ANTE LA CRISIS

Todo ésto nos lleva al análisis de fondo de la situación política actual y a los problemas de estrategia y de táctica en lo que se refiere al desmantelamiento de la dictadura y la reconquista de las libertades democráticas. Se hace imprescindible repetir que nos encontramos en una situación original, compleja, difícil, en la que no valen la estrategia y la táctica inspiradas en los ejemplos de la Europa de 1943-45, es decir, de las « uniones nacionales » de Italia, Francia y otros países de Europa central u oriental. Aparte de que ya va resultando difícil saber quien es franquista y quien es demócrata, aparte de que vamos a encontrarnos con cambios de chaqueta tan espectaculares como el de Fraga y el de ciertos burgueses catalanes y vascos que ahora son más « nacionalistas » que nadie, asistimos, tras cerca de un año de dilaciones, de maniobras y de equívocos, a una recomposición de las fuerzas de la burguesía que, sostenidas por el capital financiero internacional y las grandes potencias capitalistas, se proponen jugar fuerte para estabilizar la monarquía y salvar el sistema de dominación burgués en España.

Aunque la « Operación Juan Carlos » fue preparada con tiem-

po y meticulosamente, es innegable que la desaparición de Franco en una situación de crisis económica, política y social, ante un despertar general de las energías obreras y populares, en una Europa que influían fuertemente la Revolución portuguesa, la caída de la dictadura griega y la crisis italiana, provocó un cierto desconcierto en los círculos dirigentes del Estado franquista y de la burguesía. Sin embargo, la debilidad del movimiento obrero y de los movimientos de emancipación nacional, la falta de organismos apropiados de frente único o de coordinación, la explotación del chantaje de una nueva guerra civil y la política de «reconciliación nacional» elaborada por el Partido Comunista y seguida por otras organizaciones impidieron que las huelgas y las movilizaciones del primer trimestre de 1976 crearan las condiciones de una ruptura revolucionaria con la dictadura y aseguraron la instalación «sin traumas» de la monarquía impuesta por Franco.

Es muy cómodo y demasiado simple decir que como Franco murió de viejo, todo tenía que transcurrir como ha transcurrido. Y, además, es profundamente injusto, porque ello equivale a desvalorizar todas las luchas de la clase obrera desde 1962 y la acción de los nacionalistas y de los marxistas revolucionarios vascos desde el proceso de Burgos, así como el renacimiento general que venía operándose en el país, en los medios más diversos, tras los largos años de dictadura totalitaria. Los pueblos de España rechazaban la dictadura y no veían en la monarquía de Juan Carlos otra cosa que una tentativa de prolongar la dominación de las fuerzas sociales que habían mantenido el oscurantismo, la explotación y la opresión durante cerca de 40 años. Por consiguiente, las causas de que nos encontremos todavía en la situación actual, de que tengamos que hablar de «reformas», de Fraga o de Suárez, de referéndum, de amnistía y de restablecimiento de las libertades democráticas y obreras, son políticas y acusan a las claras las debilidades y las carencias del movimiento obrero y de sus organizaciones.

Tomemos un simple ejemplo. En los primeros meses que siguieron a la muerte de Franco podía explicarse la extraordinaria proliferación de organizaciones, grupos y tendencias políticas. Con la mejor buena voluntad del mundo podía decirse que estábamos ante una manifestación de vitalidad y que las enormes dificultades de la lucha clandestina y del exilio habían hecho poco menos que inevitable la atomización y un cantonalismo sin precedentes. Y decimos sin precedentes porque ésto no ocurrió en España ni en 1868-73, ni en 1930-31, ni en 1936. Como tampoco sucedió en Italia después de la caída de Mussolini, ni en Francia después de la derrota de los nazis y de Petain. Se ha reprochado

a veces la división de las fuerzas obreras en los años 1930-36 y especialmente en el periodo de la Revolución y de la guerra civil. Pero la verdad es que entonces, el movimiento obrero, si bien estaba fraccionado, sus divisiones correspondían a las tendencias ideológicas y políticas fundamentales, fruto de todo un proceso histórico de diferenciación y de luchas — y no de presiones colonialistas exteriores o de afanes caudillescos o grupusculares — y que en 1934-36 se hicieron notables esfuerzos para simplificar el panorama político y sindical, entre los cuales merece destacarse la creación de las Alianzas Obreras, la reunificación de la CNT y la fundación del POUM.

La recomposición de las fuerzas políticas y sociales de la burguesía se halla en marcha. Se están sentando ya los jalones de un movimiento patronal — el mejor ejemplo es la reconstrucción del Fomento del Trabajo Nacional en Cataluña — que seguramente aparecerá más unido y cohesionado que el sindicalismo obrero. El hecho de que personajes tan distintos como Fraga, López Rodó, Silva Muñoz y Fernández de la Mora hayan constituido un bloque político que se intitula desvergonzadamente « Alianza Popular » y que cuenta con sólidos apoyos del capital financiero, es enormemente significativo. Queda ahora más claro que nunca que la teoría del « bunker » era una simplificación mistificadora. Hay una derecha franquista y reaccionaria, que ocupa posiciones importantes en el aparato del Estado, en el Ejército, en la Iglesia y en la alta finanza. No va a tardar en surgir un fuerte partido demócrata-cristiano, alrededor del equipo de Gil Robles, formación que, inspirándose en experiencias similares de Alemania e Italia, y apoyándose en el Vaticano, sacará las lecciones del fracaso de la CEDA y tratará de lograr una base social más amplia entre las clases medias. No sabemos hasta dónde llegarán los planes tendientes a formar una « Federación de grupos reformistas » que iría desde Adolfo Suárez y Martín Villa hasta los « socialdemócratas » como Fernández Ordóñez, pasando por Pío Cabanillas y Barrera de Irimo. Lo único que no ofrece dudas es que todo esto — sin olvidar la reconstitución de la Lliga catalana y su decisión de « pesar en los destinos de España » siguiendo el ejemplo de Cambó — responde al proyecto de articular instrumentos sociales y políticos para garantizar la estabilización de la monarquía como Estado burgués fuerte.

Naturalmente, esta recomposición de las fuerzas de la burguesía explica la actitud de Gil Robles con respecto a la Coordinación Democrática y el reciente distanciamiento o las reservas crecientes con respecto a las alianzas interclasistas de Ruiz Jiménez y de otras formaciones burguesas, incluido el pintoresco Partido Carlista. En todo caso, las organizaciones burguesas que se encuentran todavía en el seno de Coordinación Democrática o

en sus límites inmediatos seguirán maniobrando para evitar que ésta o la nueva Plataforma constituyan un elemento de movilización y de lucha y apuntan ya en el sentido de formar un bloque de centro-izquierda basado en las organizaciones socialistas y democratacristianas. Las abdicaciones sucesivas de los dirigentes de los Partidos Socialista y Comunista y los confusionismos oportunistas de ciertos grupos «izquierdistas» que se reclaman más o menos claramente del maoísmo podrían facilitar el conjunto de estas operaciones

CONTRA LA DEMAGOGIA Y EL OPORTUNISMO

El juego es demasiado serio para que pueda ser tomado a la ligera. El proletariado es hoy — lo repetimos una vez más — la fuerza más numerosa, más homogénea y más combativa del país. Hay en España 4 millones de obreros industriales y 8 millones de asalariados, lo que representa el 70 por ciento de la población activa del país. Esta fuerza considerable, que es la que más ha sufrido durante la dictadura franquista y la única realmente interesada en la conquista de la libertad, no puede quedar a merced de las combinaciones de la burguesía, de esa misma burguesía que desencadenó la guerra civil y llevó el país al desastre sangriento de la dictadura franquista. En nombre del peso de los famosos «poderes fácticos», se dice y se repite que la correlación de fuerzas es desfavorable a la clase obrera y que no queda más remedio que colocarse a remolque de las fuerzas liberales de la burguesía e incluso «negociar con el gobierno» el desmantelamiento de la dictadura. Pero admitiendo que eso fuera cierto, la tarea más importante hoy es modificar esa correlación de fuerzas, ir hacia las masas, organizar a los trabajadores, reconstruir las organizaciones, animar las luchas y las movilizaciones en lugar de frenarlas, buscar aliados en las otras capas explotadas y oprimidas de la población, defender todas las reivindicaciones frente a los ataques al nivel de vida de los obreros y campesinos, confluir en la acción con los movimientos de emancipación nacional de Cataluña y Euskadi, ligarse a los jóvenes oficiales y a los soldados antifranquistas, formular un programa de reivindicaciones políticas, económicas y sociales que corresponda a las aspiraciones generales y particulares de los millones de hombres y de mujeres que desean algo más que un «cambio» equivoco, que desconfían de las manipulaciones políticas en curso, que tienen profundas esperanzas de liberación.

Ciertas formaciones socialistas hablan de «frente de los trabajadores» y de «alternativa socialista» para un mañana indefinido mientras practican una política de colaboración de clases

y de abdicación ante determinadas organizaciones de la burguesía o ante los «poderes fácticos» de la dictadura. En algunos documentos del PSOE se habla también de «alternativa socialista» y hasta de «transición al socialismo». El PSUC se pretende nada menos que «marxista revolucionario» y el Partido Comunista canta «el socialismo en la libertad». Hay «izquierdistas» para gritar que «España, mañana, será republicana». ¡Mañana...! Y resulta verdaderamente difícil encontrar organizaciones y grupos que no se pronuncien por ese «socialismo autogestionario» que es un comodín y una moda importada, desconcertante en el país donde hace exactamente cuarenta años los obreros y los campesinos realizaron, tomando y colectivizando las fábricas y las tierras, una de las experiencias socialistas más radicales y profundas de la historia moderna.

El movimiento obrero tiene que acabar con esta mezcla incoherente de demagogia verbal y de oportunismo práctico. Las organizaciones políticas y sindicales del proletariado tienen que recuperar su independencia de clase, unificar sus fuerzas rompiendo con el cantonalismo y elaborar en común una auténtica alternativa democrático-socialista, es decir, una política de movilización de las masas y del país por el desmantelamiento de la dictadura, la conquista de las libertades democráticas y la transformación de la estructuras de la sociedad, abriendo así la perspectiva del socialismo.

Ha pasado un año desde la desaparición de Franco y las cuestiones más apremiantes están por resolver. Sería absurdo imaginar que disponemos de un tiempo ilimitado. Si bien no hay que ceder al chantaje del golpe de Estado militar — que se utiliza con demasiada frecuencia para justificar todas las retiradas y todas las abdicaciones — es preciso mantenerse en guardia. Estamos en un proceso ascendente y la circunstancias — en España y en Europa — no son favorables para los que quisieran interrumpir brutalmente la marcha hacia la libertad. Pero las experiencias de Chile y de la Argentina nos han demostrado que las situaciones equívocas no pueden prolongarse indefinidamente. Si no se desmantela el aparato de la dictadura, la contraofensiva reaccionaria puede depararnos sorpresas trágicas. Si no se tiene una actitud firme ante la «reforma» y el propósito de consolidar una monarquía bonapartista fundada en la falsificación del sufragio universal y en una caricatura de parlamentarismo burgués, el porvenir inmediato quedará gravemente comprometido. Ya es hora de ganar el tiempo perdido y de responder con audacia y con energía a los anhelos de las masas trabajadoras de todos los pueblos de España.

LA CLASE OBRERA ANTE LA PLURALIDAD SINDICAL

por Julio GIL

« Pacto político », « pacto social », « diálogo abierto », « conversaciones operativas », « transición sin traumas »... Todas estas fórmulas, del gobierno a la oposición, expresan un afán común : evitar el « desorden », impedir a todo precio la irrupción de las masas en la arena política. De hecho, son las clases dominantes — ya que el gobierno no pasa de ser un frágil instrumento — las que tienen ahora la iniciativa. La oposición, conglomerado de fuerzas políticas heterogéneas y con intereses divergentes, retrocede día tras día. Hay motivos para pensar que, en fin de cuentas, su único objetivo se reduce actualmente a salvar la fachada : una legalización más o menos « decente » y la posibilidad de participar en las elecciones con un mínimo de garantías. Ni siquiera manifiesta ya la esperanza de ganarlas.

España está en crisis, de arriba abajo. Sin embargo, las clases dirigentes y su gobierno, pese a todas las dificultades, logran dominar la situación y llevar adelante, con la ayuda del capitalismo internacional y bajo la fachada de la monarquía, su plan de transición controlada hacia unaseudodemocracia burguesa. Frente a la crisis económica, sus decisiones son perfectamente claras : los trabajadores soportarán la carga. Las medidas adoptadas en Octubre pasado no son coherentes, afirman ciertos economistas de la oposición. Quizás, pero su sentido es bien preciso : congelación de los salarios, suspensión en la práctica de la renovación de los convenios, prohibición de disminuir la jornada laboral, despido libre.

Cierto, el plan de la gran burguesía y de sus hombres de paja — los Suárez y los Martín Villa — está muy lejos de ser perfecto ; después de 37 años de dictadura, las clases dominantes tienen que efectuar su propia educación política en un contexto de crisis aguda. De ahí las vacilaciones, los retrocesos, las medidas ambiguas, como la más reciente, la creación de la Administración de Servicios Socio-Profesionales, nuevo organismo destinado a integrar el patrimonio y el personal burocrático de la « Organización Sindical ». En efecto, ¿ de qué se trata en realidad, más allá del articulado pasablemente equivoco ? ¿ Sería el preludio de la liquidación de la C.N.S. ? Pero, por otra parte, el decreto-ley que debía proclamar la libertad sindical a fines de Septiembre, se ha convertido en un proyecto sometido a las Cortes, cuya discusión

no comenzará, según parece, hasta Enero de 1977. Lo cual significa que la representación de los trabajadores en los conflictos seguirá siendo asegurada — al menos oficialmente — por las estructuras de la C.N.S., que los sindicatos obreros permanecerán en su situación de semi-clandestinidad y que el derecho de huelga no será reconocido fuera del corsé de la legislación franquista. Por supuesto, todo el mundo sabe que semejantes obstáculos ya no pueden paralizar a la clase obrera : tanto a través de la discusión de los convenios como en respuesta al aumento incesante del coste de la vida, a la congelación salarial, al paro creciente, los trabajadores desarrollarán e intensificarán su intervención ; las tensiones acumuladas pueden explotar ahora, a cada momento, en conflictos duros y masivos.

Pero el objetivo del gobierno parece consistir ante todo en ganar tiempo. ¿ Mal cálculo ? Quizás, pero significativo en todo caso, ya que traduce no solamente el propósito de facilitar así la gran coalición de las derechas, sino también el miedo de los círculos dirigentes y la firme intención de un amplio sector de la burguesía de estrangular los movimientos reivindicativos utilizando las antiguas estructuras y el aparato represivo. Para no tomar más que dos ejemplos, las largas huelgas del metal de Sabadell y de la construcción en Burgos, León y Galicia han ilustrado esta voluntad de los patronos y de las autoridades de romper la resistencia de los huelguistas : las asambleas, toleradas al principio, fueron violentamente disueltas después, al propio tiempo que se sucedían las detenciones y los despidos.

En este contexto, las maniobras de los líderes de la oposición sus declaraciones, proyectos y protestas, sus preocupaciones legalistas, no corresponden ni a la situación del país ni a los intereses y aspiraciones de la única fuerza social capaz de impulsar su transformación real ; la clase obrera. Las huelgas generales del 13 y del 27 de Septiembre en Euskadi, la huelga general de Tenerife, la movilización de amplias fuerzas obreras en el cinturón industrial de Madrid el 1° de Octubre, si bien fueron diferentes por su amplitud y su organización, respondieron, a un rasgo común : movimientos francamente políticos, contra asesinatos perpetrados por el aparato policiaco o bajo la protección de éste. Esta capacidad de movilización directamente política no se manifiesta al mismo nivel en todo el país, pero, en la situación actual de España, toda acción reivindicativa de una cierta envergadura adquiere inmediatamente una dimensión política.

La gran ola de huelgas que se desencadenó en Enero-Marzo pasados, en la que participaron cerca de dos millones de trabajadores, creó las condiciones de un movimiento más vasto y profundo, capaz de barrer las estructuras monárquico-franquistas y

de abrir así una nueva perspectiva. Estas condiciones, que persisten y que la agudización de la crisis económica viene a reforzar, no son utilizadas por la « oposición de Su Majestad ». ¿ Serán capaces de ir más lejos las organizaciones sindicales semi-clandestinas ? Aunque la mayor parte estén ligadas a los aparatos reformistas y burocráticos, reagrupan, es evidente, una vanguardia obrera muy combativa cuyo nivel de conciencia anticapitalista se ha ido reforzando en el curso de las luchas de estos últimos años. En este sentido, la jornada de huelga general que la C.O.S. (Coordinadora de Organizaciones Sindicales que reagrupa a nivel nacional las CC OO, la UGT y la USO) ha anunciado para el 12 de Noviembre, podría constituir un gran paso hacia adelante.

A partir de ahí, es decir, del papel de la C.O.S. y de los demás organismos de unidad de acción sindical que existen en el país, así como de su capacidad de movilización, es necesario tratar de comprender todo el problema de la estructuración y del porvenir del movimiento sindical en España, ya que de su planteamiento y de las soluciones que sean aportadas dependerá en gran medida la unidad de los trabajadores en las luchas, el reforzamiento o el debilitamiento del poder de la clase obrera no solamente en el proceso de « cambio » ya iniciado, sino en la perspectiva de una transformación revolucionaria, socialista, de la península.

UNIDAD Y PLURALIDAD SINDICALES

La clase trabajadora de nuestro país ha desarrollado en el curso de los últimos 15 años un admirable movimiento de auto-organización. Tal es el sentido y el contenido de las asambleas de empresa, de las comisiones representativas elegidas y — en su primera etapa — de las Comisiones Obreras. Este movimiento se ha efectuado en un contexto preciso, el de la dictadura franquista y, después de la muerte de Franco, de la monarquía juancarlista. Nos encontramos ahora en una nueva etapa que se caracteriza al propio tiempo por la permanencia de estas formas de organización, que siguen jugando un papel fundamental, y por el renacimiento de las centrales sindicales de tipo clásico. La necesidad, objetiva por así decirlo, de las organizaciones sindicales propiamente dichas es reconocida por los dos adversarios : los trabajadores y los patronos (1).

Esta necesidad « coincide » con la existencia de corrientes políticas en el movimiento obrero. Pero ¿ debe traducirse forzosamente la pluralidad política por una pluralidad sindical que

(1) Ver : « *Hacia un sindicalismo de clase* » — « *Tribuna Socialista* » n° 2.

podría llegar hasta formas atomizadas, cantonalistas o corporatistas? Dicho de otro modo: ¿Cada partido o grupo debe tratar de crear su propia organización sindical? Enunciada así, brutalmente, esta tesis provocaría la indignación de los partidos, grupos, líderes y demás «responsables» que, sin excepción, se declaran partidarios resueltos de la unidad de los trabajadores. Sin embargo, en la práctica, su actividad se inserta en la perspectiva del reforzamiento de centrales sindicales diferentes.

Las discusiones y las polémicas sobre las ventajas y los inconvenientes de la pluralidad sindical y de la central sindical única respectivamente está al orden del día desde hace bastantes meses. Se invoca la historia lejana y reciente, el período de la República y de la revolución de 1936 y la experiencia de la Inter-sindical portuguesa. Se opone la «libertad» de la pluralidad al «totalitarismo» de la central única. Tratemos de razonar y de comprender. Contrariamente a lo que algunos sostienen, la pluralidad sindical no ha sido nunca el simple resultado de una maniobra de división operada por la burguesía. Es, a la vez, el producto de toda la historia del movimiento obrero, de las grandes corrientes políticas (incluyendo las «apolíticas» anarcosindicalistas) que le caracterizan y de la acción más concreta de los aparatos sindicales correspondientes — a nivel nacional e internacional — para tratar de controlar las luchas y de «canalizarlas» en función de sus propias orientaciones.

En la historia de nuestro país, la división del movimiento sindical en UGT y CNT expresaba ante todo la existencia de estas grandes corrientes que, en principio, podrían ser definidas como reformista y revolucionaria. Sin embargo, la realidad era más compleja. La CNT representaba igualmente, y quizás sobre todo, el «nuevo proletariado», de formación relativamente reciente, por ejemplo la gran masa de los trabajadores inmigrados de Cataluña, o bien, en Madrid, los trabajadores de la construcción, en su mayor parte de origen campesino reciente, proletariado que en su conjunto era menos experimentado y más combativo. La UGT representaba, en muchas zonas, categorías obreras más antiguas (y a veces incluso una cierta «aristocracia» obrera) más experimentadas pero menos dinámicas. Sin embargo, basiones ugetistas como Asturias tenían tradiciones de lucha muy arraigadas y una capacidad revolucionaria que fue altamente demostrada en Octubre de 1934 y en Julio de 1936.

La división entre UGT y CNT — por negativa que haya podido ser en ciertos momentos — se explicaba no como el simple producto de la división entre un PSOE reformista y una FAI revolucionaria, sino igualmente como reflejo de todo un pasado, co-

mo expresión de experiencias a veces muy distintas, de situaciones regionales o locales muy diversas, e incluso de estadios diferentes en el proceso de formación de la clase obrera.

La pluralidad sindical que aparece actualmente ¿es una vez más el producto de esos diversos factores? Sin ir hasta decir que éstos últimos no desempeñen ningún papel, la división actual parece mucho más fuertemente vinculada que en el pasado a la acción de los partidos y a la intervención, directa o indirecta, de los diferentes organismos sindicales internacionales.

Como es natural, las afirmaciones de principio no faltan para justificar ora la pluralidad sindical, ora la defensa de la central única que, con frecuencia, no es más que el camuflaje de un proyecto de absorción. Se presenta, por ejemplo, la pluralidad sindical como una garantía de libertad, como la expresión de un «antitotalitarismo» innato en el movimiento obrero. Ahora bien, se sabe que en países como Francia o Italia la pluralidad sindical no garantiza en absoluto — más allá de una «libertad» bastante formal — una defensa más eficaz de los intereses de los trabajadores, ni una política sindical de conjunto «más a la izquierda» a nivel de los aparatos. Si en estos países se producen crisis sociales graves y estallan con frecuencia luchas muy duras, todo ello obedece a la situación real y a la intensidad de los conflictos de clase (que incluso los aparatos sindicales se ven obligados a reflejar de alguna manera), y no gracias a la pluralidad sindical. La unidad sindical, a su vez, tampoco es en sí misma una garantía de fuerza para la clase trabajadora; en muchos casos, por el contrario, los aparatos, en este marco sindical único, pesan más fuertemente sobre las iniciativas surgidas en la base y, en ciertas ocasiones, pueden ligarse más fácil y sólidamente a los organismos estatales, tanto bajo gobiernos social-demócratas como bajo gobiernos conservadores. Tal es el caso de Inglaterra, de los países escandinavos, de Alemania Federal. Sin embargo, esto no significa tampoco que esta unidad sindical sea sinónima de «totalitarismo» en el seno de los sindicatos; la democracia es limitada en ellos, pero ocurre lo mismo en el caso de Francia o de otros países donde reina la pluralidad sindical.

Por lo tanto, no se puede razonar únicamente a partir de posiciones de principio. Hay que tratar de ver, en cada país y en cada fase de la lucha obrera, la realidad que estas posiciones recubren y de definir la orientación que pueda permitir a los trabajadores avanzar por el camino de su UNIDAD EN LA LUCHA y de la elevación de su conciencia anticapitalista. Los marxistas revolucionarios deben militar en los sindicatos. Pero la pluralidad sindical es un hecho en el momento presente. ¿Qué

representan, pues, en lo esencial, las organizaciones sindicales semi-clandestinas que se proponen, todas ellas, convertirse en organizaciones de masas?

UNA MUTACION ACABADA : CC. OO., CENTRAL DEL P.C.

Al principio, las Comisiones Obreras expresaron el combate de los trabajadores para darse sus propias organizaciones. A partir de un cierto momento, el Partido Comunista logró asegurarse el control de las Comisiones, al menos a través de sus Coordinadoras. Este control se fue acentuando estos últimos años ; CC. OO. aceptaron, en su mayoría, la política preconizada por Camacho y sus amigos : por una parte, infiltración en la CNS, participación en las elecciones de jurados y enlaces, tendencia a dirigir las luchas hacia los cauces « legales », por otra parte, sostén a la política de la Junta Democrática primero, de la Platajunta después. No obstante, la extraordinaria movilización de los trabajadores a partir de Enero de 1976, la radicalización de las huelgas del primer trimestre del año que entrañó el desbordamiento total de los enlaces y jurados y la afirmación de las asambleas y comisiones elegidas como organismos fundamentales de unidad y de lucha (2), obligaron al P.C. a rectificar sensiblemente su posición. Fué la segunda fase : a partir de entonces se privilegiaron las asambleas de empresa, la elección de los delegados ; se intentó diseñar las grandes líneas de un « sindicato de nuevo tipo » que se fundaría, según se dijo, en las asambleas. Sin embargo las cosas no eran tan claras : se hablaba unas veces de « movimiento socio-político » y otras de « sindicato » y naturalmente eran las CC. OO. controladas por el P.C. las que prefigurarían ya esta nueva organización. Se trataba, de hecho, de mantener la confusión entre CC.OO. y comisiones representativas elegidas, de « capitalizar » el potente movimiento que la clase obrera estaba desarrollando sobre la base de las asambleas. Se lanzó al mismo tiempo la idea de un Congreso Sindical Constituyente en el que participarían a la vez los delegados de las empresas (es decir, las CC. OO.) y los representantes de las organizaciones sindicales semi-clandestinas — UGT y USO en particular —, Congreso que, muy democráticamente, crearía la central sindical única « de nuevo tipo ».

Ahora bien, los acontecimientos se precipitaron. Al cabo de algunos meses, el control del aparato de CC. OO. por el Partido Comunista apareció con una claridad luminosa. Por lo demás, los dirigentes comunistas cometieron errores monumentales :

(2) Ver : « Las huelgas de Enero-Marzo », « Tribuna Socialista » n° 3.

poco tiempo después de que fuera revelada su pertenencia al C.C. del Partido Comunista, Camacho hizo escandalosas declaraciones pro-soviéticas en Moscú, y en la Conferencia de CC. OO. celebrada en Barcelona se descubrió que casi todos los dirigentes eran miembros del P.C. o del P.S.U.C. Estos hechos y otros de menor importancia confirmaron el funcionamiento cada vez más burocrático de CC. OO. y acabaron por privar de toda credibilidad a las proposiciones y proyectos de sus dirigentes. Por otra parte, C.C. O.O. han estado y siguen estando sometidas a una doble presión: la ejercida sobre sus militantes por la «competencia» de la UGT y de la USO, así como por el renacimiento de la CNT, y por otra parte la que se deriva de las iniciativas tomadas por el Partido del Trabajo y la O.R.T. con vistas a constituir inmediatamente sindicatos «unitarios» de empresa o de rama (SEAT en Pamplona, construcción en Burgos, León y Galicia, carteros y taxistas en Madrid, etc.).

Las CC. OO. entran entonces en la tercera etapa. Ariza declara friamente que el Congreso Sindical Constituyente no pasa de ser una utopía, la campaña de reclutamiento se intensifica; CC. OO. deciden transformarse en una nueva central, la Confederación Sindical de CC. OO. La decisión, evidentemente, ha sido tomada en las alturas, antes de la celebración del Congreso. De ahí la agitación que provoca: abandono de las CC. OO. por militantes y simpatizantes de ciertos grupos revolucionarios, polémica y escisión de las Comisiones controladas por el P.T. y la O.R.T., expulsión de miembros de estas organizaciones en Sevilla, Barcelona, Burgos, etc. El círculo queda cerrado con gran descontento — hay que reconocerlo — del Partido Comunista, el cual había montado una operación de la que esperaba mejores resultados. La unidad sindical está, pues, más comprometida que nunca.

Naturalmente, esto no quiere decir que los trabajadores que siguen luchando en el marco de CC. OO. tengan que ser arbitrariamente catalogados como «reformistas» — muchos de ellos han participado en grandes luchas y tienen el orgullo de haber intervenido en la reconstrucción del movimiento obrero en los años más difíciles —, ni que CC. OO. deban ser consideradas como un simple aparato burocrático. La realidad es mucho más compleja. CC. OO. representan en la actualidad una fracción importante del proletariado y, en lo esencial, defienden las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores frente a la ofensiva patronal, aunque sin haber cesado de utilizar las estructuras de la C.N.S. y de esforzarse por situar la lucha obrera en el marco de la política «pactista» preconizada por el P.C. Así las cosas, la nueva Confederación podría convertirse en una copia de la C.G.T. francesa, aunque, claro está, con una influencia mucho menor.

EL RENACIMIENTO DE LOS SINDICATOS CLASICOS

Durante muchos años, la idea de que la UGT y la CNT pudieran renacer de sus cenizas estaba considerada en ciertos medios de la izquierda revolucionaria como una prueba irrefutable de miopía política, algo que rayaba en la estupidez pura y simple. No recordaremos aquí los análisis «teóricos» en que se fundaban las afirmaciones de estos revolucionarios extralúcidos.

El desarrollo actual de la UGT — que algunos ciegos incurables siguen negando todavía — está, es cierto, estrechamente asociado a los proyectos reformistas de la dirección del PSOE y a la ayuda que le aporta, bajo formas diversas y conocidas, la socialdemocracia europea y determinados organismos sindicales internacionales (C.I.S.L.). Más todavía: es muy claro que determinados sectores de la burguesía española no verían con desagrado que la inevitable reconstrucción del sindicalismo obrero se efectuara en el marco de una UGT intimamente ligada a los planes reformistas. Pero ni esta ayuda ni esta semi-benevolencia pueden bastar para explicar, en lo fundamental, el renacimiento de la UGT. Este traduce ante todo el peso de una tradición muy arraigada en ciertas capas del proletariado español y en ciertas zonas del país. Es el resultado de una necesidad de organización que corresponde a un nivel de conciencia al propio tiempo «reformista» y «anticapitalista» de numerosos trabajadores y es igualmente el producto de la labor obstinada y paciente de viejos y de jóvenes militantes obreros. En fin, este renacimiento obedece también a que, frente al proceso de dominación creciente de las CC. OO. por el Partido Comunista y a la inconsistencia de las proposiciones y de las consignas de una buena parte de la izquierda revolucionaria, la UGT aparece para muchos trabajadores como un marco valedero para desarrollar una actividad sindical y política que pueda ir mucho más allá del sindicalismo reformista tradicional.

El renacimiento de la CNT es más reciente y más complejo. No entraremos ahora en la historia de sus divergencias internas. Lo seguro es que la importante progresión actual de la CNT, su crecimiento, en cierto sentido espontáneo, es la expresión de una sana reacción contra la colaboración de clases y el oportunismo de multitud de organizaciones políticas. De ahí que se opere en medio de una confusión ideológica mayor que la del anarcosindicalismo clásico. En ciertas zonas del país, la reconstitución de la CNT puede ser interpretada, en efecto, no como la de una organización que podría convertirse en la gran central de masas del pasado, sino más bien como un reagrupamiento de

tendencias muy radicales y heterogéneas, mientras que en otros sitios parece prevalecer un reformismo «apolítico» sin grandes posibilidades. Sólo una CNT inspirada en las tradiciones revolucionarias y capaz de asimilar el radicalismo que se manifiesta en algunos sectores de la juventud trabajadora podría ocupar un lugar importante en el movimiento obrero de hoy.

La USO no forma parte de las centrales tradicionales. Sin hacer aquí el análisis de sus orígenes (la JOC y las HOAC) y de su relativo crecimiento, se puede recordar que la crisis que esta organización sufrió en 1971 la privó de una parte de los elementos más radicalizados de la época, algunos de los cuales constituyeron más tarde el grupo «Lucha Obrera», actualmente implantado en Valladolid. La USO, que se ha desarrollado en los últimos tiempos en ciertas zonas, ha contado siempre con una ayuda importante de la C.F.D.T. francesa y de otras organizaciones sindicales europeas. No es difícil observar en la USO la influencia de la C.F.D.T., por ejemplo en sus planteamientos sobre el papel del sindicalismo en el mundo moderno, en la preocupación de abordar de forma muy concreta todos los problemas de la vida cotidiana, en su estilo de funcionamiento y, desde luego, en la propaganda de un «socialismo autogestionario» que, como en el caso de la C.F.D.T., resulta tan abstracto como ambiguo al no haber definido una estrategia de transformación revolucionaria de la sociedad. En todo caso, en la I Asamblea general de delegados de secciones sindicales celebrada recientemente en Barcelona, la USO afirmó oficialmente que va a «dejar de ser un sindicato de cuadros para convertirse en un sindicato de masas».

La «vocación» de la USO de transformarse en una central de masas nos lleva al corazón del problema. Tenemos ya cuatro organizaciones sindicales con «vocación» de masas: CC. OO., UGT, CNT y USO, sin contar Solidaridad de Trabajadores Vascos y Solidaritat d'Obrers Catalans (SOC), que, aunque limitadas a Euskadi y Cataluña respectivamente, tienen también su «vocación» de masas. Y se habla ya de la creación de una central sindical cristiana.

La implantación de la UGT no es la de la CNT, ni la de CC. OO. ni la de la USO, y así sucesivamente. Pero ha llegado el momento de hacerse la pregunta siguiente: ¿Puede haber en España cinco o seis organizaciones sindicales de masas? Y también: ¿Es que semejante «pluralidad» refuerza o debilita a la clase trabajadora en la situación actual?

LOS SINDICATOS Y LAS ASAMBLEAS

Y COMISIONES ELEGIDAS

Ninguna de estas organizaciones tiene actualmente un carácter de masas. Todas ellas aparecen más bien como corrientes « político-sindicales » agrupando a vanguardias obreras que como marcos organizativos en los que se desarrollen las luchas.

En primer lugar, claro está, porque no pueden mantener la actividad normal que reconocen a los sindicatos las burguesías de los países de Europa occidental. Luego, en razón misma de su pluralidad. En fin, porque en ausencia de sindicatos de clase durante los años de dictadura, el potente movimiento de auto-organización de los trabajadores ha creado otro marco — las asambleas de empresa y las comisiones elegidas —, a la vez unitario y democrático, cuya eficacia se reforzó durante las huelgas de la primavera pasada, en el curso de las cuales el movimiento alcanzó formas superiores: comisiones interrramas, coordinadoras de fábricas en lucha a nivel local o regional, comisiones por ramas a nivel nacional. Vitoria fue el gran ejemplo de coordinación a nivel de una ciudad. Las principales huelgas de estos últimos meses — por ejemplo, Correos en todo el país, metal en Sabadell, construcción en Vizcaya — se han desarrollado así. En Euskadi, durante las huelgas generales de Septiembre, el papel de las comisiones elegidas (en Vizcaya el de la Coordinadora de fábricas en lucha) fue determinante.

El movimiento de las asambleas responde ante todo a la exigencia de unidad y de democracia de los trabajadores, que saben por experiencia que son las dos condiciones-clave para afrontar a la patronal y al aparato del Estado. Esta exigencia es tan fuerte, tan profunda, que todas las centrales sindicales sin excepción se han visto obligadas a reconocer el papel de las asambleas y de los delegados elegidos independientemente de su pertenencia o no a un sindicato.

De ahí también la tendencia de una parte de la vanguardia obrera y de ciertos grupos revolucionarios a preconizar la creación de una sola central sindical estructurada a partir de las asambleas, en la cual los responsables serían elegidos y revocables en permanencia, de la base a la cúspide, es decir, de una organización muy diferente del sindicato clásico, y que algunos no vacilan en llamar consejista.

Tal es el caso, entre otros, de los camaradas de « Plataformas anticapitalistas », que proponían todavía en los últimos tiempos la formación de una central única de consejos de fábrica cuya

creación podría ser decidida por un Congreso Obrero Constituyente, en el que los delegados de las empresas elegirían democráticamente entre dos opciones: central única de consejos de fábrica o bien sindicato obrero.

Expresada de esta manera, semejante posición es no solamente muy minoritaria sino francamente utópica. En efecto, la pluralidad sindical es una realidad objetiva y está excluido que las centrales existentes acepten actualmente abrir un proceso de unificación — incluso partiendo de acuerdos en las alturas — y, por consiguiente, celebrar un Congreso Sindical (u Obrero) Constituyente.

Además, y sobre todo, es evidente que la construcción de una Central fundada en las Asambleas de empresa y los delegados elegidos y revocables no podría ser más que el resultado de un gran movimiento de la mayoría de la clase obrera (y no de minorías más o menos importantes), *imponiendo* la formación y la representatividad de tal « Central » a las organizaciones sindicales clásicas (de las CC. OO. a la CNT, pasando por la UGT y la USO), al P.C., al PSOE y... a la propia burguesía. La realización de este objetivo exigiría un nivel de conciencia política de los trabajadores y un grado de movilización que no pueden ser alcanzados más que en el curso de un proceso que apenas ha comenzado, ya que, en verdad, tal organización rebasaría ampliamente el nivel sindical y plantearía en la práctica el problema del poder.

Cierto, no hay nivel « sindical » puro; el movimiento real del proletariado tiende a borrar la separación entre « lo económico » y « lo político ». Esto es todavía más evidente en España, donde el combate de los trabajadores por sus intereses específicos de clase está ligado a la lucha por las libertades democráticas y por los derechos de las nacionalidades. Sin embargo, en la fase actual, los objetivos políticos asumidos por la gran masa de los explotados no se sitúan al nivel de una impugnación global de las estructuras capitalistas, ni del papel de los partidos y organizaciones reformistas o neo-reformistas.

Esto no significa en absoluto que las asambleas de empresa y las comisiones representativas elegidas estén condenadas a desaparecer en cuanto las circunstancias permitan a los sindicatos tradicionales desarrollar abiertamente su actividad. Las formas de organización que la clase obrera ha creado en el curso de los últimos 15 años constituyen una conquista fundamental e irreversible. Juegan y jugarán en el futuro un papel esencial como organismos de lucha, de unidad en la base, de democracia, de eclosión de iniciativas y de control de los movimientos por los trabajadores mismos. Más aun, como decíamos en Enero: « Las asambleas y las comisiones (...), en una situación de ofensiva ge-

neral de los trabajadores, podrían convertirse en el instrumento capaz de desarrollar, de un modo democrático, masivo y unitario, el control obrero de la producción y orientarse hacia la impugnación radical de las estructuras capitalistas de la sociedad» (3).

Por todos estos motivos, los marxistas revolucionarios luchamos y lucharemos para defender y potenciar estos organismos, esta gran conquista de la clase trabajadora, contra toda tentativa de manipulación o de aplastamiento burocrático por los aparatos sindicales en vías de reconstitución.

Nosotros afirmamos al mismo tiempo, tras reconocer el hecho de la pluralidad sindical actual, que la clase obrera necesita en España — frente a las organizaciones unificadas que preparan los patronos — una sola organización sindical fundada en la más amplia democracia, a fin de que todas las tendencias tengan la posibilidad de expresarse y luchar juntas en defensa de los intereses de los trabajadores. Consideramos, pues, como simplista y enteramente negativa toda justificación a priori de la división del movimiento obrero en centrales sindicales diferentes.

Ante la pluralidad sindical actual, que debería ser reducida al mínimo y en ningún caso agravada creando organizaciones artificiales, defendemos la UNIDAD DE ACCION de las fuerzas sindicales existentes, concebida esencialmente como UNIDAD PARA LA LUCHA y no como compromiso diplomático entre los organismos dirigentes respectivos. Y reclamamos además la independencia de clase del movimiento sindical con respecto a las formaciones interclasistas manipuladas por fuerzas de la burguesía.

Pensamos igualmente que los marxistas revolucionarios no pueden escoger un sindicato en lugar de otro inspirándose en consideraciones oportunistas: facilidad de acceder a los cargos dirigentes, o de alcanzar objetivos políticos mediocres. Al contrario: militamos en tal o cual central en función de su implantación real en la clase obrera, de sus características democráticas o revolucionarias, del respecto que observa a las formas de organización creadas ya por la clase obrera — asambleas y comisiones elegidas —, de las posibilidades de libre expresión que garantiza. Y decimos esto porque nuestro objetivo prioritario es desarrollar la capacidad de auto-organización de los trabajadores, su espíritu de unidad y de lucha y facilitar la elevación de la conciencia de clase — conciencia anticapitalista y conciencia socialista — de todos los explotados.

1° de Noviembre de 1976.

J. GIL

(3) «Hacia un sindicalismo de clase» — «Tribuna Socialista» n° 2.

EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES

La cuestión de las nacionalidades sigue figurando en el centro de la actualidad política española y continúa provocando animadas discusiones y fuertes polémicas en todos los medios obreros y revolucionarios de la península.

En los números 1 y 2 de nuestra revista iniciamos un debate sobre tan importante cuestión presentando un estudio teórico general de Andrés Nin y un artículo sobre Euzkadi escrito por militantes vascos de Acción Comunista. Para aportar nuevos elementos de información y discusión publicamos en este número un estudio del profesor Marcel Liebman sobre la posición y las dificultades que tuvo que afrontar Lenin ante la complejidad del problema de las nacionalidades en los primeros años de la Revolución Rusa y un artículo sobre «Cuestión nacional y lucha de clases en España» del compañero Arnau Roig, militante del POUM y miembro del comité de redacción de la revista.

El trabajo de Marcel Liebman es un capítulo de «Connaitre Lénine», libro publicado por la editorial belga Marabout, en el que el autor, renunciando a la hagiografía deformadora del stalinismo y a la moda antileninista que han lanzado ciertos intelectuales europeos, intenta restablecer críticamente la personalidad y la obra del dirigente de la Revolución de Octubre.

El artículo del compañero Arnau Roig constituye una aportación al debate actual sobre las nacionalidades en España. Su tesis sobre el «Estado unitario que garantice a cada nacionalidad su autogobierno real» será, sin duda, muy discutida puesto que es notorio que en el movimiento obrero y revolucionario abundan los partidarios de un Estado de tipo federal o de una Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas. Sin embargo, para unos y para otros, la unidad de la clase obrera de las distintas nacionalidades y regiones de España es indispensable no solamente para poner fin al franquismo y reconquistar las libertades democráticas, sino también para resolver la cuestión nacional en el marco de la perspectiva socialista.

LENIN Y EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES

por Marcel LIEBMAN

Conquistar el poder al frente de un partido que, en el mes de Julio, parecía haber quedado completamente destruido; conservarle mientras se espera una revolución internacional que se cree inminente, que se hace esperar y que finalmente se hunde; construir, a pesar de todo, un Estado obrero, aunque burocráticamente deformado por una administración plétórica e incompetente; heredar un país atrasado y resistir la ofensiva de fuerzas contrarrevolucionarias apoyadas por las mayores potencias del mundo; superar todas las contradicciones que nacen de un proyecto socialista que hay que hacer aceptar a un campesinado pequeño-burgués. Estas fueron algunas de las gigantescas dificultades que tuvo que resolver Lenin. A las que hay que añadir otra más: mantener la unidad de un Estado de composición étnica muy diversificada y heterogénea. Los zares habían reinado sobre un imperio donde el elemento ruso propiamente dicho, es decir, los «grandes-rusos», no representaban más que la mitad de la población. Y si la dominación zarista tuvo todos los defectos de los regímenes autocráticos para la población granrusa, se añadieron a éstos los peculiares de un régimen colonial en sus relaciones con los pueblos alógenos. Algunos de ellos, como los polacos y finlandeses, reivindicaban la independencia; otros se hubieran contentado con un régimen de autonomía, y algunos, por último, parecían resignarse al yugo centralizador, pero no querían ni podían reforzar la cohesión del país.

Esta fue una de las razones por las que Lenin se vió obligado, desde antes de la guerra mundial, a ocuparse del «problema ruso» y, más generalmente, del problema de las nacionalidades. En 1912, encargó a uno de sus jóvenes lugartenientes un estudio a fondo de esta cuestión: Stalin, sobre todo debido a su origen georgiano, le pareció el hombre más adecuado para realizarlo. Así apareció la primera obra importante del futuro dictador; *El marxismo y la cuestión nacional*. Satisfecho o no del análisis de su colaborador, el hecho es que Lenin creyó que debía estudiar por su cuenta el problema.

LENIN, LA TEORIA Y LA PRACTICA EN LA REVOLUCION

Las reflexiones de Lenin sobre las nacionalidades se inspiran en gran medida en los principios generales de la democracia. El «derecho a la libre disposición de las naciones» implica para cualquiera de ellas «el separarse para formar un Estado distinto». Lenin explica a este propósito; «Siempre que nosotros (socialistas) encontramos vínculos de *coacción* entre las naciones, defendemos decidida e *incondicionalmente...* el *derecho* de cada una de ellas a determinar libremente su destino político, es decir, a separarse». Sin embargo ve una restricción importante: no se trata de una verdad general y abstracta; el ejercicio de este derecho es una cuestión que el Partido tiene que resolver «en cada caso particular de una manera totalmente autónoma, partiendo del punto de vista de los intereses del desarrollo socialista en su conjunto y de los intereses de la lucha de clases del proletariado por el socialismo». Y añade otro detalle importante: «El proletariado aprecia desde el punto de vista de la lucha de clase de los obreros toda reivindicación nacional y toda separación nacional». Junto a estos principios generales, una afirmación propia al caso ruso, condena «el veneno del nacionalismo gran-ruso... (que) intoxica la atmósfera política de toda Rusia».

Para superar esta situación, Lenin proclama «la igualdad absoluta de todas las naciones y todas las lenguas y la ausencia de una lengua oficial obligatoria». pronunciándose «por el respeto de los derechos de las minorías nacionales y por una amplia autonomía regional». Sin embargo, inspirado por las opciones generalmente centralizadoras del marxismo, Lenin se opone al federalismo «por la sencilla razón de que el desarrollo del capitalismo exige que los Estados sean lo más grandes y lo más centralizados posible». Critica también el principio de «autonomía cultural nacional» defendido por los socialistas austriacos y reivindicado también por los socialistas judíos del imperio ruso. Estos últimos, agrupados en el *Bund*, pensaban que los obreros judíos, a causa de lo específico de su cultura, debían pertenecer a una organización particular. Ni los bolcheviques ni los mencheviques aceptaron esta reivindicación. Para Lenin, la consigna de «autonomía cultural nacional une al proletariado y a la burguesía de una misma nación, y divide al proletariado de las diferentes naciones», mientras que «los socialdemócratas (*) pre-

(*) Este texto es anterior a 1914, y los «socialdemócratas» comprenden, pues, a los bolcheviques.

conizan una cultura internacional». Una fórmula categórica resume en todo caso la posición de Lenin sobre las nacionalidades: «¿Puede ser libre un pueblo que oprime a otros pueblos? Evidentemente, no».

Durante la guerra, ante la explosión de las tensiones nacionales y el incremento de los nacionalismos más exacerbados, Lenin criticó con mayor firmeza aún los peligros del nacionalismo y en especial del nacionalismo de los socialistas. Desde antes de estallar el conflicto, observó que «el defecto común de todos los socialistas de las naciones dominantes (Inglaterra y Rusia) era la incompreensión de sus deberes de socialistas con respecto a las naciones dominadas». Una vez declarada la guerra, la crítica se hizo acusatoria: «Hay que luchar con todas las fuerzas contra el infame patrioterismo». La palabra «social-patriotas», empleada para designar a los socialistas que adoptaban las tesis nacionalistas, fue desde entonces uno de los terminos más insultantes del vocabulario de Lenin. Pero de todos modos, Lenin volvió a repetir que «las diferentes reivindicaciones democráticas y entre ellas el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, no son un absoluto, sino una parcela del conjunto del movimiento democrático mundial. Por eso es posible que en algunos casos la parcela esté en contradicción con la totalidad, y entonces hay que prescindir de ella». Esta situación la ilustraba Lenin con el siguiente ejemplo: «Ser partidario de una guerra general en Europa sólo para conseguir la independencia de Polonia, sería un nacionalismo de la peor especie».

Una vez en el poder, Lenin no tardó en darse cuenta de que el problema de las nacionalidades en Rusia se presentaba como un tejido de contradicciones. El gobierno provisional, por su parte, había dado pruebas en ese dominio de su inmovilismo acostumbrado, e incluso de un verdadero conservadurismo, al rechazar no sólo las reivindicaciones nacionales de los ucranianos, sino también las de los finlandeses. Cuando los bolcheviques llegaron al poder inauguraron una política completamente distinta. En los primeros días de su gobierno publicaron una *Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia*, donde se encontraba entre otros el derecho a la secesión. Esto levantó numerosas críticas a las que Lenin respondió: «Algunos dicen que Rusia quedará rota y disgregada en repúblicas diferentes, pero nosotros no tenemos ningún temor por ese lado. Cualquiera que sea el número de repúblicas diferentes, no nos asustaremos. Para nosotros lo importante no es por donde pasa la frontera del Estado, sino la unidad de los trabajadores de todas las naciones». Y añadía, explicando el caso concreto de Ucrania: «Somos partidarios sin ninguna reserva de la libertad total e ilimitada del pueblo ucraniano... Nosotros dire-

mos a los ucranianos : como ucranianos podéis organizar en vuestro país la vida como os parezca.».

Pero Lenin se dió cuenta muy pronto de que había pecado por simplismo y por optimismo. ¿ Porque, de qué ucranianos se trataba ? ¿ Y que es lo que harían de aquella libertad total en un periodo de guerra civil ? Esta última circunstancia es la que dominó efectivamente todo el problema de las nacionalidades. Ese fue el caso, de una manera muy típica, de los ucranianos y de los georgianos. Ni unos ni otros habían pedido un régimen independiente, contentándose con diferentes grados de autonomía. Pero apenas instalado el régimen bolchevique exigieron una independencia total respecto a Rusia. En el caso de Ucrania, quien formulaba dicha exigencia era la burguesía, y en el de Georgia, mencheviques que jamás pensaron en separarse del poder central en la época del Gobierno provisional. En ambos casos, parecía asumirse el derecho de secesión más bien por antibolchevismo que para realizar una verdadera aspiración nacional.

Pero el antibolchevismo de la burguesía ucraniana y de los mencheviques georgianos tomó otras formas más peligrosas para el poder soviético. Los nacionalistas ucranianos, no contentos con ponerse bajo la protección alemana — hasta perder completamente toda libertad de maniobra — ofrecieron su ayuda a las fuerzas blancas que luchaban contra el gobierno soviético. En cuanto a los georgianos se aliaron sucesivamente con los alemanes, los franceses y los británicos, cuando todas estas potencias trataban de estrangular a la Rusia revolucionaria.

COMPLEJIDAD DE LA QUESTION NACIONAL EN RUSIA

Así, pues, el problema nacional se planteó en unos términos imprevistos. Si el nacionalismo ucraniano, asumido localmente por la burguesía contra la clase obrera ucraniana, amenazaba por añadidura la supervivencia del Estado soviético, ¿ se le podían seguir reconociendo todos los derechos ? En el contexto de la guerra civil, la única respuesta posible era negativa. En el caso de Georgia, el gobierno de Moscú tuvo que reconocer una independencia protegida y explotada por Francia y por Gran Bretaña. Pero en Febrero de 1921, el Ejército Rojo violó el tratado que ligaba a Georgia con la Rusia soviética, y a espaldas de Lenin, ocupó Tiflis y acabó rápidamente con la resistencia georgiana.

A este primer obstáculo — una voluntad de independencia re-

clamada generalmente por la burguesía contra el proletariado y utilizada contra los soviets — se añadió otra : en muchos casos, las naciones alógenas se encontraban en un estado de subdesarrollo mucho mayor que el de los grandes-rusos. Principalmente en las regiones asiáticas donde, frente a una civilización dominada por el Islam y con estructuras sociales casi medievales, los rusos aparecían como un pueblo moderno y progresista. En cualquier caso ésta era la situación en la que se encontraban las poblaciones rusas que la colonización zarista había instalado en aquellas tierras. En dichas poblaciones abundaban los obreros y entre ellos el reclutamiento de los bolcheviques era mucho mayor que entre los autóctonos, que habían quedado al margen de la industrialización. Así apareció y empezó a desarrollarse entre muchos comunistas un sentimiento de superioridad — que se encuentra, en ciertos aspectos, en la mentalidad del blanco pobre en las sociedades coloniales — respecto a las poblaciones alógenas, sobre todo en las regiones subdesarrolladas. Nueva dificultad para establecer relaciones fraternales e igualitarias entre rusos y no rusos en el seno del régimen soviético.

Sometido, pues, a todas estas presiones contradictorias, Lenin se esforzó, en la medida de lo posible, en practicar la política liberal que había definido antes de la revolución, en la que la lucha contra el espíritu patriótico se traducía, en el límite, por el reconocimiento del derecho a la independencia y a la secesión de los pueblos que lo desearan. Colocado ante el hecho consumado de la ocupación de Georgia, trató de limitar sus efectos perniciosos. Escribiendo a Ordjonikidzé, que desempeñaba allí el papel de procónsul soviético, le hizo saber que « es de la mayor importancia buscar un compromiso aceptable para formar un bloque con Jordania (expresidente de la República de Georgia) o mencheviques georgianos como él ». E insistía : « Le ruego tenga presente que las condiciones, tanto interiores como internacionales de Georgia, exigen que los comunistas georgianos no apliquen fórmulas rusas, sino que creen con habilidad y flexibilidad una táctica original, fundada en una actitud más conciliadora hacia toda clase de elementos pequeño-burgueses ». Y dió a las tropas soviéticas las órdenes de « tratar con un respeto particular a los órganos soberanos de Georgia », y « demostrar una atención y una prudencia especiales hacia la población georgiana ».

Este no es sino un ejemplo de una actitud más general. Al intervenir en las discusiones preparatorias para el congreso del Partido en 1919, Lenin insistía sobre la « necesidad de abordar con muchas precauciones el sentimiento nacional, de mantener cuidadosamente la igualdad de las naciones y su libertad de se-

pararse para cortar las raíces de la desconfianza y conseguir que se realice voluntariamente una unión estrecha de las repúblicas soviéticas de todas las naciones.» Y continuaba : « Hay que ayudar también a desarrollar la lengua y la literatura de las nacionalidades hasta ahora oprimidas o que no disfrutaban de igualdad de derechos ».

En todos estos casos, chocó con una fuerza profundamente arraigada y que nunca dudó en atacar de frente : « Hay que contrarrestar por todos los medios las tentativas de rusificación », dijo acerca de Ucrania. Citas de este género abundan mucho en la obra de Lenin. Sin embargo, su buena voluntad no bastaba para acabar con fenómenos basados en condiciones objetivas y que conducían a reforzar la autoridad central rusa en perjuicio de los poderes regionales. Sobre todo cuando algunos comunistas empujaban en aquel sentido y usaban métodos coactivos para reforzar la centralización. Fue durante la última etapa de su vida cuando Lenin se dió cuenta de esta situación.

La ocasión se la ofreció un proyecto de modificación constitucional en el que trabajaba Stalin. Hasta 1922, las relaciones entre Rusia y una serie de naciones alógenas (Bielorrusia, Ucrania, Georgia, Azerbaijón y Armenia) se habían regido por acuerdos bilaterales. Stalin — que desde 1917 era considerado como el primer experto soviético en cuestiones nacionales — concibió la idea de agrupar a todas esas repúblicas en una federación rusa cuyo gobierno sería el de la República de Rusia misma. Cuatro de las cinco república alógenas rechazaron el plan de Stalin, pero éste no estaba dispuesto a hacer el menor caso de su oposición. Es entonces cuando Lenin intervino, estimando que « el problema es archiimportante » y que « Stalin tiene cierta tendencia a precipitar las cosas ». Aunque se encontraba ya gravemente enfermo, se consagró a elaborar un proyecto que preveía la formación de una « Unión de Repúblicas soviéticas de Europa y Asia » en el seno de la cual la República de Rusia no sería sino un miembro más. Comprendiendo el alcance de las tesis centralizadoras que Stalin quería imponer, Lenin escribió en una nota al Buró político del Partido sin esconder sus intenciones : « Declaro la guerra a muerte al nacionalismo gran-ruso. En cuanto esté libre de este maldito diente, le devoraré con todos mis dientes sanos ».

EL ULTIMO COMBATE DE LENIN : CONTRA EL NACIONALISMO RUSO

Aunque no logró librarse jamás de aquel diente, utilizó la energía que le quedaba en luchar contra el « patriotismo gran-ruso ».

Una última lucha, tan encarnizada como las otras, pero más difícil por las circunstancias de la enfermedad. Lenin se enteró de que importantes dirigentes soviéticos — entre ellos Stalin y Ordjonikidzé — habían empleado la violencia contra los comunistas georgianos que se oponían a la centralización. Según el testimonio de uno de sus secretarios, quedó «muy abatido». Pero no resignado, pues inmediatamente dictó la siguiente nota: «Si las cosas han llegado... a tal punto... bien podéis imaginar en el pantano que nos hemos metido». Añadiendo: «Creo que la prisa de Stalin, su afición por las medidas administrativas, y su irritación contra el famoso social-nacionalismo, han desempeñado en esta ocasión un papel fatal». A continuación atacaba al «ruso auténtico», al «gran-ruso», a «ese opresor que es en el fondo el burócrata ruso típico» y a lo que llamaba «el océano de la canalla patriotera gran-rusa».

Stalin se dió cuenta del peligro. Durante una reunión del Buró Político, Kamenev le pasó una nota: «Lenin está en pie de guerra para defender la independencia (de las nacionalidades no rusas)». Y el secretario general respondió: «En mi opinión hay que mostrarse firmes con llitch», a quien, días antes había criticado su «liberalismo nacional».

El 31 de Diciembre de 1922, Lenin elaboró un texto muy importante sobre las nacionalidades. Decía en él que «es completamente vano plantear de un modo abstracto el problema del nacionalismo en general». Había que distinguir «entre el nacionalismo de la nación opresora y el de la oprimida, entre el nacionalismo de una nación grande y el de una nación pequeña. Respecto a este segundo nacionalismo, nosotros, los nacionales de una gran nación, hemos sido culpables a través de la historia de una infinidad de violencias, y cometemos una infinidad de injusticias y exacciones sin darnos cuenta... Por eso el internacionalismo de la nación opresora o de la gran nación (grande sobre todo por sus violencias) debe consistir no sólo en respetar la igualdad formal de las naciones, sino en una desigualdad que compense la de la nación opresora, de la nación grande, tal como se manifiesta prácticamente en la vida.» «Por eso, continuaba Lenin, no sólo es necesaria la igualdad formal, sino que hay que compensar de un modo u otro, por el comportamiento o por las concesiones al alógeno, la desconfianza, la sospecha, los agravios que, a lo largo de la historia, han sido engendrados en aquel por el gobierno de la nación imperialista».

Contestando anticipadamente a las acusaciones que el stalinismo iba a lanzar contra cada movimiento que tratara de escapar del nacionalismo gran-ruso, Lenin declaró: «En cuanto a

lo que concierne a la nación georgiana, la actitud verdaderamente proletaria exige la máxima prudencia, consideración y conciliación. El georgiano que considera desdeñosamente este problema, que lanza desdeñosamente acusaciones de « social-nacionalismo » (cuando precisamente él mismo es no solamente un verdadero « social-nacionalista », sino también un brutal policía gran-ruso) daña irremediablemente la solidaridad proletaria... ». Concluyendo así : « He aquí por qué, en el caso considerado, vale más exagerar el espíritu de concordia y flexibilidad hacia las minorías nacionales que lo contrario ».

Sobre los proyectos de federación dirigida por la República de Rusia, Lenin, aunque debilitado por su enfermedad, consiguió hacer retroceder a Stalin. Pero esta victoria no solucionó el problema de las relaciones entre rusos y pueblos alogenos. Lenin se dio cuenta perfectamente y por eso dictó a uno de sus secretarios, uno de los últimos días de Diciembre de 1922, una nota de un tono inhabitual, donde la tristeza se mezclaba con un sentimiento de culpabilidad que no trataba de disimular : « Creo que soy muy culpable ante los obreros de Rusia, por no haber intervenido con bastante energía y dureza en la famosa cuestión de la autonomía ». Y como el principal culpable era Stalin, Lenin decidió inmediatamente sacar las consecuencias que se imponían y dar prueba de la « dureza » necesaria. El 24 de Diciembre de 1922, declaró en uno de los textos que se conocen como su *Testamento* : « El camarada Stalin, convertido en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder ilimitado, y no estoy seguro de sea capaz de utilizarlo con la circunspección debida ». En una nota complementaria del 4 de Enero de 1923, Lenin decía con más claridad : « Stalin es demasiado brutal, y ese defecto tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre comunistas, no lo es en las funciones de un secretario general. Propongo pues a los camaradas estudiar los medios para destituir a Stalin de ese puesto, y nombrar en su lugar a otra persona que aventaje a Stalin en una sola cosa : en ser más tolerante, más leal, más cortés y más atento hacia los camaradas, de un humor menos caprichoso, etc. ».

Los principios democráticos de Lenin sobre la cuestión de las nacionalidades, su odio casi desesperado por los nacionalismos opresores, la ira que despertaba en él el espíritu patrioter — empezando por el de su propio país — llevaron a Lenin a romper con Stalin. Aquí tenemos una indicación suplementaria de la profunda diferencia entre la doctrina del fundador de la URSS y la del hombre que le sucedió, pese a un « testamento » que hubiera merecido ser más respetado en este punto que en ningún otro.

Marcel LIEBMAN

CUESTION NACIONAL Y LUCHA DE CLASES EN ESPAÑA

por Arnau ROIG

La cuestión de las nacionalidades oprimidas por el Estado español se presenta, en la actual coyuntura política, de una forma mucho más agudizada que en los años de la II República española. La brutal represión con que el franquismo se ha enfrentado durante estos últimos 40 años a las reivindicaciones nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia ha provocado una reacción contraria a la que en realidad perseguía. Las aspiraciones nacionales de los distintos pueblos del Estado español han resurgido con mucha más fuerza, como consecuencia, en parte, de los intentos aniquiladores que el Estado franquista y las distintas burguesías nacionales, directamente comprometidas con la represión, han llevado a cabo contra las nacionalidades.

Pero este «resurgimiento», auténticamente de masas, se está produciendo en unos momentos de gran confusión política, cuando el franquismo, como aparato de dominación de clase que ha utilizado la burguesía desde 1939 para defender sus intereses, ha entrado en una aguda fase de crisis — agravada por la muerte del dictador —, y sectores de esta burguesía están abandonando el maltrecho carro del poder y buscan nuevas formas institucionales «democráticas» que, bajo la monarquía, les permitan perpetuar su dominación. Este hecho ha provocado que estos mismos sectores se presenten, de la noche a la mañana, como abandonados de las reivindicaciones nacionales y proclamen la necesidad de dotar a las diversas nacionalidades del Estado de formas autonómicas, más o menos vagas e indefinidas.

La concreción de este oportunismo de clase de la burguesía ha hallado su expresión más acabada en Cataluña, al constituirse una «Comisión 11 de septiembre» organizadora de la fiesta nacional catalana, Comisión en la que fueron admitidos sectores de la burguesía catalana que no sólo no habían aceptado nunca el hecho nacional catalán, sino que, además, habían estado directamente comprometidos en la represión contra la libertades de Cataluña y, sobre todo, en la represión contra los trabajadores de Cataluña.

Este hecho es en sí doblemente peligroso. En primer lugar, porque el compromiso interclasista que define los actuales pactos — en cuyo marco debemos incluir a la mencionada Comisión — sitúa en una posición hegemónica a la burguesía e hipoteca así cualquier tipo de solución real, más o menos inmediata, del problema de las nacionalidades. Y en segundo lugar, no cabe duda que la burguesía — en este caso la burguesía catalana — abandonará de nuevo, si las condiciones históricas le son adversas la bandera de su catalanismo para aplastar, junto con el resto de burguesías de los distintos pueblos y nacionalidades del Estado, a la clase trabajadora y a sus organizaciones políticas y sindicales.

OPORTUNISMO BURGUES Y POSICIONES DE CLASE

El comportamiento histórico de la burguesía es suficientemente explícito en ambos dominios para que insistamos sobre ello. Pero hemos creído necesario apuntar, de entrada, dos de las características más importantes con que se manifiestan los movimientos de emancipación nacional en el actual Estado español — su inequívoco carácter de masas, su agudización, y la manipulación que sobre ellos está ejerciendo la burguesía — para definir una cuestión que para nosotros es de primordial importancia: la imposibilidad de separar la cuestión nacionalitaria del carácter de clase que adquiere en un momento histórico como el actual. En este sentido, la cuestión de las nacionalidades debe analizarse en función del desarrollo actual de la lucha de clases en España y de las opciones políticas que las diferentes fracciones del movimiento obrero organizado presentan ante la actual crisis del Estado español.

En un primer nivel de caracterización del fenómeno nacionalitario es evidente que éste se sitúa en España en el marco de los problemas que han quedado pendientes de la revolución democrática, revolución que la burguesía no ha sabido ni ha querido realizar desde que perdió sus posibilidades revolucionarias como clase. La pérdida de estas prerrogativas se produce, en España, de forma definitiva, a partir de 1917, cuando la posibilidad de transformar el Estado semifeudal español, a través de una alianza entre los sectores más progresistas de la burguesía catalana y las organizaciones representativas del movimiento obrero, aboca en una huelga general revolucionaria que no sólo hace tambalear el régimen monárquico institucional, sino que incide en los mismos fundamentos del sistema capitalista español. La con-

fluencia de intereses que parecía ofrecerse en 1917 entre movimientos tan dispares como las Juntas militares de Defensa, la burguesa Asamblea de Parlamentarios y el movimiento obrero, se rompe así cuando el proletariado plantea de forma independiente sus opciones políticas para transformar el aparato del Estado, transformación que hubiese posibilitado, bajo la hegemonía de los trabajadores, el pleno desarrollo de la revolución democrático-burguesa.

Desde entonces hasta ahora, la burguesía ha dedicado todos sus esfuerzos a reforzar y adecuar a cada circunstancia histórica el instrumento de dominación de clase que posibilitase una mayor defensa de sus intereses económicos y que evitase, a la vez, el protagonismo de la clase trabajadora. La Dictadura de Primo de Rivera, con la crisis institucional que genera la proclamación de la II República, el «fracaso democrático» de ésta bajo la hegemonía de la burguesía y la dictadura fascista del franquismo suponen a este respecto tres momentos históricos muy diferenciados pero con el mismo denominador común. La guerra civil de 1936-1939 supondrá el rompimiento de la hegemonía burguesa, con el consiguiente asalto al poder de amplias masas de la clase obrera, y la consabida respuesta militar de la burguesía.

El baño de sangre a que la burguesía somete a la clase trabajadora española, inmediatamente después de la guerra civil, y la sistemática negación de las libertades democráticas a esta misma clase por parte del Estado franquista ponen en evidencia hasta qué punto pueden esperarse «soluciones democráticas» surgidas de la burguesía. Ya que, en realidad, nos hallamos ante un nuevo reajuste del Estado burgués, motivado por una grave crisis institucional. Y esta crisis estaría provocada, a su vez, por el auge creciente de la lucha de clases en España, a partir, sobre todo, de los juicios de Burgos de 1969-1970.

Si caracterizamos el carácter eminentemente antidemocrático de la burguesía española en su conjunto, con la rotundidad terminológica con que lo hemos hecho, no es sino para poder negar también de una forma rotunda cualquier caracterización burguesa que se pudiera establecer sobre las actuales reivindicaciones nacionales de Cataluña, Euzkadi o Galicia. Efectivamente, las libertades nacionales constituyen una parte pormenorizada del conjunto de libertades democráticas que le han sido negadas a la clase trabajadora durante los últimos 40 años. Y por ello, cuando afirmamos que no se puede separar la cuestión nacionalitaria del carácter de clase que toma en un momento histórico como el actual, queremos decir que las libertades nacionales se inscriben dentro del proceso revolucionario que abrirá la perspectiva, más o

menos inmediata, del socialismo. Del papel hegemónico que juegue la clase obrera en este proceso dependerán los ritmos de evolución de este propio proceso y el que se den soluciones reales a los problemas planteados.

Las cosas no son, sin embargo, tan fáciles ni simples. Acabamos de hablar del oportunismo táctico de sectores importantes de la burguesía respecto a las « libertades » en abstracto. Y en este sentido hallamos a una serie de organizaciones obreras — reformismo y stalinismo con todas sus variantes organizativas — dispuestas a alimentar entre la clase trabajadora, con su política de pactos, compromisos y componendas, las ilusiones hacia el actual comportamiento « democrático » de la burguesía. De la combinación de tácticas pactistas surge la *panacea* de los Estatutos respecto a la cuestión nacional. Estatutos que suponen el tope de las libertades a que la burguesía está dispuesta a llegar para satisfacer las actuales reivindicaciones nacionales. Por otra parte, hallamos las posiciones nacionalitarias de determinadas organizaciones que, a veces bajo el barniz de un internacionalismo mal entendido, y otras veces partiendo de concepciones enraizadas en un nacionalismo pequeño-burgués, proponen fórmulas mixtificadas de solución, en base a las posiciones nacionalitarias del marxismo clásico.

Es por ello, por la confusión existente en la actualidad, que creemos necesario abrir un debate sobre propuestas teóricas concretas susceptibles de aplicar a la situación actual. Quizás, por nuestra parte, cabría profundizar más sobre esta situación en dos sentidos: acerca del carácter de clase de las libertades democráticas y nacionales en estos momentos — y consiguientemente, su carácter revolucionario intrínseco —; y acerca del papel de protagonismo que en la actual crisis política (sin olvidar la crisis económica y social) juega la clase trabajadora con sus luchas. No lo haremos, porque ello requeriría un análisis particularizado de la situación actual y además de la evolución de las opciones políticas de las diversas clases sociales a lo largo del siglo XX, evolución cuyos elementos más importantes hemos ya apuntado. Partiremos, por tanto, del principio que hemos dejado establecido hasta aquí: únicamente la clase trabajadora, como vanguardia de los sectores explotados por la actual sociedad capitalista española, es capaz de dar solución a la cuestión nacional. Y sólo conseguirá hacerlo cuando sea capaz de inestabilizar por completo el aparato de dominación de clase de la burguesía, cuya crisis es hoy evidente, y abra la vía de la construcción del socialismo. Para ello, son necesarias, evidentemente, dos condiciones: que la correlación de fuerzas de clase le sea favorable en el momento de producirse la ruptura con el Estado fran-

quista; y previa a ésta, que la clase trabajadora sepa dotarse de organismos autónomos unitarios que le permitan la independencia necesaria para erigirse en clase hegemónica.

EL DERECHO A LA AUTODETERMINACION

Es en el marco de la ruptura con el actual Estado burgués, donde deben plantearse alternativas de resolución para la cuestión nacional. Evidentemente, desde la perspectiva del marxismo clásico, los trabajadores debemos defender sin condiciones previas el derecho de las nacionalidades a su libre autodeterminación, incluido el derecho a la separación, si ésta es la voluntad libremente expresada de la mayoría de la población. Es importante tener presente este principio y ser consecuentes en su defensa para no caer en las contradicciones burdas en las que incurren muy a menudo el Partido Comunista y el PSUC, defendiendo verbalmente este derecho y negándolo en la práctica, como acaba de suceder con el contencioso « Asamblea de Catalunya-Taula del País Valencià ». Cualquier oportunismo en este sentido significa no entender la importancia que tiene para los trabajadores la cuestión nacional, a la vez que resta credibilidad política a las organizaciones que defienden postulados negados por su práctica.

Defender el derecho a la autodeterminación — entendida como la libertad total y absoluta, la plena soberanía, de la nación oprimida para regir sus propios destinos, libertad que incluye el derecho inalienable de constituirse en Estado nacional independiente — supone en la realidad actual de la lucha de clases en Cataluña, Euzkadi, Galicia, etc. defender un mayor control sobre los órganos de poder — aunque estos sean burgueses — por parte de la clase trabajadora de los distintos pueblos del Estado español. Y es en este sentido, y sólo en éste, que hablamos de la importancia que tiene para los trabajadores, actualmente, la cuestión nacional. Es importante observar cómo los sectores « más avanzados » de la burguesía catalana reniegan en estos momentos de un « separatismo » — separatismo mal entendido, por supuesto — que sólo les serviría para romper los estrechos vínculos que a través de la historia les han ligado a los intereses de la burguesía española y de su Estado. Y con el rompimiento de estas relaciones — aún en el supuesto de que Cataluña poseyera organismos de autogobierno — la burguesía catalana se hallaría en una situación de aislamiento e inferioridad respecto a la clase trabajadora, que debilitaría en mucho la capacidad represora y los instrumentos de poder burgueses. Y estamos hablando de la

burguesía catalana, que en un momento de su historia se ha manifestado nacionalista, y que ahora vuelve a propugnar limitadas soluciones autonómicas. Si observamos los casos de las burguesías vasca, gallega, valenciana o andaluza, con su correspondiente comportamiento histórico, veríamos cómo han sido siempre acérrimas defensoras de un Estado centralista que les ha defendido permanentemente sus intereses.

Si de lo dicho hasta estas líneas sacamos una conclusión que para muchos puede suponer una defensa abierta del nacionalismo — y nada más lejos de nuestra intención — es para destacar el hecho de que la cuestión nacional catalana, vasca o gallega no afecta específicamente sólo a *catalanes*, *vascos* o *gallegos*, sino que incumbe a toda la clase trabajadora de Cataluña, Euzkadi o Galicia, sea cual fuere su nacionalidad de origen. No ha sido extraño a los intereses del Estado franquista y de la propia burguesía catalana alimentar una confusión profunda a este respecto, tanto entre la población catalana como entre las ingentes oleadas de inmigrantes llegados a Cataluña, a partir de la década de los años 60. Y usamos la palabra «confusión» para designar tanto los recelos de los trabajadores inmigrantes hacia la población catalana — recelos que hallaban su expresión social en las miserables condiciones de vida en que vivieron durante los primeros años de permanencia en Cataluña —, como la actitud muchas veces rayana en el racismo que sectores amplios de catalanes han manifestado hacia los inmigrantes. En este caso, hallaríamos muchos ejemplos en que el Estado franquista y la burguesía catalana se daban la mano.

Pero esta cuestión que catalanes e inmigrantes parece que ya han zanjado definitivamente, ha vuelto a resurgir planteada a veces bajo una capa de análisis marxista de lo más primario. El artículo firmado por Aurelio Pérez Fustegueras, publicado recientemente en la muy progresista revista «Triunfo» hablaba de diversas nacionalidades existentes en Cataluña, de que el catalán era la lengua «de los que poseen el poder social», etc., monstruosidades que sólo pueden tender a la división de la clase trabajadora que, al margen de su origen nacional, vive, trabaja y lucha en Cataluña por unos mismos objetivos.

No se nos escapa — como acabamos de decir — que los postulados que defendemos puedan ser tachados de nacionalistas. Afirmar, para contrarrestar este posible efecto, que consideramos al proletariado como una clase internacional, que reconocemos el carácter internacional de la lucha de clases y que a nosotros más que una autodeterminación de Cataluña en abstracto nos

interesa sobre todo la autodeterminación del proletariado de Cataluña como clase, podrían parecer afirmaciones de principio que hacemos para «esconder la oreja» de nuestro nacionalismo. Nada de eso. Afirmar y defender un derecho — en este caso, el de las nacionalidades a su libre autodeterminación — supone ser consecuentes y responsables con lo que se defiende. No valen aquí argumentos tácticos para justificar lo injustificable ni los sí, pero... Un internacionalismo mal asimilado sólo sirve para perpetuar la dominación de un pueblo sobre otro, la opresión nacional, y ya Marx dejó establecido que «el pueblo que oprime a otro pueblo forja sus propias cadenas». La clase trabajadora debe ser muy consciente del peligro que encierran según qué tipo de posiciones internacionalistas.

Somos conscientes, sin embargo, de que las posiciones expuestas por nosotros podrían llegar a veces a conclusiones meramente nacionalistas. Para huir de este error — que supone asimilar inconscientemente las posiciones de la pequeña burguesía radicalizada — es importante saber adecuar los principios que acabamos de apuntar a la realidad actual del Estado español. Efectivamente, cuando afirmamos el carácter internacional del proletariado y de la lucha de clases estamos reafirmando la existencia de una misma clase social en el Estado y de una misma lucha contra este Estado. Puesto que la lucha por la emancipación de las nacionalidades se inscribe en la lucha por el socialismo. Y puesto que el socialismo sólo podrá conseguirse en un mismo Estado si la clase trabajadora de las distintas nacionalidades que lo constituyen plantea sus luchas de una forma solidaria. Ninguna confusión debe existir en este terreno: la solidaridad de clase está por encima de cualquier tipo de solidaridad nacional, y la lucha de clases, como principio de actuación del movimiento obrero, se opone al principio de unidad y de concordia nacional de clases. En realidad, la opresión nacional no es sino un aspecto de la propia lucha de clases.

NACIONALIDADES Y SOLIDARIDAD DE CLASE

El carácter *estatal* de la lucha de clases en España nos obliga a plantear también un aspecto que aún hoy se mantiene litigioso: se trata del carácter orgánico que debe adoptar una organización marxista dentro de un Estado plurinacional. La posición de la clase trabajadora a este respecto debe ser, creemos, muy clara: aceptar el derecho indiscutible de los pueblos a la independencia, no supone caer en el error de constituir partidos nacionales independientes o federaciones de partidos dotados de una vasta

autonomía administrativa y política. Ambas soluciones orgánicas atentan claramente contra la solidaridad entre los obreros de las distintas naciones que integran un Estado y esconden, en realidad, una posición política que tiene más de común con el nacionalismo pequeño-burgués que con el internacionalismo proletario. Si sacamos a colación este aspecto que parecía estar superado es para poner un toque de atención ante la oleada crecientes de partidos que se reclaman del movimiento obrero y que están surgiendo en la actualidad estructurados como *partidos nacionales*. No nos referimos sólo al claro oportunismo de los comunistas oficiales que mantienen a nivel formal una estructura independiente para las tres nacionalidades más diferenciadas del Estado español. Otros grupos y organizaciones, como el Movimiento Comunista de España, han añadido el nombre de cada nacionalidad tras su denominación de origen. Existen aún movimientos de tipo socialista que manteniendo una estructura independiente, incluso en Aragón o Andalucía, han constituido heterogéneas Federaciones socialistas, cuyos integrantes tiran cada uno por su lado.

Todo este desbarajuste no supone sólo un grave peligro para la cuestión nacional — recordemos la instrumentalización que ha acostumbrado a hacer el Estado centralista del hecho nacional, para enfrentar al proletariado de las diversas nacionalidades —, sino que afecta directamente a la clase trabajadora y a su objetivo de construir una sociedad socialista en toda la península ibérica.

Este punto supone plantear, finalmente, la adecuación del principio del derecho a la autodeterminación de los pueblos a la situación actual de las nacionalidades en España. En este sentido vamos a ser también muy claros: defender el derecho a la independencia y a la separación de las nacionalidades no supone defender la independencia y la separación en sí. Nada más nefasto para los intereses de la clase trabajadora de todos los pueblos del Estado, que se produjera en estos momentos una balcanización que sólo perjudicaría a los objetivos socialistas de la revolución española. Pero contrariamente tampoco aceptaríamos un Estatuto que negase el principio y la realidad de la autodeterminación. La alternativa de poder que debemos defender los marxistas ante la cuestión de las nacionalidades debe ser, creemos, la formación de un Estado unitario — libremente aceptado por todas las nacionalidades y en el que todas ellas estén representadas — que garantice a cada nacionalidad un autogobierno real, con formas institucionales propias, y la posibilidad de asumir en un momento dado el hecho de su independencia. Un Estado unitario que, bajo el control de los trabajadores, coordine

la construcción del socialismo en todos los pueblos de la península. Y un Estado democrático que evite la hegemonía de una nacionalidad, sea cual fuere, sobre las restantes; que no permita, en suma, la perpetuación de ningún tipo de opresión nacional.

Es evidente que la alternativa que presentamos — muy esquematizada por nuestra parte — se inscribe en la alternativa global de la lucha de clases que hemos estado exponiendo hasta aquí, y que pasa, en este momento, por la negación de la monarquía como marco estatal. En este sentido, el Estado unitario y democrático que garantice a cada nacionalidad su autogobierno constituye un objetivo estrechamente ligado a la instauración en España, como consecuencia del desarrollo de la lucha de las masas trabajadoras, de un marco estatal republicano que facilitaría el protagonismo real del proletariado para abrir la vía hacia el socialismo.

ARNAU ROIG

Barcelona, Septiembre de 1976.

PRINCIPALES LIBRERIAS DONDE PUEDE ADQUIRIRSE « TRIBUNA SOCIALISTA »

Librairie « Ediciones Hispano-Americanas »
26, rue Monsieur le Prince — 75006 — PARIS

Librairie « Ruedo Ibérico »
6 rue de Latran — 75006 — PARIS

Librairie Espagnole
72, rue de Seine — 75006 — PARIS

Librairie Argoyti
10, Bd du Général de Gaulle — 64 — HENDAYE

Librairie Nafarroa
5, avenue Jaulerri — 64 — BIARRITZ

Librairie Zabál-Irati
52, rue Pannecau — 64 — BAYONNE

Librería Española
40, rue Jean Payra — 69 — PERPIGNAN

Librairie Demain
30, rue Gatien Arnould — 31 — TOULOUSE

Librairie Federop
11, rue du Doyenné — 69 — LYON 3

Librairie H. Sauramps
34, rue Saint Guilhem — 34 — MONTPELLIER

Librería « Neruda »
Riberaigua, 8 — ANDORRA la VELLA — ANDORRA

ELECCIONES, CRISIS Y LUCHA DE CLASES EN PORTUGAL

por Hugo SACHI

El triunfo de Ramalho Eanes en Portugal fue el producto directo de la política nefasta de los partidos «obreros». Eanes llegó a la Presidencia en función de los intereses objetivos de la burguesía, no por la fuerza de ésta que continúa débil y sin centro propio, sino por la confusión y división creada en la clase obrera y las masas por sus actuales direcciones, en condiciones objetivas favorables para una victoria de la revolución socialista como no existieron en Europa desde el fin de la segunda guerra mundial.

La política de Eanes y del Gobierno PS bajo la dirección de Soares tiende a destruir las conquistas de la revolución en el campo y a hacer pagar las consecuencias de la crisis a los trabajadores. Pero las masas obreras y campesinas, pese al retroceso actual, conservan su capacidad de resistencia y de iniciativa. La contraofensiva es posible.

LAS ELECCIONES

Eanes ha asumido la presidencia de un Portugal pleno de contradicciones, en medio de una crisis económica, política y social muy grave. El proceso revolucionario abierto la 25 de abril de 1974 conoce una interrupción y el intento febril de la burguesía portuguesa e internacional para lograr una «recuperación capitalista». Eanes, el hombre que dirigió el operativo y contrarrevolucionario del 25 de noviembre — restableciendo el «orden» y la «disciplina» en los cuarteles —, era el candidato ideal de las clases dominantes atemorizadas aún por el espectro de la revolución.

La aritmética electoral disfraza siempre la verdadera correlación de fuerzas. Sin embargo, es interesante hacer un simple cotejo comparando las elecciones presidenciales con las legislativas de abril del mismo año. Salta a la vista que la suma de los votos obtenidos por los tres grandes partidos que apoyaron a Eanes — PS, PPD y CDS — debería haber alcanzado el 75 por ciento de los votos emitidos. Eanes, en cambio, obtuvo sólo el 61,54 por ciento, que representa el 45 por ciento del electorado real, teniendo en

cuenta la considerable abstención, o sea, menos de la mitad de los electores. Fue una victoria, pero relativa y condicionada.

En primer lugar, por el extraordinario movimiento popular que se desencadenó en torno a la figura de Otelo Saraiva de Carvalho. Sin duda, el fenómeno más significativo de la campaña electoral, que no ha dejado de sorprender a aquellos que sueñan siempre con revoluciones realizadas con «escuadra y tiralineas». En segundo lugar, porque Eanes ha llegado a la presidencia contando fundamentalmente con el apoyo del Partido Socialista, condicionado por su naturaleza y, también, por la vigencia de una Constitución que, siendo burguesa, es una de las más progresistas del mundo.

LA CANDIDATURA DE OTELO

Sin aparato político, sin fondos, contando sólo con el apoyo de las organizaciones de la «izquierda revolucionaria», la candidatura de Otelo alcanzó una resonancia imprevista para muchos. Electoralmente, los votos llegaron a un 16,52 por ciento — sin duda importante —, pero lo que vale realmente es la calidad de esos votos: obreros y campesinos cuya fuerza social se multiplica en la lucha de clases. El surgimiento de los GDUPS (Grupos Dinamizadores de la Unidad Popular), extendidos por todo el país, así lo ejemplifica.

Otelo apareció como el único candidato que definió claramente una opción de izquierda, anticapitalista. Los votos a Otelo representan los sectores más lúcidos. Fueron votos por la reforma agraria, las nacionalizaciones, el control obrero, las ocupaciones de casas y tierras, la democracia de base (el «poder popular»), etcétera. En una palabra, todo lo que significó para las masas la Revolución de Abril.

El discurso de «izquierda» de comunistas y socialistas — los partidos mayoritarios de la clase trabajadora — no logró entorpecer el criterio práctico de la inteligencia de clase. En todas las regiones de predominancia obrera y campesina, Otelo estuvo en primera línea con un elevado porcentaje. En Setúbal, por ejemplo, principal distrito de concentración proletaria, los votos por Otelo superaron el 40 por ciento, colocándose en primer lugar. Lo mismo ocurrió en la provincia de Alentejo, campesina y baluarte tradicional del PCP (en Beja y Evora, Otelo obtuvo entre el 32 y el 35 por ciento).

Por más juegos de palabras que se hagan, nadie podrá ya minimizar la existencia de esa corriente poderosa que se centralizó

en el voto de Otelo, y cuya organización representa, sin duda alguna, la tarea más importante de los revolucionarios portugueses. La clase obrera está dividida, debilitada por el rol de sus direcciones, pero no ha sido aplastada. Eso significan los 800.000 votos obtenidos por el ex-comandante del COPCON.

LA CRISIS DE LOS PARTIDOS « OBREROS »

Las elecciones profundizaron la crisis de los partidos « obreros ». La política del PCP se sintetizó en la campaña contra Otelo, sectaria y estúpida, y en la conciliación con Eanes. En la base comunista, esta línea encontró un justo rechazo, que las frenéticas reuniones celulares — se realizaron miles en el curso de la campaña destinada a justificar la candidatura de Pato — no lograron cambiar de rumbo. El resultado fue la pérdida de la mitad de su base electoral (400.000 votos, que fueron para Otelo) y la agudización de una crisis latente desde hace tiempo.

Es importante recordar, no obstante, que la política reaccionaria seguida por Soares y la dirección socialista fue precedida por el sectarismo y el aventurerismo del PCP. El periodo del « gonçalvismo » (marzo-agosto 1975), sin duda el más fecundo del proceso revolucionario, fue el campo propicio en que se desarrolló esta línea, dirigida al copo del aparato del MFA y del Estado. A pesar de contar con decenas de miles de militantes obreros y campesinos resueltos y abnegados, el PC no podía tener éxito. Esta política lo aisló de las amplias masas. Al mismo tiempo, comenzaba en el país la ola reaccionaria que se extendió particularmente en el Norte y Centro, con el ataque y quema de locales comunistas y de organizaciones de izquierda, ola reaccionaria estimulada por la campaña anti-comunista de la dirección socialista (que se aprovechó asimismo de los errores y la política equivocada del PCP).

La crisis del V Gobierno, producto de la ofensiva derechista del PS y del grupo de los « Nueve », marcaba justamente el fin del periodo de ascenso revolucionario. Sin dirección revolucionaria, dividida por la política de sus direcciones — y por los errores de la « izquierda revolucionaria » — la clase obrera quedó desorientada y espectadora de una situación que se decidió en las « cumbres ». A partir de entonces, la política del PCP se tradujo por constantes zig-zags, por la búsqueda a todo trance de un acuerdo con la dirección del PS, ya embarcada en un proyecto socialdemócrata. Finalmente, la incomprensión de la candidatura de Otelo y la persistencia en el equivoco, sosteniendo a ultranza a Octavio

Pato, separándose así nuevamente de la corriente central obrera y campesina.

Por otro lado, la crisis en el Partido Socialista. El apoyo a Eanes encontró el rechazo de importantes sectores de la base socialista y la misma oposición de algunos de sus dirigentes. Miles de socialistas se negaron rotundamente a participar en los «Comités de apoyo a Eanes» (integrados también por militantes del PPD y CDS).

Pinheiro de Azevedo, otro candidato burgués — pero que hizo un discurso anti-fascista y anti-Eanes (denunciando que Eanes «nunca estuvo en el 25 de abril y que lo sabotó...» etc.) — obtuvo su respaldo precisamente en un sector descontento de la base socialista. Ante sus ojos, el «almirante sin miedo» — como lo llamó Soares — que presidió el VI Gobierno, ofrecía más garantías que un Eanes de pasado dudoso y respaldado por los partidos neo-fascistas.

No se puede comprender esta actitud si no se cuenta que en el PS existe una real fuerza de izquierda. El PS — al que infelizmente la «izquierda revolucionaria» confundió con el «enemigo principal» el verano pasado —, ejerce una considerable influencia sobre sectores de los trabajadores y tiene en su seno una corriente marxista. Otra cosa, claro está, ha sido y es la práctica de la dirección: claramente reformista y contrarrevolucionaria. Pero la contradicción de su naturaleza implica inevitablemente el resurgimiento de una «izquierda», que es uno de los factores fundamentales en el proceso político portugués.

Esa «izquierda» existe y parcialmente ha dado ya señales de vida. Una de sus expresiones es la aparición del «Grupo en Defensa del Programa del PS», integrado por militantes de base, diputados de la Asamblea de la República y miembros de la Comisión Nacional.

Desmentida su existencia por la dirección, dos miembros del GDPS, Amarino Sabino y Kalidás Barreto, ex-diputados pertenecientes a la Comisión Nacional, han formulado recientemente un «esclarecimiento» afirmando que «efectivamente, un grupo de militantes del PS... se han encontrado informalmente para analizar la problemática nacional y el encuadramiento y responsabilidad del Partido Socialista en este contexto, como auténtico Partido Socialista que es...»

En resumen, en el seno de los auténticos «perdedores» de las elecciones — es decir, PS y PCP —, aparecen así síntomas de crisis que no dejan de tener un aspecto saludable. Por lo pronto,

tanto uno como otro, deberán reformular su política si pretenden recomponer sus filas, contando con un nuevo elemento en la dinámica social: los 800.000 votos por Otelo, que representan un muy serio competidor.

En ese sentido, los anunciados congresos del PS y del PC, que deberían realizarse en el próximo noviembre, revestirán una importancia considerable. Para la izquierda socialista, el congreso de su partido será un campo de batalla decisivo, donde su creciente influencia puede encontrar un canal para ganar puestos fundamentales, en oposición a la mayoría socialdemócrata que hegemoniza la dirección. En cuanto al PCP, no podrá quedar ajeno a la crisis que se produjo en sus filas durante la campaña electoral, así como a los reflejos de la crisis que sacude actualmente el movimiento comunista internacional. El debate actual sobre la «ampliación» del Comité Central, aparentemente sostenido por el sector que encabeza Octavio Pato, puede significar un proceso de discusión mucho más profundo.

DESPUES DE LA ELECCIONES

La constitución del primer gobierno socialista se ha producido en una situación sumamente inestable. Es probable que este gobierno que se anuncia «el primero constitucional», no sea otra cosa que otro gobierno «provisional».

De un lado, tiene que afrontar la presión de la derecha burguesa que festeja su «victoria» presidencial, y buscará frenar y hacer retroceder las conquistas del periodo anterior. EL CDS declara públicamente que «esta impresionante victoria — Eanes presidente — es por encima de todo un triunfo de la democracia portuguesa y de la vocación europea de Portugal... La mayoría presidencialista es una realidad autónoma, fuerte y altamente expresiva de la actual situación política. No se debe, por eso, confundirla con la base de apoyo al gobierno minoritario que el PS pretende formar...». Sa Carneiro, líder del PPD, que agrupa la fuerza principal de la burguesía, manifiesta asimismo su esperanza en que la rápida crisis del gobierno («dos o tres meses», dice) lleve a imponer la fórmula transitoria sustentada por ellos: Gobierno PS-PPD.

Los métodos «legales» son acompañados, claro está, por otro tipo de presiones: el terrorismo que no cesa de realizar impunes atentados: bombas en la Casa de Angola, en la línea aérea de Mozambique, en locales y casas de militantes de izquierda, etc.

Por otra parte, el gobierno PS deber afrontar una fuerte resistencia de los trabajadores. La situación económica es grave. Las reservas de oro disminuyen aceleradamente, crece la deuda exterior respecto a Europa Occidental y EUA, la «descolonización» (es decir, la liberación de las ex-colonias) introdujo profundos desequilibrios en la economía portuguesa. Entre abril de 1975 y abril de este año, el costo de la vida aumentó aproximadamente en un 15 por ciento, según estimaciones del Instituto Nacional de Estadística (que siempre hace sus cálculos en una estimación general). Alimentación, vivienda, vestido — elementos fundamentales en el nivel de vida de los trabajadores — conocen un aumento considerablemente superior. La desocupación alcanza los 600.000 desempleados (10 por ciento de la población activa) y el problema de los «retornados» de las ex-colonias se mantiene prácticamente insoluble. La baja de la producción y la productividad es general, salvo en algunas industrias.

No hay duda que la derecha burguesa confía en superar la crisis intensificando la explotación de los trabajadores. Es el único método que conoce en épocas de crisis general el sistema capitalista. Por eso necesita un gobierno fuerte, autoritario. Por eso votó a Eanes. Y por eso, también, no confía plenamente en el gobierno PS, a pesar de su línea y declaraciones garantizando la tranquilidad de los capitalistas.

LA CRISIS MILITAR

Pero la ofensiva burguesa no se limita al campo económico y social; su principal objetivo es las Fuerzas Armadas. La consolidación de la victoria del 25 Noviembre es su meta prioritaria. Es decir, la recomposición completa del ejército burgués, la «profesionalización» de sus cuadros, el restablecimiento de la «disciplina» en los cuarteles, el refuerzo acelerado de la Policía y la Guardia Nacional Republicana, etc.

Algunos importantes éxitos ya fueron alcanzados. Disueltos los «regimientos rojos», liquidado el COPCON, separados de sus puestos la mayoría de los oficiales revolucionarios, licenciados los soldados que protagonizaron la formidable experiencia de 1974/75, la ofensiva actual de la derecha militar y civil está centrada contra el Consejo de la Revolución, donde mantiene su influencia el grupo de los «Nueve», buscando así su reestructuración con la eliminación de Melo Antunes y sus amigos.

La aparición clandestina de la organización de extrema-dere-

cha «Comités de Defensa de la Libertad», con ligazón con los miembros del antiguo Cuerpo del Estado Mayor (disuelto después del 25 de Abril por el propio Spínola !), marca claramente el nivel de una reacción que levanta rápidamente la cabeza. La liberación de los siniestros «Pides» (quedan solamente cuatro o cinco en prisión), el proceso contra Otelo y los oficiales del COPCON, el regreso de notorios fascistas, incluido Spínola, son índices elocuentes.

Frente a esta escalada reaccionaria, los «progresistas» del Consejo de la Revolución, con el eventual acuerdo de Eanes, han ensayado algunas maniobras. Ese es el sentido de la crisis de agosto, con la designación de Vasco Lourenço, figura prominente de los «Nueve», como Gobernador Militar de Lisboa. El nuevo cargo acumula en manos de Vasco Lourenço el mando de todas las ramas de las Fuerzas Armadas instaladas en el área de la Región Militar de Lisboa.

Al mismo tiempo, se sustituía en el C.R. a los conocidos reaccionarios Pires Veloso y Pinto Freire, que prefirieron guardar sus cargos al frente de la Región Militar Norte y en la Fuerza Aérea, respectivamente, a cambio de sus puestos de «consejeros». Estos cambios se produjeron en un clima sumamente tenso, donde nuevamente se contaron fusiles y cuarteles en función de las negociaciones. Los «Nueve», a su turno, cedieron el comando militar de las Regiones Centro y Sur, con la sustitución de Charais y Pizarat Correia, que restan como miembros del C.R., mientras sus cargos son ocupados por el teniente-coronel Hugo Santos y el coronel Beirao, hombres estrechamente ligados al presidente Eanes, designados respectivamente al frente de los comandos de la RMC y RMS.

La crisis no ha terminado. El viaje de Melo Antunes y del propio Eanes, para discutir con Pires Veloso en Porto, así lo atestigua. En el «impasse» actual a nivel militar, los «progresistas» del equivoco grupo de los «Nueve» han logrado un reforzamiento político y militar importante. Melo Antunes al frente de la importante Comisión Constitucional es un ejemplo. Pero en realidad el que sale reforzado nitidamente es Eanes, que perfila un juego «bonapartista» sumamente peligroso. En tanto, las fuerzas reaccionarias acumulan fuerzas, preparándose para próximas batallas, contando con la eventual crisis del gobierno de Mario Soares.

EL GOBIERNO SOCIALISTA

El gobierno de Mario Soares, dominado por el ala derecha del

P.S., se propone explícitamente una política dirigida a estabilizar la crisis capitalista, gobernando en nombre de « todos los portugueses ». Su propuesta tiene como eje un « Pacto social », o sea. intentar hacer aceptar a los trabajadores un plan económico que, basado en la austeridad y el aumento de la producción, sea garantía para las inversiones extranjeras (Europa Occidental y EUA) y nacionales. El lenguaje « socialista » encubre así claramente un proyecto que en lenguaje popular se traduce por su verdadero contenido: el intento de una « recuperación capitalista ».

La restructuración del movimiento obrero y de las fuerzas de la izquierda portuguesa, se convierte así en una necesidad imperiosa. Se trata de construir a tiempo una real alternativa revolucionaria. Se trata de definir claramente una estrategia y una táctica para el movimiento obrero que, a pesar de la división y confusión actual, mantiene intacta su fuerza, como lo muestran las numerosas luchas parciales que se vienen desarrollando.

El Congreso de los Sindicatos tendrá una importancia enorme. La tarea fundamental de las fuerzas revolucionarias es construir una real central única, basada en el funcionamiento democrático, apoyada en las asambleas de base en fábricas y sindicatos, para dotar a la clase obrera de una herramienta decisiva. La discusión actual entre las cúpulas de la Intersindical (que agrupa 190 de los 342 sindicatos existente) y la tendencia denominada « Carta Abierta », que realizó recientemente una reunión de 35 sindicatos en Coimbra, ligada al PS, PPD, CDS, MRPP y AOC, es una discusión burocrática e inútil. La negativa de « Carta Abierta » a realizar asambleas de base, dando en cambio prioridad a un « debate televisivo », introduce una lamentable confusión.

CONSTRUIR UNA ALTERNATIVA REVOLUCIONARIA

La necesidad del frente único de los partidos y las organizaciones que se reclamen de la clase obrera aparece como una cuestión decisiva. La política de « recuperación capitalista » del gobierno PS, que exige hacer pagar la crisis a los trabajadores, requiere en primer lugar una ofensiva para intentar recuperar el poder de decisión obrera en las fábricas.

Los organismos de « poder popular » (las Comisiones de Trabajadores y de Moradores), que fueron verdaderos embriones de doble poder en la coyuntura anterior al 25 de Noviembre, no han sido, sin embargo, destruidos. Funcionan parcialmente, existen, y sobre todo quedaron acumulados para siempre en la experiencia

y la conciencia de los trabajadores. El ascenso de las movilizaciones obreras colocará una vez más en primer plano el papel de estos organismos. De ahí la importancia enorme de superar la actual división entre los trabajadores, contruir la central única y avanzar en la consolidación de una real alternativa revolucionaria.

El papel de las fuerzas de la «izquierda revolucionaria» se coloca en un nuevo nivel de responsabilidad. Ahora se trata, a partir de los GDUPs, de desarrollar un movimiento político con base de masas, como vanguardia en defensa de las conquistas y por el frente único obrero capaz de dar una salida anti-capitalista a la crisis. Entre otras cosas, defendiendo las conquistas de la Revolución y movilizandoo a las masas fundamentalmente contra todas las medidas destinadas a estabilizar el capitalismo. En ese mismo sentido se sitúa la necesidad de avanzar en las alianzas con lo que resta de la izquierda militar.

Esta perspectiva está condicionada, en cierta medida, por la capacidad que demuestren los revolucionarios para comprender la táctica del frente único y la necesidad de un programa transitorio. El sectarismo y la confusión teórica y política que impera en la mayoría de las organizaciones, con el pesado lastre que significa una fuerte influencia del stalinismo (la UDP, por ejemplo, que tiene una considerable importancia), es un serio obstáculo. La tarea de construir una alternativa revolucionaria pasa por un inevitable y necesario debate político. El Congreso de los GDUPs, anunciado para octubre próximo, puede ser un paso adelante en esa dirección.

La Revolución portuguesa abrió un nuevo periodo revolucionario en Europa. El retroceso actual está compensado por las crisis que maduran en España, Italia, Francia, Grecia. Aún hay tiempo para organizarse y reanudar la revolución, contenida, pero que se mantiene viva en la conciencia de las masas y en sus conquistas fundamentales. —

Lisboa, Septiembre de 1976

HUGO SACHI

POLONIA: LOS TRABAJADORES CONTRA LA BUROCRACIA

por José VAZQUEZ

25 de Junio de 1976 : Miles de obreros, abandonando el trabajo se manifiestan por las calles contra la subida de los precios, los privilegios de los dirigentes y el papel de los « sindicatos » oficiales. La policía carga contra los manifestantes y dispara luego : decenas de muertos y cientos de heridos. Detenciones y despidos en masa. ¿ Dónde sucede esto ? ¿ En la España juancarlista ? No... En la Polonia « socialista ». No es en Vitoria o en Basauri, sino en Ursus y Radom.

¿ Por qué hablar ahora de estos acontecimientos ? Han pasado ya tres meses, dirán algunos... ¿ No es mejor olvidar todo lo que pueda dividirnos ? ¿ No es dar armas a las burguesía el atacar a los regimenes llamados socialistas ?

Muchos hay, desde luego, dispuestos a « olvidar », no sólo lo que sucedió hace tres meses, sino la misma víspera. Puestos a « olvidar llegan a olvidar también su propio programa... « para no dar armas a la burguesía »... con la que acaban aliándose. Nosotros creemos sin embargo que la lucha por el socialismo exige precisamente saber y comprender lo que ocurre en todos los regimenes que se autodefinen como socialistas.

HUELGAS Y REPRESION

El anuncio gubernamental de una subida de los precios de los productos alimenticios (en un 60 % por término medio) fue el detonador que hizo estallar el descontento obrero. En Ursus, pequeña ciudad cercana a Varsovia, los 5.000 obreros de la fábrica de tractores respondieron con una huelga de brazos caídos al anuncio de la subida de precios. La huelga se extendió y mientras se desarrollaban varias manifestaciones en la ciudad, cientos de obreros cortaron la vía férrea Pruszkow-Varsovia, deteniendo el tráfico. Aquel mismo día, en Radom, otra ciudad industrial, a 100Km. de la capital, estalló la huelga general, paralizándose también los transportes : un gran cortejo de trabajadores y mujeres, con banderas rojas y cantando la Internacional, se dirigieron al edificio del Partido. Las fuerzas de policía intervinieron con la

brutalidad de costumbre : el edificio del Partido fue incendiado y se elevaron barricadas en el centro de la ciudad. Los paracaidistas intervinieron en apoyo de la policía. Resultado final : 17 manifestantes muertos, cientos de heridos, entre ellos 75 en las filas de las fuerzas del « orden ». Pero los acontecimientos de Ursus y Radom no fueron explosiones aisladas. En bastantes puntos del país estallaron huelgas y se desarrollaron manifestaciones, por ejemplo en la gran fábrica de automóviles « Zeran », situada en los arrabales de Varsovia, lo mismo que en Plock, Poznan, Wroclaw, en los astilleros del Báltico, Gdansk y Szczecin.

Por la noche el gobierno cambió de actitud : las subidas de precios quedaban anuladas, los trabajadores serian consultados sobre su oportunidad y cuantía ; prueba evidente — según la nota oficial — de que en Polonia « se aplica la democracia ».

Pero el aparato del Estado y del Partido no se limitó a estas promesas apaciguadoras, e inmediatamente pasó al contraataque. En primer lugar tratando de desacreditar y difamar a los trabajadores que se atrevieron a protestar. Los manifestantes son « elementos irresponsables y aventureros », o « parásitos antisocialistas » ; se habla también de « mujeres histéricas » y de « gamberros borrachos ». Se celebran mítines en todo el país — obligatorios para funcionarios y empleados — en los que se vitupera a los manifestantes y se vitorea al camarada Gierek. Naturalmente nadie explica por qué el gobierno cedió, aplazando las subidas de precio, ante los actos « irresponsables » de unos cientos de « gamberros ». Pero la incoherencia de sus proclamas nunca preocupó a la burocracia. Esta pasó enseguida a la segunda parte de su contraofensiva : la represión pura y simple. El sábado 27, en la fábrica de tractores de Ursus fueron detenidos más de 600 obreros y se despidió a unos 1.000. En Radom, se efectuaron unas 400 detenciones. La represión alcanzó hasta a los trabajadores que, sin haber desempeñado en esta ocasión un papel activo, habían formado parte en 1970 de los comités de huelga de los astilleros del Báltico.

Los días siguientes se puso en libertad a la mayor parte de los detenidos, pero empezaron a montarse rápidamente algunos procesos ejemplares. El lunes 19 de Julio, siete trabajadores de Radom fueron condenados a penas de cuatro a diez años de cárcel. Al día siguiente, el tribunal de Varsovia condenó a siete huelguistas de la fábrica de tractores de Ursus a penas de tres a cinco años. Estos procesos se desarrollaron prácticamente a puerta cerrada, prohibiéndose la entrada en la sala al público y a los periodistas extranjeros.

Actualmente es imposible calcular los efectos de la ola repre-

siva, pues la prensa polaca es muy discreta acerca de esta cuestión. Las informaciones recibidas en el extranjero vienen sobre todo de la oposición intelectual que manifestó su solidaridad con los obreros, aunque se encuentra también en situación difícil. Este es, por ejemplo, el caso de Jacek Kuron (1), que, el 20 de Julio, dirigió una larga carta a Berlinguer, secretario del P. C. italiano, para pedirle que interviniese en favor de los seis obreros de Ursus condenados el día anterior en Varsovia. «L'Unità», órgano del P.C.I., publicó algunos párrafos de dicha carta y anunció que el Partido había enviado un mensaje al gobierno polaco manifestándole su preocupación. Jacek Kuron, enfermo cardíaco, fue llamado después de estos hechos para cumplir, a los 40 años, un periodo de instrucción militar de tres meses, encontrándose actualmente en una unidad del ejército, aislado de los demás soldados y vigilado por dos oficiales de la seguridad.

Además de Kuron, otros intelectuales protestaron inmediatamente. La prensa europea publicó la «Carta de los 13», así como la «Carta a los miembros perseguidos del movimiento obrero» de Jerzy Andrzejewski (el autor de «Ceniza y diamantes»). Ultimamente, un grupo de intelectuales constituyó un «Comité de apoyo a los trabajadores víctimas de la represión», lanzando un llamamiento a la población en el que, tras denunciar los malos tratos a los que fueron sometidos los detenidos, así como la represión ejercida (despidos, interrogatorios, chantaje) contra las personas que habían firmado las primeras cartas de protesta, se propone la formación de comités de apoyo en las empresas y se exige la puesta en libertad de los trabajadores encarcelados y el reingreso de los despedidos.

(1) Jacek Kuron fue el autor, junto con Karol Modzelewski, de la «Carta abierta al Partido Obrero Unificado Polaco». Militantes ambos del Partido, redactaron su texto en 1965. A partir de la experiencia de los movimientos polaco y húngaro de 1956-57, de las formas de organización que los trabajadores adoptaron en dicho periodo — los consejos obreros —, del análisis de las relaciones de producción, de las instituciones y de las relaciones entre las clases, sacaban la conclusión de que era necesario romper con el régimen, pues en los países del Este no existía el socialismo y la burocracia era una clase explotadora. Por haberlo afirmado públicamente e invitado a los trabajadores a crear una nueva organización política para luchar por el socialismo de los consejos obreros, Kuron y Modzelewski fueron detenidos en aquella fecha. Volvieron a ser encarcelados en 1968, a raíz de las huelgas y manifestaciones estudiantiles de Varsovia y fueron condenados a tres años y medio de prisión.

Ver: «¿Socialismo o burocracia? (Carta abierta al P.O.U.P.)» — K. Modzelewski y J. Kuron — Ed. Ruedo Ibérico — París.

La solidaridad que se manifiesta actualmente en Polonia parece haber dado unos primeros resultados: el Tribunal Supremo ha puesto en libertad condicional, tras rebajar sus penas a un año, a los siete obreros de Ursus condenados en Julio. Pero ¿cuántos siguen todavía en la cárcel? Más de un centenar, según diversas informaciones.

Las protestas y los llamamientos, la solidaridad que se está organizando en Polonia, no han suscitado en general reacciones notables de los sindicatos y grandes partidos obreros de Europa occidental.

La situación en Polonia, las tensiones sociales que provocan periódicamente explosiones en este país, son sin embargo muy representativas de los regímenes mal llamados socialistas del Este europeo y del antagonismo que existe en ellos entre la clase obrera y la burocracia dirigente. Actualmente no es posible hablar de lucha del proletariado por el socialismo sin decir lo que se piensa de tales regímenes y sin definirse con claridad. Tanto más cuanto que a través de las luchas y las reivindicaciones de la clase obrera polaca desde hace veinte años — sobre todo durante el movimiento de los consejos obreros de 1956 y las huelgas insurreccionales de 1970 — se dibuja lo que podría ser el rostro de una verdadera democracia socialista.

LOS CONSEJOS OBREROS DE 1956 Y LAS HUELGAS DE 1970

La protesta de los obreros de Ursus y Radom, en Junio de 1976, es de la misma naturaleza que las huelgas insurreccionales del Báltico hace seis años, o que la sublevación de Poznan, y el movimiento de los consejos obreros que aquella desencadenó, hace veinte años.

En Julio de 1956, los obreros de Poznan se declararon en huelga. A los gritos de « ésta es nuestra revolución, pan, libertad y abajo los bonzos », ocuparon en masa las calles, asaltando las cárceles y los locales del Partido. El ejército intervino incluso con tanques; algunos soldados fraternizaron con los huelguistas, pero, finalmente, la sublevación obrera fue aplastada. Sin embargo, la agitación se extendió por toda Polonia. La fracción más stalinista de la burocracia, pese a las amenazas de intervención militar de Moscú, tuvo que dejar el gobierno, y Gomulka, perseguido por oposiciónista, llegó al poder. En todas las empresas se constituyeron consejos obreros. Las masas invadieron la escena política.

En todo el país se celebraban asambleas obreras y mítines donde se planteaban reivindicaciones, se discutía el sistema de los sala-

rios, el papel nefasto de los bonzos sindicales, la gestión obrera de las fábricas, la democracia socialista. Entre los estudiantes e intelectuales revolucionarios, la crítica del stalinismo se transformaba en crítica del propio régimen burocrático. Una gran era de libertad, de iniciativas hacia una democracia socialista parecía empezar en Polonia (2).

Pero Gomulka consiguió frenar el movimiento. La amenaza rusa se había convertido en Hungría en una trágica realidad: los consejos obreros fueron aplastados por el ejército «soviético» y una feroz represión dio buena cuenta de los comunistas antistalinistas. Gomulka apareció entonces a la mayoría de la población como el hombre capaz de evitar a Polonia el mismo destino.

El nuevo equipo dirigente pareció en un principio favorable a los consejos obreros. Pero las pretensiones de los trabajadores de seguir ampliando las competencias de aquellos, chocaron pronto con las direcciones de las empresas. Gomulka empezó a eliminar de los puestos responsables a los comunistas que se situaban más a la izquierda. En Mayo de 1957, criticando a los que pensaban dar un papel político a los consejos obreros, dijo: «Los consejos obreros no son los órganos del poder político de la clase obrera como en otro tiempo lo fueron los soviets. Un gobierno no puede ser la institución suprema de esas organizaciones sociales que son los consejos obreros... Toda esa concepción no es más que una muestra de utopismo anarquizante...»

A partir de ese momento, pese a la resistencia de los trabajadores, los consejos fueron lentamente estrangulados y acabaron convirtiéndose en organismos puramente decorativos.

Al mismo tiempo que desarmaba de este modo a la clase obrera, Gomulka redujo al silencio a los intelectuales y estudiantes revolucionarios. Desde 1957, mítines y manifestaciones fueron reprimidos duramente por la policía. En el Partido se sucedieron las expulsiones de militantes de izquierda. La burocracia recuperó pronto el terreno que había perdido.

La sublevación de 1970 no fue una repetición de lo ocurrido en Poznan, pues no abrió un período de liberalización y movilización de las masas, comparable al de 1956-57. Es cierto que provocó también, como en 1956, cambios en el equipo dirigente: Gomulka dejó paso a Gierek. Pero la oposición de izquierda, duramente perseguida durante los años precedentes, no pudo recons-

(2) Sobre el movimiento revolucionario de 1956 en Polonia, puede verse, entre otras obras: C. Castoriadis, «La sociedad burocrática», vol. II — Tusquets. Barcelona.

truirse realmente y la vanguardia obrera, aunque consciente del carácter de clase del régimen, no tuvo la fuerza necesaria para llevar tras de sí a la mayor parte de la población asalariada.

El movimiento empezó por la huelga de los obreros de los astilleros de Gdansk, el 11 de Diciembre. Los trabajadores protestaban contra la subida de los precios, pero también contra la agravación del sistema de primas y de horas extraordinarias y, sobre todo, contra el hecho de ser tratados como «robots» por el régimen. La huelga se extendió rápidamente a los grandes centros industriales del país. En Gdansk, Szczecin y otras ciudades, comités de huelga, elegidos en asambleas generales, asumieron todos los poderes en los barrios obreros. También entonces los choques con la policía entrañaron el incendio de los locales del Partido y provocaron cientos de muertos y de heridos. Pero los nuevos dirigentes se vieron obligados a discutir con los comités de huelga, reconociendo que las reivindicaciones de los trabajadores estaban «justificadas», que el Partido y el Estado se habían «aislado de las masas» y que los sindicatos no habían desempeñado su misión de defensores de los obreros. Gierek en persona no escatimó las promesas: si eran necesarios ciertos «sacrificios», serían «decididos por todos juntos» de un modo verdaderamente democrático.

Ahora podemos ver lo que pasó con tales promesas.

LA OPINION DE LOS TRABAJADORES

Sometida desde hace decenas de años a la dictadura de una burocracia tan implacable como incompetente, la clase obrera polaca no se ha beneficiado mucho del desarrollo de la economía del país, conseguido gracias a su esfuerzo. El ligero incremento del nivel de vida durante estos últimos años — adquirido mediante la agravación de las cadencias y de las condiciones de trabajo — ha sido parcialmente anulado por las dificultades de abastecimiento debidas al insuficiente aumento de la producción agrícola (de la que buena parte se destina a la exportación). Padeciendo un bajo nivel de vida, consciente de la acentuación de las diferencias sociales y de los privilegios de los burócratas, la clase obrera carece de toda posibilidad legal de intervenir en la vida del país. No tiene ni derecho de huelga ni de manifestación o reunión. Los sindicatos, dominados por un aparato que forma parte de la burocracia dirigente, tienen como principal función el aumento del rendimiento. En cuanto al partido «comunista» (Partido Obrero Unificado Polaco), por sus estructuras, su jerarquización, sus métodos y su política general, no expresa en realidad más que

los intereses de las capas sociales privilegiadas que detentan el poder. En este marco, las aspiraciones y las necesidades de la población trabajadora no pueden manifestarse, en periodo « normal », más que por una actitud negativa : resistencia a aumentar el rendimiento, a las directivas de arriba, e indiferencia por los actos políticos oficiales. Comprimidas durante largo tiempo, las tensiones sociales engendran situaciones de crisis, en las que el mero anuncio de nuevas medidas antiobreras, provoca explosiones tan repentinas como violentas. Esto es lo que ocurrió, una vez más, el verano pasado.

Es cierto que el gobierno explica sus medidas impopulares por las dificultades económicas del país, destacando el carácter « irrealista » de las reivindicaciones obreras. Las dificultades existen, no hay la menor duda. Para la población trabajadora se manifiestan por ejemplo del modo siguiente : después de 35 años de « socialismo », las amas de casa polacas tienen que hacer cola durante horas para tratar de comprar carne, arroz o azúcar ; para adquirir este último son necesarios además cupones de racionamiento desde el 14 de agosto. Naturalmente, los ministros polacos — como cualquier ministro capitalista — son capaces de hacer una larga conferencia, con las adecuadas estadísticas, para demostrar que esta situación es inevitable y que es necesario consumir menos, e incluso para justificar un racionamiento que ofrece además la posibilidad de comprar, *sin cupones pero a 26 zlotys*, un kilo de azúcar cuyo precio normal es de 10,50 zlotys. Pero nadie acepta ya esas explicaciones en Polonia, salvo la burocracia, naturalmente.

Las dificultades de la economía polaca — como las de los demás países del Este — no se deben a la falta de riquezas naturales y humanas, ni a un potencial industrial demasiado débil. Son esencialmente el resultado de la gestión de la sociedad entera por una minoría cuyo único objetivo es mantener su dominación y sus privilegios.

El 24 de Enero de 1971, un delegado obrero de los astilleros de Szczecin, dirigiéndose a la asamblea de los delegados, en presencia de Gierek, resumió de este modo la opinión de los trabajadores :

« Quisiera contestarle al camarada Gierek cuando dice que tenemos que economizar. El dinero es precioso para nosotros. Somos conscientes de ello. Es nuestra sangre, la nuestra que está allí dentro. Pero podemos recurrir al dinero de los que viven demasiado bien. Camaradas, lo diré bien claro : nuestra sociedad se divide en clases. Hay gente que tiene tanto... « socialismo » que ya no saben que hacer de él ; Aquí mismo, en los astilleros ! El cama-

rada Skrzynecki ha sido director durante doce meses. ¿Cuánto ha ganado? 170.000zlotys más las migajas. ¿Y cómo? Con todos esos suplementos, esas primas, y así sucesivamente. Camaradas, ¡considero que hay que terminar con eso! Desde 1945 luchamos por abolir las clases, por abolir las desigualdades que se arrastran desde la época de Sanacja. Y esta es una lucha justa. Pero he aquí que con este sistema se divide de nuevo al pueblo. Mientras nosotros trabajamos en el sudor, otros se enriquecen. Peor aun ¡ya no quieren ni hablarnos! ¡Se han vuelto altaneros!» (3).

Todo indica que, en Junio de 1976, los obreros polacos no han cambiado de opinión.

1° de Octubre de 1976

J. VAZQUEZ

(3) Las intervenciones en esta asamblea fueron grabadas en cinta magnetofónica y algunos fragmentos publicados en el semanario francés «Le Nouvel Observateur», así como en el libro de P. Naville, «Le Nouveau Leviathan». El párrafo reproducido figura traducido en español en el n° 15 de la revista «Acción Comunista».

SUMARIO N° 3 DE "TRIBUNA SOCIALISTA"

- LAS «REFORMAS», LA OPOSICION Y LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA.
- LAS HUELGAS DE ENERO- MARZO.
- LA EVOLUCION DEL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA.
- BALANCE DE LA EXPERIENCIA CHILENA.
- LA CRISIS EN LOS ESTADOS UNIDOS
- EL STALINISMO Y EL POUM.
- LOS PRIVILEGIOS DE LA IGLESIA EN ESPAÑA.

CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

ROGER ARNAU

« MARXISME CATALA I QUESTIO NACIONAL CATALANA »

Edicions Catalanes de París

Ahora que el problema de las nacionalidades aparece en el primer plano de la actualidad y da lugar a tantas polémicas — algunas de ellas tan poco edificantes como la abierta no hace mucho por « El País » en términos escandalosos — vale la pena recordar este libro, publicado en 1974 en París, por lo que su difusión ha sido lenta y limitada en Cataluña y casi nula en el resto de la península.

Haremos en seguida una reserva en lo que se refiere al título : « Marxisme català i qüestió nacional catalana (1930-1936) ». El marxismo no es catalán ni castellano, como tampoco alemán o ruso. Roger Arnau podía haber encontrado un título más apropiado. Pero no insistiremos sobre el particular porque lo que nos importa es la obra y ésta ofrece un gran valor documental. En dos volúmenes que representan más de 500 páginas, el autor ha recogido un gran número de textos de dirigentes y militantes obreros y de movimientos y partidos políticos sobre la cuestión nacional catalana y sobre el problema de las nacionalidades en España.

Estos textos se limitan al periodo 1930-36, uno de los más importantes de la historia de nuestro movimiento obrero. Mas Roger Arnau nos promete en la introducción de la obra un nuevo volumen en el que se recogerán los textos del periodo de la Revolución y de la guerra civil (1936-39) es decir, los correspondientes a la época en que Cataluña y Euzkadi alcanzaron su plena autonomía y la desarticulación del aparato del Estado burgués facilitó la aparición de organismos como el Comité Ejecutivo Popular de Valencia o los Consejos de Aragón y de Asturias.

En el primer volumen abundan los extractos de textos de hombres como Andrés Nin y Joaquín Maurín, que fueron los que en aquellos tiempos consagraron mayores esfuerzos a definir posi-

ciones ante la cuestión nacional. Pero, sin embargo, aparecen también extractos de artículos de multitud de escritores, periodistas y militantes que lucharon en defensa de los derechos de Cataluña y las demás nacionalidades como Miquel Ferrer, Angel Estivill, Jordi Arquer, Manuel Serra Moret, Jaume Compte, José Rovira, Hilario Arlandis, Pedro Ardiaca, Rafael Campalans y muchos más. En el segundo volumen figuran extractos de los documentos políticos del Partit Comunista Catalá, del Bloque Obrero y Campesino, de la Izquierda Comunista, de la Unió Socialista de Catalunya, del Partido Socialista Obrero Español y del Partit Comunista de Catalunya, así como de los grupos catalanistas radicales del tipo de Estat Catalá y del Partit Catalá Proletari.

En conjunto, el lector se encuentra ante una documentación impresionante que abarca todas las fases del desarrollo de la cuestión nacional en Cataluña desde antes de la proclamación de la República Catalana, el 14 de Abril de 1931, hasta la insurrección militar-fascista, pasando por el período de vigencia del Estatuto, que, como se sabe, fue interrumpido por unos meses tras el movimiento de Octubre de 1934 y la represión organizada por Lerroux-Gil Robles.

Todos los textos figuran en las lenguas originales en que fueron escritos. La mayoría están en catalán, pero abundan los documentos en castellano, lo que ofrece un interés suplementario para los que no dominan la lengua catalana.

Naturalmente, los documentos reproducidos tienen que ser situados en su tiempo y muchos de ellos serían difícilmente comprensibles si no se tuviera bien presente el proceso político global de los años 1930-36 y la estructura del movimiento obrero y de los grupos catalanistas radicales del período considerado por el autor. Hecha esta salvedad, pensamos que la lectura o la simple consulta de la obra de Roger Arnau puede resultar de una gran utilidad para todos los que aspiren a comprender la evolución de la cuestión catalana y del problema de las nacionalidades en España en el momento presente.

L.A.

JESUS YNFANTE

« EL EJERCITO DE FRANCO Y DE JUAN CARLOS »

Ruedo Ibérico, París 1976

El joven escritor Jesús Ynfante, que se dio a conocer en 1970 con « La prodigiosa aventura del Opus Dei : Génesis y desarrollo de la Santa Mafía », obra que resultó un gran éxito editorial, ha publicado recientemente un nuevo libro : « El Ejército de Franco y de Juan Carlos ».

Ynfante precisa en una advertencia preliminar que el libro « no es una obra de historia militar ni de sociología : se trata, simplemente, de la recopilación de algunos datos y documentos sobre las Fuerzas Armadas y de Orden Público que se encontraban dispersos en publicaciones legales y clandestinas. La obra, modestamente orientadora sobre la institución más sólida del régimen, es tan sólo un punto de partida dentro de un trabajo colectivo de mayor envergadura ».

Así es, en efecto. Sin embargo, el libro no deja de tener su interés. En la parte documental, que representa casi un tercio del volumen, figuran la mayor parte de los textos de la Unión Militar Democrática de España, lo que permite hacerse una idea de la significación y de la importancia de este movimiento de jóvenes oficiales sobre el que tanto se ha hablado en los últimos tiempos.

Desgraciadamente, la obra es menos prolija en lo que se refiere a la Unión Democrática de Soldados, surgida en Febrero de 1976, y en general a los movimientos que se han manifestado desde 1972 en los cuarteles, entre los suboficiales y los soldados rasos.

En la primera parte de su libro, Ynfante intenta efectuar de todos modos un análisis del carácter del « Ejército de Franco y de Juan Carlos » y de su papel en el seno del régimen. Pero hay que reconocer que esta tentativa deja mucho que desear. El lector tiene la impresión de que el autor ha operado con excesiva precipitación, sin entrar de lleno en los problemas de fondo : estructura de la casta militar, conexiones profundas de ésta con el aparato del Estado, con el gran capital y con la burocracia falangista, etc. Por otra parte, la concepción de las Fuerzas Armadas como « burocracia militar » resulta tan sorprendente como la teoría de la « burocracia eclesiástica ».

Hay un capítulo consagrado a lo que el autor llama « el cuarto Ejército » (Guardia Civil, Policía Armada, etc.). Es una lástima que esta parte de la obra no haya sido más desarrollada. No obstante aparece con toda claridad que la dictadura ha reforzado considerablemente su aparato represivo para hacer frente a todas las contingencias. Por ejemplo ha duplicado las fuerzas de la Guardia Civil (que se elevan a 71.500 hombres) y los efectivos de la Policía Armada (33.000 hombres).

Jesús Ynfante estima en su libro que el Ejército « está evolucionando rápidamente hacia el clásico modelo europeo en donde tiene todavía escasa cabida la herencia política fascista ». El juicio nos parece excesivamente apresurado. Lo único que puede decirse con seguridad es que la crisis y la decadencia del franquismo han acabado por reflejarse en las Fuerzas Armadas donde hoy se observan tensiones y contradicciones parecidas a las que se han producido estos últimos años en otros estamentos de la sociedad.

En espera del « trabajo colectivo de mayor envergadura » que Ynfante nos promete, y que por lo visto se realizará con aportaciones de elementos de la Unión Militar Democrática, este libro comienza a arrojar un poco de luz sobre la crisis de las Fuerzas Armadas, es decir, sobre la « columna vertebral » de la dictadura franquista y de la monarquía juancarlista.

M.L.

*
**

GASTEIZ

« VITORIA. DE LA HUELGA A LA MATANZA »

Ruedo Ibérico, París 1976

« Durante la huelga hemos comprendido que la ley es una trampa hecha por la patronal y su Estado, que la ley es la venda que nos impide ver la realidad tal cual es, que la ley es la forma de la que se sirve la patronal para justificar nuestra situación y la apropiación del robo que a diario nos somete (...) El gobierno dijo después de la matanza del día 3 « que todos éramos responsables y que el gobierno asumía su responsabilidad » ; pero nosotros vemos que todo es mentira. que a

nadie se le pide cuentas de lo que pasó, porque los muertos son obreros, los heridos son obreros, los detenidos son obreros, las asambleas se prohíben a los obreros y los sufrimientos siempre son para los obreros. ¿Se tomaron medidas contra el gobernador, la policía y los empresarios? (...) ¿No conocemos todos que los ricos roban millones y millones y nadie les aplica la ley? ¿No conocemos todos el caso Matesa donde participó Fraga, como ministro de Información, entonces, y el caso del Aceite de Redondela, por poner algunos ejemplos entre tantos? » (Epílogo : páginas 204 y 205).

El verdadero autor de este libro apasionante y apasionado es el propio pueblo de Vitoria a través de sus comisiones y asambleas. El libro fue escrito inmediatamente después de la insurrección del pueblo de Vitoria. Refleja de una forma extraordinaria el calor de la lucha, los debates en las asambleas, el grado de organización, la progresiva toma de conciencia, pasando rápidamente de la reivindicación que se dice económica a la reflexión y los planteamientos políticos.

El libro contiene dos grandes partes y en epílogo. En la primera parte, titulada « La huelga », se analizan los antecedentes de ésta, el desarrollo del conflicto, los métodos de lucha empleados, el papel de las Comisiones representativas de fábrica, la intervención de las mujeres, la lucha de cada fábrica, las reflexiones de los propios trabajadores y la vuelta al trabajo, explicando en qué condiciones se hizo y el por qué.

En la segunda parte, titulada « La matanza », se explica, con todos los pormenores, el tiroteo, con su cadena de muertos y heridos, la provocación deliberada de la policía apoyada por las autoridades, la insurrección obrera, los extraordinarios funerales-manifestación con la lectura de la homilia y la intervención de Jesús Fernández Naves en nombre de los trabajadores, y la huelga general en Euskadi.

El epílogo está dedicado a sacar las distintas lecciones de la huelga, como son : la trampa de la ley, la fuerza de la unidad y de la lucha, la violencia de los ricos y la autonomía organizativa de los trabajadores.

El libro se apoya, con frecuencia, en los testimonios de los propios trabajadores y en múltiples documentos que se insertan.

Son muchas las enseñanzas que se pueden sacar de este libro, que se lee de un tirón, para volver, más tarde, a estudiar determinadas partes que incitan a una reflexión y a un análisis más profundo.

La exposición detallada, realizada por cada comisión de fábrica, nos hace vivir las luchas de cada día, la relación de fuerzas entre la patronal y los trabajadores, los avances de éstos, los retrocesos, sus dudas, sus dificultades y la solidaridad obrera. Por su propia experiencia, los trabajadores comprenden la necesidad de coordinarse con las otras empresas en huelga. Las asambleas de cada fábrica se transforman en la Asamblea de todas las fábricas.

Otra enseñanza de la huelga es la batalla contra la CNS, rechazando los Jurados y Enlaces y luchando para que fueran reconocidos los propios representantes de los trabajadores, elegidos democráticamente en las asambleas. Los patronos sólo querían recibir a los Jurados para no reconocer a las comisiones elegidas por los trabajadores. Además de las 5000 ptas., la jornada de 40 horas, el retiro a los 60 años, el cien por cien en caso de enfermedad o accidente, los obreros añadieron siempre a esta plataforma reivindicativa el reconocimiento de la comisión negociadora, verdadero órgano representativo de los trabajadores.

Hay que destacar el papel de las mujeres, que no se limitó, como es costumbre, a una simple solidaridad con sus maridos, compañeros y familiares, sino que plantearon sus propios problemas: «Nada más empezar estas asambleas de mujeres, se descubrió que la acción de apoyo a los maridos en lucha no bastaba y que las mujeres tenían por delante tareas que desbordaban con mucho ese combate: el problema de los barrios, las guarderías y colegios, la sanidad, la seguridad social, el trabajo de la mujer en la sociedad actual, etc».

La postura de los trabajadores con relación a los esquirols demuestra su profunda conciencia de clase. Para que los esquirols abandonasen el trabajo, la asamblea mandataba a una comisión que se encargaba de visitarles en sus domicilios y discutir con ellos. Los nombres y los apellidos de cada esquirol eran leídos al comienzo de cada asamblea. Además, las mujeres iban a las fábricas a la hora de entrada y salida y acogían a los esquirols con aplausos y ovaciones para avergonzarlos. El slogan capitalista de «libertad de trabajo» no tiene cabida entre los trabajadores de España.

El tema de la Asamblea recorre todo el libro, ya que su papel fue determinante a lo largo de toda la lucha «Desde el principio se planteó claramente: «Todo el poder de la clase obrera a la Asamblea» (...) Desde el principio se planteó que todos los pasos a dar se discutirían en la asamblea y después se votarían. Esto, claro está, en lo que se refiere a las cuestiones fundamentales, pues no se trata de discutir todo, hasta las cosas sin impor-

tancia, que podían resolver las comisiones representativas. (...) Cuando una cuestión no estaba suficientemente clara, se volvía a discutir hasta encontrar la posición correcta para la clase obrera, y, por supuesto, no se votaba ninguna cuestión sin haberla discutido antes. De lo contrario, la asamblea se hubiese convertido en meramente informativa, perdiendo su carácter de órgano de conciencia y poder de la clase obrera, y la comisión representativa se habría convertido en un órgano independiente y burocrático ».

Hubiese sido interesante que el problema sindical se hubiera tratado de una forma más amplia y detallada, dado que está presente a través de todo el libro.

« Vitoria. De la huelga a la matanza » es un libro que debe ser leído por todo militante obrero. Sus autores han sabido traducir esa extraordinaria corriente revolucionaria que atraviesa a las masas en momentos determinados de la historia. Prueba de ello este corto pasaje del capítulo « Funeral para un pueblo » :

« CIENT MIL HOMBRES COMPACTOS. Era una riada impresionante. La multitud que abarrotaba la catedral salía penosamente a la luz de las calles, donde se arracimaba todo el pueblo. « ¡ A hombros, a hombros ! » fue el grito unitario que encabezaría la gran manifestación de solidaridad. Y eran cien mil hombres compactos los que portaban en el corazón los féretros de sus tres compañeros. Cien mil personas, todo un pueblo que iba a vivir durante tres horas un desfile emocionante y dramático. Un pueblo acogotado y asustado por el imperio del miedo y de las metralletas, que ahora, de un golpe, lo sacudía como un mal sueño y que hinchaba el corazón y blandía sus manos con el signo de la victoria ».

Alberto G. MARCOS

TRIBUNA LIBRE

MANIFIESTO DE E.T.A. VII ASAMBLEA

Abrimos en este número de nuestra revista una Tribuna Libre en la que nos proponemos publicar artículos y documentos políticos de las organizaciones obreras y revolucionarias y de los grupos representativos de los movimientos de emancipación nacional de la península.

Como se ha discutido mucho en los últimos tiempos sobre la evolución de E.T.A. y sus distintas tendencias y como los nacionalistas revolucionarios vascos siguen tropezando con grandes dificultades para difundir sus ideas y sus posiciones fuera de Euskadi, reproducimos hoy el texto íntegro del Manifiesto dirigido al pueblo vasco por la VII Asamblea de E.T.A., rama político-militar.

ETA ha celebrado su VII Biltzar Nagusi. A pesar del corto tiempo pasado desde que celebramos la II parte del VI Biltzar, los acontecimientos en Euskadi se han sucedido a tal velocidad, que creímos llegado el momento de hacer balance de nuestra actividad y preparar nuestra futura intervención en la lucha del Pueblo Vasco por su libertad.

Nos encontramos en Euskadi a las puertas del final de la Dictadura fascista, de esa sangrienta dictadura, que a pesar de su criminal actuación para exterminar al Pueblo Vasco, no ha conseguido sus propósitos.

Euskadi, a pesar de todas las agresiones sufridas, de las torturas, de los asesinatos, de la represión generalizada, ha demostrado su firmeza en combatir contra la opresión nacional y contra la explotación capitalista. La Oligarquía, agotada por sus crisis internas y presionada por la lucha popular, intenta hoy ofrecer un marco nuevo donde ejercer más cómodamente su dominio de clase. De poco han servido 40 años de continua represión, de intentos de aplastar con su sangrienta bota fascista la lucha del Pueblo Vasco. De poco sirvieron las cárceles, los tribunales, las porras, los tiros contra el Pueblo. De poco sirve asesinar revolucionarios ni utilizar «bañeras», «quirófanos» y otros refinados métodos de tortura. De poco sirven sino para reforzar las ansias de este Pueblo, que por encima de estas contrariedades, ha recogido

y llorado sus muertos para después seguir en cada fábrica, barrio, escuela o Universidad la lucha por construir una Patria Socialista libre de toda explotación.

CONTEXTO POLITICO DESDE LA EJECUCION DE CARRERO

El poder absoluto de Franco y las instituciones que cimentaban este poder absoluto, fueron hasta muy avanzada la posguerra, la concretización a nivel político y social de lo que la oligarquía ha necesitado para asentarse en el poder. En esta época, poder político y poder económico eran una misma realidad y reflejaban una identidad de intereses que convertía a la clase dominante en un bloque duro y homogéneo. A esto hay que añadirle unas capas populares y principalmente una clase obrera desorganizadas y con un sentimiento de derrota muy arraigado. Todo ello englobado dentro de una situación general de represión y miedo, que inmovilizaba toda posible resistencia.

A pesar de la apariencia monolítica del sistema franquista, dos fenómenos inherentes a él e inevitables dentro del desarrollo de las fuerzas productivas, demostrarían poco a poco la inviabilidad a largo plazo del sistema franquista y la existencia real de una crisis latente que sólo necesitaba condiciones favorables para hacer su aparición definitiva a la luz.

Estos dos fenómenos son : Por una parte, la inercia inmovilista del sistema franquista que le incapacitaba para acoplarse a los nuevos rumbos que el capitalismo habría de tomar en el Estado Español. Y por otra parte, el hecho de que la desorganización de las clases populares y su sentimiento de derrota no son condicionamientos permanentes, sino más bien, en sí mismos factores desencadenantes de un nuevo y mejor organizado combate contra el poder franquista.

Estos dos fenómenos, que se dan de un modo paralelo, van a suponer, a partir de la década de los 60, y de una forma escalonada, la evidenciación de las contradicciones entre el poder político y el poder económico.

El avance de las luchas populares y las primeras crisis internas en la clase dominante se van a ir desarrollando lentamente frenadas principalmente por el poder personal de Franco, ya que Franco aglutinaba las diferentes tendencias dentro de la clase dominante y limaba las contradicciones entre ellas, a la vez que tenía incondicionalmente a su servicio unas fuerzas represivas leales que ahogaban las luchas populares.

TRIBUNA LIBRE

La clase dominante era consciente de que mientras estuviese Franco en el poder, los pilares de dominación estaban asegurados pero también era consciente de que esa homogeneidad basada en el poder de una sola persona, tenía una fisura evidente: La desaparición de esa persona. Por eso el poder absoluto de Franco tenía que ir acompañado de la creación de « otro Franco » que sustituyese, sin convulsiones para la clase en el poder, en un futuro próximo, a aquél. Esta persona debía de ser una persona dura, admitida como representante por todas las tendencias y que fuese capaz de asumir, en ausencia de Franco, el papel capital que éste jugaba dentro de todo el sistema de dominación. Este hombre era Carrero Blanco.

Lo que la clase dominante no pudo prever es que si Franco tenía biológicamente los días contados, Carrero los tenía políticamente contados.

Con Franco anciano y Carrero ejecutado, la clase dominante, descabezada de la noche a la mañana, se siente insegura. Le ha sido asestado un golpe en el corazón mismo de su monolitismo artificial. Aquí ya se manifiesta con toda claridad, la dicotomía poder político- poder económico.

Poder político anquilosado en unas instituciones rígidas con una ideología autárquica, fascista y retrógrada y apoyada exclusivamente en el uso sistemático del terror y la represión.

Poder económico de una Oligarquía que siente que sus intereses ya no están siendo representados por todo el aparato estatal franquista. Si bien este planteamiento no es unitario en toda la oligarquía y además resulta de una operatividad llena de indecisiones a la hora de los pasos necesarios a dar, sí, se reconoce que el mantenimiento en el poder no va a ser posible sin un cambio fundamental del sistema y sin una adecuación de éste a las nuevas condiciones exigidas tanto por el capitalismo internacional como por el auge progresivo e incontenible de las luchas populares.

De esta dicotomía va a nacer la polarización definitiva de los programas políticos de la clase dominante en dos extremos fundamentales: Aperturistas y Continuistas. Va a nacer con ella una política pendular apertura-represión que va a ser una constante que se mantiene hoy con toda claridad.

En efecto, dos meses después de la ejecución de Carrero aparece Arias Navarro con un tímido plan aperturista que las mismas luchas populares se encargarán de dismantelar en poco tiempo. La campaña de Aberri Eguna del 75 y nuestras acciones militares desencadenan el más brutal estado de excepción que ha pade-

cido jamás Euskadi. Represión que se combina con la ley anti-terrorista y las ejecuciones de Txiki, Otaegui y los militantes del FRAP en Setiembre. El frágil crédito del gobierno «del 12 de Febrero» se hunde definitivamente. Con el odio de todo el pueblo de Euskadi ganado, sus días están contados.

Este proceso se va acelerar con la muerte de Franco. Tras ella, el nuevo gobierno va a ofrecer nuevas promesas. Ya no hablará de apertura sino de reforma y democratización. A las muchas promesas acompañan unos pocos hechos (primer indulto, tolerancia de algunos partidos, etc.) que dejan ver claramente la limitada capacidad de maniobra del régimen. El ascenso de las luchas populares, con Euskadi siempre a la cabeza, va a ser el que una vez más dé al traste con toda la demagogía del gobierno.

Con el gobierno de Fraga, Areilza,... se va a conocer una fase ascendente de terror en la que el número de muertos, torturados y detenidos alcanza unas cotas insólitas en el preciso momento en el que este mismo gobierno cacarea por todo el mundo que «ellos están totalmente dispuestos a instaurar la democracia en el Estado Español».

La huelga de Vitoria, la masacre del 3 de Marzo, el asesinato de Basahuri, la potente huelga del 8 de Marzo y los crímenes de Montejurra, serán en última instancia lo que obligue a la clase en el poder, a un nuevo cambio de gobierno.

Este cambio de gobierno va a realizarse mediante el nombramiento de nuevos ministros «jóvenes», «dinámicos», sin quemar, que den una imagen nueva, cara al pueblo y cara al mundo. Con este gobierno el campo de maniobrabilidad ha aumentado algo (elecciones, mayor tolerancia, segundo indulto,...) pero en el fondo subyace intacta, la misma contradicción dentro de la clase dominante. Su capacidad de maniobra se ahoga por las presiones populares y obliga a aquél a usar lo que en definitiva es y será su razón última: la represión y la actuación criminal de las fuerzas represivas. En última instancia, la oligarquía, antes de ver perdido su poder, intentará una maniobra conjunta con las fuerzas democrático-reformistas de la oposición; pero mientras Euskadi siga siendo el marco ascendente de lucha que está siendo en los últimos años, la oligarquía se verá imposibilitada de llevar a buen fin sus planes democrático burgueses.

RESOLUCIONES APROBADAS EN EL VII. BILTZAR NAGUSIA

ETA, que definiéndose desde su nacimiento como organización revolucionaria al servicio del Pueblo Vasco, ha seguido un pro-

ceso de maduración interna, acorde con la evolución política en Euskadi y en todo el resto del Estado Español, ve llegado hoy el momento de dar un salto cualitativo en ese proceso.

La existencia de una fase de transición del régimen fascista, actualmente vigente en el Estado Español, hacia un régimen democrático-burgués, el nivel de conciencia y combatividad alcanzados por el Pueblo Trabajador Vasco y la consecuente necesidad por parte de la vanguardia revolucionaria de dar una respuesta adecuada a esta nueva situación, nos obliga también a ello.

Este salto cualitativo se traduce en primer lugar en una mayor clarificación ideológica, definida en los siguientes puntos mínimos :

1. — ETA se define como organización independentista y de estrategia vasca, es decir, que propugna la instauración de un Estado Vasco Reunificado como única solución definitiva a la opresión nacional, que reconoce a Euskadi como un marco nacional autónomo para la lucha de clases y, como tal para la revolución, y que lucha consecuentemente contra el proceso de extinción nacional, lo que significa, apoyar la lucha por la euskerización y el renacimiento cultural.

2. — ETA se define como organización revolucionaria al servicio de la clase obrera, es decir, que propugna la conquista del poder por parte de las clases populares bajo la dirección de la clase obrera y la instauración de una sociedad socialista, lo que implica la socialización de los medios de producción. Sociedad Socialista que no es posible sin la destrucción de la oligarquía como clase y de la violencia institucionalizada que ésta ejerce, lo que entraña la necesidad de utilizar la coacción social, política y militar contra dicha clase, necesidad ésta, que no desaparece con dicha toma del poder político.

3 — ETA propugna, dentro de la democracia burguesa, una estrategia de Poder Popular, basada en la potenciación de los organismos autónomos de las clases populares vascas, con prioridad sobre las formas de participación en la mecánica electoralista, y reafirma el derecho del Pueblo a defenderse de las agresiones violentas dirigidas contra sus conquistas nacionales y de clase.

4. — ETA, como organización revolucionaria, asume los principios del centralismo democrático, solamente efectivos en base a una gran cohesión ideológica y política. Cohesión que sólo puede venir garantizada por la existencia de un debate permanente, ideológico y político, interno en el que se deben expresar las diversas opiniones existentes. Para que dicho principio general resulte

efectivo deben existir unas normas de funcionamiento, estatutos y estructura que garanticen la democracia interna.

Ante la nueva fase de la Revolución Vasca que se presenta ; las nuevas condiciones en las que se plantea la lucha de masas y la consecuente necesidad de una dirección política dentro de la Izquierda Abertzale y de todo el Pueblo Trabajador Vasco, constatando la imposibilidad de llevar a cabo esa dirección política por parte de una organización que simultanea la práctica de la lucha de masas y la práctica de la lucha armada, ETA ve la necesidad del *Desdoblamiento* de estas dos funciones en dos estructuras organizativas diferenciadas. En consecuencia decide potenciar, junto a otros sectores de la izquierda abertzale, la creación de un instrumento político, un partido revolucionario de la clase obrera vasca, que sea capaz de ejercer esa dirección política. ETA, se mantendrá como organización revolucionaria cuyo único campo de intervención sea la lucha armada. Esta lucha armada habrá de practicarse dentro de una concepción político-militar. ETA será totalmente independiente, desde punto de vista organizativo, del Partido.

ETA es consciente de que dicho partido de clase, ha de construirse a partir del campo global de la izquierda abertzale, entre todos aquellos que pretenden potenciarlo, y no exclusivamente en el seno de la propia organización.

En este sentido proponemos como instrumento para la creación de dicho partido, la potenciación de un Reagrupamiento, dentro del cual se vayan clarificando la teoría, estrategia y línea política del futuro partido de clase.

ETA considera que los elementos ideológicos contenidos en los puntos mínimos anteriormente citados, son los que han de configurar el marco para la elaboración de la teoría revolucionaria en el propio seno de la organización, y sobre los cuales ha de plantearse asimismo la estrategia militar a llevar a cabo. Tanto la elaboración de dicha estrategia, como nuestra práctica armada han de basarse por su parte en los siguientes principios :

1. — ETA entiende que una concepción político-militar supone que la estrategia de la lucha armada ha de ir en todo momento en función del nivel y desarrollo general de la lucha de masas, buscando por una parte, el aumentar su grado, extensión y combatividad y por otra, como función pedagógica, el demostrar a través de su propia práctica el carácter violento del enfrentamiento con la clase dominante y la posibilidad real de vencerla, contribuyendo con ello a aumentar el grado de conciencia del pueblo trabajador vasco.

2. — ETA entiende asimismo, que la lucha armada debe ir dirigida hacia el progresivo debilitamiento y desestabilización del poder oligárquico. En este sentido consideramos que en la fase democrático-burguesa que se preve, corresponde a la lucha de masas la iniciativa fundamental. La lucha armada habrá de jugar sobre todo en esta fase, el papel de garantizador de las conquistas populares y de fuerza de disuasión frente a las agresiones de dicha clase dominante, así como el de ir prefigurando el futuro núcleo armado capaz de preparar en las mejores condiciones, el definitivo enfrentamiento político-militar con la oligarquía y de consolidar el poder popular.

3. — ETA es consciente de que una práctica armada consecuente con esta concepción político-militar implica la existencia de unas formas mutuas de coordinación entre la lucha de masas y dicha práctica armada. Esta co-ordinación exige una coherencia ideológica y política — tanto en la comprensión de las etapas de la Revolución Vasca, como en las alternativas concretas que se han de presentar al Pueblo Trabajador Vasco en dichas fases — entre ambas formas de lucha.

ETA considera que estos tres puntos referentes a los principios estratégicos de la lucha armada, así como los cuatro puntos mínimos ideológicos anteriormente enunciados, configuran la base sobre la que han de sustentarse la teoría y la práctica del grupo armado revolucionario. En este sentido, entendemos que todos ellos deben ser planteados como puntos mínimos para todos aquellos que se vayan incorporando a ETA y más concretamente para el proceso de convergencia y posibilidad de reunificación con ETA-militar.

Creemos sinceramente que tanto este VII Biltzar como toda la práctica organizativa que lo antecede, marcan un importante hito en nuestra historia.

Desde el V Biltzar, ETA se había propuesto convertirse en una organización vanguardia revolucionaria de la clase obrera y del Pueblo Trabajador Vasco. El camino hasta hoy ha estado plagado de contradicciones y saltos a derecha e izquierda. Negarlo sería negar toda la historia de nuestras escisiones, negar que la lucha de clases existe y entra de lleno en ETA.

Pero a pesar de ello, hoy podemos decir que ETA se está afirmando como una organización proletaria; ya hoy no podemos ser tratados como «una expresión pequeño-burguesa», «unos activistas minoritarios», etc, etc... Hoy, con más o menos aciertos, ETA dirige todo su combate hacia el triunfo de la Revolución So-

cialista, hacia el triunfo del Poder Popular que acabe con la opresión nacional y con la explotación capitalista.

Hemos dicho al principio de este agiri que nos encontramos en una coyuntura de gran importancia. Hemos conseguido, con la lucha y no con las declaraciones de personalidades más o menos famosas, hacer retroceder al fascismo. Y éste es el único camino hacia la total liberación de Euskadi. No concebimos este camino a base de pactos, ni de concesiones a la Oligarquía. A lo largo de muchos años hemos comprobado que sólo la lucha organizada de todo el pueblo es capaz de derrotar al enemigo.

Todo ello lo hemos discutido y analizado en este VII Biltzar que acabamos de celebrar. No se trata de hacer declaraciones maximalistas. La práctica demostrará la corrección o el error de nuestras posiciones. Hemos tomado unos acuerdos y en consecuencia hemos marcado un camino organizativo que creemos el más adecuado para la situación actual. Se nos podrá achacar muchas cosas, pero nunca nadie podrá decir que no hemos luchado, que no pusimos todo el empeño necesario en la tarea de llevar a la clase trabajadora y al resto del pueblo vasco en el camino de la Independencia Nacional y de la Revolución Socialista, en el camino de lograr el único marco que nos hará realmente libres : El Estado Socialista Vasco.

¡ Viva Euskadi libre !

¡ Viva Euskadi Socialista !

¡ Pueblo armado jamás será aplastado !

Septiembre 1976.

E.T.A.

EL PROCESO DE UNIFICACION MARXISTA EN CATALUÑA (1935-36)

El Partido Socialista Unificado de Cataluña ha conmemorado con un estruendo sorprendente y realmente desproporcionado el 40 aniversario de su fundación. Por lo visto, la fundación del PSUC tiene históricamente más importancia que la réplica del proletariado de Cataluña a la insurrección militar-fascista de 1936 y que la propia Revolución de hace 40 años, acontecimientos que han sido pasados por alto por motivos oportunistas relacionados con el pasado y con la política presente.

Los dirigentes del PSUC repiten con frecuencia que han cambiado mucho y que han roto con su pasado stalinista. Pero la práctica concreta les desmiente constantemente. El 40 aniversario de la fundación de su partido les ofrecía una ocasión excepcional de hacer un balance objetivo y sincero de su política, de restablecer la verdad en numerosos dominios y de sacar las lecciones de su subordinación a la política stalinista del Kremlin durante muchos años. Sin embargo, han preferido optar por un triunfalismo ridículo y han escamoteado los hechos esenciales.

Hoy como ayer, el objetivo es reforzar el PSUC a todo precio e imponerse en Cataluña como fuerza hegemónica. De ahí que hayan eludido todos los problemas litigiosos (el propio origen del PSUC, la política reaccionaria desarrollada durante la Revolución y la guerra civil, su intervención en la represión stalinista contra el POUM y la CNT, la eliminación de Comorera y su grupo, etc.). Y de ahí también que hayan dejado de lado una cuestión muy importante: la del fracaso de la «unificación» de 1936.

En efecto, el PSUC se fundó a partir de la fusión de cuatro grupos: la Unió Socialista de Catalunya, la Federació Catalana del PSOE, el Partit Comunista de Catalunya y el Partit Català Proletari. Pues bien, la mayor parte de esos grupos se han reconstituido de un modo independiente. Hay desde hace bastante tiempo una Federación catalana del PSOE, la tradición de la Unió Socialista de Cataluña está representada por el Partit Socialista de

Catalunya y existen además otros grupos que se reclaman del socialismo. En realidad, del mismo modo que desaparecieron las Juventudes Socialistas Unificadas tras la reaparición de la organización juvenil del PSOE, el PSUC tenía que haber recuperado su verdadero nombre, el que corresponde a lo que es efectivamente y no el que ostenta todavía de un modo inapropiado, y abusivo.

Al objeto de contribuir a restablecer la verdad histórica en lo que respecta a los orígenes del PSUC y a los procesos de unificación que tuvieron lugar en Cataluña en los años 1935 y 1936, publicamos hoy dos documentos que tienen un interés indudable: las actas de las reuniones celebradas en Abril de 1935 en Barcelona por las organizaciones obreras que se reclamaban del marxismo por aquel entonces. Esa actas, aunque imperfectas, como todos los documentos de un movimiento obrero que trabajaba en condiciones bastante artesanales, revelan que después de la Revolución de Octubre de 1934 se abrió un proceso de unificación que condujo a una ruptura en dos bloques: el de las organizaciones marxistas revolucionarias, Bloque Obrero y Campesino e Izquierda Comunista, que dio lugar a la creación del POUM, y el de los grupos reformistas que se situaron rápidamente en el terreno del Frente Popular y del stalinismo y que condujo a la creación del PSUC. Estamos aquí en el dominio de la historia. Mas se trata de una historia relativamente reciente y que puede proporcionar enseñanzas importantes para las nuevas generaciones que afrontan hoy el problema de la reconstrucción del movimiento obrero en nuestro país.

ACTA DE LA REUNION DEL 6 ABRIL DE 1935

Asisten: Bloque Obrero y Campesino. Izquierda Comunista, Partit Comunista de Catalunya, Unió Socialista de Catalunya y Partit Català Proletari.

La reunión se abre con una hora de retraso, en espera de la llegada de la delegación de la Federación Catalana del PSOE, que no se presenta.

El BOC lamenta que no asista el delegado de la USC, que redactó el acta de la primera reunión, por lo que ésta no puede ser aprobada. No obstante, pide que los delegados se manifiesten a

propósito de los puntos que se concretaron en dicha reunión y que él lleva redactados. (Ver anexo).

El PCC manifiesta que está de acuerdo con aquellos puntos, pero propone que en lugar de decir marxismo revolucionario, se diga marxismo leninista. Manifiesta también, como cuestión previa, que el Partit Comunista de Catalunya es partidario de formar un Comité de Unificación de todos los partidos convocados a estas reuniones con la excepción de la Izquierda Comunista.

El BOC expresa su conformidad con los puntos establecidos en la primera reunión.

La USC manifiesta que en este momento no puede pronunciarse ya que están efectuando gestiones con el Partido Socialista Obrero Español y, según los resultados de tales gestiones, se expresarán de acuerdo con él. Hace reservas en lo que respecta al 2º punto, primer apartado, y no puede pronunciarse sobre el relativo a la Alianza Obrera, puesto que pertenece al Partido que resulte de la fusión.

Izquierda Comunista está de acuerdo con todos los puntos.

El PCP, aceptando completamente los puntos, concede más importancia a la fusión. En beneficio de ésta, es partidario de encontrar los puntos y las consignas que la hagan posible, ya que se trata de Partidos marxistas y es necesario llegar a un acuerdo. Habiendo decidido en principio ir a la fusión, si no puede ser absoluta tendría que ser parcial; para que las tareas actuales tengan el máximo de eficacia, se colocarán en actitud de expectativa.

El BOC rechaza el cambio de nombre propuesto por el Partit Comunista de Catalunya.

La IC cree que no hay diferencias en lo que se propone y que, por razones de eficacia, hay que mantener la palabra revolucionario en lugar de la de leninista.

El PCP, aunque es partidario de la palabra leninista, está de acuerdo en mantener la fórmula marxismo revolucionario por las mismas razones que ha expresado la Izquierda Comunista.

Se pasa a discutir la proposición del Partit Comunista de Catalunya sobre la exclusión de la Izquierda Comunista.

El BOC se extraña de que el Partit Comunista de Catalunya plantee ahora una cuestión que no planteó en la primera reunión. La proposición es inaceptable puesto que se va a la unificación de todos los Partidos marxistas y no se trata de valorar las fuerzas de cada uno de ellos, ya que en ese caso el BOC no se quedaría

atrás. Además, la Izquierda Comunista tiene una personalidad y forma parte de la Alianza Obrera en Cataluña, Asturias y Madrid.

PCC : La Alianza Obrera es diferente del Partido, y la Izquierda Comunista es un grupo de oposición y no un partido. El hecho de que no planteara esta cuestión en la primera reunión fue debido a que entonces se efectuó un cambio de impresiones general. Por este motivo, dejó la cosa para más adelante.

IC dice que representa una corriente que tiene importancia. Por lo demás, no solamente se ha hablado de fusionar a los Partidos, sino también a los grupos marxistas. Por la eficacia de la unión, es necesario que todos se fusionen.

PCP : Cuando se planteó el problema de la fusión, nuestro criterio fue que intervinieran todos los Partidos marxistas de Cataluña y, por lo tanto, la Izquierda Comunista. Lo que hay que hacer es preguntar a este partido, como a todos los demás, si está dispuesto a ir a la fusión aceptando la disolución de las organizaciones actuales. La Izquierda Comunista tiene que intervenir en las tareas que se están llevando a cabo.

BOC : Después de la discusión de hoy no se puede continuar más adelante. Para que el Partit Comunista de Catalunya diga si acepta el criterio de la mayoría procede suspender la reunión y continuarla dentro de un plazo de ocho días. Esperamos que entonces el PCC podrá darnos una respuesta sobre este punto. Por lo demás, el Bloque Obrero y Campesino es partidario de ir a la fusión con los que la deseen.

Se decide suspender la reunión. Se señala una fecha para continuarla y se invita de nuevo al Partido Socialista Obrero Español (Federación Catalana).

*
**

ANEXO

LOS PUNTOS BASICOS DE LA DISCUSION PARA LA FUSION

1°. — Los reunidos reconocen la necesidad de la unificación de las fuerzas marxistas existentes.

2º. — Esta unificación se hará sobre la base del marxismo revolucionario, que presupone :

- a) Ruptura de toda relación orgánica con los partidos de la pequeña burguesía.
- b) Toma del poder por medio de la insurrección armada.
- c) Establecimiento transitorio de la dictadura del proletariado.

3º. — Conveniencia de que las organizaciones que elaboran la unificación formen parte de la Alianza Obrera.

*
**

ACTA DE LA REUNION DEL 13 ABRIL DE 1935

Asisten : Partit Comunista de Catalunya, Izquierda Comunista, Bloque Obrero y Campesino, Unió Socialista de Catalunya, Partido Socialista Obrero Español (Federación Catalana) y Partit Català Proletari.

Se lee el acta de la reunión anterior, que queda aprobada.

El PSOE declara que no asistió a la reunión anterior por no haber recibido la convocatoria. Declara que los puntos objeto de discusión vienen a ser los que marcan la orientación actual del Partido y corresponden a la línea que se sigue oficialmente. Ahora bien, se trata de hacer un Partido marxista y éste ya existe hoy : el Partido Socialista Obrero Español. Por lo tanto, la unificación tendría que hacerse con éste. Pero si no se considera conveniente esto, lo que convendría es que las tendencias comunistas se unieran por una parte y las socialistas por otra. En lo que se refiere a la proposición del Partit Comunista de Catalunya sobre la exclusión de la Izquierda Comunista, estamos en desacuerdo puesto que todos los partidos son iguales. No se puede poner vetos a nadie.

USC : Está de acuerdo con lo que ha declarado el PSOE.

PCC : Sostiene el mismo criterio que expuso en la última reunión. Cree que es imposible realizar la unidad de la forma que se

plantea en estas reuniones. Habría que hacer lo necesario para que intervinieran las masas obreras ; de lo contrario, no se puede ir a la creación de un Partido Marxista único en España. Hay que realizar la unidad ideológica antes que la política. Esta necesidad ha nacido como consecuencia de los hechos de Octubre, donde, principalmente en Asturias, se siguieron las orientaciones por ellos marcadas. Para nosotros es necesario realizar la unidad bajo los principios leninistas.

BOC : En nuestro Partido se ha discutido ampliamente sobre las conversaciones mantenidas en estas reuniones y se ha aprobado nuestra línea de conducta. Habíamos previsto lo que está sucediendo hoy. Es inaceptable entrar en el Partido Socialista Obrero Español, que en muchos aspectos tiene posiciones equivocadas. Por lo demás, la experiencia ha demostrado que un Partido tiene que estar organizado en células y no en secciones. Hay en el PSOE una fuerte corriente de izquierda, pero el último manifiesto de su Comisión Ejecutiva no va en ese sentido. Por el momento, se puede hacer más por la unificación desde fuera que desde dentro del PSOE. Cree que quizás no está lejano el día en que se pueda ir a la unificación de todas las organizaciones marxistas de la península. La proposición de excluir a la Izquierda Comunista es una muestra del sectarismo del Partit Comunista de Catalunya, que en realidad no quiere la unificación.

PSOE : Tiene la seguridad de que su Partido aceptaría la fusión de todos. Hay que ir al PSOE, que es una garantía, además de ser la organización más potente de España.

BOC : Hablamos por el momento de la fusión a realizar en Cataluña y sobre la base de los problemas especiales planteados aquí. Por lo tanto, está desplazada la proposición del PSOE.

IC : En Cataluña se han creado condiciones muy favorables para la unificación. En caso de realizarse, las repercusiones serían inmediatas en toda España. Desgraciadamente, esto no podrá realizarse a causa de la posición del PSOE y del PCC. La proposición de este último consistente en ir a la formación de un Comité de unificación es inaceptable teniendo en cuenta las funciones que le asigna. Ya existe la Alianza Obrera. No quiere discutir sobre la proposición de exclusión de la IC hecha por el PCC. No tiene ningún valor el decir que somos contrarios a la URSS.

PCP : Reconoce que la situación de hoy es distinta de cuando ellos plantearon el problema de la fusión. Pocos días después de Octubre, el ambiente general empujaba hacia la unificación. Pese a que nosotros éramos algo escépticos, teníamos posibilidades de realizarla. Reconoce que las posiciones que sustentan el PCC, el

PSOE y la USC hacen imposible la fusión. Pero el Partit Català Proletari sigue siendo partidario de la unificación y está dispuesto a realizarla con los que la deseen sinceramente. Propone que los partidos presentes analicen el resultado de estas conversaciones y que se reúnan por separado los tres partidos que aceptan los puntos para la unificación a fin de continuar las discusiones. Es partidario de publicar las actas de las reuniones, ya que su difusión puede influir para que se cambie de criterio por parte de aquellos partidos y la unificación sea aun posible pronto.

BOC : No es partidario de desarrollar una actividad que cree problemas dentro de los Partidos y estima necesario mantener la cordialidad que hoy existe. Los tres Partidos que coinciden deberían continuar los trabajos con vistas a la fusión.

IC : Hay que continuar las reuniones de las tres organizaciones.

PCC : No teme la discusión ; es partidario de ella y también de publicar las actas de estas reuniones.

USC : No puede aceptar la afirmación no va a realizarse por culpa de su actitud. Lo que sucede es que ciertas organizaciones tienen lazos con Internacionales y otras no los tienen. La fusión puede realizarse con el PSOE y todo quedaría resuelto.

BOC : La Unió Socialista de Catalunya no puede plantear la cuestión de la Internacional, ya que es una organización que no tiene ninguna conexión internacional. Propone que las organizaciones que no se encuentran en la Alianza Obrera ingresen en ésta. Al menos, estas entrevistas habrían servido para algo.

USC : Pregunta si esta invitación se hace con carácter oficial a fin de saber a que atenerse.

BOC : Dice que su proposición tiene un carácter particular.

Los demás partidos se adhieren a la proposición del BOC referente al ingreso de la USC en la Alianza Obrera.

Se levanta la sesión y se dan por concluidas las conversaciones en favor de la fusión.

"TRIBUNA SOCIALISTA" Y EL P.O.U.M.

Es reciente ingreso en el Partit Socialista de Catalunya de un pequeño grupo de ex-militantes del POUM ha sido objeto de multitud de informaciones y de comentarios en la prensa de España y en particular en los periódicos y revistas que se publican en Barcelona. Tanto en las informaciones escuetas como en los comentarios más desarrollados se han dicho cosas sorprendentes y, a veces, hasta completamente absurdas.

Nos limitaremos a refutar informaciones como aquellas en las que se ha tratado de jugar con el «POUM histórico» y el «POUM renovado», sin duda por comodidad pueril, pensando en las denominaciones que se han atribuido a las distintas fracciones del PSOE. Pues bien, esas fórmulas no valen en lo que respecta al POUM. En primer lugar porque en el caso del PSOE todos se reclamaban de la misma tradición y del mismo nombre, cosa que no ha sucedido en el caso del POUM.

Los ex-militantes del POUM incorporados hace poco al Partit Socialista de Catalunya han dejado de pertenecer a la organización en que militaron, y alguno de ellos, precisamente el que ha operado con mayor desenfado (Gironella) se separó del POUM nada menos que en 1947 y ha actuado durante muchos años en medios completamente extraños a los nuestros. Por lo tanto, es completamente abusivo hablar de «POUM histórico». El POUM — y no el minúsculo grupo separado — constituye actualmente una organización unificada y en sus filas militan hombres de varias generaciones, de las viejas y de las nuevas, de las que lo componían antes y durante la Revolución y la guerra civil y de las que han venido a reforzarlo y renovarlo en estos últimos años.

El POUM, como otras organizaciones obreras, ha atravesado una profunda crisis que está en vías de superación. Justamente, la separación de los que han ingresado en el Partit Socialista de Catalunya, rompiendo así con la tradición histórica de nuestro movimiento y con el marxismo revolucionario, ha contribuido, sin quererlo, a la labor de consolidación y de renovación del POUM, facilitando al mismo tiempo la incorporación a nuestro movimiento de militantes jóvenes y valiosos, curtidos en las luchas clandestinas, que hasta ahora habían actuado en grupos revolucionarios afines y que han terminado por considerar que se impone el reagrupamiento y que la tradición revolucionaria y el programa del POUM constituyen garantías mucho más eficaces que la dispersión grupuscular.

La situación actual es perfectamente clara. La tentativa de disolver el POUM en una organización socialista reducida a Cata-

luña ha fracasado totalmente. No tenemos la intención de perdernos en reproches vanos, ni de incurrir en métodos de los que nos ha curado radicalmente la experiencia del stalinismo. Por lo tanto, no pensamos negar la historia ni los méritos de nadie. Entre los pocos separados, hay militantes que participaron con nosotros en luchas inolvidables y con los que compartimos horas muy difíciles. Sentimos que no hayan podido seguir fieles a lo que fueron.. Es todo. EL POUM continúa su lucha y proseguirá aceleradamente su renovación. Porque no se puede vivir del pasado y porque nada es posible en la España de hoy sin el aporte capital de la nueva generación revolucionaria.

«Tribuna Socialista» reapareció en Octubre de 1975 para proseguir la obra de reagrupamiento de los marxistas revolucionarios que inició en 1960 y, también, para contribuir a aclarar los problemas de hoy y ayudar a resolver la crisis del POUM. Fue editada hasta ahora por la Izquierda del POUM, tendencia que se constituyó pocos meses antes y que se disolvió en Julio pasado, cuando su existencia ya no tenía justificación alguna. Pero «Tribuna Socialista» no fue un órgano de tendencia, ni se propone convertirs ahora en una simple revista del POUM.

Como lo muestra el número que nuestros lectores tienen en sus manos, «Tribuna Socialista» seguirá siendo animada por militantes del POUM, pero no dejará de ser, como decíamos en el primer número, una «publicación abierta a todos los que puedan aportar estudios de valor sobre los grandes problemas de España y del movimiento obrero». En esta época en que se ha desarrollado tanto el espíritu grupuscular y la dispersión de las fuerzas revolucionarias ha adquirido características nunca vistas en la historia del movimiento obrero de nuestro país, nosotros estamos firmemente contra todo espíritu de secta, contra todo exclusivismo, sea del género que sea.

La lucha por la libertad y el socialismo en España exige la unidad de la clase obrera, el fin de las divisiones injustificadas, la conjunción de las fuerzas afines, el reagrupamiento de los marxistas revolucionarios. Y esto presupone el debate libre y la confrontación permanente en el dominio de la teoría y en el terreno de la práctica política. Siempre hemos pensado así y no renunciaremos a lo que justifica nuestra tarea y nuestra propia existencia.

El Comité de redacción
de «TRIBUNA SOCIALISTA»

IMPRIMERIE HAMONIC — VERNEUIL

Dépôt légal 4^e trimestre 1976

TRIBUNA SOCIALISTA

Revista trimestral de crítica marxista

PRECIOS DE SUSCRIPCION (6 números)

España	500 ptas.
Francia	40 F.
Otros países de Europa	50 F.
Países de América	10 dólares U.S.A.
SUSCRIPCION DE AYUDA	100 F.

TODOS LOS GIROS A : Compte Chèque Postal :

Colomer-Solsona - 18.654.33 A - PARIS
1, rue du Cambodge - Paris 75020
A esa dirección se pueden remitir
también los cheques bancarios y en-
víos por Giro Postal Internacional

*TODA LA CORRESPONDENCIA A : « Tribuna Socialista », re-
vista de crítica marxista -
9, rue Borromée - 75015
PARIS.*

Número suelto 100 ptas. — 8 francos

Directeur de la publication : Wilebaldo Solano
N° Commission Paritaire : 57.306

ATLAS DE LA LINGÜÍSTICA

El presente atlas tiene por objeto reunir en un solo volumen los datos más importantes de la lingüística de los pueblos de América, para facilitar el estudio de la evolución de la lengua y de la cultura de los pueblos de este continente.

El atlas está dividido en tres partes: la primera trata de la fonética, la segunda de la morfología y la tercera de la sintaxis.

En la primera parte se estudia la fonética de los pueblos de América, desde la fonética general hasta la fonética particular de cada lengua.

En la segunda parte se estudia la morfología de los pueblos de América, desde la morfología general hasta la morfología particular de cada lengua.

En la tercera parte se estudia la sintaxis de los pueblos de América, desde la sintaxis general hasta la sintaxis particular de cada lengua.

Precio : 100 ptas.
8 francos.